

tro de sí mismos, en cuyo caso, ocupados con el conocimiento de la carga propia, de ningún modo disputarian de la agena no conocida.»

«Acostumbrada á vivir en espíritu, deseó abstraer más el cuerpo y los sentidos apartándose del ruido de la comunidad, y pidió una celda que habia muy retirada, y allí en completo silencio y soledad, se entregaba de lleno á la más constante y fervorosa oracion, y á las más rígidas penitencias.

Publicóse entonces el decreto mandando que todas las iglesias y conventos edificados nuevamente por los cristianos fuesen demolidos; y como el Tabanense estaba en este caso, tuvieron que abandonarle sus moradores, pasando las religiosas á la ciudad, y acogiéndose en una casa bastante grande que habia al lado del antiguo templo de San Cipriano. Fácil es de inferir cuánto seria el dolor de todas las religiosas, y especialmente el de COLUMBA, tan amante del retiro y del silencio; solo tenia alivio su grande desconsuelo en que desde su nueva morada se oian los cánticos religiosos que en el inmediato templo elevaban los sacerdotes al cielo.

Su ardiente amor á Jesucristo la sugirió la heroica idea de morir mártir, y acreciendo cada dia más el deseo, salió uno de su casa, y preguntando por la del juez, fué á su presencia é hizo pública confesion de su fé, exhortando al juez y á los presentes á que renegasen de las falsedades de Mahoma y aceptasen las verdades del Evangelio. Sorprendido el juez de la hermosura de COLUMBA, y admirado de su discrecion, la llevó á palacio y la presentó al consejo, cuyos individuos trataron de convertir á la jóven haciéndola las más brillantes y deslumbradoras ofertas si renegaba de Jesucristo. COLUMBA, firme en la fé, ratificó su confesion y añadió: «No juzgueis que ha escogido Cristo por esposa á una que quiera faltar á la fé dada. Si me ofreceis riquezas, ¿quién más rico

que Él? Si me quereis blandear, prometiéndome casamientos, ¿quién es tan hermoso como Él, que vence en belleza á todos los hijos de los hombres? Si mirais al punto de religion, ¿cuál es más santa que la promulgada en el orbe por los Apóstoles? Todo cuanto desdiga de esta es sin duda supersticion. Dejad, pues, la vanidad, escogiendo ser hijos de la luz y de la vida, no de las tinieblas y de la muerte; pues el celestial Maestro enseñó que quien le siga no andará en tinieblas, y los que vivan y crean en él no tendrán muerte eterna.»

Viendo los jueces la inmutable constancia de quien estaba tan firme en los oráculos de la fé, mandaron que luego fuese degollada en la plaza de palacio. Salió la virgen con igualdad de ánimo, y dice San Eulogio, escritor de las actas de esta mártir, que antes que el verdugo descargase el cuchillo quiso premiarle el bien que la iba á hacer, dándole un regalo que llevaba prevenido, aunque no expresa lo que fué. Incliné su delicado cuello, y subió su alma á gozar de la duplicada palma de virgen y de mártir que el cielo la tenia preparada. El sagrado cadáver no fué dejado como otros á la inclemencia, ni colgado á la orilla del rio; sino como estaba, con sus propios vestidos, le metieron en una grande espuerta y le arrojaron al rio. Á los seis dias fué la espuerta con el santo cuerpo hallada por unos monjes en tan perfecto estado de conservacion, que parecia acabado de degollar. Le recogieron y dieron honrosa sepultura en la iglesia de Santa Olalla.

Consumó su triunfo la virgen y mártir SANTA COLUMBA en el dia 17 de setiembre del año del Señor 853, en el cual la colocaron en sus Martirologios Galesinio y Baronio, siguiendo á San Eulogio.

DIA 18.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, ARZOBISPO DE VALENCIA, ESPAÑOL.

En Fuenllana, lugar pequeño de la Mancha, nació este glorioso Santo español, en el año de 1488; pero se crió en Villanueva de los Infantes, distante tres leguas de Fuenllana, y de él tomó el sobrenombre de Villanueva. Fueron sus padres Alfonso García y Lucía Martínez, honrados labradores, que se sostenían del producto de algunas tierras de su propiedad. Eran personas sumamente apreciadas en el país por sus virtudes y recomendables circunstancias; pero más especialmente por su admirable caridad para con los pobres. Nunca guardaron las cosechas de granos, ni las vendieron: separaban y encerraban lo que creían necesario para su consumo del año y para sembrar, y el resto lo repartían sobre la misma era entre los pobres, pues jamás aspiraron á aumentar sus propiedades ni á juntar dinero. Con padres tan ejemplarmente caritativos puede presumirse lo que sería un niño nacido con predisposición á la caridad y compasión de los males ajenos. Nada tenía suyo, ni aun el alimento que le daban sus padres, pues si llegaba á la puerta de su casa algun pobre cuando estaba comiendo, le daba en seguida cuanto tenía. Hallábase un día solo en casa siendo todavía niño, y habiendo llegado seis pobres pidiendo limosna, registró toda la habitación buscando algo de comer que darles, y no encontrando á su alcance otra cosa que las aves del corral, dió á cada pobre un pollo, únicos que tenía con una gallina, que dijo no les había dado queriendo conservarla para que pusiese huevos, con que socorrer á otros. Hiciéronle un vestido nuevo, y en el mismo día pasó por las puertas de su casa un niño tan pobre y desnudo, que inmediatamente excitó la caridad de TOMÁS que se desnudó entregando al niño pobre hasta los zapatos,

y volviéndose á poner él lo viejo. Cuando le preguntaron por qué no habia dado este, contestó, que porque el nuevo le duraria más al pobre, y él ya estaba acostumbrado al viejo, y se encontraba con él muy bien.

Á la virtud de la caridad reunia todas las demás que siempre distinguieron á los que envia el Todopoderoso al mundo para ejemplo vivo y visible de santidad. Su trato era de lo más dulce y complaciente, y tan amante de la verdad, que ni aun aquellas mentirillas insignificantes de los niños pronunció nunca.

Las primeras palabras que le enseñaron sus virtuosos padres fueron los nombres de Jesus y de María, y el primer cariño que trataron de infiltrar en su alma fué el amor á estos. Toda su vida le conservó vivo y ardiente, y con tan perpétua y fervorosa devocion á la Madre de Dios, que le llaman el hijo de la Virgen, siendo de notar que los sucesos más remarcables de su vida tuvieron lugar en festividades de esta Señora. El día de la Presentacion tomó el hábito de religioso, en el de la Asuncion le hicieron Obispo, y en el de la Natividad de la Virgen pasó á mejor vida.

Con rapidez y facilidad extraordinaria aprendió las primeras letras, y decididos sus padres y él á que siguiese la carrera de la Iglesia, le mandaron á la universidad de Alcalá de Henares, recién fundada por el Cardenal Jimenez de Cisneros. Con una vida ejemplar, modelo de virtudes y aplicacion, cursó las aulas querido y estimado de lectores y estudiantes, haciendo tan rápidos progresos en las letras, y dominando de tal modo las dificultades, que antes de los veinte años de edad era ya buscado por árbitro en oscuras é intrincadas cuestiones.

Cada día era mayor su fama de ciencia y virtud, y habiendo recibido á los veintiseis años de edad el grado de maestro en artes, fué inmediatamente nombrado catedrático de filosofia. Tomaba cada dia más vuelo la fama de TOMÁS, y su

nombre era conocido en todas las escuelas de España; y queriendo tener en su seno á un jóven de tanto mérito, á los dos años de enseñanza en Alcalá, fué llamado por la universidad de Salamanca, adonde partió muy contento por huir de los aplausos y consideraciones que en Alcalá le prodigaba todo el mundo, y que era un perenne tormento para su humildad. Pero como la fama le habia precedido, y su ciencia le daba pronto á conocer en las aulas, iguales, si no mayores motivos de disgusto por los aplausos, tuvo en seguida en Salamanca.

Su tormento acrecia por momentos, y hasta le pesaba poseer una ciencia que le proporcionaba una popularidad que tanto disgusto le producía. Siempre fué aficionado al retiro y á la soledad; pero desde que se vió tan aplaudido, su afición se convirtió en constante y profundo deseo, y se resolvió á llevarlo á cabo. Poco duró la deliberacion: examinó los estatutos y reglas de las diferentes comunidades religiosas que habia en España, y habiéndole agradado sobre todas la de los ermitaños de San Agustin, resolvió entrar en ella. Apenas descubrió su ánimo, fué recibido con extraordinaria alegría de toda la Orden, en la que ingresó en el día que dejamos dicho del año de 1518, en el mismo en que el desventurado Lutero la abandonó; queriendo sin duda la Providencia consolar á la religion del dolor que le causaba la desercion de un apóstata, recompensándola de la pérdida con la admision de un gran Santo.

Sin sorpresa vió toda la comunidad que el novicio era maestro en ciencia y en santidad, porque de antemano eran conocidas las costumbres y valer del nuevo religioso. Acostumbrado desde la edad de diez años á los ayunos y á las más dolorosas mortificaciones del cuerpo, y á la perfecta abnegacion de la propia voluntad, todos los rigores de la religion de San Agustin se le presentaban lenitivos y templados, y oyósele decir muchas veces, cuando su mortifica-

cion admiraba á todos, que desde que habia entrado religioso no hacia penitencia. Concluido el año de noviciado, hizo la solemne profesion, y al poco tiempo fué ordenado de sacerdote; y en el mismo año le nombraron predicador, que lo fué tan sublime, como la fama lo ha venido publicando de generacion en generacion hasta nosotros, habiendo llegado á ser conocido en su época con el renombre de el Apóstol de España. Muchas poblaciones de la Peninsula le llamaban para oírle predicar, y á gran dicha lo tuvieron las que lo consiguieron. En Búrgos, Salamanca y Valladolid, fué asombrosa la concurrencia, y toda la córte asistió á oír al admirable orador sagrado. El emperador Cárlos V, asombrado de la elocuencia y profunda sabiduria de TOMÁS, le nombró su teólogo y predicador ordinario.

Tuvo en el convento de Salamanca cátedra pública de teología, á la que asistieron hasta maestros graduados en ella, quedando admirados todos de la profundidad de sus conocimientos.

Deseando los religiosos agustinos de Salamanca ser regidos por tan eminente varon, les pareció que debian y podian hacer en beneficio del mayor lustre de la Orden dispensacion de una de las reglas de su instituto, que prevenia no fuese promovido á superior ninguno que no llevase siete años de profeso en la religion, y á los dos le nombraron prior; cargo que luego desempeñó en Búrgos y en Valladolid, habiendo sido dos veces Provincial de Andalucía, y una de Castilla.

El nombre de TOMÁS DE VILLANUEVA volaba de uno á otro confin de España, admirado y venerado de todas las clases de la sociedad, y especialmente de la córte. Habia condenado á muerte el emperador Cárlos V á varios caballeros, reos de lesa magestad: intercedieron por ellos los grandes de España, y entre otros el almirante, el condestable, el arzobispo de Toledo, y hasta el principe de Asturias, don

Felipe: el emperador estuvo inexorable; pero habiendo acudido con igual solicitud TOMÁS DE VILLANUEVA, con admiracion de toda la córte, fué concedido el indulto, diciendo despues el emperador á los que antes le habian suplicado sin fruto: *Habeis de tener entendido que los ruegos del prior de los agustinos de Valladolid son para mí como preceptos de Dios; justo es que se concedan algunas gracias de la tierra á un varon santo y tan amigo de Dios, á quien debemos recurrir para que nos consiga las del cielo.*

Andaba nuestro Santo visitando los conventos de su provincia, cuando tuvo noticia de que el emperador le habia nombrado Arzobispo de Granada, y que habia mandado expedir la cédula. Sobresaltóse su profunda humildad, sugiriéndole tantas razones para no poder aceptar el cargo, que expuestas al emperador con su irresistible elocuencia, consiguió rendirlo á su deseo, y que quedase sin efecto el nombramiento; pero habiendo vacado despues el arzobispado de Valencia, por dimision de D. Jorge de Austria, promovido al obispado de Lieja por el Papa Paulo III, y hallándose en Flandes el emperador, muy arrepentido de la facilidad con que accedió á la súplica de FRAY TOMÁS, le nombró para este arzobispado. Recibió el Santo la cédula imperial sin asustarse mucho, pareciéndole que la segunda renuncia seria tan eficaz como la primera; pero se engañó. Conspiraron contra su deseo y resolucion uno y otro poder, el temporal y el espiritual, mandándole sus superiores, pena de excomunion, que se rindiese á la voluntad de Dios tan descubierta; y no tuvo otro remedio que obedecer. Consagróle en Valladolid el Arzobispo de Toledo en el año de 1544, y al instante partió para su iglesia, sin más comitiva ni familia que un religioso, que era su asociado, y dos criados del convento. Hizo el viaje á pié, con su hábito raído y un sombrero que le habia servido ya veintiseis años, y le sirvió despues en todos sus viajes. Tuvo pensamiento de ir á ver

á su madre, que habiendo cedido su casa al hospital, se habia consagrado al servicio de los pobres, y le habia escrito que pasase por Villanueva para darla este consuelo antes de morir. Al principio le pareció era muy justo; pero meditando despacio, halló que la carne y sangre, y los afectos del mundo, tenian mucha parte en aquella condescendencia, y por vencerlos se privó de aquel consuelo.

Hizo la entrada pública en su iglesia el dia 1.º del año de 1545; y viendo los canónigos su pobreza, le regalaron cuatro mil ducados, que admitió TOMÁS con el mayor agradecimiento; pero á su misma presencia mandó que los llevasen al hospital para socorro de los pobres, diciendo que como no era incompatible la pobreza con la dignidad episcopal, estaba resuelto á vivir como siempre habia vivido. Su vestido era de pobre y mero religioso, y su mesa la misma que en el convento; siendo su opinion que el Obispo solo se habia de distinguir por la virtud y por las buenas obras, no por la preciosidad de sus muebles, ni por la magnificencia y suntuosidad de los equipajes. Siempre consideró sus rentas como patrimonio de los pobres en que él solo tenia la incumbencia de distribuírselo. Raro era el dia que se dejaba de dar limosna á más de cuatrocientos, sin las secretas que se hacian á todas las familias vergonzantes. No habia personas nobles tan ingeniosas en ocultar sus necesidades, como era industriosa la caridad del Arzobispo en descubrirlas, y su liberalidad en socorrerlas. Nunca tuvo cruz arzobispal propia, ni oratorio, ni ornamento; todo lo tenia prestado de la catedral. La vajilla de su mesa era de barro, y toda su plata se reducía á unas cucharas para los huéspedes. Observó toda la vida los ayunos de la Orden y los de la Iglesia á pan y agua.

Habiendo convocado Su Santidad Paulo III un concilio general en Trento, nombró TOMÁS DE VILLANUEVA para que le representase al Obispo de Huesca, pues él estaba tan debilitado por sus grandes trabajos y penitencias, que le

era de todo punto imposible asistir. Casi todos los Prelados de España que concurrieron al concilio, pasaron por Valencia para tomar parecer de nuestro Santo, venerado como oráculo en la Iglesia; y se asegura que hallándose en el mar los Obispos muy en peligro, imploraron la proteccion de SANTO TOMÁS, que se les apareció vestido de pontifical, y al punto se sosegó la tormenta. Así lo afirmaron en Trento los mismos Obispos.

Pareciéndole siempre poco lo que hacia en favor de sus diocesanos, y creyendo que su debilidad era la causa, reprodujo la renuncia de su cargo para que fuese nombrado otro más agil y apto. Su peticion fué como antes denegada, y entonces aumentó sus súplicas al Todopoderoso, para que le sacase cuanto antes de este mundo. No tardó mucho el Señor en complacer á su humilde siervo, y hallándose en oracion el dia de la Purificacion de la Virgen del año de 1555, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: *TOMÁS, no te aflijas: ten un poco de paciencia: el dia de la Natividad de mi madre recibirás el premio de tus trabajos.* Desde aquel instante vivió el santo Arzobispo en una continua contemplacion, siendo su vida un perenne ejercicio de penitencia, de oracion y de obras de caridad. En fin, el dia 29 de agosto se sintió acometido de una esquinancia acompañada de violenta calentura. Conocieron todos que se acercaba su última hora por la extraordinaria alegría que manifestó en su semblante. Quiso recibir con tiempo los Santos Sacramentos. Tres dias antes de su muerte, deseando que le acompañase hasta la sepultura la caridad con los pobres, que por decirlo así, habia nacido con él, mandó traer delante de sí cinco mil ducados, los únicos que le habian quedado, y dió orden de que se distribuyesen entre los pobres de todas las parroquias de la ciudad, sin que se reservase ni un solo maravedí. El dia antes de su muerte, diciéndole que despues de haber socorrido largamente á todos los pobres de la ciudad,

habian sobrado mil y doscientos escudos, exclamó: *Por amor de Dios os ruego que en esta misma noche, y antes que amanezca el día de mañana, repartais todo ese dinero entre los pobres: este es el mayor servicio que me podeis hacer.* Á la media noche fué preciso obedecerle; y diciéndole á la mañana siguiente que estaba ejecutado lo que habia prevenido, exclamó: *Gracias os doy, Señor, por la merced que me haceis de morir pobre. Encargásteisme la administracion de vuestros bienes, y ya los he repartido segun vuestra divina voluntad.* Entró un instante despues el tesorero de la iglesia, y le dijo que le acababa de traer un poco de dinero: *Pues id prontamente,* exclamó el Santo, *y distribuidlo entre los pobres, llevando luego todos los muebles de mi cuarto al rector del colegio que fundé.* Acordándose despues que la pobre cama en que moria era suya, dijo al alcaide de la cárcel eclesiástica que estaba presente: *Amigo, dóite desde luego esta cama en que estoy: solo te pido la gracia y por amor de Jesucristo, que me la dejes prestada hasta que espire.* Deshacianse en lágrimas todos los presentes, y el Santo mandó que le administrasen la Extremauncion. Despues hizo que le dijesen misa en su cuarto, y al acabarse el santo sacrificio, pronunciando los nombres de Jesus y de Maria, rindió dulcemente el alma en manos del Criador el dia 8 de setiembre del año 1555, á los sesenta y siete de su edad y once de arzobispado. Los funerales fueron de los más magníficos; pero ninguna cosa los honró tanto como los clamores y las lágrimas de más de ocho mil pobres que lloraban la pérdida de un buen padre y no se podian consolar de ella. El mismo dia de su muerte manifestó Dios su alta santidad con gran número de milagros.—Treinta y tres años despues se halló entero el santo cuerpo; y en el de 1618 fué solemnemente beatificado por el Papa Paulo V, quien mandó que en todos los retratos del Santo se le representase con una bolsa en la mano y rodeado de pobres. En 1.º de noviembre de 1658 fué solemnemente canonizado por el Papa

Alejandro VII, ordenando que se rezase de él en todas las iglesias.

DIA 19

San Genaro, Obispo, *Italiano*, y Compañeros Mártires.

SAN RODRIGO, ABAD DE SILOS, ESPAÑOL.

Tiénesse generalmente á este Santo por tío de Santo Domingo de Guzman, y natural como este de Celeruega, villa perteneciente á Castilla la Vieja, en el obispado de Osmá. No hemos hallado noticias detalladas de sus primeros años: solo dice la historia que deseando dedicarse al servicio de Dios en la soledad del claustro, dejó el mundo, tomando el hábito de religioso en el monasterio de Silos, en donde floreció en virtudes y ciencia, durante los reinados de San Fernando y de su hijo D. Alfonso el Sábio, de quienes fué muy estimado y distinguido, habiendo sido por sus esclarecidas circunstancias nombrado abad en el año de 1242, reinando en Castilla y Leon San Fernando. Tanto este rey como su hijo D. Alfonso hicieron muchas é importantes donaciones al monasterio, por su afecto al abad. D. Alfonso le visitó diferentes veces, tanto siendo príncipe como despues de empuñar el cetro, y en la última visita que le hizo le refirió una aparicion que habia tenido de Santo Domingo, y concluyó diciéndole que pidiese lo que quisiera. El abad RODRIGO le pidió las martiniegas que los reyes tenian en Silos, y D. Alfonso, sonriéndose, le dijo: «¿No quereis, abad, que tenga yo nada en esta villa?» La peticion, sin embargo, se concedió.

Fué notable SAN RODRIGO por la observancia regular y la conservacion de los bienes del monasterio, por la cual se vió precisado á seguir muchos pleitos, de los cuales se asegura que no perdió ninguno.

Durante la vida de RODRIGO, manifestó el Señor la

santidad de su amante siervo con milagrosos hechos. En un viernes Santo convirtió por dos veces en vino el agua que se daba de beber á la comunidad, como habia hecho San García, abad de Arlanza. En una gran falta de vino que hubo por aquel país, con unos pocos racimos de uvas que esprimió, quedaron llenas de vino tres cubas. Para que no se borrara la memoria de estas maravillas, grabaron en su sepulcro unas parras con racimos.

Deseoso de entregarse los últimos años de su vida á la penitencia y á la contemplacion de lo divino, sin ocupacion ninguna que pudiese distraer su oracion, hizo renuncia de su cargo de abad: encontró grande oposicion; pero á fuerza de instancias, ruegos y súplicas, le fué admitida el dia 10 de abril del año de 1276, pasando los cuatro años y cerca del medio que sobrevivió, en continua oracion y perpétuo retiro, sin tener la más pequeña comunicacion con el mundo. Á los tres dias de su fallecimiento, ocurrido el 19 de setiembre de 1280, le dieron sepultura en la derecha del claustro, junto al archivo, frente á la escalera llamada de las Vírgenes. En una piedra grabaron una mano con báculo abacial para que la besaran los monjes y los que visitasen el monasterio en honor del Santo. En aquel sitio permaneció el sagrado cadáver doscientos ochenta años, y con motivo de la obra que dispuso en el año de 1560 el abad fray Gregorio de Santo Domingo, se determinó trasladar las santas reliquias. Abrieron el sepulcro y encontraron el cadáver tan entero y natural como si acabaran de sepultarlo. Conservábase tambien sin el menor detrimento la caja de pino en que estaba metido, la cogulla y el cilicio de cerdas que le ceñia desde los hombros hasta más abajo de la cintura, y el ceñidor de cáñamo. Trasadáronle en procesion el 20 de diciembre al lienzo de la pared del claustro bajo, donde estuvo el primer sepulcro; pero un prodigio que en aquel acto tuvo lugar, cambió la determinacion del abad.

Al ir á colocar el cuerpo se vino abajo parte de la pared, y una enorme piedra de sillería cayó encima de los concurrentes, sin dañar en lo más mínimo á nadie. En vista de este palpable milagro, determinó el abad, con general aprobacion y aplauso, que fuese colocado el santo cadáver en el relicario que estaba en el crucero de la iglesia, del cual fué trasladado al nuevo relicario que se construyó en el año de 1604.

SANTA POMPOSA, VIRGEN Y MÁRTIR.

La fama del martirio de Santa Columba de que hablamos el dia 17 del corriente, se difundió con la mayor rapidez por la comarca cordobesa, llegando la noticia al siguiente dia de ocurrido al monasterio de Peña-melaria, del cual salió en seguida otra varonil doncella llamada POMPOSA, para seguir el heroico ejemplo de Columba.

Era la jóven POMPOSA natural de Córdoba, como igualmente sus padres y toda la familia, que profesaban desde su nacimiento la religion cristiana, y con tanta fé y fervor, que renunciando al mundo y sus placeres, determinaron retirarse todos al desierto, empleando sus bienes en fundar para su morada y de los que quisieran imitarlos un monasterio en la sierra, á una legua de la ciudad, junto á una peña, la cual por el gran número de abejas que allí se criaban, y por la abundante miel que producian, la llamaban Peña-melaria.

Desde que se pusieron completamente de acuerdo para la construccion á su costa de dicho monasterio, se juntaron todos los parientes, y durante la construccion vivieron en una casa apartada de la ciudad, retirados de todo contacto con los demás vecinos y ensayando la austera vida cenobítica. Concluida la fábrica del monasterio, marcharon todos á él, seguidos de no escaso número de cristianos deseosos, como ellos, de vivir solo trabajando para alcanzar la gloria eterna.

Era POMPOSA la menor de toda la familia; mas á pesar de las sublimes virtudes que en todos ellos resplandecian, era la mayor en santidad la más pequeña en edad, eclipsando el mérito de todos con el refulgente resplandor del suyo. Siempre tuvo grandes deseos de morir mártir; pero al saber el glorioso fin de su amiga Columba, á quien, segun dice San Gregorio en el libro III, cap. 11, habia amado en vida intimamente, sus deseos se convirtieron en una resolucion firme de alcanzar igual triunfo en seguida. Pasó todo el dia 18, y despues de los maitines de aquella noche, aprovechando un descuido del monje encargado de la puerta del monasterio, salió de este y tomó el camino de Córdoba, sola, á pié, y caminando en las más profundas tinieblas, sin más guia en el pavoroso silencio del desierto camino, que la luz del cielo que guiaba su mente y sus pasos. Al rayar el dia llegó á la ciudad, y caminando muy despacio para dar tiempo á que el juez estuviese visible, se dirigió á su morada, y en cuanto se presentó á él, le hizo la más firme y explícita confesion de su fé, manifestando los absurdos errores de la secta de Mahoma. Conociendo el juez la firme resolucion de la heróica doncella, y que ningun halago ni castigo seria capaz de vencerla, sin dejarla concluir mandó que la degollasen; sentencia que se ejecutó en seguida delante del palacio, en el dia 19 de setiembre del año del Señor 853, en el cual la ponen en sus Martirologios Galesinio y Baronio, y Baillet en su Santoral.

El santo cadáver fué arrojado al rio, de donde le sacaron unos jornaleros cristianos, que le escondieron en un hoyo cubriéndole con tierra. Á los veinte dias le sacaron de allí unos monjes, y con asistencia de varios sacerdotes y religiosos le sepultaron en la iglesia de Santa Olalla, á los piés de Santa Columba, para que [unidos reposasen en la tierra los cuerpos de las almas que unidas estaban en el cielo.

DIA 20.

San Eustaquio y Compañeros Mártires, *Romano*.

DIA 21.

Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, y San Mateo, Apóstol y Evangelista, *Galileo*.

DIA 22.

San Mauricio y Compañeros Mártires, *Sirio*.

DIA 23.

San Lino, Papa, *Italiano*, y Santa Tecla, Virgen y Mártir, *de Iconia*.

SANTA XANTIPA Y SANTA POLIXENA, ESPAÑOLAS.

Brevisimas son las noticias que la historia nos dá de estas Santas, citadas en varios Martirologios y en el Menologio greco-latino de Natal, día 23 de setiembre. El texto de este, incluido en el tomo III de la *España Sagrada*, apéndice VIII, dice lo siguiente, que es lo único que fundado en autorizados datos podemos nosotros decir:

«SANTA XANTIPA, mujer de Probo, prefecto de la España en tiempo de Claudio, César de los romanos, tuvo una hermana llamada POLIXENA. Y como San Pablo Apóstol hubiese pasado á la region de España, predicando á Cristo, fué XANTIPA á él, y aprendiendo la fé, recibió primeramente el bautismo, y luego persuadió á su marido Probo que se hiciese cristiano. Del mismo modo fué enseñada por el apóstol su hermana POLIXENA; pero ausentado San Pablo, y oyendo que el gran apóstol San Andrés predicaba la fé á los de Patrás, en la Acaya, se fué á él, y estando ya instruida más perfectamente en las cosas pertenecientes á Cristo, recibió el bautismo. Volviéndose á su patria halló á su hermana

XANTIPA muy sobresaliente en todo género de virtudes, quien la recibió con gozo. Y habiendo las dos enseñado á muchos la fé, dieron fin al curso de su vida.»

DIA 24.

Nuestra Señora de las Mercedes, y

SAN DALMACIO MONER, CONFESOR, ESPAÑOL.

En Santa Coloma de Farnés, pueblo perteneciente á la provincia de Gerona, en el principado de Cataluña, vió la luz primera por los años de 1291 este Santo español, hijo de padres labradores, muy honrados y de no escasa fortuna. Aprendió los rudimentos de la primera enseñanza en su pueblo natal, y deseando seguir la carrera de las letras, así que se halló en edad competente pasó á estudiar á Gerona; pero la abundancia de parientes y amigos, y sus continuas visitas y compañía, vió que le perjudicaban para el estudio, y determinó marchar á Montpellier, donde á la sazón florecian esclarecidos maestros. Aquí siguió los estudios con grande aprovechamiento, y haciendo á la vez la vida más santa y ejemplar, frecuentando las iglesias, huyendo de toda clase de diversiones y paseos, y repartiendo las horas del día y de la noche entre el estudio y la contemplacion de las cosas divinas. Sugirióle su piadosa mente la idea de abandonar por completo el mundo y dedicarse solo al servicio de Dios en el silencio y soledad del claustro; poniendo en ejecucion su deseo regresó á Gerona, y teniendo veintitres años de edad, tomó el hábito en el convento de dominicos de aquella ciudad.

Pocos novicios le igualaron en rigidez y austeridad de vida, y ninguno seguramente le sobrepujó en perfeccion, aumentando siempre las penitencias y mortificaciones con notable asombro de la comunidad, que cada dia encontraba mayores perfecciones y méritos en el nuevo religioso. Al año

hizo la solemne profesion, continuando, sin embargo, el mismo género de penitente vida que cuando era novicio.

Queriendo aprovechar los religiosos el talento y grandes conocimientos de DALMACIO, le nombraron maestro de filosofía; cargo que desempeñó con la mayor brillantez, sacando notabilísimos discípulos, que fueron más tarde la honra de la Orden. Pero este empleo, como todos los que llamasen la atención sobre su persona, le repugnaba, porque su único deseo, su solo anhelo era el silencio y la soledad. Á fuerza de súplicas y continuas instancias consiguió al fin que le relevasen del cargo, haciendo firme propósito de no aceptar ninguno, pues tal era su deseo de evitar el contacto con las gentes de todas clases y condiciones, que habiéndole ido á consultar diferentes personas, muy notables algunas, les contestaba con seriedad y monosílabos, para que le dejaran pronto en paz y no volvieran. Entre otras personas distinguidas con quienes obró así, se cuentan el infante D. Pedro, hijo del rey de Aragon, D. Jaime II, conde de Ampurias; vizconde D. Bernardo de Cabrera, y D. Pedro, Obispo de Gerona.

Alejado de todo trato, se dedicó completamente á la oracion y á gozarse en el rigor de sus asombrosas penitencias y mortificaciones: su alimento eran legumbres cocidas sin sustancia alguna, un poco de pan de cebada ó centeno, y si alguna vez era de trigo, elegia el más duro y mal cocido; y cuando en el convento ó fuera de él le ponian algun plato delicado, echaba agua fria y algunas veces ceniza. Mayor fué su mortificacion en la bebida, pues llegó el caso, en los más ardorosos meses del verano, de abstenerse del agua por espacio de diez, doce y quince dias. Su abstinencia era tan extraordinaria, que llegóse á creer que vivia de milagro, sostenido por Dios. Á esto añadia continuas vigiliias, pasando todas las noches en fervorosa oracion, en la contemplacion de las cosas divinas y de las verdades eternas, para cuyo

ejercicio elegía siempre algun lugar despejado desde donde pudiese ver los cielos y las estrellas, para aumentar el fervor en las alabanzas al Criador del firmamento.

No satisfecho todavía DALMACIO con las mortificaciones referidas y otras muchas con que laceraba su cuerpo, obtuvo licencia de sus superiores para retirarse á la cueva de Marsella, donde habitó Santa María Magdalena, para imitar la penitencia que en ella hizo aquella gloriosa penitente. Pasó allí algun tiempo haciendo una vida tan rigida, que renovó en su persona aquellas conmovedoras imágenes que refiere la historia de los famosos eremitas de Oriente.

Aunque el propósito de DALMACIO era terminar sus dias en aquella cueva, no pudo realizarlo, porque sus hermanos no quisieron permitir que estuviese por más tiempo fuera del convento, y le precisaron á volver á él; mas para mitigar en parte su sentimiento por dejar la cueva de Santa Magdalena, le permitió el superior que habitase en una dentro de los límites del mismo convento, abierta en una piedra viva, húmeda, fria, é impenetrable á los rayos del sol. Encerrado el Santo en aquel seno, que más parecía sepulcro que habitacion de persona, permaneció por espacio de cuatro años ocupado todo en Dios, en el ejercicio de sus acostumbradas penitencias, y sin dejar su amado retiro más que cuando le obligaba á ello la observancia de algun precepto de la regla.

Agotada su salud y sus fuerzas con tan terribles penitencias, cayó gravemente enfermo, y por orden del superior, fué trasladado á la enfermería del convento, donde despues de recibir con profunda unción é inefable placer los Santos Sacramentos, entregó plácidamente su alma al Criador el dia 24 de setiembre de 1341, á los cincuenta años de edad y veintisiete de religioso. Estaba en vida tan moreno, curtido y demacrado, que parecia un esqueleto viviente; pero en seguida que espiró apareció blanco, hermoso y resplandecien-

te, despidiendo un olor suavísimo. Pronunció la oracion fúnebre, ó mejor dicho, su panegirico, Fr. Bernardo de Sescala, quien por disposicion del confesor del Santo, dijo que en todo el discurso de su vida se mantuvo puro de alma y cuerpo, sin que jamás consintiese en culpa grave. Dieron los religiosos sepultura al venerable cuerpo en su convento de Gerona, y creciendo cada dia la devocion de los fieles, fué trasladado del primer depósito á la capilla y altar de su advocacion que se labró en el mismo monasterio, donde se le siguió tributando la veneracion debida al alto concepto de santidad que mereció por sus heróicas virtudes y por sus muchos milagros. Deseaba todo el Orden de Santo Domingo que se aprobase por la Santa Sede el culto inmemorial del siervo de Dios DALMACIO, y hecha sobre ello la informacion competente en el año de 1605, se remitió al Papa Paulo V para que lo confirmase. No tuvo el deseado efecto por entonces la pretension de Gerona; pero si lo tuvo en el pontificado de Inocencio XIII, como testifica el Papa Benedicto XIV, que ejercia á la sazón el oficio de promotor fiscal en Roma; quien escribe que formados los procesos apostólicos sobre el culto de DALMACIO, por los años de 1714, dada que fué la sentencia por los jueces delegados sobre ser constante de inmemorial, se aprobó por la Sagrada Consagracion de Ritos, y se confirmó por el expresado Sumo Pontífice Inocencio en 13 de agosto de 1722.

DIA 25.

San Lope, Obispo y Confesor, *Francés.*

DIA 26.

San Cipriano, Crescencio y Santa Justina, Mártires, *Sirios.*

DIA 27.

San Cosme y San Damian, Mártires, *Árabes.*

SAN ADULFO Y SAN JUAN, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Las actas de estos mártires fueron latamente escritas, según dice San Eulogio, por su maestro el ilustrísimo doctor abad Esperaendios; pero ó no llegaron á publicarse, ó padecieron extravío, y solo nos quedan de verdadero las noticias que dió San Eulogio en el lib. 2, cap. 8, que es lo aceptado por la *España Sagrada* en el tomo IX, y lo propio que nosotros aceptamos, como lo único verdaderamente autorizado.

Estos Santos fueron naturales de la provincia de Sevilla, como su santa hermana virgen y mártir Áurea, de quien hablamos en la página 88 de este tomo, dia 19 de julio, y descendientes de noble y rica familia. Su padre, cuyo nombre no nos ha legado la historia, era mahometano, y la madre, llamada Artemia, profesaba la religion católica, cuya santa idea inculcó en la mente de sus hijos. Muerto su marido, se retiró Artemia con su hija Áurea al monasterio de Santa Maria de Cuteclara, uno de los más distinguidos del territorio de Córdoba, y por esta fecha debió tener lugar el martirio de sus hijos ADULFO y JUAN, pues no habiéndola acompañado al monasterio, habiendo ocurrido el martirio de estos más de treinta años antes que el de su hermana Áurea, y á principios del reinado de Abderramen II, no puede colocarse la fecha del triunfo de ADULFO Y JUAN más que en uno de los dos años 824 ó 25. En el dia están conformes los más autorizados escritores y Martirologios, pues aunque en algun *Año Cristiano* hemos visto el 28 la fecha del martirio, puede ser una equivocacion del copiante. Sus santos cuerpos fueron enterrados en la iglesia de San Cipran de Córdoba, cuya noticia se tuvo por Mavillon al hablar de la traslacion de las reliquias de San Jorge y San Aurelio desde Córdoba á Paris.

DIA 28.

San Wenceslao, Mártir, *Bohemio*, Santa Eustoquia, Virgen, *Romana*.

BEATO SIMON DE ROJAS, CONFESOR, ESPAÑOL.

Valladolid fué la patria del BEATO SIMON DE ROJAS, que nació el día 28 de octubre del año 1552. Su padre, Gregorio Ruiz de Navamuel, era tambien natural de la misma ciudad, y su madre, Constanza de Rojas, tuvo su cuna en Móstoles, ambos pertenecientes á familias de antigua nobleza y de acomodada posicion. No fué solo SIMON el fruto de bendicion que concedió el Señor á este virtuoso matrimonio: tres hermanos tuvo nuestro BEATO, uno llamado Gregorio, como su padre, otro Garcia, y una hembra por nombre Ana. El día 4 de noviembre fué bautizado, conservándose despues con gran veneracion la pila en que recibió el agua, como igualmente la pieza en que nació convertida en capilla. Fué criado por su madre, y á los siete meses dejó el pecho, que no quiso volver á tomar. No habló hasta los quince meses, y las primeras palabras que pronunció fueron *Ave María*; palabras que tanto repitió en el discurso de su vida, y que sirvieron de lema á la célebre Congregacion que fundó en honor de la Virgen.

Desde la más tierna infancia manifestó decidida vocacion por las cosas de iglesia, y huyendo constantemente de los juegos y distracciones acostumbradas por los niños, cifraba su contento en tener altares muy adornados y las más bellas imágenes de la Virgen que podia adquirirse. Todo su anhelo y ardiente deseo era llegar á la edad necesaria para entrar religioso; pero este deseo no le impedia prepararse para los estudios mayores, y con gran aprovechamiento y rapidez aprendió hasta la gramática latina.

El grande aprecio en que estaba SIMON y toda su fami-

lia, hizo que el P. Provincial de Trinitarios de Valladolid, Fr. Rodrigo Terán, consintiese en la admision del jóven, aunque solo contaba diez y seis años, y en su virtud le vistió el hábito el mismo Provincial la vispera de San Simon del año 1568, teniendo que hacer un noviciado de cuatro años para poder profesar, los cuales aprovechó notablemente tanto en virtudes quanto en letras, bajo la direccion del maestro de novicios Fr. Bernardo de la Cruz. En seguida que profesó le mandaron á Salamanca á continuar los estudios, lo que verificó con la mayor brillantez, y tan luego como cumplió la edad competente determinaron los superiores que se ordenase de sacerdote; y habiendo pedido la gracia de que le permitieran decir la primera misa en el convento de Nuestra Señora de las Virtudes, sito en un despoblado á pocas leguas de Salamanca, y habiéndoselo concedido, pasó á él, y contento y feliz moró allí todo el tiempo que se lo permitieron. Regresó á Valladolid, y habiendo vacado la vicaría del convento de religiosas Trinitarias de Villoruela, la priora, que tenia noticias de la ciencia y virtudes de fray SIMON, escribió al Provincial suplicándole que le enviase por vicario. Accedió el Provincial, y el jóven religioso tuvo ocasion de alcanzar un nuevo lauro con las mejoras que introdujo en aquel convento, con aplauso de toda la Órden y profundo agradecimiento de las religiosas.

Terminado su encargo en el convento de Villoruela, fué nombrado lector de artes en el convento de Toledo. Tuvo necesidad de presentarse á argüir en la universidad, y lo hizo con tanta modestia, pero con tan profunda ciencia al mismo tiempo, que su fama subió al más alto grado, deseando los jóvenes más notables y aprovechados ser discípulos de tan eminente maestro. Entre otros muchos que honraron despues la España con sus virtudes y talentos, fueron discípulos del BEATO SIMON DE ROJAS el P. M. Fr. Luís Petit, general despues de la Órden; el M. Reinoso, que murió Obis-

po de Nueva-Segovia; el M. Fr. Fernando Nuñez, Obispo de Nicaragua; el M. Villaroel, predicador de la infanta Clara Eugenia, en Flandes; el M. Damian Lopez de Haro, Obispo de Puerto-Rico; el M. Monroy que murió mártir en Argel; y finalmente, el glorioso Beato Juan Bautista de la Concepcion, como dijimos en la vida [de este, pág. 206 del primer tomo de este SANTORAL.

Despues de haber leído varios cursos de filosofia y teologia, dejó la enseñanza por dedicarse al confesonario y al púlpito, y á la tranquila contemplacion en el retiro de su celda; pero no pudo disfrutar por mucho tiempo de este grato género de vida, porque el gran renombre que tenia en la Orden hizo desear á muchos conventos tenerle por superior. Defendióse cuanto pudo; pero la obediencia le obligó á marchar al de Cuéllar. Tomó por base principal de su gobierno no mandar sino lo que él mismo habia de ejecutar, pues nada alienta tanto á los inferiores y ahuyenta las quejas y murmuraciones, como el ver que los superiores ejecutan ellos mismos lo que mandan hacer á los otros.

Desde el convento de Cuéllar pasó á regir el de Talavera de la Reina, del cual, dejando tan buenos recuerdos como en aquel, marchó al de la Guardia. Al poco tiempo de su estancia en este, con el competente permiso del superior se retiró á pasar una temporada en rigurosa penitencia, á la cueva del santo niño mártir San Cristóbal; pero habiéndole elegido ministro el convento de Cuenca, tuvo que abandonar su gratisimo retiro, y como siempre, por obediencia á sus superiores, marchar á Cuenca, y despues con igual cargo á Alcira, Valencia, Ciudad-Rodrigo, Valladolid y Medina del Campo.

Noticioso el rey D. Felipe III de la ciencia y sublimes virtudes de FR. SIMON DE ROJAS, deseó tenerlo cerca de sí para oír sus consejos en los negocios complicados é importantes del Estado, é insinuáronle los cortesanos que le diese

algun empleo en la real cámara, á lo que contestó el rey: «Ese sería puntualmente el medio de alejarle para siempre de mi presencia: si es que ha de venir, no hay otro remedio sino que se lo manden sus superiores.» Valiéndose de este medio el soberano, llegó trasladado á la corte el BEATO SIMON, en la que fué recibido con el aprecio y veneración que á su virtud y mérito correspondía. El rey y la reina doña Margarita le consideraron y le distinguieron tan notablemente que le consultaban de continuo, aceptando por completo sus consejos; la reina se confesaba con él con gran frecuencia, y el rey le acompañaba cuando salía de la cámara, levantando las cortinas y abriendo las puertas. Muchísimas señoras de la corte le tomaron por confesor, y los más sábios empleados apelaban con frecuencia á sus consejos.

Pero estas ocupaciones en nada alteraron la vida religiosa de FR. SIMON: siempre el mismo fervor, y cada día aumentada su ferviente devoción á la Virgen, de la que fué perpetuamente el más amantísimo siervo. Como su pobreza era extremada, pidió á algunas personas devotas que abriesen una lámina pequeña de la imagen de la Virgen, con un letrero que dijese *Ave-María*, para distribuir estampas que propagasen más la devoción á la Reina de los Ángeles. Inmediatamente fué complacido, y se tiraron muchos millares de estampitas que no solo circularon por toda España, sino que fueron remitidas á Roma y á otros puntos del extranjero. El rey costeó también un gran número de rosarios con cuentas blancas engarzadas en cinta azul, colores que simbolizaban la Concepción, los cuales después de bendecidos por SIMON DE ROJAS, usaban todas las personas distinguidas y piadosas, con inclusión de los reyes y todos los caballeros y damas de la corte.

Los milagros obrados en personas que llevaban la estampa y el rosario, ó que los aplicaban á partes dañadas, ó apela-

ban á ellos como conductores del bien, en enfermedades y desgracias, pronunciando y repitiendo al mismo tiempo con fé el *Ave-Maria*, son tan numerosos, tanto en vida como despues del tránsito glorioso del BEATO SIMON DE ROJAS, que nos ocuparia su relacion la mayor parte de este libro.

Con gran frecuencia visitaba el rey al BEATO SIMON en su convento, llevando consigo á los príncipes, haciéndoles notar la pobreza de aquel santo religioso, y mirando él con envidia aquellos miserables ajuares, que le habian de producir más gloria que á él su palacio y sus riquezas. Alguna vez asistió tambien el rey con sus hijos á ver repartir al PADRE SIMON la comida que daba á los pobres en los claustros del convento: alabando unas veces la singular caridad de donde nacia, otras la especial devocion que en aquel acto manifestaba á la Reina de los Angeles, ensalzando de continuo su santo nombre, y otras en fin la discrecion y prudencia con que hacia aquellas limosnas, no para sustentar holgazanes, sino para alimentar soldados inválidos, que habian perdido sus miembros peleando en África contra los moros, ó en Flandes contra los enemigos de la Iglesia.

Mucho sirvió el BEATO SIMON al Caballero de Gracia, que fundó en Madrid un convento de religiosos, donde predicó tres años continuos, consiguiendo muchas conversiones de pecadores contumaces y la de un moro. Pasados los tres años le sucedió en este cargo el P. Gerónimo de Florencia, uno de los varones más doctos y distinguidos de aquella época, el cual, en el primer dia que predicó, comenzó diciendo: «Con temor subo á este púlpito habiendo predicado en él tanto tiempo el mayor devoto que ha habido de Nuestra Señora, desde San Bernardo hasta ahora.»

Eligióronle la primer vez para ministro del convento de Madrid, cargo que desempeñó, como todos, con el más admirable celo. Hizo varias obras de necesidad en el convento y de ornamento en el templo, que procuraba estuviese siempre

limpio, y para excitar más el cuidado y esmero del sacristan y de los demás religiosos, él mismo limpiaba los altares y barria muchos dias toda la iglesia. No permitia conversacion de los concurrentes á ella, ni que estuviesen mezclados los hombres y las mujeres. Su misa era sumamente concurrida, y despues que la terminaba, acudian á él muchos devotos, unos para que los dijese los Evangelios, y otros para que les echase la bendicion y les pusiese la mano sobre alguna parte dañada del cuerpo. Un dia, despues de haber dicho la misa en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, donde por lo regular lo hacia, se llegaron á él dos mujeres de agradable presencia á besarle la mano y á que se la pusiera en la cabeza, como remedio á los fuertes dolores de que padecian. Viéronlo dos jóvenes, que desde los piés de la iglesia miraban con interesados ojos á las mujeres, y murmuraron entre sí de la veneracion de estas al P. ROJAS, que estaba á tal distancia que nada podia oír de la conversacion de los jóvenes; pero yendo á donde se hallaban, les dijo: «Cosa santa es besar la mano á los sacerdotes, y por serlo nos las besan muchos; y si ustedes fuesen confesores, no porque oyeran mis muchos pecados, ó los de otros, quedarian manchados ú ofendidos.» Admirados y corridos quedaron los jóvenes oyéndose reprender de lo que no habia podido ser oido más que de Dios, y conmovidos se echaron á sus piés pidiéndole perdon; pero el bondadoso SIMON los alzó con dulzura, diciéndoles que él nada tenia que perdonarles, porque era más pecador que ellos.

Todos los fieles deseaban confesarse con él por la sabiduria de sus consejos, la dulzura de sus reprensiones, y el amoroso afecto con que colocaba en el buen camino á los extraviados. Descubrió la herejía de los Alumbrados, que despues castigó en Sevilla el tribunal de la Inquisicion. Con este motivo previno de nuevo á los confesores, sus súbditos, mandándoles que estudiasen muy profundamente la materia

para que combatiesen los errores que encubiertos con dulce corteza encerraban un terrible veneno, que se podía infiltrar en el alma de los fieles, conduciéndoles á su eterna perdición. Nada omitió para evitar esta, aumentando las conferencias con sus súbditos, esclareciendo toda clase de hechos y dichos, y alzando su potente y persuasiva voz en los púlpitos para difundir refulgente y clara la luz del Evangelio. Uno de sus primeros cuidados era buscar limosna para el auxilio de doncellas y viudas necesitadas, y evitar las perdiciones que con tanta frecuencia son hijas más de la miseria que de la voluntad de las pecadoras.

Penetraba los interiores, y más de una vez hizo advertencias á los religiosos acerca de lo que pensaban decir en los sermones, y que á nadie habían confiado. La asistencia al coro la miraba como uno de los primeros y más necesarios actos de toda la comunidad, y no toleraba ningun descuido de puntualidad en este deber. Hubo un religioso en el convento de Madrid, siendo ministro de él FR. SIMON DE ROJAS, excelente observador de todos los preceptos de la regla, menos de la asistencia al coro. Con la más dulce y amorosa solicitud le reprendió infinitas veces; pero el religioso, en lugar de enmendarse, cada día era menos asistente. Viendo SIMON que la dulzura alentaba en sus defectos al revelado súbdito, aunque con sentimiento, tomó el camino del rigor; pero irritado el delincuente formó empeño en no obedecer, y ninguna penitencia ni rigor fué bastante á conseguir la enmienda; en vista de lo cual, y no sabiendo ya qué hacer con aquel contumaz, el santo Prelado, reunió capítulo para que este determinase. Presentado el religioso ante el capítulo, y hecha por SIMON la exposicion de los hechos, determinó el capítulo que mientras deliberaba y resolvía la pena que debía imponerse al delincuente, recibiese este allí mismo una fuerte disciplina. Oido esto por el BEATO SIMON DE ROJAS, se desnudó las espaldas y se

postró de rodillas delante del religioso condenado para que este le diese la disciplina, cumpliendo la condena por él, y ejecutada por su mano. De tal manera se conmovió el delincuente al ver un acto tan admirable de caridad, que cayó desmayado en tierra, estando despues muchos dias enfermo de suma gravedad. Se restableció por fin, y tan arrepentido de sus pasadas faltas, que no volvió á incurrir ni en la más leve durante el resto de sus dias.

Más con su ejemplo que con sus palabras, excitaba á la penitencia á sus subordinados, aunque ninguno pudo llegar á las rigorosísimas que él practicaba, y que solo la proteccion del cielo podia darle unas fuerzas para resistirlas que no se conciben en la humana naturaleza. Además de los cilicios con que llevaba ceñido su cuerpo, y las sangrientas disciplinas que de continuo se daba, todas las noches, despues de cantados los maitines, bajaba al claustro en compañía de un donado confidente suyo, el cual le ataba á una columna y le daba muchos azotes en memoria de los que recibió el Redentor. Tomaba despues el Santo una pesada cruz sobre el hombro, fijaba en la cabeza una corona de espinas agudas y penetrantes, echábase un cordel al cuello, y puestas las rodillas desnudas en tierra, andaba por el claustro las estaciones, meditando sobre los tormentos que sufrió el Redentor, y que tan al vivo imitaba. Terminadas las estaciones, tendia la cruz en el suelo, y ehándose sobre ella se hacia atar los piés y las manos, y levantándola despues el donado, quedaba por espacio de dos horas en tan dolorosa postura. Este género de penitencia, tan nueva y desconocida, producía tales delicias en el generoso espíritu de SIMON DE ROJAS, que apenas dejaba de practicarla ninguna noche, y lejos de debilitar sus fuerzas, le dejaba tan ágil para las ocupaciones del siguiente dia como si hubiera pasado la noche descansando en el más delicioso y mullido lecho.

No podían ocultarse tan completamente estos santos y

sorprendentes ejercicios que no los supieran muchas personas de la corte, y todo el devoto que se encontraba con alguna tribulacion, desgracia ó enfermedad, se encomendaba al BEATO SIMON á la media noche, en cuya hora le consideraban hablando con Dios.

La persona que más le distinguió con constante afecto y respetuosa veneracion, fué la infanta doña Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano, y sobrina del rey D. Felipe II, que pudiendo ser reina de España, lo despreció todo por consagrarse á Dios en el convento de las Descalzas Reales de Madrid. Visitábala casi diariamente, y en santos coloquios pasaban largos ratos, recibiendo la infanta con el mayor placer las sábias instrucciones de Fr. SIMON para mejor servir á Dios y ganar un asiento en el paraíso.

Al salir una tarde de visitar á la infanta sor Margarita de la Cruz, encontró á los reyes que iban á ver á su parienta: se detuvieron para saludarle y hablarle con la amabilidad y cariño que siempre lo hacian, y la reina comprendió por algunas palabras de Fr. SIMON que la avisaba muerte próxima. Y así sucedió en efecto. Al poco tiempo é inmediatamente despues de un parto trabajosisimo, acometieron á la reina fuertes accidentes, quedando en el último completamente sin sentido ninguno, sin movimiento y sin pulsos. El rey y toda la corte estaban traspasados de dolor; los médicos tenian agotados ya todos los recursos de la ciencia, y el dolor del rey le aumentaba el considerar que su esposa moria sin Sacramentos. En tal conflicto se acuerda del BEATO SIMON, y manda que vayan á buscarlo inmediatamente. Sin perder momento parten los mensajeros, y con una brevedad asombrosa llega al Escorial, se presenta en palacio, y al entrar en la cámara donde yacia agonizando la reina, exclama en alta voz: *Ave María*, señora; y tomando movimiento su cuerpo, contesta con voz clara la reina: *Gratia plena*, PADRE ROJAS. Atónito quedó el rey y todos los pre-

sentés, y más viendo que la reina se había aliviado lo bastante para tomar con pleno conocimiento los Santos Sacramentos, como lo verificó en seguida, muriendo después dulce y plácidamente.

Agradecido Felipe III, y besando la mano al PADRE SIMON DE ROJAS delante de toda la corte, le dijo que le pidiera cuanto quisiese, pues nada que estuviera en su mano le negaría para sí, para sus conventos ó para sus amigos. Agradeció profundamente la oferta el santo religioso, y solo pidió al rey se dignase amparar los grandes deseos que hacia tiempo tenia de fundar una Congregacion del Dulcísimo Nombre de María, inscribiéndose en ella S. M. y SS. AA. Accedió desde luego el rey, y en su virtud se fundó en seguida la Real Congregacion de Esclavos de María, á la que han protegido muchos Papas, reyes y príncipes. Impetró de Su Santidad la concesion del rezo del Dulcísimo Nombre de María para la religion de la Santísima Trinidad, que se celebraba el dia 17 de setiembre, extendiéndose después á toda España, y más tarde á toda la Iglesia, en el domingo después de la Natividad de Nuestra Señora.

Procuró con todas sus fuerzas el BEATO SIMON DE ROJAS propagar la devocion á la Virgen, dilatando cuanto podia el circulo de la Congregacion primitiva, y creando otras bajo las propias bases y estatutos, en muchas poblaciones; y tanto aprovechaba el tiempo, que, con que solo parase un dia en un pueblo, empleaba todas las horas que podia en fundar ó procurar fundar allí tambien congregacion. En la villa de Colmenar de Oreja estuvo solo unas pocas horas y dejó fundada la Congregacion del Ave-Maria, la cual tuvo después tanto engrandecimiento en aquella poblacion, que para honrar la fiesta del BEATO SIMON DE ROJAS, fundador de la congregacion, quedó establecido en aquel dia dar una buena limosna á setenta y dos pobres.

Siguió el rey el parecer de SIMON DE ROJAS, de que se

acabase de expulsar á los moros de España; y contra el dicho comun que entonces se acostumbraba á repetir de continuo, de que «cuantos más moros, más ganancia,» por los derechos de hospedaje ó estancia que pagaban, oponia él el refran que dice: «de los enemigos, los menos.» Hizo que se recogiesen y prohibiesen las pinturas obscenas; que no se cantasen cosas profanas en los templos, que se reformasen las licencias y abusos en Carnaval; que se corrigiesen los escándalos continuos en una calle de la córte, á la que puso el nombre de *Ave-María*, que conserva, para que este sagrado nombre alejase la impudencia y el crimen.

Fué dos veces visitador de Castilla, y el rey le nombró maestro y ayo de los infantes, y consultaba con él todos los asuntos más árduos de la monarquía. Profetizó al cardenal D. Bernardo de Rojas su muerte: consoló al duque de Lerma en su caída: al duque de Osuna le dispuso para ganar la gloria, y á D. Rodrigo Calderon para que recibiese, resignado á la voluntad de Dios, el terrible golpe. Nombróle el rey primero Obispo de Jaen y luego de Valladolid, y ninguna de las dos veces le permitió su profunda humildad aceptar el cargo. Dióle el rey un precioso brillante con un cabello de la Virgen; adoró la reliquia, pero no la admitió por el brillante que tenia. Profetizó á muchas señoras la sucesion que tendrian, y á las embarazadas cuándo habian de parir, y á qué sexo habia de pertenecer la criatura. Todos los que emprendian largos viajes acudian á él para que les diera su bendicion.

Enfermó de muerte el rey D. Felipe III, y el P. ROJAS no se separó de su cabecera hasta que espiró, asistiéndole con la más exquisita solicitud y disponiendo su alma para alcanzar la gloria. El sucesor, D. Felipe IV, y su mujer doña Isabel de Borbon, le nombraron su confesor, cargo que admitió con las condiciones de que no habia de usar coche, ni tener sueldo ni retribucion de otra clase, ni honor ni distincion ninguna, y que no habian de impedirle la asistencia

á los pobres, á los enfermos en los hospitales, y las visitas á los presos. Sosegó á la reina en sus angustias penetrando sus sentimientos más ocultos, y reformó el lujo y los desórdenes de palacio.

Setenta y dos años contaba de edad por el de 1624, cuando queriendo ya el Señor dar el apetecido galardón á su apasionado siervo, le anunció su próxima muerte. Inexplicable es el placer que se apoderó de aquel santo pecho, y á pesar de ser tan puro, inmediatamente se dispuso para presentarse dignamente en el tribunal divino, doblando las penitencias y austeridades á un punto apenas concebible. Se despidió de sus hijos espirituales, de sus amigos, de los reyes y de todos los señores de la corte, diciendo á todos que iba á emprender muy luego un largo viaje. Mucho sentían todos la marcha del P. ROJAS, porque en su presencia creían que sus males y aflicciones habían de encontrar siempre pronto y eficaz consuelo; pero á pesar de la ancianidad y débil estado de SIMON DE ROJAS, nadie sospechó que el viaje que decía iba á hacer en seguida fuera el de la eternidad. Finalmente, el día 28 de setiembre del citado año de 1624, á las seis de la mañana le atacó una apoplejía que le dejó completamente sin sentido ni movimiento: acudieron inmediatamente todos los religiosos, se llamaron los mejores médicos, y el rey mandó los suyos; pero todo fué inútil: á las treinta y tres horas, día 29, á las tres de la tarde, espiró sin haber vuelto en sí ni un momento, ni haber pronunciado una palabra. La reina encargó al Patriarca de las Indias que recogiese los hábitos del P. ROJAS para hacer mantillas para los infantes que pariese, y acudieron al convento á contemplar y venerar el santo cuerpo todos los señores y damas de la corte, y una inmensa muchedumbre del pueblo. Por espacio de doce días celebraron sus honras las Órdenes de Madrid con una solemnidad solo empleada en las de los reyes, y con la misma fué depositado el santo cadáver en la capilla de Nuestra Señora

de los Remedios de su convento. Los más famosos oradores sagrados pronunciaron brillantes oraciones fúnebres, haciendo exposicion de los principales actos de la vida de tan admirable varon.

Infinitos milagros obró despues el Señor en los achacosos que con fé aplicaban reliquias del BEATO SIMON á las partes dolientes. Iguales beneficios disfrutaron las parturientas en partos dificeiles, con retratos, firmas y otras prendas veneradas y milagrosas. En virtud de ello, se procedió á hacer las informaciones por la autoridad ordinaria para la beatificacion y canonizacion del siervo de Dios, y antes de terminarlas pasaron los jueces el dia 4 de julio de 1629 á reconocer la sepultura, asistiendo á la ceremonia el cardenal D. Gabriel de Tejo, presidente de Castilla, con cuatro obispos que se hallaban en la córte. Al abrir la caja que encerraba el santo cadáver salieron de ella un gran número de mariposas blancas, y las campanas hicieron la señal del *Ave-Maria*, sin que se supiera quién las tocó. Encontraron el cuerpo tan completo y natural como cuando le dieron sepultura, manteniéndose de pié sin apoyo ninguno como si estuviera vivo, y exhalando una fragancia deliciosísima, no parecida á ningun olor de los conocidos. Volvióse á depositar en la misma caja y sitio, continuándose la causa de la beatificacion, cuyo Breve fué expedido en 18 de mayo de 1766 por el Papa Clemente XIII, celebrándose en Roma al siguiente dia 19 con la mayor solemnidad, señalando para dia propio de su fiesta el 28 de setiembre, por celebrar la Iglesia en el 29, en que murió, la Dedicacion de San Miguel Arcángel; y despues, á peticion del rey de España, concedió Su Santidad para todo el reino y sus dominios el rezo y oficio con rito doble.

SAN GARCÍA, ABAD DE ARLANZA, ESPAÑOL.

Tan dichosa como fué en la antigüedad la provincia y diócesi de Búrgos en producir varones eminentes en santidad,

ciencia y toda clase de heróicas virtudes, con los que tan poderosamente contribuyó al engrandecimiento del reino de Castilla, tanto fué de desgraciada en no contar con detenidos y curiosos escritores, que, investigando los actos de aquellos esclarecidos varones, los legasen á la posteridad, consignados en la historia, para gloria de los héroes que los consumaron, y de la comarca que tuvo la dicha de contarlos entre sus hijos. Nombres, que solo conocen algunos pocos literatos investigadores, hechos cuyos actores únicamente se sabe cómo se llamaron, y acciones admirables que ni aun el nombre se conoce de los que las llevaron á cabo, es lo que nos da la antigua historia de Búrgos. Lo muy poco que acerca de ella se escribió entonces, en aquella época en que precisamente más ricas cosechas de inmarcesibles glorias tuvo, unido á las quemadas de archivos y bibliotecas, ha dejado en la oscuridad mil y mil hechos, y héroes actores de ellos, que hoy brillarian entre los más esclarecidos personajes que honran la historia sagrada y profana de nuestra patria.

SAN GARCÍA, abad de Arlanza, es uno de los varones ilustres de aquella diócesi, cuya memoria ha legado la historia á la posteridad; pero con tanta parquedad de noticias, que ni se sabe á qué familia pertenecía ni en qué año vino al mundo; cosa tanto más de extrañar, cuanto que SAN GARCÍA, ya por su ciencia y virtudes, y ya por la estrecha amistad que le unió al rey D. Fernando I, fué uno de los personajes más notables de su siglo. Habiendo fallecido anciano en el año de 1073, se cree generalmente que vino al mundo á fines del siglo X ó principios del XI. Su cuna la tuvo en el pueblo de la diócesi de Búrgos, sito entre Belorado y Briviesca, llamado Quintanilla, que despues tomó el nombre de San García, en honor al Santo, que vió allí la luz primera.

Sin darnos la historia la más pequeña noticia de la infancia y juventud de GARCÍA, de sus estudios, ocupaciones ni inclinaciones, nos le presenta monje ya del célebre monaste-

rio de San Pedro de Arlanza, y muy respetado y considerado por sus superiores conocimientos y esclarecidas virtudes, visitado con frecuencia por el rey y por los más elevados é ilustres personajes de la corte.

En el año 1039 sucedió al abad Aureolo, y desde aquel año hasta su muerte continuó de abad en Arlanza, amentando cada día la importancia moral y material de este renombrado monasterio. La moral, por los esclarecidos varones que en tan gran número llegó á reunir aquella santa casa durante la prelación de tan ilustre abad, que transmitiendo su ciencia á sus subordinados hizo de ellos la comunidad más ilustrada de su época; y enseñándoles con su ejemplo la más perfecta práctica de todas las virtudes, y la más rígida observancia de la regla, hizolos al mismo tiempo que sábios, modelos de santidad, que eran la edificación de todo el país. Y la material, por el grande aumento que tuvieron las rentas del monasterio con las cuantiosas donaciones que le hizo el rey don Fernando y varios señores de la corte, á quienes el profundo y sincero afecto que profesaban al Prelado les impelia á favorecer al monasterio.

Deseosas las comunidades de algunos monasterios de la comarca de ser regidas por tan ejemplar abad, le rogaron que las tomase bajo su protección y dirección. La humildad y modestia de GARCÍA se opuso por algun tiempo á acceder á las peticiones, pareciéndole que era aceptar demasiada importancia el encargarse como jefe y superior de más comunidades que la de Arlanza, á la que no costó poco trabajo conseguir que se resignase á ser su abad; pero á las peticiones siguieron las súplicas, las gestiones de personas influyentes en su ánimo por los favores que su monasterio les debía, y sobre todo le hicieron ver lo interesado que estaba el mejor servicio de Dios y el esplendor de la religion cristiana, y al fin accedió, uniéndose en su virtud y como dependientes de él al monasterio de San Pedro de Arlanza

varios de los existentes en la comarca. Aunque su residencia fija era en el de Arlanza, en todos moraba más ó menos tiempo, según el que necesitaba para arreglar los asuntos y la disciplina, y dejar con su ejemplo sólidas bases de perfecta vida religiosa y rígida observancia de las prescripciones de la regla.

Muchas escrituras se han conservado firmadas por el abad SAN GARCÍA de aceptación, de donaciones, adquisición de propiedades para el monasterio, y permutas de fincas, hechas desde el año de 1056 inclusive en adelante, con otros abades, y especialmente con el del monasterio de Oña.

Al más alto grado lleva la historia las alabanzas de la virtud y santidad de SAN GARCÍA por esta época de su vida, diciendo que fueron infinitos los milagros que el Todopoderoso obró por mano de su amantísimo siervo durante ella: omite, sin embargo, hacer detallada mención de ellos, dando pormenores solo de uno. Habiendo repartido de limosna á los pobres que acudieron cuantas provisiones tenía el despensero, por mandato del abad, en los primeros días de una Semana Santa, se halló el viernes Santo con solo pan, y en poca cantidad, y agua que poder dar á la comunidad; y comprendiendo que era muy poco alimento, y que quizá no pudieran resistir tanta abstinencia algunos monjes sumamente debilitados por los ayunos, penitencias, y por los muchos años que contaban de edad, bendijo el agua, que inmediatamente se convirtió en vino, el cual, con el poco de pan que á cada monje tocó en el reparto de lo que había, dió alguna fuerza á los estenuados estómagos, pudiendo resistir sin lamentables consecuencias hasta la llegada de provisiones. Para perpetuar la memoria de este milagro, se consignó en el epitafio que pusieron en su sepulcro.

Otro favor le concedió el cielo revelándole el sitio que ocupaban los santos cuerpos de San Vicente, Santa Sabina y Santa Cristeta, moviéndole á que los sacase de Ávi-

la, donde no tenían culto, y honrase con ellos su monasterio.

El monje Gonzalo Berceo, que vivía en el año de 1211, escribió en verso los elogios de SAN GARCÍA en la vida de Santo Domingo de Silos, y hablando del monasterio de San Pedro de Arlanza, dice en versos pertenecientes á la cuna de la poesía castellana, lo siguiente:

«Avia y un *Abbad Santo*, servo del Criador,
D. Garcia por nombre, de bondad amador:
Era del Monasterio Cabdiello et Sennor,
La grey demostraba qual era el Pastor.

En vision le vino de fer un Ministerio
A aquellos santos Martires cuerpos de tan gran precio,
Que los desoterrase del vieio ciminterio,
El que los aduxiese por al su Monesterio.

Fabló con el Rey, al que Dios dé bon poso,
Al que dicien Fernando un Princep muy precioso:
Tóvolo por buen seso, et por fecho fermoso:
Non fo para comprirlo el Abbad pereszoso.

Convidó los Obispos, et los Provinciales,
Abbades et Piores, otros Monjes claustrales,
Díaconos, et Prestes, otras personas tales,
De los del Señorío todos los Mayorales.

Foron y Caballeros, et grandes Infanzones,
De los pueblos menudos mugieres et varones:
De diversas maneras eran las procesiones,
Unos cantaban laudes, otros dicien canciones.

Aduxieron el cuerpo de Sennor San Vicent,
Et de las sus ermanas onrado bien et gent,
Todos cantando laudes al Dios Omnipotent,
Que sobre pecadores á siempre cosiment.

Travesaron el Duero, esa agua cabdal,
A bueltas Duraton, Esgueva otro tal,
Plegaron á Arlanza, acerca del ostal,
Non entrarien las gentes en si bel corral.

Sennor Santo Domingo el natural de Cannas,
 Que nasció en bon punto, pleno de bonas mannas,
 Y viene cabdellando esas bonas campannas,
 Faciendo captenencias, que non avrien calannas.
 Condesaron los cuerpos otro dia mannana:
 Vincencio et Sabina, et Cristeta su ermana:
 Metiéronlos en tumba firme et adiana,
 Facía grant alegría esa gent castellana.
 En esa traslacion destos tres ermanos
 Fueron muchos enfermos de los dolores sanos,
 Los unos de los pies, los otros de las manos,
 Ond rendien á Dios graciaš, Christianas y Christianos.»

De todos estos milagros fué la ocasion el santo abad de Arlanza GARCÍA, por haberle escogido el Todopoderoso para llevar allí los Santos de Ávila. El año en que tuvo lugar este suceso debió ser el año de 1061 ó principios del 62, pues solo desde el año de 1062 em piezan á oirse los nombres de estos Santos. El primer privilegio que los menciona es de 20 de mayo de 1062, en que el rey D. Fernando y su mujer doña Sancha dieron la villa de San Ginés, llamada despues Santa Inés, á los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, San Martin, Obispo, San Pelayo, mártir, San Miguel Arcángel, San Vicente, Sabina y Cristeta, mártires, presente el abad D. GARCÍA y varios Prelados y señores, que expresa Sandoval, pág. 348.

Poco más de diez años sobrevivió á estos hechos el Santo abad GARCÍA, los cuales pasó, no solo sosteniendo, sino aumentando mes por mes y año por año la gloria de su nombre y del monasterio que regia. Llegó por fin el año ya dicho de 1073, y con él la dichosa hora de recoger GARCÍA el premio de sus virtudes, pasando de esta vida de penalidades y tormentos á la eternamente dichosa, que tiene el Señor reservada para los justos.

Fué sepultado su santo cadáver en la pared de la nave iz-

quierda de la iglesia de Arlanza, inmediato á la capilla llamada de los Mártires, poniéndose sobre el sepulcro la siguiente inscripcion:

«Aquí está sepultado el cuerpo del glorioso SAN GARCÍA, abad que fué de esta casa, y entre muchos testimonios que hay de su santidad, uno es que un viernes Santo, comiendo pan y agua con sus monjes, echando la bendicion, convirtió el agua en vino. Tambien le fué revelado dónde estaban los gloriosos mártires San Vicente, Santa Sabina y Cristeta su hermana; y consultándolo con Santo Domingo de Silos, de comun parecer fueron á dar parte al rey D. Fernando I, el cual, acompañado de muchos Obispos y grandes de su reino, fué á Ávila, y de allí con este santo y real acompañamiento los trasladó á esta casa por intercesion de este Santo, el cual murió año de MLXXIII.»

Desde el primitivo sitio fué trasladado el santo cadáver, metido en una urna, á la capilla de los Mártires en el año 1620, segun justifica un pergamino hallado dentro de la urna en el año de 1724, en que se abrió esta para dar una reliquia al pueblo de Quintanilla, patria del Santo. La reliquia fué el hueso de la cadera derecha, que adoraron todos los que se hallaban presentes; y envolviéndole en un cendal azul, fué encerrado en una arquita que habian llevado los apoderados del pueblo. Echadas las dos llaves que tenia el arca, en presencia de autorizados testigos, el abad á la sazón de Arlanza, Fr. Diego Martinez, entregó las llaves y el arca al cura de Quintanilla, D. Pedro de Vesga, encargado de la conduccion de la reliquia á su iglesia.

SAN MARCELO CENTURION, MÁRTIR, ESPAÑOL.

Uno de los escritores modernos que más noticias, consignadas por los antiguos, ha reunido para escribir la vida de este santo español y de su mujer Santa Nona, ha sido Mazariegos, y no pudiendo nosotros mejorar su escrito con más

datos históricos, le reproducimos tal cual aquel ilustrado escritor le dió á luz.

SAN MARCELO CENTURION, cuya memoria ha sido siempre célebre en España, así por la heroica fortaleza con que sostuvo la defensa de la fé, como por haber sido padre de no pocos valerosos hijos, que dieron mucho honor á nuestra Iglesia con los gloriosos triunfos que consiguieron de los paganos, tiénese por tradicion de los siglos pasados que nació en la ciudad de Leon, que despues fué cabeza y córte del reino de su nombre, y que en ella floreció en la profesion militar, en tiempo del presidente Anastasio Fortunato que la gobernaba, y fué el que le envió á Aurelio Agricolano, vicario del prefecto Pretorio en la ciudad de Tingi ó Tánger en África, donde fué martirizado.

Era **SAN MARCELO** centurion, esto es, cabeza de cien ó de ciento y diez soldados de una de las legiones romanas, bien fuese de la segunda Trajana, como se lee en las actas que publicaron Baronio y Ruinart, ó de la sétima Genima, como conjetura Risco, por haber residido ordinariamente en Leon. Era casado con Santa Nonia ó Nona. D. Lucas de Tuy dice que tuvieron doce hijos, todos mártires, Claudio, Lupercio, Victorico, Facundo, Primitivo, Emeterio, Celedonio, Servando, Germano, Fausto, Januario y Marcial. En el antifonario gótico de Leon, que se escribió antes de aquel Obispo, se cuentan solamente los nueve primeros. Los breviarios antiguos de Compostela y Évora, nombran los doce como don Lucas de Tuy; y generalmente se cree en España que estos Santos tuvieron doce hijos mártires, si bien en los nombres de ellos no concuerdan todos.

En el año, pues, 298 del Señor, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, y cónsules Anicio, Fausto II y Severo Galo, á 24 de julio se celebró la exaltacion de Maximiano Heráculo al imperio. En esta solemnidad ofrecian los soldados sacrificios á los dioses, y para que fuese más solemne la funcion,

hizo publicar un edicto el presidente Anastasio Fortunato, por el que mandaba que todos los pueblos de la provincia concurriesen á Leon el dia que señaló para la festividad. MARCELO, estando delante de las banderas de su legion, lastimado de ver tanta gente entregada á la idolatria, á vista de todos se quitó el cingulo ó banda militar, y dijo: *Yo solo sirvo á Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los señores: por lo que desisto de servir á los emperadores, y desprecio á vuestros dioses, que son unos idolos mudos y sordos. Si es tal la condicion de los soldados que han de ser compelidos á sacrificar á los dioses falsos, ved cómo arrojo el cingulo é insignias militares.* Diciendo esto arrojó tambien el sarmiento que llevaba en la mano como divisa de su empleo ó grado, y las armas.

Atónitos dejó á los soldados la resolucion de MARCELO; pero como sus voces y sus hechos abominaban la solemnidad de un acto que creian ser el más acepto á los principes del mundo, prendieron á MARCELO, y lo presentaron á Fortunato, haciéndole relacion de todo lo ocurrido. Dió por entonces orden el gobernador que lo pusiesen en la cárcel, hasta que se concluyesen los regocijos de la funcion, y finalizados estos hizo que compareciese al consistorio donde tenia su tribunal. Preguntóle Fortunato lleno de ira: *¿Qué causa has tenido para arrojar el cingulo militar, procediendo en esto contra las ordenanzas á que estás obligado?* Y revestido MARCELO de aquel valor y de aquella fortaleza que forman el carácter de los héroes del cristianismo, le respondió á presencia de todo el pueblo: *La causa es, que siendo como soy cristiano, no puedo servir sino á Jesucristo, hijo de Dios Omnipotente: por esto me he despojado de las insignias militares, que parece obligan á prestar sacrificio á unas deidades quiméricas, como son las que vosotros adorais.—Yo no puedo disimular tu temeridad,* siguió Fortunato, *de la que daré parte al César, enviándote por ahora á mi principal Agricolano.—Haz lo que te parezca,* contestó MARCELO; *con el bien entendido, que á*

donde quiera que vaya, haré la misma confesion de mi Señor Jesucristo.

Envió con efecto Fortunato á MARCELO, cargado de prisiones, á la metrópoli de la Mauritania, donde á la sazón se hallaba Agricolano, y habiendo llegado á aquella ciudad, despues de los innumerables trabajos é incomodidades que padeció en la dilatada distancia que hay desde Leon á Tán-ger, se dió parte al prefecto de que el gobernador de Leon le enviaba un hombre llamado MARCELO. El proceso le llevó Cecilio, soldado del mismo ejército. Mandó Agricolano á uno de sus oficiales leer en alta voz el proceso, que estaba concebido en estos términos: «Anastasio Fortunato, presidente de la legion Trajánica, á D. S. Aureliano Agricolano, prefecto de la Mauritania de España y de Francia. Este soldado, llamado MARCELO, del orden de centurion, habiendo arrojado el cingulo militar, ha protestado delante del pueblo que es cristiano: ha hablado muchas blasfemias contra nuestros dioses y los Césares; por lo que te lo dirigimos para que mandes observar lo que determine V. celsitud.—Vale.»

Leído que fué el proceso, preguntó Agricolano á MARCELO:—*¿Qué furor te ha preocupado para arrojar las insignias militares, y para proferir semejantes expresiones?—No hay furor alguno en los que temen al Señor,* respondió el Santo; y queriendo el prefecto certificarse de la verdad, continuó el interrogatorio preguntándole: *¿Has hablado con efecto las palabras que constan en las actas proconsulares, y has arrojado las armas?* Y contestándolo así el famoso centurion, pronunció contra él Agricolano la sentencia siguiente: «Porque MARCELO, centurion, ha depuesto el cingulo militar, quebrantando el juramento de su profesion públicamente; porque ha blasfemado de los dioses y de los Césares; y porque se ha ratificado en las palabras llenas de furor que contienen las actas del tribuno, conviene que sea decapitado.» Oyó MARCELO

sin la menor alteracion la injusta providencia del prefecto, y mostrándose agradecido, le dijo: *Agricolano, Dios te haga bien y tenga misericordia de tí.* Y conducido al lugar del suplicio, y puesto en oracion, fué degollado en el mismo dia en que entró en Tánger, y fué presentado en el tribunal. Las actas de nuestras iglesias dicen que fué presentado en el tribunal el dia 29 de setiembre á principios del siglo V; mas las que publicaron Baronio y Ruinart, dicen que el 30. El escribano que asistió á este juicio, tenia por nombre Cariano: admirado de la constancia de MARCELO, y enojado contra la crueldad de Agricolano, tiró contra el suelo el libro y la pluma con que escribia. Y al presidente que le hizo cargo de aquel atenta do, respondió que no tenia más causa para esta accion que la execrable sentencia que acababa de oir contra MARCELO. Mandóle encarcelar, y habiendo él confesado la fé, en el mismo sitio donde fué ejecutada la sentencia de MARCELO, fué degollado el dia 3 de diciembre.

Recogieron los cristianos el venerable cuerpo del ilustre mártir MARCELO en el silencio de la noche, y le dieron sepultura con la cautela que permitian aquellas edades calamitosas.

Muy pronto se extendió por todo el mundo la gloria de este martirio. Hacen de él memoria Adon, Usuardo, y Wandetherto, que floreció hácia la mitad del siglo IX. Este último escritor añade sin apoyo ninguno, que junto con MARCELO padecieron otros doscientos veinte mártires africanos. Nuestra Iglesia muy de antiguo celebra su fiesta. El himno de vísperas que en su oficio conserva el breviario gótico, es justamente alabado por su elegancia. En Leon se celebra su fiesta el dia 29 de octubre; en otras partes hoy. Esta variedad pende de la que hay en las actas acerca del dia de su martirio.

Después que D. Alfonso el Católico echó los moros de Leon, se edificó en aquella ciudad una iglesia con la advoca-

cion de SAN MARCELO. Edificóla D. Ramiro I fuera de los muros, junto á la puerta que se llamó Cauriense, y despues Cuveses, entre el antiguo monasterio de San Miguel y el de los mártires San Adrian y Santa Natalia. Reedificóla á fines del siglo XI el Obispo D. Pedro, y junto á ella se erigió un hospital. Esta iglesia estuvo en poder de los reyes hasta don Sancho el Gordo, que hizo donacion de ella á la catedral de Santa Maria de Regla. Hállase tambien con el titulo de monasterio en el necrologio antiguo legunense. Ahora es parroquia y tiene la buena dicha de poseer el cuerpo del santo mártir, traído de Tánger á Leon en tiempo de los Reyes Católicos, en el año de 1493 por la diligencia de cierto presbitero llamado Isla. No lejos de esta iglesia se edificó un oratorio reverenciado por tradicion como sitio donde estuvo la casa del santo mártir.

SANTA NONA Ó NONIA, VIUDA, ESPAÑOLA.

Nuestros historiadores tienen comunmente recibido que el santo mártir centurion Marcelo, cuya historia precede, fué casado y tuvo por mujer á SANTA NONA, ó NONIA, como otros escriben. No hay noticias particulares de esta Santa en escrituras antiguas, y solo se sabe de ella lo que ha conservado la tradicion, que el ilustrisimo Trujillo, Obispo de Leon, refiere de este modo: «La noble y bienaventurada NONIA fué mujer del valeroso centurion San Marcelo, mártir. Tuviron los dos del matrimonio doce hijos que todos murieron con insignes martirios en poder de crueles tiranos por la fé de Jesucristo. Y hase de creer que quien tan buen marido tuvo y tan santos hijos crió, que ella fuese santisima mujer, y que quien tan bien los habia criado y doctrinado para la muerte por Cristo, los imitaria y animaria como la Macabea y las Santas Sinforosa y Felicitas á los suyos. Traspasóle las entrañas el cuchillo del dolor, porque vió la muerte de su marido y de algunos hijos. Y viéndose ya sola (como en

Leon es tradicion muy recibida), pidió á Nuestro Señor se sirviese de que acabase con esta vida, y la llevase á gozar de sus infinitos bienes con su marido é hijos. Concedióselo Nuestro Señor, y fué servido sumirla en la tierra, á donde quedaron por su memoria y acuerdo en esta ciudad, un pozo y una pequeñuela ermita y altar, que han sentado esta tradicion juntamente con una hermandad antigua de cofrades honrados de ella, que tienen su advocacion y fundacion de aquella ermita.»—Vasco hace tambien memoria de esta tradicion citando á L. Marineo Sículo, el cual en el libro V de *Rebus Hispanie* pone un capitulo en que trata de San Marcelo y SANTA NONA, atribuyéndoles once hijos mártires. Dice luego de la madre lo que sigue: *Quos cum SANCTA NONA vidisset extinctos, unicum filium parvulum brachio complexa; flexis genibus, et multis perfusa lacrymis Deum oravit, ut eam cum filio à vitæ periculis eriperet. Et cum hoc dixisset repente lacus exortus est, que statim matrem cum filio divinitus absorbit. Cuyus aquam videntes infirmi sanantur uvi Legionensis civitas circa lacum templum edificavit, quod SANCTA NONÆ dicitur.* (Risco, tit. 34, pág. 350.)

DIA 29.

La Dedicacion de San Miguel Arcángel.

DIA 30.

San Gerónimo, Doctor y Fundador, *Iliriense*, y Santa Sofia, viuda, *Siria*.

SAN ACISCLO Y SANTA VICTORIA, MÁRTIRES, ESPAÑOLES (1).

En la ciudad de Córdoba, tan célebre en los tiempos anti-

(1) Esta vida fué escrita á principios del año de 1862, por el señor Nenclares, Director-Redactor del SANTORAL ESPAÑOL, y publicada por aquella fecha en las primeras entregas de la obra que comenzó á ver la luz con el título de *Vidas de los Santos Españoles*;

guos como en los modernos, por los gloriosos hechos acabados en ella, y por los ilustres varones que en santidad, letras y armas ha producido, para honra y prez de la nacion española, tuvieron su cuna los Santos hermanos ACISCLO y VICTORIA.

Nada se sabe de los primeros años de su vida, ignorándose completamente quiénes fuesen y á qué clase de la sociedad pertenecian los que tuvieron la dicha de darles el ser. Padilla y Trujillo quieren hacerlos hijos de San Marcelo de Leon; pero es de todo punto infundada esta suposicion, porque ni las actas del martirio de San Marcelo dicen nada de los Santos cordobeses ACISCLO y VICTORIA, ni en las de estos se hace tampoco mencion de aquel. Además, escritores tan autorizados como Vaseo, el Tudense, el P. Martin de Roa y Morales, que escribieron de la vida de San Marcelo, no incluyen entre los nombres de los doce mártires, hijos de este, á SAN ACISCLO y SANTA VICTORIA, admitiendo tambien esta excepcion San Eulogio, en el lib. III, cap. VIII.

El P. Juan Croiset no fué más dichoso que nosotros en sus investigaciones con respecto á la infancia de estos Santos, pues en su *Año Cristiano*, dia 17 de noviembre, dice solamente: «Segun la opinion más comun, los gloriosos mártires de Jesucristo, ACISCLO y VICTORIA, nacieron de unos mismos padres, para que una misma educacion en las máximas del Evangelio tuviese el mismo fin, que era de dar su sangre por Jesucristo. Nada se sabe de los primeros años de su vida.»

Nosotros creemos, sin embargo, que no es aventurado el suponer que nacieron de padres cristianos, y que en esta santa religion fueron criados y educados, porque solo así se

de la que tambien era Director-Redactor el mismo señor, cargo que dejó al dar la entrega décima, considerando, como ha sucedido, que aquella obra no se podia continuar publicando.

comprende perfectamente el que dos jóvenes de poco más de veinte años, tuvieran en sus pechos tan arraigado el amor de Dios y las santas doctrinas del Evangelio, que ni les acobardasen, ni les hicieran titubear un solo instante los terribles tormentos con que pusieron á prueba su valor los crueles verdugos, dignos servidores del feroz Diocleciano.

Pero si bien no podemos dar á conocer las circunstancias de la infancia y de los primeros años de la vida de estos gloriosos Santos, podemos hacerlo sí de los sucesos referentes al principio del siglo IV, en que la terrible persecucion de Dion, en Córdoba, puso en relieve la fortaleza y virtud de los héroes del cristianismo que encerraba aquella ciudad. Estos hechos están consignados en el acta del martirio de nuestros Santos, sacada del libro grande de San Juan de los Reyes de Toledo, incluida en el apéndice 3.º del tomo X de la *España Sagrada* del Maestro Enrique Florez, que tenemos á la vista, y que sirvió tambien de pauta al P. Juan Croiset para escribir la vida de estos Santos, como ahora nos tiene que servir á nosotros por no existir otro documento á que referirnos.

Arreciaba cada dia más en el pecho del feroz y sanguinario emperador Diocleciano el rencor y la saña contra el cristianismo, trabajando incesantemente, con todas sus fuerzas, para destruir la religion de Jesucristo. Los jefes más sanguinarios de su ejército, los de entrañas más duras y corazón más férreo, eran los elegidos para representar su poder en las diferentes ciudades que abrumaba con su despótico mando.

Envió á Córdoba de digno representante de su imperio al presidente Dion, hombre en quien se reunian en altísimo grado el más profundo odio contra los cristianos, la más horrible complacencia en atormentarlos, y una exquisita sagacidad para perseguirlos, descubrirlos y procurar reducirlos al culto de sus falsos dioses.

Llegado Dion á Córdoba, supo que en aquella ciudad era muy crecido el número de personas de ambos sexos que profesaban la religion cristiana, y adoraban á Jesus como á su verdadero y único Dios. Inmediatamente hizo promulgar el decreto de su emperador, publicado ya en la mayor parte del imperio romano, en el que se ordenaba á todos los súbditos, sin distincion de clases ni personas, que rindiesen adoración y ofreciesen el incienso sola y exclusivamente á los dioses del paganismo, señalando las más terribles penas para todos los que así no lo ejecutasen desde la promulgacion de aquel decreto.

(1) Vivian á la sazón en Córdoba unos temerosos siervos de Dios, llamados ACISCLO y VICTORIA, los cuales, como muy cristianos y muy santos, perseveraban desde su primera edad en las alabanzas de Dios; y llegando á noticia de uno de los ministros gentiles, llamado Urbano, la honesta conversacion y la vida de estos Santos, avisó al presidente que habia descubierto á unas personas que despreciaban sus decretos, y publicaban ser puramente piedras los que veneraban como dioses, incapaces de hacer bien á quien los adorase. Oyendo esto el juez, mandó que los trajese á su presencia, y teniéndolos delante, les dijo:—¿Sois vosotros los que menospreciáis á nuestros dioses, y pervertis á todo el pueblo para que se aparte de sus sacrificios?—Nosotros, le respondió SAN ACISCLO, *somos siervos de Nuestro Señor Jesucristo; no servimos á los demonios ni á las piedras inmundas.* El juez le dijo: «¿Sabes la sentencia que hemos dado contra los que no sacrificuen?» SAN ACISCLO respondió: *¿Sabes tú, juez, la pena que Nuestro Señor Jesucristo tiene preparada contra ti y contra tus príncipes?* Oyendo esto Dion, empezó á enfurecerse

(1) Desde aquí copiamos literalmente la traduccion hecha por el Maestro Enrique Florez, de la referida acta del martirio de los Santos hermanos.

como una fiera contra el mártir de Dios, y mirando á SANTA VICTORIA, la dijo: «Compadézcome de tí, VICTORIA, como si fueras hija mía. Ven, pues, á nuestros dioses y adóralos, para que te sean propicios en tus culpas, y te libren del error en que vives; porque si así no lo haces, descargaré sobre tí gravísimos tormentos.» La Santa respondió: *Gran favor me harás siempre que pongas por obra tus amenazas. Entonces Dion se volvió al Santo, y le dijo: «Considera bien, ACISCLO, la flor de tu edad, no sea que en tan bello estado perezcas.» El Santo respondió: Mi consideracion es Cristo, que me formó del polvo de la tierra; pero tú por tu flaqueza, quieres compeler á los hombres á que adoren unas obras de manos, que ni ven, ni tienen en sí algun sentido.*

Irritado Dion, mandó que fueran encerrados en lo más profundo de la cárcel, donde los Santos se emplearon en meditar las palabras de Dios; y estando en aquel sagrado ejercicio, vieron bajar cuatro ángeles que les traian el alimento, á cuyo favor correspondieron los mártires, diciendo: «Señor, Dios nuestro, que eres Rey celestial y médico de las heridas ocultas; bien sabemos que no nos desamparas, sino que te acuerdas de nosotros, y nos has enviado alimento por los ángeles desde vuestras alturas, llenándonos del fruto de redencion.»

Á este tiempo mandó el juez que le llevasen los Santos, y les dijo: «Oídme, y sacrificad á los dioses, no sea que os atormente cruelmente.» Replicó SAN ACISCLO: *¿Á qué dioses nos dices que sacrifiquemos? ¿Por ventura á Apolo y á Neptuno, falsos é inmundos demonios? ¿Acaso á Júpiter, príncipe de los vicios, á la impúdica Venus, ó al adúltero Marte? No quiera Dios que veneremos á aquellos á quienes nos avergonzamos de imitar. Lo que yo anuncio al pueblo presente que has juntado, y lo que digo oigan todos, es los nombres de los Santos cuya compañía apetezco. Mas tú, ¿á quién pones por semejante al primero de los Apóstoles San Pedro, á quien como á columna de la Iglesia*

debemos dar oído? ¿Acaso á Apolo, que es perdición del mundo? ¿Quién te parece semejante á los profetas y mártires? ¿Por ventura Hércules, que vivió malvadamente, y cometió muchas cosas nefandas? Dime á quién más quieres venerar: ¿á Diana, homicida de los inocentes, ó á MARÍA, Virgen Madre de nuestro Señor Jesucristo Salvador, que le engendró, perseverando siempre virgen, antes y despues del parto? Avergüenzate de venerar á quien no es Dios, sino ídolos vanos, sin oído y sin voz.

Mandó entonces el impiísimo Dion atormentar á los mártires. ACISCLO fué azotado con varas, y VICTORIA herida gravemente en las plantas, volviéndolos á la cárcel, hasta que el juez inventase la pena con que los habia de martirizar.

Al dia siguiente, estando en público tribunal, mandó que le trajesen los Santos, y conforme iban al Pretorio con prisiones, clamaba á Dios el pueblo que los confortase. El juez los miró con un semblante terrible, mandando á los ministros que encendiesen una hoguera ú horno, y que los echasen allí vivos. Los benditos Santos recibieron alegres la sentencia, levantando al cielo los ojos y confiando en la divina misericordia. Al acercarse al fuego se armaron con la señal de la cruz, y entraron en el horno bendiciendo á Dios y dándole alabanzas. Mezcláronse con ellos los ángeles, glorificando unos y otros al Señor en alta voz, de modo que casi todos los circunstantes lo oían, y los que encendian el fuego avisaron al juez que entre las llamas habian oído cánticos y voces que decían: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

Con esto el presidente mandó que prontamente sacasen á los mártires del fuego, y pasmado de que no les hubiese dañado nada, dijo confuso:—¡Oh infelices! ¿dónde habeis aprendido el arte de tanto maleficio, que os librase de la lesion del fuego? Deponed ya vuestra magia, y venid á sacrificar á los dioses para que os sean propicios. Y tú, ¡oh VICTORIA!

dime: ¿en qué teneis la esperanza que os hace perseverar en tal soberbia? ¿Qué decís de vosotros, ó qué esperáis?—La Santa respondió: *¿No te hemos dicho, inmundo espíritu, que nuestro Padre, Señor y Salvador es Cristo, que nos da victoria para vencer á los que no le conocen y á vuestras abominaciones, en que estais engañados para adorar á los falsos dioses?*

Entonces dió el juez sentencia de que fuesen arrojados en el rio, atando piedras grandes á sus cuellos; pero, ejecutado así, volvieron á experimentar la proteccion del cielo, manteniéndoles los ángeles sobre las aguas, donde cantaban alabanzas á Dios, y elevando al cielo los ojos, oraron diciendo: *Tú, Señor Jesucristo, Rey de todos los siglos, que siempre asistes á los que te invocan, y nunca desamparas á los que te buscan; proteged ahora á vuestros siervos, y manifestando vuestras maravillas, haced que ahora, y en estas aguas, recibamos el signáculo sagrado. Concédenos los vestidos de la inmortalidad, pues Tú eres el que anduviste sobre las aguas del rio y las bendijiste, para que recibiendo nosotros el baño de la regeneracion, seamos limpios de la maldad que hemos contraído. Alumbradnos, Señor, con vuestra santa claridad, y vestidnos con el resplandor de vuestra gloria, para que os glorifiquemos por los siglos de los siglos. Empleados en esta oracion los Santos, y perseverando sobre las aguas, sonó, como á media noche, una voz del cielo, que decia: «Oyó el Señor vuestra súplica, ¡oh fidelísimos! y cumplió lo que le habeis pedido.» Entonces vieron sobre sus cabezas una nube blanca, y la gloria del Señor que venia con ángeles delante, prevenidos de suavidad de olores, y cantando himnos. Correspondieron los Santos muy gozosos, diciendo: *Hijo de Dios vivo, Jesucristo, invisible, inmortal, que hoy has bajado de lo alto de los cielos con mucha gloria de ángeles sobre las aguas de este rio, y nos habeis dado el vestido de la inmortalidad y renovacion, á Ti te bendecimos y alabamos: á Ti damos la gloria, que eres el que con el Padre y con el Espíritu Santo posees un mismo reino, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.**

Después de esta oración salieron del río y se volvieron á la cárcel, donde un ángel los introdujo. Súpolo el presidente, y mandando traerlos á su vista, hizo que se preparasen las ruedas y los atasen en ella, poniendo fuego debajo, y echando aceite encima para que brevemente fuesen consumidos. Así se ejecutó, y aunque sobre el martirio del fuego era cruelísimo el de las ruedas, en que se descoyuntaban los cuerpos, perseveraron firmes los Santos en alabar á Dios, y volviendo al cielo los ojos, dijeron: *Benedicimoste, Dios nuestro, que estás en los cielos, y á tí, Señor Jesucristo, damos las gracias. No nos desampares en la lucha, y extiende la mano, tocando el fuego que nos abrasa, para que se apague, y no se glorie Dion sobre nosotros.* Al decir esto saltaron las llamas y abrasaron á mil quinientos cuarenta idólatras, descansando los mártires sobre las ruedas, como si fueran unos mullidos catres, pues los estaban asistiendo los ángeles.

Viendo tantas maravillas el tirano, hizo que los desatasen de las ruedas, y puestos en su presencia, les dijo: «Básteos ya, infelices, pues ya habeis mostrado todas vuestras mágicas artes. Venid aun ahora, y sacrificad á los invictísimos dioses que os sufren.» Á esto le dijo SAN ACISCLO: *Insen-sato, sin entendimiento y sin temor de Dios, ¿no ves por tus ciegos ojos las grandezas de Dios, obradas por el Padre celestial, con su Unigénito y coeterno Hijo, Jesucristo nuestro Señor, que libra á sus siervos de vuestras malvadas manos? Lleno de ira Dion, hizo apartar de allí al Santo, y que á VICTORIA le cortasen los pechos, en cuyo martirio le dijo: Dion, de corazón de piedra, y expelido de toda virtud de Cristo; mandaste que me cortasen los pechos: mira ahora y repara cómo en lugar de sangre sale leche; y convirtiendo la Santa sus ojos hácia el cielo, dijo: Gracias os doy, Señor mio Jesucristo, Rey de los siglos, que os habeis dignado serme propicio, para que por vuestro nombre me cortasen los impedimentos de mi cuerpo, pues sé que ya es tiempo de que mandeis deje este mundo y pase á vuestra gloria.*

Habiendo dicho esto, mandó el iniquísimo Dion que fuesen vueltos á la cárcel; y restituidos á ella, llegaron las matronas de la ciudad á consolar á la Santa, compadecidas de los tormentos que habia tolerado, y la hallaron sentada, meditando en las palabras de Dios. Postráronse á sus piés, besándolos; y ella las hablaba de los misterios sagrados. Admirábanse las matronas de ver su tranquilidad, y siete de ellas abrazaron la fé de nuestro Señor Jesucristo. Por la mañana los volvieron á presencia del juez, y mirando á la Santa, dijo: «Ya llegó tu tiempo, VICTORIA. Ven acá, y conviértete á los dioses, porque, si así no lo haces, te arrancaré el alma.» La venerable Santa respondió: *Cruel Dion, ya no tendrás tú descanso desde ahora, ni en esta vida ni en la otra.* El tirano, no pudiendo sufrir lo que oía, mandó que la cortasen la lengua. La Santa, levantando las manos al cielo, dijo: *Señor Dios mio, Criador de toda bondad, que no has desamparado á vuestra sierva, miradme ahora desde vuestro trono, y mandad que acabe en este sitio, pues se acercó la hora de que descansen en Vos.* Orando así, sonó una voz del cielo, que decia: «Inmaculados y puros, que habeis trabajado mucho, venid; pues teneis abiertos los cielos y preparado su reino. Todos me glorifican y bendicen por vosotros, en vista de lo que por mí tolerásteis desde el principio. Alégrese los justos, viendo vuestra pelea.» Volvió á sonar otra voz, que les decia: «Venid á mí, Santos míos, y recibireis las coronas eternas, y el galardón de vuestras peleas.»

Oyó Dion esta voz: instó á que cortasen á la Santa la lengua, por cuanto, aunque lo habia mandado antes, no se habia ejecutado. Tomó VICTORIA en su mano la porción de la lengua, y tirándola á la cara del juez, le dió en un ojo, y perdió la vista; exclamando entonces la Santa: *Dion impio, colocado en tinieblas, deseaste alimentarte del órgano de mi cuerpo y cortar la lengua que bendecía á Dios. Justamente has perdido la vista, pues viniendo sobre tí la palabra de Dios, te privó de la luz.*

No pudiendo Dion sufrir más, mandó que fuese asaeteada; y traspassando una saeta su pecho, y otra el costado, dió al cielo su purísimo espíritu, perseverando hasta el fin en la confesión. SAN ACISCLO fué sentenciado al cuchillo, y degollado en el anfiteatro. Vino una señora muy cristiana, llamada Miniciana, la cual recogió los cuerpos con honor, sepultando al de SAN ACISCLO en su casa, y al de SANTA VICTORIA junto á la puerta del Rio. Colocados así los sagrados cuerpos con paz y con honor, se obran allí muchas maravillas en alabanza del nombre de Jesus, ayudando al mismo Señor Jesucristo, cuyo es el honor, la gloria, la virtud y el imperio por todos los siglos de los siglos. Amén.

Hasta aquí la traduccion del acta referida. Como habrán observado nuestros lectores, no se hace expresion en ella del dia ni del año en que tuvo lugar el glorioso tránsito. Con respecto al primero, no ha habido tanta controversia entre los escritores que se han ocupado de inquirirle, pues si bien algunos martirologios antiguos Geronimianos fijan el dia 18 de noviembre (*XV Kal. dec.*), autoridades de más peso, y casi todos los breviarios antiguos señalan el 17 (*XV Kal. dec.*). Más controvertido ha sido el año, y pudiéramos ocupar algunas páginas con citas, desde el código Veronense de Blanquini, hasta el P. Juan Mariana; pero meditadas las razones de unos y otros; teniendo en cuenta que el decreto de persecucion contra los cristianos fué expedido por Diocleciano á principios del año 303, que por este año fué nombrado Dion presidente de Córdoba, y que á poco de llegar á esta ciudad publicó el decreto del emperador, no creemos aventurado el asegurar que en este año se verificó el glorioso tránsito de SAN ACISCLO y SANTA VICTORIA.

Antiquísimo es el culto que la Iglesia de España rinde á estos Santos, y antiquísima la ereccion del primer templo con la advocacion de SAN ACISCLO. Se edificó por los cristianos, en cuanto cesó la persecucion romana, en las afueras

de Córdoba á la parte oriental, entre la puerta de Martos y el rio, en el sitio mismo en que estuvieron parados los Santos mártires mientras les ataban al cuello las piedras con que los arrojaron al rio. Este templo fué destruido á mediados del siglo VI por el rey Agila, segun refiere San Isidoro en la vida de este rey, vengándose en el templo del heroico valor de los cordobeses, que no solo no le permitieron la entrada en la ciudad á él ni á su ejército, sino que presentándole una batalla, á pesar de su inmensa inferioridad en pericia guerrera y en número, le derrotaron completamente. Sobre las ruinas de aquel templó se levantó despues el convento de PP. Cistercienses, que sirvió más tarde para los Padres Predicadores.

Además de las que posee Córdoba, conservan reliquias de estos Santos diferentes iglesias de España y Francia. Al monasterio de San Salvador de Breda fueron llevadas á mediados del siglo XIII, por D. Gerardo de Cabrera, de las cuales remitió algunas á varias iglesias de Cataluña en el año de 1339 D. Arnaldo, Obispo de Gerona. Tambien San Eulogio envió algunas desde Córdoba á Wiliesindo, Obispo de Pamplona.

MES DE OCTUBRE.

DIA 1.

San Remigio, Obispo, *Francés.*

DIA 2.

San Olegario, Obispo, *Francés, y*

SAN SATURIO, PATRON DE SORIA, ESPAÑOL.

Breves son las noticias que nos da la historia acerca de la vida de este santo ermitaño, que se asegura fué natural de Soria, é hijo de padres muy virtuosos y medianamente acomodados, cuyos nombres se ignoran. En constante compañía de sus padres pasó la niñez y juventud, dedicado al estudio y á la práctica de todos los preceptos del Evangelio, retirado del mundo, pues su constante anhelo fué siempre vivir en la soledad, dedicado únicamente á la contemplacion de las cosas divinas. Muertos sus padres determinó llevar en seguida á cabo su propósito de huir completamente del mundo, y habiendo repartido su no despreciable hacienda entre los pobres, se retiró al desierto con la firme resolucion de pasar en él el resto de sus dias. Eligió para su morada una gruta que encontró en una elevada montaña inmediata al rio Duero, y en ella pasaba los dias y las noches dedicado

á la oracion y á la penitencia, alimentándose únicamente de yerbas, raíces y frutas silvestres.

Admirado y venerado de las gentes de la comarca, vivió allí cerca de treinta años completamente solo, hasta los últimos siete años de su vida, en que Dios le envió un discípulo, digno de su virtud.

Tenia SATURIO la costumbre de ponerse de rodillas á orar al romper el dia en la puerta de la cueva, y una mañana vió en el valle por donde corre el Duero á un jóven, que, segun sus actitudes, parecia pretender vadear el rio. Comprendió el peligro á que se exponia el incauto mancebo, y guiado por la compasion, se puso SATURIO de pié sobre una piedra alta, y comenzó á gritar para llamar la atencion al jóven y apartarle de su temerario propósito. El jóven era Prudencio, célebre Santo despues, del que nos ocupamos el dia 28 de abril, página 505 del primer tomo de este SANTORAL, el cual, como entonces dijimos, lejos de desistir y volver atrás, se internó en las aguas y las cruzó á pié enjuto sobre la superficie con la más extraordinaria sorpresa del ermitaño SAN SATURIO. Rápido subió el jóven la montaña, y al llegar al Santo se postró á sus piés, y SATURIO, en vista del portentoso milagro, y creyéndole un ángel, se arrojó tambien ante él, comenzando una piadosa lucha de veneracion entre los dos. Siguiéronse al cabo las explicaciones, y sabido por SATURIO el deseo del jóven Prudencio de vivir en el retiro bajo su instruccion, lo recibió de compañero y discípulo.

Siete años sobrevivió SATURIO á este suceso, los cuales pasaron los dos Santos ermitaños haciendo la vida más ejemplar y penitente. Falleció por fin SATURIO por los años de 568, y su discípulo y compañero Prudencio, acatando su voluntad, dió sepultura al Santo cadáver dentro de la misma gruta, que tantos años le habia servido de morada, cubriendo la sepultura con una losa en la cual grabó la inscripcion si-

guiente:—«Aquí descansa el siervo de Dios SATURIO, que despues de treinta y seis años de vida eremética, esclarecido en milagros, falleció en el Señor á los setenta y cinco años de su edad en el seis de las nonas de octubre de la era 606.»

Por disposicion de Prudencio, cuando fué elevado al obispado de Tarragona, y queriendo manifestar á todos el alto concepto de santidad en que siempre tuvo á su maestro, elevó sus reliquias del primer depósito á sitio más digno, donde contribuyó con su autoridad y su ejemplo á que se tributase al Santo el culto y veneracion debida, la cual se aumentó en todos los pueblos de la comarca en*vista de los repetidos milagros que el Señor se dignaba obrar por la intercesion de su siervo, cuyo cuerpo se trasladó despues á la iglesia de Soria, que lo reconoce por su especial patron.

BEATO BERENGUER DE PERALTA, CONFESOR, ESPAÑOL.

El descuido y negligencia de los antiguos escritores dominicanos en recoger y consignar por escrito las más importantes noticias de los Santos é ilustres varones de su Orden, nos ha privado de conocer hechos sublimes, que sirvieran de ejemplo y enseñanza á la generacion actual y venideras. Los escritores modernos de la Orden, con un celo y perseverancia digna de los mayores elogios, han hecho cuanto han podido por indemnizar á la historia con sus trabajos de la negligencia de sus predecesores; pero el gran número de años trascurridos ha opuesto un casi impenetrable velo á la luz de los hechos antiguos. Esta es, pues, la causa de que en las vidas de la mayor parte de los Santos antiguos de esta Orden, no puedan darse las detalladas noticias que todos los lectores desean, y nosotros tanto si no más que ellos.

La vida del BEATO BERENGUER DE PERALTA es de las que se encuentran en este caso, con grave sentimiento de los escritores modernos dominicanos, que se lamentan de ello

más de una vez en sus obras, y por sus investigaciones sabemos que el glorioso BERENGUER nació en Monzon, célebre y antiquísimo pueblo del reino de Aragón, confinante con el principado de Cataluña, y que cuando contaba quince años fué agraciado con uno de los canonicatos de la iglesia de Lérida, de lo que se infiere las relevantes prendas que concurrirían en el agraciado; pero deseando solo el retiro y la soledad y alejarse cuanto más pudiera del contacto con el mundo, tomó el hábito de religioso en el convento de Santo Domingo, recién fundado en Lérida, en el cual brillaban por entonces los hijos del santo Patriarca por el primitivo fervor de la observancia.

«No nos constan los progresos que hizo BERENGUER en el claustro; pero la grande reputacion que tuvo, es un testimonio auténtico de la santidad de su vida. Vacó la cátedra episcopal de Lérida por muerte de D. Guillermo Barberan, y como el Señor queria acreditar el mérito de su siervo para aquella dignidad, aunque se hallaba solo en el orden de subdiácono, lo demostró así por uno de los extraordinarios portentos de la adorable Providencia.

»Juntáronse los canónigos de Lérida, á quienes correspondia por entonces la eleccion de prelado, para nombrar sucesor del difunto; y no conviniéndose los votos en los muchos congresos que tuvieron, decidió el cielo la contienda, haciendo que apareciese un ángel que impuso la mitra á BERENGUER; cuyo hecho prodigioso lo acredita la pintura que hoy se ve sobre el sepulcro del siervo de Dios, creído por una tradicion constante.

»No pudieron resistir los canónigos á la significacion del cielo, y más constándoles las eminentes virtudes de BERENGUER; pero como este se hallaba tan distante de ejercer honoríficos empleos, conociendo por una parte que en la promoción se le privaba de los consuelos superiores que disfrutaba en su amado retiro, y por otra la responsabilidad del

ministerio episcopal, quiso antes perder la vida, que imponer sobre sus hombros una carga tan pesada, temida por los hombres más eminentes que han florecido en la Iglesia. Rogó á Dios con fervorosas oraciones que se dignase exonerar de aquel insoportable peso á sus débiles hombros, y oyendo el Señor con agrado las súplicas de su humilde siervo, antes que se consagrarse lo llevó á gozar de su vision beatífica, en el dia 2 de octubre del año 1256, reinando en Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca, el rey D. Jaime, primero de este nombre.

»Veneraron los fieles al Beato desde su fallecimiento, tributándole el culto debido á su eminente santidad, la que quiso el Señor manifestar con repetidos milagros, memorable entre ellos el siguiente: determinó un Obispo de Lérida abrir el sepulcro del siervo de Dios, ó bien para ver sus reliquias, como opinan unos, ó bien para trasladarlas á lugar más decente, segun sienten otros; pero impidió la operacion una abundante copia de sangre, que se dejó ver en el frontispicio del mismo sepulcro, en el que hasta ahora se advierten varias gotas de la misma sangre, cuyo prodigio sirvió para aumentar desde entonces la devocion de Lérida, donde tiene un altar dedicado á su nombre, y es constante su culto inmemorial.»

DIA 3.

San Cándido, Mártir, *Romano*, y San Gerardo, *Francés*.

DIA 4.

San Francisco de Asís, Fundador, *Italiano*.

DIA 5.

»Nuestra Señora del Rosario, San Plácido, *Romano*, y Compañeros Mártires.

SAN FROILAN, OBISPO, PATRON DE LEON.

En el primer tercio del siglo X, tan triste y azaroso para los cristianos en España, nació el glorioso SAN FROILAN, uno de los más ilustres obispos que han honrado nuestra patria, en la ciudad de Lugo, correspondiente á la provincia de Galicia. Tuvo la ventura de darle cuna un arrabal de dicha ciudad, que segun tradicion estaba edificado en el sitio que despues se llamó *Regueró dos Hortos*, en el cual hizo una huerta la catedral. «La misma tradicion nos ha conservado el nombre de su madre, que callan uniformemente todos los monumentos antiguos. Segun ella, se tiene por cierto en aquella ciudad, que se llamó Froila, mujer de tanta virtud, que su cuerpo mereció un lugar distinguido en un sepulcro de mármol, que se halla en la catedral de Lugo, como vara y media levantado del suelo. El D. P. Maravillon afirma que sus virtudes le trajeron en aquel obispado el alto honor de ser venerada por Santa. Esta especie es comun entre nuestros escritores modernos, quienes no solamente dan por sentada la heroicidad de las virtudes de esta santa matrona, sino que lo confirman con la veneracion y culto que la tributan los fieles de Lugo, implorando su intercesion contra los dolores de cabeza y reumas. Afirman igualmente que una imagen que está sobre el sepulcro con hábito de monje, representa á SAN FROILAN, y que otro sepulcro que está en la capilla mayor al lado del Evangelio, es de un hermano del Santo. Todo esto prueba que aunque no se sepa puntualmente la ascendencia de SAN FROILAN, se puede colegir que fué gente rica, como lo acreditan sus preciosos monumentos.

»Como los padres de FROILAN no eran menos piadosos que abastecidos de bienes de fortuna, dieron al santo niño una educacion propia de su piedad y de su clase. Apartáronle con cuidado de aquellos tratos y compañías que suelen ser el escollo de la inocencia, y en donde las costumbres co-

mienzan á contaminarse para siempre. El cielo habia dotado á nuestro Santo de un natural feliz, y de unas disposiciones cual las podia apetecer la misma virtud. Dócil de genio, humilde de corazon, apacible en sus modales é inclinado naturalmente á lo mejor, se prestaba como una blanda masa á las santas instrucciones que le sugerian. Siendo de edad proporcionada, le aplicaron al estudio y conocimiento de las ciencias sagradas, y en ellas aprendió á despreciar el mundo y á buscar las eternas dichas. Ya en aquella edad sabia el verdadero precio de la virtud, y de los medios de acreditarla, que son la abstraccion del mundo y el trato con Dios en la oracion. Ejercitábase en ella con tal continuacion y fervor, que los efectos no podian ser ocultados. Venerábanle como á un santo mancebo; y FROILAN, puesto siempre en vela contra los tiros de la vanagloria, se veia precisado á hacer frecuentes reflexiones sobre la miseria de la naturaleza, sobre la rebeldía de las pasiones, y sobre las faltas que la delicadeza de sus ojos divisaba en su conducta, para humillarse delante de Dios, y prevenirse de este modo contra los asaltos de la vanidad. Entretanto se afianzaba en el santo temor de Dios, consideraba sus grandezas lleno de fé, y seguia el camino comenzado aprovechando de virtud en virtud. Siendo de edad de diez y ocho años, pensó que debia dárse un destino, en el cual sirviese á Dios con tranquilidad, y al mismo tiempo aprovechase á sus prójimos. Para este efecto deseaba ejercitarse en el ministerio de la predicacion, considerando que de este ejercicio podria resultar la conversion de muchos pecadores, y la confortacion de las almas tibias y débiles. El conocimiento que tenia de las ciencias sagradas, y los ópimos frutos que le dejaban entrever sus caritativos deseos, le tenian casi decidido. Pero por otra parte consideraba la tranquilidad y perfeccion de la vida eremética, las dulces delicias que en ella encuentra el espíritu, y la seguridad contra las asechanzas del mundo. Estas con-

sideraciones le instaban por su parte á retirarse á un desierto, y hacer en él la vida que celebra la Iglesia en tantos otros solitarios.

»Las conveniencias y proporciones que en uno y otro encontraba para servir á Dios, le tenian indeciso sobre el rumbo que habia de seguir. En esta afliccion meditó hacer una prueba tan extraña como maravillosa, por donde investigar la voluntad de Dios, la cual era el móvil y el norte de todas sus acciones. Determinó tomar unas brasas encendidas y aplicárselas á los labios y á la lengua, y si estos sentian la voracidad del fuego, inferir que Dios no le destinaba para el ministerio apostólico; pero si por el contrario las brasas no quemaban sus labios, concluir que de esto mismo quedaba probado que sus eloquios habian de ser castos, y tan puros como la plata probada en el crisol, y de consiguiente, que Dios le llamaba al ministerio de la predicacion. Verificóse esto último, porque habiendo hecho la prueba, el fuego perdió su actividad por la virtud divina, y las brasas no hicieron más lesion en los labios del santo jóven, que si hubieran sido rosas. Disponiase ya á emprender el oficio apostólico, bien asegurado de que Dios le destinaba como vaso de eleccion á la predicacion de los pueblos, y á enseñar á los que estaban sentados en las tinieblas de la culpa los caminos pacíficos de la salud eterna. Habia dejado poco antes la casa de sus padres, y se hallaba en medio de un desierto. Preparábase con más oracion, ayunos y penitencias al ministerio para que Dios le habia elegido. Pasado algun tiempo, cuando le pareció que ya su pecho estaba tan encendido con el fuego del amor de Dios, que las palabras que de él saliesen podian ser causa de iguales incendios en las almas de sus prójimos, determinó ir á poblado en busca de las gentes á quienes habia de predicar. En el camino le dió el Señor á entender con otro nuevo milagro la complacencia que tenia en verle dispuesto á predicar las glorias de su santo nombre, y al mis-

mo tiempo cómo su mano poderosa le infundia los soberanos dones necesarios para tan grande empresa. Llegó el Santo al ponerse el sol á un sitio yermo, y cerrando la noche con oscuridad, cesó en su viaje y se puso á descansar en su ordinario ejercicio de la oracion. Gran parte de la noche habia pasado, cuando súbitamente hirió en sus ojos un resplandor celestial que iluminaba toda la comarca. En medio de la claridad advirtió dos hermosas palomas, que venian volando desde el cielo, una de color rosado y la otra blanca como la nieve, las cuales dirigian el vuelo hácia él. Quedó el Santo admirado, y estando sorprendido con su vista, advirtió que ambas á dos se le entraron con presteza por la boca. Pero no quedó en esto solo el milagro. Si mucho se había sorprendido FROILAN con un hecho tan milagroso, mucho mayor fué su admiracion cuando advirtió que la una de las dos palomas le causaba dentro del pecho un ardor extraordinario, al tiempo que la otra le llenaba de dulzura las potencias y sentidos.

»Sin embargo de la profunda humildad en que estaba cimentada la sólida virtud de FROILAN, no pudo menos de advertir las grandes misericordias que Dios usaba con él. Conoció que en aquellas palomas estaba significado el Espíritu Santo, y en la diversidad de sus colores los diferentes carismas con que adorna las almas de aquellos venturosos en quienes habita. Esto mismo manifiesta el ardor que sintió en su pecho, y la dulzura de que advirtió inundada su alma, pronosticándole además los efectos felices que de su predicacion resultarian. Verificóse en la realidad; porque sus sermones de allí adelante contenian en sí todo aquel espíritu de grandeza y magnificencia que derriba los más altivos cedros del Líbano y deshace como almadena los más endurecidos peñascos, y asimismo aquel espíritu de dulzura que atrae y encanta blandamente los más esquivos corazones. Salióse del desierto en donde tenia sus delicias, para emplear en be-

neficio de sus prójimos las gracias que Dios le había dispensado. Aunque no se sabe de cierto los lugares determinados en que ejerció su ministerio apostólico, se sabe que fueron varios pueblos y ciudades, y que en ellos correspondía el fruto de su predicacion al fervor y soberanos dones del que predicaba. Ninguno oyó las vivas reprensiones que salían de su boca, sin que trocando su corazón y ablandando su pecho, no dejase los caminos extraviados por donde corría á su precipicio, y se convirtiese de veras al Señor. Los discursos de FROILAN, adornados, no de los vanos artificios de la elocuencia, sino de la caridad que ardía en su alma, siempre eran vencedores. Tanto los ciudadanos, cuyos vicios son finos y delicados á proporcion de su vida, como los plebeyos y montaraces, de la fé más sencilla y más sensible á las amenazas de la religion, se dejaban herir de la divina palabra segun salía de la boca de FROILAN, que se pudiera llamar más bien un horno de caridad, ó un órgano del Espíritu Santo. Estos efectos maravillosos le conciliaron un aplauso y estimacion de los hombres, que se componía dificultosamente con la humildad de FROILAN, y con el temor que tenía siempre de manchar su conciencia con la más leve sombra de vanidad. Al paso que predicaba, crecía su mérito, crecía su fama y se aumentaba su peligro. Este hizo suma impresion en el que tanto había amado la vida solitaria, que para dejarla y emplearse en la predicacion, había exigido de sí mismo la terrible prueba de las brasas encendidas que aplicó á sus labios. Teniendo, pues, firmemente grabada en su alma aquella sentencia de que *nada le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo, si padece detrimento en su alma*, determinó volverse á su amada soledad á buscar en ella la tranquilidad de espíritu que había perdido en el poblado. Andaba de monte en monte y de breña en breña, huyendo el favor y aplauso de los hombres con tanto anhelo como pudiera emplear en solicitarlos el más ambicioso. Donde quiera que encontraba

un lugar oportuno á sus deseos, allí se paraba, hacia vida solitaria y contemplativa por algun tiempo, y no queriendo tener de asiento ni aun esta pequeña comodidad, pasaba á otra breña á emplearse en el mismo género de vida.

»No obstante el gran cuidado que este siervo de Dios ponía para esconderse á los ojos del mundo, la fama de su santidad se habia extendido tanto, que era imposible ocultarse. Tuvo noticia de ella San Atilano, varon santísimo, que con el tiempo fué uno de los más grandes Obispos que tuvo la iglesia de Zamora, y aun la de toda España. Estaba ordenado de sacerdote, y con la sublimidad del ministerio habian crecido en él los deseos de mayor perfeccion. Solicitaba hallar un director de su alma en quien descansar con confianza, asegurando en su piedad y luces la consecucion de la eterna ventura. Tuvo noticia de que en SAN FROILAN se encontraban con muchas ventajas las cualidades que buscaba en su director. Dejó su patria, y guiado de un instinto divino, se echó á buscar á SAN FROILAN por aquellos lugares desiertos en que le habia sido dicho que hacia vida eremítica, que eran las montañas de Leon.»

Con admiracion y cariñoso afecto admitió FROILAN á Atilano por compañero, y siendo tan pequeña su ermita que no permitía la estancia de más de una persona, construyeron entre los dos otra al lado de aquella, en la que se instaló Atilano, enagenado su corazon de la más cristiana y sublime alegría.

Manteniéndose sola y exclusivamente de yerbas y raices, macerando sus carnes y orando dia y noche, pasaron cuatro años. Pero llegando á hacerse públicas sus virtudes y santa vida, comenzaron á ser visitados y consultados como santos oráculos por los habitantes de todos los pueblos de las inmediaciones, y aquel desierto cerro dejó de ser asilo silencioso y retirado. El primer ánimo de los dos virtuosos compañeros así que se vieron privados de la amada soledad, fué desapa-

recer y fijar su residencia en otro lejano y recóndito lugar; mas teniendo en cuenta el gran servicio que podian hacer á Dios y á la religion iluminando las almas de los habitantes de aquellos contornos, que con tanta fé seguian sus cristianas instrucciones, é inspirando Dios á FROILAN la fundacion de un monasterio, resolvieron dejar el cerro *Cutturino*, bajar á *Valle Obeso*, sitio delicioso á dos leguas de sus ermitas, y proceder en él á la proyectada fundacion con las limosnas de los devotos.

Comunicaron á estos su proyecto, que fué acogido con tal reconocimiento y entusiasmo, que, como por encanto, se reunieron los fondos necesarios para la edificacion, acudiendo al mismo tiempo un gran número de jóvenes, que quisieron tener la gloria de emplear sus fuerzas corporales en la construccion del monasterio, y despues las intelectuales en darle importancia religiosa perteneciendo á su comunidad. Y ambas cosas consiguieron por cierto, porque el edificio agradable y sólido fué construido por tan celosos operarios en muy poco tiempo, y por mucho quedó memoria de las virtudes y brillantes luces de aquellos jóvenes, primeros discipulos de San Atilano y SAN FROILAN, fundador este y abad del monasterio de *Valle Obeso*.

Combatido por recias luchas se hallaba el reino de Leon hacia ya algunos años, y las concesiones y tolerancia de los grandes con los pecheros para tenerlos dispuestos á emplearse en su servicio, habian relajado extraordinariamente las costumbres, produciendo los consiguientes y lamentables efectos en la observancia de los preceptos del Evangelio.

Envenenado con una manzana por el conde D. Gonzalo el rey de Asturias y Leon D. Sancho I, murió, dejando en la menor edad á D. Ramiro III. Reconocieron á este por rey los grandes del reino, prestando el juramento acostumbrado de fidelidad á él, y durante su menor edad á la regencia, que fué confiada á su madre y reina viuda doña Teresa, y á doña

Elvira, hermana del difunto D. Sancho, tía carnal del tierno rey, que se hallaba de religiosa en el monasterio de San Salvador de Leon, en el que habia sido enterrado su hermano. Solo la mano de la Divina Providencia pudo hacer que un pueblo que pocos dias antes ardía en iras y rencores, y que un valiente y fuerte ejército no bastaba á sujetar, depusiese su furia ante un rey niño y una regencia de dos mujeres, y religiosa una. Pero si de admirar es el repentino cambio en el pueblo, no lo es menos la armonía, union é igual deseo de felicidades para el pueblo, que reinó en el corazon de las regentes, sin que el más pequeño síntoma de division, de rivalidad ó de celos empañase ni un solo momento la gloria de estas dos virtuosas señoras.

La educacion que recibiria el niño rey D. Ramiro puede imaginarse estando al cuidado de tales modelos de virtud; pero como el constante é improbo trabajo para el bien material del pueblo y el material y moral del rey no les dejaba tiempo para velar como hubieran querido por los bienes morales del reino, cuando saliendo de la menor edad se encargó de este D. Ramiro, no halló las virtudes de sus súbditos ni la observancia de los preceptos de la santa religion á la altura que deseaba.

Llegando á su noticia la existencia en *Valle Obeso* de dos tan refulgentes lumbreras de la religion como FROILAN y Atilano, remitióles cartas pidiéndoles que rogasen por su persona y por la felicidad del reino al Todopoderoso, se empleasen en corregir con la voz y con el ejemplo las costumbres relajadas, y que para que pudieran disponer de más campeones de la fé y de la sagrada religion, fundasen algunos otros monasterios, para lo cual ponía á su disposicion cuantos fondos considerasen necesarios.

Llamar á la actividad y voluntad de FROILAN y de Atilano de parte del mejor servicio de Dios, del rey y de la humanidad, era centuplicar sus fuerzas, hacerlos incansables y

dueños de vencer los mayores imposibles. Al mismo tiempo que elegidos monjes del monasterio de *Valle Obeso* propagaban por el reino de Leon las sanas doctrinas de la más exquisita moral, y fundaban monasterios en diferentes puntos, ocupábanse ellos en instruir propagadores de la fé, y edificar en la ribera del Esla y Valle de Tabara el célebre de *Moreruela*, en el que reunieron doscientos monjes, siendo abad FROILAN, y prior Atilano.

Fertilizaron los contornos del monasterio con lindos y productivos huertos y gran plantío de viñas y árboles frutales, trabajando la tierra el abad y el prior como el último de los novicios. Con los productos de estas plantaciones atendian al sustento, no solo de los monjes de este monasterio de *Moreruela*, sino de otros dos inmediatos, y aun dedicaban una buena parte para socorrer á los pobres que acudían al monasterio.

La prematura muerte del rey de Leon D. Ramiro III, ocurrida en el año de 982, colocó en el trono á su primo D. Bermudo II, llamado el Gotoso por padecer esta enfermedad, hijo de D. Ordoño III. D. Bermudo, no solo confirmó las donaciones de D. Ramiro en favor de la Orden de San Benito, sino que aumentó tierras á las que ya tenían algunos monasterios, y en particular al de *Moreruela*, residencia de SAN FROILAN y San Atilano, distinguiendo constantemente á estos dos ilustres varones con las más exquisitas muestras de afecto y consideracion. Prueba pública y palpable de esta verdad fué el que habiendo vacado á un tiempo algunos años despues las sillas episcopales de Leon y de Zamora, escribió inmediatamente al clero de ambas ciudades significándoles el deseo de que eligiesen para Obispo de Leon á FROILAN, y para la silla de Zamora á Atilano.

Conociendo ambos clerics que el deseo del rey D. Bermudo no podia ser más ajustado á razon y justicia, pues ningun varon florecía en el reino que en grado tan alto reuniese las

dotes necesarias para sentarse dignamente en las citadas sillas episcopales, desfirieron completamente á la voluntad del rey, y fueron por unanimidad nombrados FROILAN Obispo de Leon, y Atilano de Zamora.

En el congojoso y lamentable estado en que se hallaba el reino con las constantes revueltas que sin tregua conmovian todos los pueblos y ciudades de él, y especialmente las de Leon y Zamora, el pensamiento del rey D. Bermudo de poner al frente de sus iglesias varones tan esclarecidos en virtud, prudencia y saber como FROILAN y Atilano, fué generalmente tenido por inspiracion del Espiritu Santo; creencia en que se afirmó el pueblo al saber que en el mismo dia y hora en que se estaba haciendo la eleccion de Obispo en Leon y Zamora, hallándose cantando en el coro con toda la comunidad FROILAN y Atilano, entró una hermosisima paloma blanca, que se posó delante de los dos, permaneciendo quieta, y mirando alternativamente á uno y otro algunos minutos, despues de los cuales levantó el vuelo y desapareció en direccion del altar mayor de la iglesia, sin que ninguno de los monjes viera por dónde salió, como no habian visto por dónde habia entrado.

La eleccion para el elevado puesto de Obispo, que tan grata y halagüeña hubiera sido para otros, contrarió notablemente la voluntad de los elegidos, que solo deseaban consagrar completamente su vida á Dios en el silencioso retiro del claustro. Largamente conferenciaron sobre si podrian con decoro, y sin desairar al rey ni al clero, negarse á admitir los puestos que se les confiaban, deseo que avivaba más y más la consideracion del sentimiento que iban á experimentar con la separacion. Pero despues de meditarlo bien, se persuadieron de que en el estado de relajacion de costumbres en que se hallaba el reino, el servicio de Dios y de la religion cristiana era el verdadero interesado, y que ellos estaban obligados á sacrificar sus deseos al bien de la Igle-

sia católica. Resignados llevaron á cabo el sacrificio, y despidiéndose con una ternura que hizo derramar abundantes lágrimas á cuantos la presenciaron, partió SAN FROILAN para Leon, en el mismo momento que San Atilano para Zamora.

Ambos fueron consagrados el dia de Pentecostés del año de 990; FROILAN en Leon y Atilano en Zamora.

Constituido FROILAN en la cátedra episcopal, comenzó á difundir las luces de su sabiduría y las benignas influencias de su virtud. Su iglesia y toda España las participaban en abundancia, porque á todas partes llegaban los ecos de aquella voz elevada con que predicaba la palabra de Dios, cumpliendo las funciones de su augusto ministerio. Sin embargo de que habia encanecido en el ejercicio de las virtudes, unas veces habitando los desiertos, otras evangelizando á las ciudades, y otras, finalmente, dirigiendo á Dios copiosas turbas de monjes, le parecia que nada habia hecho, y que su virtud era muy débil respecto de lo que exigia el cargo episcopal. Redobló todos sus ejercicios, aumentó las austeridades, y multiplicó los trabajos, enseñando, corrigiendo y guiando por los senderos de la salud el rebaño que el Señor habia puesto á su cuidado. Cuantas virtudes requiere San Pablo en un Obispo, quanto escribe á Tito y á Timoteo, otras tantas se procuró FROILAN por medio de la divina gracia; y así, tanto los monjes, como los clérigos y legos, experimentaron en él un sábio maestro, un pastor vigilante, un Prelado dulce y un padre amoroso.

«Cinco años obtuvo la silla episcopal, con el provecho que era consiguiente á sus excelentes prendas. Por el mes de enero de 995 se hallaba en la ciudad de Oviedo presenciando una donacion que el rey hizo á la santa iglesia del Salvador, en que manifestó asimismo la devocion y amor que tenia á FROILAN y á su iglesia. El Señor queria ya premiar á su siervo fiel, que tan buena cuenta daba de los talentos que le habia confiado; pero quiso antes que aun en este mundo que-

dase una prueba de lo que le habia agrado, señalándole con el don de la profecía. Profetizó FROILAN grandes cosas, y entre ellas que aquella tierra seria devastada por la guerra, el hambre y la peste. Al rey, al clero y al pueblo les hizo igualmente semejantes profecias, anunciando á cada uno en particular lo que le habia de suceder; y como ya la experiencia les tenia acreditado que residia en él un verdadero espíritu profético, todos se prepararon con lágrimas de compuncion para esperar los sucesos. Una de las cosas que predijo fué el dia y hora en que su alma habia de ser desatada de los lazos de la mortalidad para reinar con Jesucristo. Poco antes de que sucediese esto convocó á todos los monjes y al clero, y teniéndolos presentes, los hizo primeramente un vivo discurso, exhortándoles á la observancia de la ley santa de Dios, y á mantener con teson todas las santas reglas que les habia dado. Concluyó su razonamiento diciéndoles como Dios le llamaba para sí, y señalando el dia y hora en que habia de morir y presentarse delante de Dios. Estas últimas palabras llenaron de consternacion á todos los circunstantes: bien presto se divulgaron por toda la ciudad y por los pueblos circunvecinos. Querer explicar el dolor, los gemidos y llanto que manifestaron todos sus súbditos, seria pretender un imposible. Las tropas de gente de ambos sexos, de todas las edades y gerarquias, andaban confusamente por la ciudad anegados en lágrimas, y manifestando su dolor con sentidos lamentos: unos lloraban sin consolacion la miserable orfandad en que quedaban; otros levantaban las manos al cielo, clamando á voz en grito: «¿Por qué, oh, padre, nos dejas, desamparando el rebaño que te habia sido encomendado?» Entretanto el santo Obispo se fortalecia con los sacramentos de la iglesia, y habiendo llegado la hora que tenia profetizada, durmió el sueño de los justos, y su alma santisima fué presentada entre coros de ángeles á su Criador, para recibir el premio debido á sus trabajos. Sucedió su tránsito dichoso

el día 5 de octubre del año de 995, habiendo vivido setenta y tres años.»

Con inusitada pompa y solemnidad se celebraron las exequias, honrándolas más que todo el aparato que se desplegó, el dolor y profundo sentimiento de un pueblo que se creía abandonado sin la presencia de su amado Prelado, sin oír su voz y sus consoladores consejos. El santo cadáver fué sepultado en la iglesia de Leon, dentro de un precioso sepulcro, en el que permaneció hasta que el general africano Almanzor, cumpliendo una de las profecias del SANTO FROILAN, entró talando el reino de Leon. Los habitantes de este, para evitar la profanacion de las santas reliquias de su prelado por los moros, las condujeron á un lugar montuoso en los Pirineos, llamado Valdecesar, en cuya iglesia, dedicada á San Juan, permaneció por muchos años, siendo despues llevadas al monasterio de Morerueta, de la Orden del Cister.

El sentimiento de los leoneses por carecer de las reliquias de un Prelado á quien tantos bienes debia la diócesi, fué trasmitiéndose de padres á hijos, y constantemente gestionaban cerca de los monjes de Morerueta para que les concedieran los santos restos de FROILAN; pero viendo lo infructuoso de sus ruegos, hicieron su peticion en forma al Sumo Pontífice, quien nombró juez de esta causa al legado Jacinto. Este sentenció que se repartieran las sagradas reliquias entre la iglesia de Leon y el monasterio, cuya sentencia se llevó en seguida á cabo, haciéndose la traslacion de las reliquias con la mayor pompa y entusiasmo. Encerradas en una preciosa urna de plata, fueron colocadas en el altar mayor de la catedral, siendo adoradas y visitadas constantemente por innumerables fieles que recibieron grandes beneficios del Todopoderoso por la intercesion de su santo siervo.

SAN ATILANO, OBISPO (1).

ATILANO es el nombre del santo héroe de esta *vida*, re-dactada, si no con tanta copia de noticias como desea siempre todo escritor sobre historia, con muchísimas más, sí, que las que se hallan reunidas en ninguna de las obras cuyos autores, ya como objeto preferente, ó ya por incidente, se han ocupado de los hechos de este Santo.

Reconocidas prolija y minuciosamente las obras de Garibay, Ambrosio de Morales, Juan de Mariana, Atanasio de Lobera, Enrique Florez, Marieta, Villegas y otros, y diferentes manuscritos además, he reunido las noticias que esparcidas andan de la vida de SAN ATILANO, y con ellas formado un todo, que los ilustrados lectores apreciarán en lo que lealmente crean que valga, si se dignan compararle con lo que le ha precedido sobre la vida y hechos de SAN ATILANO, y descienden á calcular cuánto de tiempo y de trabajo representa este corto escrito.

No Tarragona, como equivocadamente sientan algunos, sino Tarazona, antiquísima y célebre ciudad del reino de Aragón, fué la madre patria del esclarecido SAN ATILANO. Ignórase el nombre de sus padres: escritor ha habido que le ha hecho hijo de San Atilio Glabrion, absurdo notabilísimo: primero, porque la existencia de San Atilio Glabrion no está probada con ningun documento más que con el dicho de Tamayo de Salazar, tan pródigo de invenciones; y segundo, porque aunque concediera, que no concedo, la existencia de San Atilio, mal podría ser padre de SAN ATILANO, que floreció en el décimo siglo, el que dicen murió en la persecucion de Domiciano, que tuvo lugar nueve siglos antes.

La tradicion conservada y escrita es de que los padres de

(1) Esta vida se halla en el mismo caso que la de San Acisclo y Santa Victoria. Véase la nota de la página 329.

ATILANO fueron nobles y virtuosos, y que muchos de los primeros años del matrimonio los pasaron con el disgusto de no tener sucesion. Constantes eran las súplicas al Señor por conseguirla, é infinitos sus votos y promesas; y viendo por fin la esposa que el cielo desatendia su ruego, se decidió á pronunciar el juramento, muy comun en aquellos tiempos entre los cristianos, de dedicar al servicio de Dios el fruto que se dignara concederla. Al poco tiempo sintió los precursores sintomas de maternidad, y rebosando de alegría, dió á su marido tan ansiada y feliz nueva. No fué completo el contento de este, como su mujer habia pensado, porque si bien profesaba con la mayor fé y ardor la sagrada religion del Crucificado, creia, sin ningun género de duda, que en todos los estados se puede servir completamente á Dios, y ganar un asiento en el paraiso, y el juramento de su mujer podia violentar quizás la voluntad de un hijo, que, aunque cristiano y muy virtuoso, no tuviera vocacion por la Iglesia. Algo se mitigó este disgusto al referirle su mujer, entrada ya en el sétimo mes de su embarazo, una revelacion y vision que habia tenido, por la cual le hizo saber y ver la Sacratísima Virgen, de quien era devotísima esclava, que daria á luz un hijo virtuoso y santo, que vestiria el traje con que se le presentó, de Obispo. Como revelaciones y visiones de esta clase habian tenido las madres de Jacob, de Sanson, del Bautista y de otros, y los resultados habian justificado la verdad de los anuncios, recibió gran consuelo el corazon del esposo, confiando en que su tranquilidad seria completa si el sexo de la criatura que diese á luz su mujer principiase afirmando la certeza de la revelacion. El nacimiento en este año, 939, de un hermoso y robusto varon, que fué bautizado con el nombre de ATILANO, completó la alegría del padre, porque ya no dudó un momento de la revelacion que habia tenido su mujer, y de que la infinita bondad del Altísimo no solo habia sido benigna á sus súplicas, sino que, otorgándole

más de lo que nunca pudo pedir ni esperar, le dispensaba la gloria de haber dado al mundo un varon que habia de ser elevada y santa dignidad de la Iglesia católica.

El precoz talento que se descubrió en ATILANO desde sus primeros años, el juicio y la rectitud que todos reconocian en él, y su aficion al templo, fueron patentes muestras de que no era presuntuoso ni aventurado el juicio que de su fortuna habia formado el padre, y que, elevado al más alto grado de reconocimiento al Todopoderoso y de amor á su hijo, se habia enseñoreado del corazon de la madre.

Tomaron los padres de ATILANO los más virtuosos y sábios maestros que pudieron haber para que instruyeran al jóven en las materias necesarias á la carrera del sacerdocio, que sin insinuacion y excitacion de persona alguna eligió desde el momento en que sus años le permitieron poder manifestar con fijeza una vocacion.

Entre la ciudad de Tarazona, que siempre habitó la familia de ATILANO, y la villa de Foyos, á una legua de la primera y en el sitio llamado *Campo del Monasterio*, habia uno titulado de San Benito, á cuya iglesia concurría con frecuencia el virtuoso matrimonio, llevando siempre en su compañía á su hijo.

La paz, el recogimiento y el silencio de que en él veía el jóven ATILANO gozar á los monjes, impresionaron dulcemente su imaginacion, y comparando el movimiento y bullicio de las ciudades con la vida aislada y contemplativa del retirado claustro, comenzó á envidiar esta con todo su corazon, y á formar el proyecto de pedir licencia á sus padres para tomar hábito en aquel pacífico y santo monasterio. Conociendo, sin embargo, el tierno amor que, siempre en aumento, le dispensaban los autores de su vida, y que la separacion habia de serles penosa, iba retardando el manifestarles su deseo y pedirles la correspondiente licencia para ponerle en ejecucion. Pero creyendo al fin que el dedo del

Señor le señalaba aquel sitio para servirle y glorificarle en él, pospuso al mandato del Omnipotente toda consideracion terrenal, y manifestó á sus padres su vocacion y su deseo. No se engañó el sentimiento de estos por la separacion de hijo tan querido; pero ni una palabra le dijeron para disuadirle de su proyecto, y en el momento mismo de impetrar la licencia, le fué acordada.

Pocos dias despues, y contando solo quince años, ingresó en el monasterio de San Benito con el beneplácito y bendicion de sus virtuosos padres y de todos los parientes, que, vertiendo copiosas lágrimas de amor y de ternura, fueron presentes á la toma de hábito y primeros votos del jóven novicio.

Diez años trascurrieron sin que nada de particular y que mencion merezca ocurriese en la vida de ATILANO. Dedicado al estudio, á la oracion y pláticas cristianas, llegó á ser considerado por todos los monjes como un modelo de virtudes é instruccion, que habia de dar muy pronto alto renombre y gloria al monasterio que le abrigaba.

Eran muy pocos por aquel tiempo los sacerdotes en la Orden de San Benito, porque se guardaban con el mayor rigor las prescripciones de la regla, en la que el Patriarca y legislador habia designado las condiciones que debian concurrir en los monjes para llegar á cantar misa, y eran poquísimos los que las reunian todas. Finura y amabilidad en el trato, humildad y elocuencia persuasiva, instruccion sólida, experimentada constancia en la práctica no interrumpida de todas las virtudes teologales y cardinales, y valor para derramar su sangre siempre que fuera necesario por la santa religion cristiana, eran algunas de las circunstancias que debian concurrir en un monje benito para obtener la dignidad del sacerdocio, y no pocos abades tuvo la Orden que, faltos de alguna de ellas, no fueron sacerdotes, sin embargo de ser ellos los que designaban los monjes que habian de elevar entre sus manos el cuerpo de Jesus Sacramentado.

Cuántas condiciones señalaba la regla brillaban resplandecientes en ATILANO, y con la más completa aprobacion de toda la comunidad, fué designado por el abad para recibir las órdenes y celebrar el santo sacrificio de la misa.

Ya habia fallecido su padre por esta fecha, y su anciana y achacosa madre, al recibir tan grata nueva sufrió tal trastorno, que durante muchos dias, en los cuales no se separó ATILANO de su lado, se temió constantemente por su vida. Muy delicada quedó, y con la deliciosa impresion que la produjo algun tiempo despues el oír la primera misa que celebró su hijo, se le agotaron completamente las fuerzas, y á los pocos dias entregó su alma al Criador.

Mucho sintió ATILANO la muerte de su madre, á la que, despues de Dios, amaba con ternura sin igual. La pena por tal falta aumentó su retraimiento y su amor al silencio y al retiro, y comenzó á pensar que no era bastante para satisfacer su deseo de soledad el monasterio de San Benito.

Hasta este habia llegado ya la fama de santidad de un ermitaño llamado Froilan, que habitaba en el aislado cerro *Cuturrino*, en las montañas de Leon. La vida penitente y de deliciosa contemplacion á que estaba completamente dedicado, tan envidiada por ATILANO, le sugirió el proyecto de emprender otra igual. Fué uso constante, desde la institucion de la Orden de San Benito, que los superiores permitieran á los monjes que lo desearan dedicarse á la penitencia en los montes y cerros, en ermitas ó cuevas; é insistiendo ATILANO en su propósito, habló al abad y le pidió la licencia que deseaba. El grande amor que el abad y la comunidad toda profesaba á ATILANO, unido á la honra que proporcionaba al monasterio la permanencia en él de monje tan virtuoso y sábio en un tiempo en que la instruccion era tan rara, dificultó la concesion del permiso; pero cuantas súplicas emplearon el abad y todos los monjes, y cuantas reflexiones hicieron á ATILANO para apartarle de su propósi-

to, fueron inútiles: escudado con el mejor servicio de Dios en la soledad del yermo, no desistió de su pretension, que al fin fué aprobada por el abad, otorgándole la correspondiente licencia.

Partió en seguida para las montañas de Leon en busca del solitario Froilan, para rogarle que le permitiera morar en su compañía, ó cerca de él, é imitar sus sublimes actos de penitencia y amor á Dios. Con admiracion y cariñoso afecto le admitió por compañero el Santo Froilan, y siendo tan pequeña su ermita que no permitia la estancia de más de una persona, construyeron entre los dos otra al lado de aquella, en la que se instaló ATILANO, enagenado su corazon de la más cristiana y sublime alegría.

Manteniéndose sola y exclusivamente de yerbas y raices, macerando sus carnes y orando dia y noche, pasaron cuatro años. Pero llegando á hacerse públicas sus virtudes y santa vida, comenzaron á ser visitados y consultados como santos oráculos por los habitantes de todos los pueblos de las inmediaciones, y aquel desierto cerro dejó de ser asilo silencioso y retirado. El primer ánimo de los virtuosos compañeros, así que se vieron privados de la amada soledad, fué desaparecer y fijar su residencia en otro lejano y recóndito lugar; mas teniendo en cuenta el gran servicio que podian hacer á Dios y á la religion iluminando las almas de los habitantes de aquellos contornos, que con tanta fé seguian sus cristianas instrucciones, é inspirando Dios á Froilan la fundacion de un monasterio, resolvieron dejar el cerro *Caturrino*, y bajar á *Valle Obeso*, sitio delicioso á dos leguas de sus ermitas, y proceder en él á la proyectada fundacion con las limosnas de los devotos.

Comunicaron á estos su proyecto, que fué acogido con tal reconocimiento y entusiasmo, que, como por encanto, se reunieron los fondos necesarios para la edificacion, acudiendo al mismo tiempo un gran número de jóvenes, que qui-

sieron tener la gloria de emplear sus fuerzas corporales en la construccion del monasterio, y despues las intelectuales en darle importancia religiosa perteneciendo á su comunidad. Y ambas cosas consiguieron por cierto, porque el edificio agradable y sólido fué construido por tan celosos operarios en muy poco tiempo, y por mucho quedó memoria de las virtudes y brillantes luces de aquellos jóvenes, primeros discipulos de SAN ATILANO y San Froilan, fundador este y abad del monasterio de *Valle Obeso*.

Combatido por recias luchas se hallaba el reino de Leon hacia ya algunos años, y las concesiones y tolerancia de los grandes con los pecheros para tenerlos dispuestos á emplearse en su servicio, habian relajado extraordinariamente las costumbres, produciendo los consiguientes y lamentables efectos en la observancia de los preceptos del Evangelio.

Envenenado con una manzana por el conde D. Gonzalo el rey de Asturias y Leon D. Sancho I, murió, dejando en la menor edad á D. Ramiro III. Reconocieron á este por rey los grandes del reino, prestando el juramento acostumbrado de fidelidad á él, y durante su menor edad á la regencia, que fué confiada á la madre y reina viuda doña Teresa, y á doña Elvira, hermana del difunto D. Sancho, tia carnal del tierno rey, que se hallaba de religiosa en el monasterio de San Salvador de Leon, en el que habia sido enterrado su hermano. Solo la mano de la Divina Providencia pudo hacer que un pueblo que pocos dias antes ardia en iras y rencores, y que un valiente y fuerte ejército no bastaba á sujetar, despusiese su furia ante un rey niño y una regencia de dos mujeres, y religiosa una. Pero si de admirar es el repentino cambio en el pueblo, no lo es menos la armonía, union é igual deseo de felicidades para el pueblo, que reinó en el corazon de las regentes, sin que el más pequeño sintoma de division, de rivalidad ó de celos empañase ni un solo momento la gloria de estas dos virtuosas señoras.

La educacion que recibiria el niño rey D. Ramiro puede imaginarse estando al cuidado de tales modelos de virtud; pero como el constante é improbo trabajo para el bien material del pueblo, y el material y moral del rey, no les dejaba tiempo para velar como hubieran querido por los bienes morales del reino, cuando saliendo de la menor edad se encargó de este D. Ramiro, no halló las virtudes de sus súbditos ni la observancia de los preceptos de la santa religion á la altura que deseaba.

Llegando á su noticia la existencia en *Valle Obeso* de dos tan refulgentes lumbreras de la religion, como ATILANO y Froilan, remitióles cartas pidiéndoles que rogasen por su persona y por la felicidad del reino al Todopoderoso, se empleasen en corregir con la voz y con el ejemplo las costumbres relajadas, y que para que pudieran disponer de más campeones de la fé y de la sagrada religion, fundasen algunos otros monasterios, para lo cual ponía á su disposicion cuantos fondos considerasen necesarios.

Llamar á la actividad y voluntad de ATILANO y de Froilan de parte del mejor servicio de Dios, y del rey y de la humanidad, era centuplicar sus fuerzas, hacerlos incansables y dueños de vencer los mayores imposibles. Al mismo tiempo que elegidos monjes del monasterio de *Valle Obeso* propagaban por el reino de Leon las sanas doctrinas de la más exquisita moral, y fundaban monasterios en diferentes puntos, ocupábanse ellos en instruir propagadores de la fé, y edificar en la ribera del rio Esla y Valle de Tabara el célebre de *Moreruela*, en el que reunieron doscientos monjes siendo abad Froilan y prior ATILANO.

Fertilizaron los contornos del monasterio con lindos y productivos huertos, y gran plantío de viñas y árboles frutales, trabajando la tierra el abad y el prior como el último de los novicios. Con los productos de estas plantaciones atendian al sustento, no solo de los monjes de este monasterio

de *Moreruela*, sino de otros dos inmediatos, y aun dedicaban una buena parte para socorrer á los pobres que acudían al monasterio.

La prematura muerte del rey de Leon D. Ramiro III, ocurrida en el año de 982, colocó en el trono á su primo don Bermudo II, llamado el Gotoso por padecer de esta enfermedad, hijo de D. Ordoño III: D. Bermudo no solo confirmó las donaciones de D. Ramiro en favor de la Orden de San Benito, sino que aumentó tierras á las que ya tenían algunos monasterios, y en particular al de *Moreruela*, residencia de SAN ATILANO y San Froilan, distinguiendo constantemente á estos dos ilustres varones con las más exquisitas muestras de afecto y consideracion. Prueba pública y palpable de esta verdad fué el que habiendo vacado á un tiempo algunos años despues las sillas episcopales de Leon y de Zamora, escribió inmediatamente al clero de ambas ciudades significándoles el deseo de que eligiesen para Obispo de Leon á Froilan, y para la silla de Zamora á ATILANO.

Conociendo ambos cleros que el deseo del rey D. Bermudo no podia ser más ajustado á razon y justicia, pues ningun varon florecia en el reino que en grado tan alto reuniese las dotes necesarias para sentarse dignamente en las citadas sillas episcopales, defirieron completamente á la voluntad del rey, y fueron por unanimidad nombrados Froilan Obispo de Leon, y ATILANO de Zamora.

En el congojoso y lamentable estado en que se hallaba el reino con las constantes revueltas que sin tregua conmovian todos los pueblos y ciudades de él, y especialmente las de Leon y Zamora, el pensamiento del rey D. Bermudo de poner al frente de sus iglesias varones tan esclarecidos en virtud, prudencia y saber como ATILANO y Froilan, fué generalmente tenido por inspiracion del Espiritu Santo; creencia en que se afirmó el pueblo al saber que en el mismo dia y hora en que se estaba haciendo la eleccion de Obispo en

Leon y Zamora, hallándose cantando en el coro con toda la comunidad ATILANO y Froilan, entró una hermosísima paloma blanca, que se posó delante de los dos, permaneciendo quieta y mirando alternativamente á uno y otro algunos minutos, despues de los cuales levantó el vuelo y desapareció en direccion del altar mayor de la iglesia, sin que ninguno de los monjes viera por dónde salió, como no habian visto por dónde habia entrado.

La eleccion para el elevado puesto de Obispo, que tan grata y halagüeña hubiera sido para otros, contrarió notablemente la voluntad de los elegidos, que solo deseaban consagrar completamente su vida á Dios en el silencioso retiro del claustro. Largamente conferenciaron sobre si podrian con decoro, y sin desairar al rey ni al clero, negarse á admitir los puestos que se les confiaban, deseo que avivaba más y más la consideracion del sentimiento que iban á experimentar con la separacion. Pero despues de meditarlo bien, se persuadieron de que en el estado de relajacion de costumbres en que se hallaba el reino, el servicio de Dios y de la religion cristiana era el verdadero interesado, y que ellos estaban obligados á sacrificar sus deseos al bien de la Iglesia católica. Resignados llevaron á cabo el sacrificio, y despidiéndose con una ternura que conmovió é hizo derramar abundantes lágrimas á cuantos la presenciaron, partió San Froilan para Leon, en el mismo momento que SAN ATILANO para Zamora.

El dia de Pentecostés del año de 990 fué consagrado, y con la mayor alegría y complacencia de todos los habitantes del obispado tomó ATILANO posesion de la silla. Lo primero en que se ocupó fué en el arreglo interior de la casa episcopal, suprimiendo el lujo de que habian hecho ostencion sus antecesores, con alguna rara excepcion. Mandó cerrar las habitaciones innecesarias y amueblar con la mayor humildad las que consideró suficientes para su uso y el de sus familiares,

cuyo número redujo tambien al que creyó puramente indispensable mantener para el mejor servicio de los asuntos del obispado. Esta medida, que fué apreciada en lo que valia por todos los habitantes de Zamora, asi clérigos como seglares, dió un notable aumento á las cajas del obispado, que él llamaba *la renta de los pobres*, y el destino justificó el nombre, porque todos los dias se repartia entre los necesitados que acudian á la casa lo que en el anterior habia ingresado; y no contento todavia con disponer tan cristiana y generosamente de sus rentas, trabajaba sin tregua ni descanso cerca de los ricos para inculcarles la sana doctrina de que todo lo que se gasta supérfluamente es el pan del hambriento, que Dios ha depositado en diferentes manos para que lo repartan entre los que tengan necesidad de él. El acento dulcísicamente persuasivo de su santa palabra penetró en el corazon de infinitas personas, que bien pronto recibieron el galardón de su caridad viendo acrecentar sus bienes á medida que acrecentaban sus socorros á los desvalidos, experimentando al mismo tiempo sus almas una inefable paz y dulzura que no habian gozado hasta que cambiaron la vana ostencion de las riquezas por las bendiciones de los desdichados á quienes las dedicaban.

No solamente en la ciudad de Zamora era oida su voz, y presentado su ejemplo, porque persuadido de que el celo del buen pastor consiste en que su vista y su cuidado llegue á todas las ovejas, por distantes que de él se hallen, visitaba constantemente los pueblos, aldeas y caseríos de su obispado, llevando el consejo y el consuelo á los que de ello necesitaban. Su perpétua ocupacion era curar y remediar los males del alma y del cuerpo. Misericordioso hasta el infinito, perdonaba con la mayor bondad á los que, arrepentidos de sus faltas, las confesaban é impetraban el perdón y olvido de ellas, al paso que era inflexible perseguidor de los viciosos contumaces que, en lugar de confesar y reconocer sus faltas

y culpas, continuaban cometiéndolas y revolcándose en la inmunda y cenagosa laguna de los vicios.

No podían ocultarse á su penetración y exacto cálculo los males que amenazaban al reino de Leon, y procuró influir con todas sus fuerzas para conjurar la horrible tempestad que por momentos veía avanzar sobre su amada Iglesia. Las ventas, las traiciones, las falsías entre los grandes del reino se multiplicaban sin interrupción, no siendo bastante á evitarlo la autoridad real, que se veía hollada y escarnecida todos los días. Terribles síntomas cancerosos se percibían en la religión del Crucificado, pues si bien ningún leonés apostató ni renegó de ella, conservando todos el nombre de cristianos, ni guardaban los preceptos de esta religión ni de ninguna. Coaligados muchos nobles de la corte, en notable mengua de su nombre, con el audaz guerrero mahometano Alabib Almanzor, sembraban la desmoralización en el reino, pues para conseguir adeptos á sus ambiciosas miras, todo lo permitían al ignorante y obcecado pueblo, que no comprendía que la bienaventurada libertad que le brindaban aquellos apóstoles de su exclusivo interés y amor propio, eran las cadenas musulmanas. Pero si la ambición y rivalidades de los grandes echó la semilla en el campo de las ilusiones de los cándidos vasallos de D. Bermudo II, las imprudencias de este hicieron fructificar aquella semilla, que estuvo casi á punto de criar hondas y multiplicadas raíces, que hubiera sido necesario regar por muchos años con la sangre española de nuevos héroes del cristianismo.

Aprovechando el rey moro de Córdoba ocasión tan propicia, reunió un poderoso ejército, que, mandado por Almanzor, entró talando y destruyendo cuanto encontraba al paso en el reino de Leon. Hasta esta ciudad llegó triunfante la media luna, y á pesar de la nunca desmentida valentía de los leoneses, no pudieron estos resistir á las inmensas fuerzas de Almanzor, que se hizo dueño de la ciudad á los pocos

dias. Mas como el cálculo del capitán mahometano no era ganar ciudades para conservarlas, sino para destruirlas, robó y saqueó completamente á Leon, apoderándose hasta de las campanas, que hizo llevar á Córdoba en hombros de cristianos, mientras que él con su ejército destruía casi por entero la ciudad de Zamora, derribando por el suelo la episcopal silla de nuestro ATILANO.

Cuánto sufriría el piadosísimo y cristiano corazón de este al contemplar tantos horrores y miserias, no es decible, porque no hay pluma capaz de explicarlo. Empleando en servicio de la patria el heroico valor que da siempre la pureza de alma, la tranquilidad de conciencia y la fé en Jesucristo y su sacrosanta religion, donde más peligro habia allí se encontraba ATILANO. El primero en los combates para animar á los guerreros defensores de la patria y de la religion, y el último en las retiradas para consolar á los heridos, y absolver y bendecir á los moribundos, parecia multiplicarse, porque en ningun sitio faltaba en que fuese necesaria su presencia. Largamente pagaban con su amor los zamoranos el celo de su Obispo, pues jamás hubo otro tan dueño de los corazones de todos los habitantes del obispado.

La crudeza del tiempo obligó á los moros á abandonar el reino de Leon, y regresaron á Córdoba cargados de inmenso botin, y tan ganosos de aumentarle, que pasaron el invierno preparándose para hacer en la próxima primavera otra embestida, y concluir de talar el tan ya trabajado reino de Leon.

Presumidos tales pensamientos por SAN ATILANO, hizo presentes sus temores al rey D. Bermudo, suplicándole procurase poner con tiempo algun remedio á los nuevos males que amenazaban. Pero si bien D. Bermudo oyó benigno los sábios y previsores consejos del Santo, no los dió la importancia que tenian, ni los siguió en lo más esencial. Contentóse con reunir el mayor número que pudo de guerreros, y

allegar fondos para su equipo y manutencion; pero sin hacer nada para recobrar el amor de sus vasallos, que es el que da la verdadera fuerza á los reyes.

Achacaba el pueblo, y achacaba con razon, al mal tacto de D. Bermudo los males que experimentaba. No solo estuvo en constante desacuerdo D. Bermudo por muchos años con las personas más prudentes de su reino, sino tambien con los reyes y hombres de valer de Castilla y de Navarra, que tanto podian haber contribuido, como luego contribuyeron, á contener las correrias de los moros y la devastacion del reino de Leon. La murmuracion era constante, las quejas universales y las acusaciones públicas. Los tres años que llevaban de absoluta sequia, y la consiguiente pérdida de todas las cosechas, que tenia sumido al reino en la más espantosa miseria, lo creian todos los vasallos de D. Bermudo un castigo del cielo por consentir que retuviese encerrado en una prision al Obispo de Oviedo Gudesteo. La circunstancia, que todos recordaban, de que el dia en que prendieron á este llovía copiosamente, que cesó de hacerlo en el momento mismo en que entró en la prision, y que desde entonces no habia vuelto á conceder el cielo ni una sola gota de agua á ninguna localidad del reino, afirmaba más la creencia del pueblo, que comenzaba á disponerse para abrir la prision del Obispo, derribando hasta el trono de D. Bermudo, si para ello necesario fuese. Solo los cristianos y prudentes consejos, y la grande influencia de ATILANO, pudieron detener la ejecucion de este plan, que dichosamente para unos y otros no se llevó á cabo.

No fueron, sin embargo, gratos ni felices por de pronto los sucesos que aplazaron el proyecto de dar la libertad al Obispo Gudesteo: por el contrario, muy sangrientos y de copiosas lágrimas. Los moros, al mando del formidable Almanzor, volvieron á pisar el reino de Leon.

Como los dolores agudos del corazon amortecen y apagan

los crónicos de cualquier otra parte del cuerpo, y la presencia de un peligro inminente aparta de la imaginacion el remoto, del mismo modo la noticia de la nueva invasion del feroz enemigo hizo olvidar á los leoneses el disgusto y resentimiento que tenian contra su rey, y se agruparon al rededor del trono, para combatir por su religion y por su patria. Dispuso D. Bermudo que, como plaza más fuerte y segura, fuesen trasladados á Oviedo los cuerpos de los reyes y las reliquias de los Santos que se guardaban en Leon, retirándose tambien él con la córte á aquella ciudad, y dejando encomendada la defensa de Leon al conde Guillen Gonzalez. Largos dias resistieron los valientes leoneses las acometidas y repetidos asaltos del ejército de Almanzor; pero vencidos por el inmenso número de sitiadores, perdieron la plaza, muriendo heroicamente todos dentro de ella defendiendo las calles palmo á palmo, imitando el ejemplo y el nunca bien ponderado valor de su caudillo el conde Guillen Gonzalez, que, á capitular y entregar la ciudad á la media luna, prefirió sucumbir delante del abierto muro sobre el lecho de cadáveres sarrazenos formado con el filo de su espada.

La casi total destruccion de la ciudad que daba nombre al reino amenguó tanto el valor de sus naturales, que, á pesar de las exhortaciones y heroicos ejemplos de valor del clero, que dirigido por ATILANO recorria todo el reino animando á los habitantes de las ciudades, villas y pueblos, sin oposicion ninguna fueron saqueados por los moros Astorga, Valencia del Campo, Gordon, Alba, Luna y otros muchos lugares.

Creyéndose invencibles ya los mahometanos, y pareciéndoseles estrecho el reino de Leon para teatro de sus glorias, embistieron con Castilla, saqueando y destruyendo varios pueblos, entre ellos Osma, Berlanga y Atienza.

La divina luz que aumentaba las humanas que en tan alto grado poseia ATILANO, le hizo ver en esta acometida de

los moros á Castilla el remedio que tanto ansiaba para la desgraciada cristiandad en general, y para las iglesias de Leon en particular. Presuroso corrió á la córte, se presentó al rey D. Bermudo, y le aconsejó negociar una liga con el castellano y el navarro para contener y escarmentar al moro, que parecia pretender hacerse dueño de toda España. Grande fué el consuelo que recibió el atribulado ánimo de don Bermudo con la feliz idea de ATILANO, que una vez realizada podia ser la sólida base de una duradera paz y felicidad para el reino. Con las más tiernas expresiones agradeció tan importante consejo, y dió al sábio y santo consejero cartas con amplias facultades para negociar la liga y union de los tres reinos contra el comun enemigo. El talento, celo y actividad de ATILANO concluyó en poco tiempo un tratado ofensivo y defensivo contra el moro, y acto continuo se dispuso el armamento general en Leon, Castilla y Navarra.

Comenzaba el año de 998, y envalentonados los moros con los pasados triunfos y con su formidable ejército, que hace subir al número de ciento setenta mil combatientes Colmenares en su *Historia de Segovia, al fóllo 93*, rompieron por Castilla, talando y destruyendo cuanto encontraban, marchando triunfantes por todas partes hasta llegar cerca del pueblo de Calatañazor, en que habia tomado posiciones el ejército coligado de leoneses, castellanos y navarros, en el sitio llamado *Cuesta de las Águilas*.

En mútua expectativa, y disponiéndose para dar la batalla, permanecieron dos dias uno frente al otro, el ejército cristiano y el sarraceno. Al despuntar la aurora del tercero, con arreglo á las órdenes comunicadas en la noche anterior, se celebró ante cada uno de los tres ejércitos, leonés, castellano y navarro, el santo sacrificio de la misa, siendo celebrante ante el primero el grande y virtuoso ATILANO, Obispo de Zamora. Concluida la misa, con clara y sonora voz pronun-

ció una inspirada arenga para redoblar la fé cristiana y los brios de los combatientes, y disponiendo en seguida la batalla, retronó de monte en monte la sangrienta señal de acometer.

Rudo fué el encuentro; igual el coraje; casi la misma la cantidad de sangre, tanto cristiana como sarracena, que coloró los campos de Calatañazor. Una hora de mortal angustia matando iba, á pesar de su sobrehumana fortaleza, el corazon de ATILANO, que con las ropas rasgadas en cien partes, tintas en humeante sangre, y agotadas casi sus fuerzas, acudia á donde más empeñado estaba el combate, para alentar con su voz á sus amados leoneses. Dolido por fin el Supremo Hacedor de los sufrimientos de los cristianos, y escuchando la suplicante voz de su virtuoso y humildísimo siervo ATILANO, coronó con la victoria á sus redimidos, poniendo en vergonzosa y veloz fuga á los crueles sectarios de Mahoma.

Esta victoria, que varios de los escritores arriba citados llaman *segunda restauracion de España*, y cuya gloria pertenece de derecho á SAN ATILANO, aseguró por muchos años la paz en los tres reinos.

El de Leon la celebró con grandes fiestas, y con solemnisimas funciones de iglesia dió al Todopoderoso las gracias por su tan señalada proteccion. El rey D. Bermudo, arrepentido de sus faltas, visitaba con trito los templos, vertiendo copiosas lágrimas de dolor por sus yerros, y de agradecimiento por las bondades del Señor. Fué á la prision del Obispo de Oviedo Gudesteo, y él mismo le puso en libertad, declarándole inocente victima de las falsas acusaciones de sus émulos y de su ligereza en darlas crédito. La piedad y caridad á que consagró el resto de sus dias hizo olvidar todas sus faltas á sus nobles y generosos vasallos, que con abundantes lágrimas le rindieron tributo honroso de amor el dia de su muerte.

La paz ajustada con los moros en el mismo año 998 volvió la calma y tranquilidad á los ánimos de los leoneses, que se dedicaron á ir reparando los destrozos hechos por los musulmanes, especialmente en los templos y murallas de las ciudades. El amor y agradecimiento que atesoraban los corazones de todos los habitantes del obispado de Zamora en favor de su Prelado, contribuyó poderosamente á que fuera siempre el más adelantado en la reparacion de los templos, pues todos los habitantes, así nobles como plebeyos, rivalizaban en ardientes deseos de satisfacer los de ATILANO.

Dos años bastaron para que las iglesias de Zamora se viesan, no solo reedificadas, sino muy mejoradas de su primitiva construccion. Pero en lo que se obró un cambio notabilísimo en estos dos años fué en las costumbres religiosas del pueblo, y más especialmente de la nobleza. Convencida esta por la sábia y elocuente voz de ATILANO, y por los desengaños sufridos, de que la demasiada licencia que dieron al pueblo para atraerle á sí, y la punible tolerancia con que miraban su inmoralidad, enervando la fuerza del cuerpo y del alma, convirtió en prostituidos y miserables seres á hombres capaces del mayor heroismo, cambió completamente su sistema, y con ejemplos de cristiana y patriótica virtud regeneró aquellos cuerpos, dando á sus almas la invencible fortaleza que emana solo de la tranquilidad de la conciencia.

¿Y quién podría presumir que el hombre modelo de penitencia, de resignacion, de virtud y de amor al prójimo, no tenia tranquila la suya? ATILANO, esclavo de la más rígida observancia de todos los preceptos de la santa religion del Crucificado; ATILANO, imágen encarnada de la más perfecta caridad; ATILANO, el más humilde de los siervos del Señor, lloraba á sus solas día y noche un pecado antiguo, una falta de su juventud que no habia podido olvidar ni perdonarse, atormentándole la idea de que cuanto habia hecho en favor de la Iglesia católica, de la humanidad, y contra su

cuerpo castigándole y macerándole de continuo, no era ni podia ser bastante para que Dios le hubiera ya perdonado. Esta idea, constante torcedor de su alma, le sugirió la de marchar en peregrinacion á Jerusalem, y despues á Roma, y pedir la absolucion del Sumo Pontifice.

La consideracion del abandono en que tenia que dejar el obispado, y el temor de que las ovejas que Dios habia encomendado á su celo se extraviasen de la buena senda, privadas del cuidado del pastor, retardando iba la realizacion de su proyecto; pero tanto le aguijoneaba el deseo de la salvacion de su alma, y tan temeroso se encontraba de que le llegase la hora de la muerte antes de haber purgado su culpa con los trabajos y penalidades de la peregrinacion, que se resolvió á llevarla á cabo en seguida.

Indecible es el sentimiento de los zamoranos al saber la resolucion de su Obispo. Como cariñosos hijos á quienes su padre anuncia una larga ausencia, daban triste curso á sus lágrimas y torturaban su imaginacion para encontrar un medio de impedir la partida de ATILANO, que consideraban como una verdadera y gran desgracia para el obispado. Afligiales doblemente la desconfianza que abrigaban de volverle á ver, pues no creian que ni su edad ni sus achaques le permitiesen hacer tan penosa y larga peregrinacion, y que seguramente sucumbiria en apartadas tierras, sin poder tener ellos el consuelo de conservar siquiera su santo cadáver. Sin ambages, sin disimulo y sin rebozo le hicieron presente su pena y sus temores; pero ni las observaciones y súplicas del clero, de la nobleza y del pueblo, hallaron bastante acogida en su corazon ni le apartaron de su propósito. Dió las órdenes convenientes para la buena administracion del obispado durante su ausencia; designó la cantidad de las rentas que habia de destinarse al culto y á la manutencion de los familiares que quedaban en su casa, y el resto dispuso que lo distribuyera su mayordomo diariamente entre los pobres.

Arregladas así las cosas, despues de celebrar el santo sacrificio de la misa, y de despedirse en una tiernisima plática de la desolada multitud de fieles que llenaba completamente la iglesia, convirtiéndola en un verdadero valle de lágrimas, salió de Zamora por la puerta de San Lorenzo, acompañado de un solo familiar. Al cruzar el puente, sacó de su dedo el anillo, y arrojándole al rio Duero, dijo: *Cuando mis ojos te volvieren á ver estaré cierto que he conseguido cumplida remision de mis pecados, y que los ojos de Dios mirando mi alma la hallaron limpia y purificada, y digna de su real mesa.* En seguida que pasó el puente se despidió tiernisimamente del familiar, que á todo trance queria acompañarle durante el viaje, le hizo regresar á Zamora, y comenzó enteramente solo la peregrinacion.

Lo que faltaba de este año, 1000, todo el de 1001, y una buena parte del siguiente 1002, empleó en la peregrinacion, de la cual no se encuentran detalles en ninguno de los escritos antiguos ni modernos, pues ni aun sientan con fijeza si estuvo en Roma y Jerusalem, ó en uno de los dos puntos solamente. Fr. Anastasio de Lobera, que es el que más largamente ha escrito de este Santo en la *Historia de las grandezas de Leon*, tampoco sigue los pasos del Obispo de Zamora en su peregrinacion. De estos dos años de su vida, los más abundantes quizá de heróicos hechos de humildad, resignacion cristiana y caridad, solo pueden sentarse como ciertos y comprobados los siguientes:

Así que se despidió del familiar que le había acompañado hasta pasar el puente, se puso sobre sus vestidos un traje de peregrino que llevaba oculto en un saquito, y disfrazado continuó el camino. Entrada la noche, percibió á lo lejos una luz y se dirigió á ella: partia de una casa arruinada casi por completo, en cuyo zaguan vió ATILANO, al acercarse á la puerta, una mujer de mediana edad sentada en el suelo con una criatura en su falda, y un niño sentado tambien en el

suelo á cada lado. En un rincon del zaguan, y tendida sobre un lecho de raidas pieles, una persona envuelta en una manta ordinaria, y en el rincon de enfrente un hombre de unos cuarenta años, escuálido, vestido muy pobremente, sentado sobre un monton de paja, con las manos cruzadas, é inclinado el rostro al suelo demostrando una profunda melancolia. Al acercarse ATILANO, y pisar el umbral de la puerta pidiendo hospitalidad, se puso en pié la mujer, manifestando sorpresa y temor; pero ni la persona que estaba tendida y envuelta en la manta se movió, ni el hombre que estaba sentado sobre la paja hizo otro ademan que levantar lánguidamente la cabeza, mirar sin sorpresa ni gran curiosidad al recién llegado, ni pronunciar más palabra que

—Adelante, hermano.

Entró ATILANO, y dijo á la mujer:

—¿Podriais hacerme la caridad de permitirme pasar aqui la noche?

—Con mucho gusto, hermano, te concederíamos hospitalidad; pero ni tenemos lecho que ofrecerte ni alimento alguno que darte; y si no estás tan cansado que no puedas andar una legua, á esa distancia encontrarás la casa de un hombre muy favorecido de Dios, que podrá darte un rincon abrigado junto á sus caballerías, y pan para cenar.

—Ni lo uno ni lo otro necesito, buena hermana; el suelo me basta para descansar, y la oracion para alimentarme, dijo ATILANO, añadiendo despues de una pausa, viendo que la mujer nada decia: Y favor grande me harias permitiéndome quedar aqui, porque me encuentro muy cansado.

—Quédate enhorabuena, dijo la mujer, volviendo á sentarse donde estaba; pero aumentarás mis sufrimientos haciéndome contemplar á mi lado un desdichado más.

—¿Y en qué conoces tú que soy yo desdichado?

—Me engañaré tal vez; pero no deben presumirse felicidades en el hombre de tu edad que cruza solo y á pié los cam-

pos á estas horas, se resigna á no tomar ni un bocado de pan, y á recibir por cama el desnudo suelo.

—La felicidad no la constituye el caminar con comodidad, el sentarse á una abundante mesa, ni descansar en mullido lecho. El tener tranquila la conciencia, el estar seguro de no haber faltado á los preceptos de la religion, el haber amado siempre al prójimo como á sí mismo y al que murió en la cruz por salvarnos, sobre todas las cosas, es lo que constituye la verdadera felicidad en esta vida, y abre el camino de la gloria en la eterna.

La persona envuelta en la manta, que era un hombre joven de agradable rostro, aunque sumamente pálido, se sentó en el lecho fijando la vista en ATILANO, y el hombre meditabundo que estaba sentado en el monton de paja, se levantó, se acercó, y alargando la mano al disfrazado Obispo, le dijo:

—Tienes razon, hermano; ese es tambien mi modo de pensar, aunque mi mujer no está conforme con él. Conozco que ofende á Dios, y la reprendo, no con la energía que debia; pero es tanta la miseria que nos rodea y que nos aflige por nuestros hijos, y por no poder remediar los males del prójimo, que la disimulo sus ofensas al Señor.

—¡Tan pobres sois!—exclamó ATILANO afectado y enternecido.

—De todo completamente carecemos. Los moros nos robaron el ganado que nos producía para vivir holgadamente, y nos quemaron la casa que poseíamos á dos leguas de aquí. Era una noche ¡ah, bien presente la tengo! de horrible viento y copiosa lluvia. Mi mujer habia acostado á esos dos niños, únicos que entonces teníamos, y sentada junto á mí al lado del hogar, escuchaba las santas máximas de un libro devoto que yo leía, regalo de un tio sacerdote, en cuya compañía me crié y viví muchos años. Un espantoso vocerío al rededor de la casa, acompañado de choque de armas, de relinchar

de caballos y de fuertes golpes á la puerta y ventanas, nos hizo saltar de los asientos con más rapidez que si hubiéramos sentido la dolorosa picadura de una víbora. Llegan en aquel momento á la cocina, en que estábamos, los dos criados que tenia para guardar el ganado, trémulos, aterrados y gritando: «¡Los moros, los moros nos rodean la casa!» Estas palabras helaron mi sangre en las venas. Muertos veía ya á mis dos hijos y mi mujer: la defensa era imposible. Confieso, y me duelo de mi culpa; en mi terror ni pensé en implorar la clemencia del Todopoderoso, que sin embargo, fué con nosotros más misericordioso de lo que merecíamos. Los moros rompieron la puerta del corral y se apoderaron de mi ganado; vencieron también la principal de la casa, y entraron en ella. Mi mujer cogió un niño en sus brazos y yo el otro; pero ¿qué hacer? ¿dónde escondernos? Desatentados corriamos de un punto á otro cerrando puertas tras nosotros, que en seguida derribaban delante de sí los moros. El desgarrador y espantoso alarido de uno de mis criados, que perdiendo el tino en la oscuridad no pudo seguirnos, nos reveló su desdichado fin. Mis inocentes hijos, que no podían comprender que sus gemidos servían de guía á los moros para seguirnos, se deshacían en llanto y lamentos. Tapando con mi cara la boca del que llevaba en brazos, y mandando hacer lo mismo á mi mujer con el que conducía, cogí á esta de la mano, y pudimos llegar, tomando la vuelta á nuestros perseguidores, hasta un gran monton de heno, entre cuyos haces nos ocultamos. Los moros saquearon completamente la casa y la prendieron fuego, comenzando en seguida á retirarse. Mis malogrados bienes, convertidos en antorcha de estos campos, iluminaron todo el contorno; pero no era la pérdida de ellos lo que atormentaba mi corazón, sino el creciente peligro en que veía la existencia de mi mujer y de mis hijos, porque las llamas se acercaban á la hacina de heno que nos ocultaba, y todavía oíamos las voces de algunos moros

que sin duda quedaban recogiendo los restos de mi fortuna. ¡Horrible situación la mía, colocado en la alternativa de salir y entregar á los alfanges sarracenos el pecho de mis hijos y de mi mujer, ó verlos perecer entre las llamas! Poco faltaba ya para que estas se comunicaran al heno y nos envolvieran instantáneamente, cuando el niño que tenia en sus brazos mi mujer prorumpió en violento lloro: oido por un jóven musulman, se acercó al sitio en que estábamos, y comenzó á examinarle con cuidado y cautela. Quitó algunos haces de heno, y quedó descubierta mi mujer, que cayó de rodillas delante de él presentándole el niño. Descompuestos los haces cayeron algunos más, y me dejaron descubierto tambien á mi con el otro niño en los brazos. El moro nos miraba atento y sorprendido, y en su rostro se pintaba la ansiedad y la duda; miró anhelante en derredor, fijó en seguida su vista en nosotros poniendo un dedo sobre sus labios indicándonos que calláramos, despues dió algunas voces, cuyo significado no comprendimos, nos indicó tambien por señas que saliéramos, y tomando la vuelta á la hoguera que formaba mi casa, desapareció. El galope de caballos y las voces de hombres que se alejaban nos hicieron comprender que el moro nos habia salvado.

—¡Dios ilumine su alma, exclamó enternecido SAN ATILANO, y la traiga al seno de nuestra santa religion, de que es muy digna!

—Iluminada está ya, hermano, dijo aquel desdichado padre á ATILANO; y señalando al jóven envuelto en la manta, que sentado en el lecho escuchaba la conversacion, continuó:—Ese que ves envuelto en miserables harapos, que enfermo y desfallecido de necesidad vive con nosotros en medio de la más espantosa miseria, cuando podia estar rodeado de opulencia en Córdoba, es el generoso sarraceno que nos salvó. Apasionado de una jóven cristiana que vive con sus padres á una legua de aquí, ha dejado su trage y su país, y

solo desea hoy haerse cristiano para facilitar su union con la que ama.

—Lo cual, observó la mujer, no conseguirá, porque el cruel padre de esa jóven, envanecido con las grandes riquezas que el cielo le ha concedido, no consentirá que su hija se una á un hombre que siendo cristiano no tendrá más bienes que su virtud.

—Lo conseguirá, exclamó rápidamente SAN ATILANO. Lo conseguirá si abraza nuestra santa religion y con ciega confianza y fé sincera pone su felicidad en las manos del Todopoderoso, que nunca deja de premiar el puro amor que se le consagra. Sí, jóven apreciable, continuó dirigiéndose á este; confía en la bondad divina, para la que no existen imposibles; ama y sirve en primer término á nuestro Señor Jesucristo y á su Sacratísima Madre; abjura tus errores, lava tu frente y tu alma con el agua del bautismo, y Dios te hará feliz.

El inspirado acento con que ATILANO pronunció estas palabras, la noble actitud de su persona, sus magestuosas maneras y el fuego celestial que inflamaba su mirada, impresionaron de tal manera á aquellos desgraciados, que, fijando en él su admirada vista, se pusieron de rodillas, contemplándole con el mayor respeto y admiracion. El jóven, en lenguaje correcto, y con acento marcadamente extranjero, le dijo:

—Quien quiera que seas, hombre admirable que así sabes llevar tu acento hasta el fondo de los corazones, recibe mi juramento de pertenecer lo antes que pueda al gremio de la santa religion que profesan hombres como tú. Te juro tambien que la acepto sin condicion, y que amaré á Dios y á su Madre sobre todas las cosas, aunque no consiga unir mi existencia á la de esa cristiana á quien amo.

—Te unirás, confía en ello; porque leo en tu rostro la sinceridad de tus palabras, la verdad que debe ser siempre el

norte de ellas, y que nunca deja sin premio el Señor. Oremos y roguémosle que adelante cuanto convenga la realizacion de tus deseos, y el remedio de los males que á todos os aqueján.

Púsose tambien de rodillas, y con el mayor recogimiento y uncion dirigieron todos sus súplicas al Eterno por espacio de media hora.

Terminada la oracion, y sentados en el suelo, pasaron parte de la noche refiriendo aquellos desgraciados sus infortunios á ATILANO, consolándolos este, y procurando volver á introducir en el corazon de la mujer la fé cristiana y la confianza en el Todopoderoso, que habian principiado á ausentarse de aquella alma trabajada por el infortunio.

Media noche seria escasamente cuando les llamó la atencion una gran claridad que iluminaba las alturas que habia frente de la puerta de la casa: salieron á ver lo que la producía, y vieron una inmensa columna de fuego, que aterradora é imponente, se elevaba como á una legua de distancia. Despues de algunos instantes de observacion, dijo el jóven que aquella llama no podia ser producida por otra causa que por el incendio de la casa que habitaba su amada, observacion con que estuvieron muy conformes su amigo y la mujer. Persuadirse de ello, y dirigirse al sitio del incendio con una velocidad inconcebible en su estado de debilidad y demeracion, fué obra de un instante; movimiento que imitaron su amigo y ATILANO, aunque no pudieron igualarle en la rapidez de la marcha.

No se habian equivocado en su cálculo: la casa del rico y orgulloso padre de la amada del jóven moro ardia por tres costados. La mayor parte del ganado habia perecido entre las llamas, y el resto chamusqueado y medio quemado huía por los vecinos montes. El dueño de la casa, amenazando unas veces y otras rogando, procuraba conseguir que los criados que con él estaban delante del incendiado edificio,

penetrasen para salvar á su mujer é hija, que cortadas por el fuego permanecian dentro; pero sus amenazas y súplicas eran desoidas, y nadie se atrevia á penetrar en aquel Etna. El último ángulo, en el cual estaban la mujer y la hija del dueño, y todo su dinero y alhajas, iba á ser inmediatamente invadido por las llamas: crecia la desesperacion del propietario, redoblaba las amenazas y las súplicas, añadia promesas de partir su tesoro con quien le salvara, de concederle cuanto además pidiera, pero todo era en vano: los criados retrocedian en lugar de avanzar. En este momento tres hombres hendiendo veloces las llamas penetran en el edificio por una gran brecha que habia dejado abierta una pared al caer. Mas ninguno sale, á ninguno se ve, y es pasado ya un cuarto de hora. «¡Infelices! ¡Han perecido!» exclaman todos compadecidos, hasta el mismo amo de la casa. Un grito general de admiracion anuncia la presencia de un peregrino cargado con una mujer; un hombre miserablemente vestido le sigue conduciendo sobre sus espaldas una grande arca, y un jóven agraciado aparece por fin llevando en sus brazos otra mujer. Todos corren á su encuentro: el jóven pone á los piés del marido á su mujer, el pobremente vestido un arca llena de oro, el peregrino una hermosa jóven.

¡Incomprensibles arcanos de la Providencia! Aquellos tres hombres que una hora antes hubieran, cuando más, sido recibidos en las caballerizas del rico ganadero, son estrechados entre sus brazos con el mayor delirio, y respetados y considerados como ángeles de salvacion.

La casa fué completamente devorada por las llamas, y el nuevo sol alumbró únicamente un monton de humeantes cenizas. Al amanecer, firme en el plan que tenia trazado ATILANO, emprendió el camino, sin que pudieran hacerle detener ni una hora las súplicas y ruegos de cuantos le rodeaban.

Una de las primeras personas que le reconoció á su vuelta

á Zamora, fué el jóven moro, por quien se supieron despues todos estos sucesos, el cual refirió á ATILANO que su profecía se habia realizado completamente. Él habia ingresado en el seno de la religion católica, le habia sido concedida la mano de su jóven amada, y con la proteccion de su suegro, él y la familia de su amigo habian adquirido bienes suficientes para vivir holgadamente y proporcionarlos á los infelices que imploraban su caridad.

Segun dicen Lucio Marineo, Laurencio Surio y Pedro de Medina, sin designar lugar, y refiriéndose á los escritos de los familiares de SAN ATILANO, estando este durmiendo una noche, le despertó una voz que decia: *Tiempo es que vuelvas á tu obispado, porque tus ruegos son oidos y cumplido tu deseo.* Ilusion de este le pareció la voz aquella noche; pero habiéndola vuelto á oír clara y distintamente estando despierto en las dos siguientes, no dudó que partia del cielo, y emprendió el regreso á Zamora.

Entrada ya la noche, y muy fatigado del camino, llegó al arrabal, y determinó dilatar hasta el siguiente día su entrada en la ciudad. Se dirigió á la ermita llamada de San Vicente, que servía de hospedería para transeuntes, asistiendo á los hombres el ermitaño, y su esposa á las mujeres.

Cariñosamente fué recibido el santo viajero por aquel virtuoso matrimonio, que le dió para colacion un pedazo de pan y algunas frutas secas, únicas provisiones con que contaban. Á la mañana siguiente nada le dieron, porque nada absolutamente tenian, y le pidieron el favor de que se quedase guardando la hospedería mientras ellos iban, como hacian todos los días, á casa del Obispo á recoger la cotidiana limosna que distribuía el mayordomo.

Habiendo accedido ATILANO, salió el matrimonio y se dirigió á buscar la limosna, bien ageno por cierto de que la iba á recibir de un sirviente del pobre viajero que quedaba en su hospedería. Peces estaba repartiendo el criado del

Obispo ATILANO cuando llegaron los ermitaños, que recibieron uno cada uno; pero siendo ambos peces bastante pequeños, y acordándose de su huésped, se lo hicieron presente al mayordomo, que les cambió los dos pececillos por un barbo bastante grande, con el que podían comer suficientemente los tres.

Regresaron á la hospedería, y entregaron el barbo á ATILANO para que le escamara y limpiara mientras la mujer disponia la lumbré. Tomó ATILANO un cuchillo, y al abrir el pez encontró dentro de él el anillo que al salir de Zamora arrojó al rio, diciendo que hasta volverle á ver no consideraria perdonadas sus culpas y pecados. La deliciosa sorpresa que le causó la vista del anillo le hizo prorumpir en una expansiva exclamacion de inefable placer, que llamó la atencion de los ermitaños, los cuales, admirados, contemplaban la expresion de divina gracia que animaba el rostro de su huésped. Tomó este el anillo, y levantando sus manos al cielo, le presentó al Todopoderoso, como prenda del más profundo agradecimiento por su infinita bondad. Cayó en seguida de rodillas, y profundamente conmovido, elevó su espíritu al inagotable manantial de misericordia, Jesus Crucificado, y con toda la efusion de su alma le dió las gracias por el perdón de sus pecados.

En este mismo momento hallábase conmovida la ciudad de Zamora por un suceso milagroso que estaba ocurriendo, y que nadie podia explicar. Las campanas de todas las iglesias volteaban solas tocando á regocijo. Los habitantes salieron á las calles, corrian de un punto á otro, se preguntaban, se consultaban; pero en vano discurrían: ninguno atinaba la causa de aquel milagroso repique de campanas. Presumiendo que quizá aquello podia anunciar la próxima llegada á la ciudad de las reliquias de algun Santo que por orden del rey fuesen conducidas á ella, salieron unos á los caminos, y otros los reconocieron desde las torres y pisos más elevados de las

casas; pero nada vieron que pudiese justificar sus sospechas. Acordándose entonces el mayordomo del Obispo de que los ermitaños cuando fueron á recoger la limosna le habian dicho que tenian en su hospedería un peregrino recién llegado, le pareció conveniente ir á ver qué clase de hombre era, y si tenia alguna noticia que pudiera dar luz sobre suceso tan admirable. Comunicó su idea á los que le rodeaban, que, aprobándola completamente, le acompañaron contentos y presurosos á la ermita-hospedería de San Vicente.

De rodillas y orando permanecia aún SAN ATILANO, cuando se presentó en la puerta de la hospedería su mayordomo, seguido de gran número de vecinos de Zamora, que al reconocer á su Obispo prorumpieron en las más delirantes expresiones y demostraciones de alegría. En seguida cayeron todos de rodillas ante su Obispo, y al ponerse este en pié para bendecir á sus amados hijos, desaparecieron instantáneamente y milagrosamente los humildes vestidos con que estaba disfrazado, revistiéndole el Señor con el traje de la dignidad que tan santamente desempeñaba. Rodeado de inmenso gentío que acrecia por momentos, fué conducido en triunfo á su casa episcopal, y desde ella, despues que obligado por sus cuidadosos apasionados tomó algun descanso, pasó á la catedral á dar, en sitio más digno, nuevamente las gracias al Señor.

La austeridad de toda su vida, la penitencia y constante maceracion de su cuerpo, las fatigas y trabajos continuos á que se habia entregado, acabaron con su salud y sus fuerzas, y á los siete años de su regreso de la peregrinacion, cayó completamente postrado. Quería permanecer y morir en el tablado cubierto con una estera que le servia de lecho; pero los ruegos y lágrimas de sus familiares y amigos, que buscaban ansiosos todos los recursos imaginables para alargar aquella preciosa y querida vida, alcanzaron que consintiera en trasladarse á una cama con un colchon, y que metiera su

cuerpo entre sábanas; mas ni esto, ni cuantos cuidados y celo emplearon, pudo detener la descomposicion total de una naturaleza tan trabajada. Dolido, en fin, el Señor, de los tormentos físicos de su amantísimo siervo, le llamó á si y le abrió el paraíso el día 5 de octubre del año 1009, á los diez y nueve de la consagracion de Obispo y setenta de su edad.

Con el dolor y las lágrimas que pueden considerarse, sabido el amor que le profesaban todos los habitantes de la ciudad, fué inhumado su santo cadáver junto á un altar consagrado á la Virgen, en la primitiva iglesia catedral de Zamora.

Las vicisitudes por que volvió á pasar esta, la destruccion y reconstruccion de templos, entre los cuales tocó á la primitiva catedral convertirse en la iglesia de San Pedro, y la completa carencia de noticias escritas, relegaron al olvido por algunos años el cuerpo de SAN ATILANO, y hubiera existido tal vez hasta hoy ignorado completamente y privado de la adoracion y veneracion de los fieles, si al revelar un pastor el sitio en que estaba enterrado San Ildefonso, no hubiera revelado al mismo tiempo el lugar que poseia el igualmente precioso cuerpo de SAN ATILANO. Ambos cadáveres, en el más perfecto estado de conservacion, fueron encontrados en los sitios que designó el pastor, y colocados en seguida en ricas urnas, los depositó la muy devota y cristiana ciudad de Zamora en un arco levantado á este fin sobre el altar mayor de la iglesia de San Ildefonso, en la cual se conservaban ya el anillo que SAN ATILANO arrojó al Duero y encontró despues dentro del barbo, compuesto de un aro delgado y una turquesa no muy fina, algo mayor que un garbanzo, segun atestigua Lobera, un báculo ordinario, que le sirvió de apoyo durante la peregrinacion, y un toscó peine de hueso.

Ansiaban con todo su corazón los toledanos poseer dentro de sus muros el cuerpo de San Ildefonso, é hicieron cuantas

gestiones son imaginables para conseguir que los zamoranos se le cediesen, concediendo cuanto les pidieran en cambio; pero convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, meditaron la perpetracion de un punible acto, disculpable solo por la causa: determinaron robarle. Escogiendo los medios más seguros para llevar á cabo este propósito, se decidieron por que fuese á Zamora un clérigo que, admitido al servicio de la iglesia de San Ildefonso, buscase ocasion, ayudado de los compañeros que residirian ocultos en la ciudad, de sacar de ella el cuerpo y trasportarle rápidamente á Toledo. Con las recomendaciones de que iba provisto, y con su buena maña, logró al poco tiempo ser nombrado sacristan de la iglesia que guardaba el anhelado cuerpo. Conseguido este gran paso, discutió con sus compañeros el modo de realizar sus designios; pero no habiendo habido acuerdo por el temor de que si la voluntad de Dios y del Santo no era que poseyese Toledo el cuerpo, podian ser terriblemente castigados quizá en el acto mismo de intentar la sustraccion, acobardados desistieron de su empresa. No renunció á consumarla por verse solo el sacerdote; mas teniendo que modificar el plan, por no serle posible sin auxiliares sacar de Zamora y conducir á Toledo el cuerpo de San Ildefonso, se decidió por llevar solo la cabeza. Resuelto á atropellarlo todo, entra una noche en la iglesia, abre la urna, se apodera de la cabeza, la envuelve con el mayor esmero en un rico lienzo, la mete en una caja, y sale presuroso de Zamora. Pero en su precipitacion habia cambiado las urnas, y en lugar de apoderarse de la cabeza de San Ildefonso, se llevó la de SAN ATILANO; cambio que proporcionó á Toledo la posesion de tan preciosa reliquia, y dió el último convencimiento de que no era la voluntad del Omnipotente que fueran dueños los toledanos del cuerpo de San Ildefonso.

El culto que la Iglesia dedica á SAN ATILANO data desde el Papa Urbano II, que decretó su canonizacion, poniéndole

en el número de sus confesores, diciendo el Papa Benedicto XIV en el libro I de *Servorum Dei bonificatione*, que Urbano II hizo esta declaración hallándose en Milan, siendo una de las declaraciones más antiguas hechas por intervencion de la Silla Apostólica.

Las turbulencias políticas hicieron que la Sede de Zamora quedase vacante todo el siglo XI, pues Lobera dice que desde la muerte de SAN ATILANO no hay nombre de Obispo ninguno que la ocupara, datando solo desde 1100 la provision de pastor para aquella grey por el rey D. Alfonso VII, que en su disposicion de 1735 dice que desde el último furor con que los moros destruyeron la ciudad, no tuvo Pastor propio; porque en aquel interregno la gobernó el Obispo de Astorga, segun consta por carta de Inocencio III al arzobispo de Braga.

DIA 6.

San Bruno, Confesor y Fundador, *Aleman*.

DIA 7.

San Marcos, Papa y Confesor, y San Sergio y Compañeros Mártires, *Romanos*.

SAN MARTIN CID, ABAD, ESPAÑOL.

De la antigua y preclara familia de los Cides de Zamora, fué vástago este glorioso Santo, cuya época fija de nacimiento, nombre de padres y detalles de su niñez y juventud, no hemos encontrado. Los escritos que hemos visto solo dicen que educado desde la cuna en el seno de la religion católica, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres al espíritu de la ley santa de Dios; que hizo el mundo cuanto pudo por ganar para sí á un jóven tan distinguido y de tanto mérito como MARTIN; pero que no se dejó deslumbrar por los halagos y brillantes esperan-

zas, y abrazó el estado eclesiástico, siendo perpétuo modelo de todas las virtudes.

El género de vida que hacia MARTIN no podia ser más retraído del contacto con el mundo, viviendo en sociedad; pero no contentaba su deseo, pues desde antes de ordenarse de sacerdote acariciaba la idea de pasar sus dias completamente apartado del mundo, dedicado solo á la oracion y á la penitencia. Acrecieron tanto estos deseos en el corazon de MARTIN, que resolvió constituirse en ermitaño y despues de recorrer varios puntos eligió un sitio quebrado y espantoso cerca de Paleas, pueblo perteneciente al obispado de Zamora, en donde habia una cueva, parte natural y parte abierta á continuacion en la roca. Fijó en ella su residencia, entregándose con el mayor placer al género de vida que tanto habia deseado, de perpétua contemplacion y penitencia, lejos del bullicio de las poblaciones, y de las peligrosas costumbres de la sociedad.

Habiendo sabido que la cueva que habitaba habia servido por mucho tiempo de guarida á una compañía de ladrones, determinó hacer de aquel sitio, donde tantos crímenes se habian consumado, y tanto espanto causaba á los viajeros, un auxilio piadoso en el que encontrasen refugio y consuelo los transeuntes, y para ello agrandó la cueva regularizando sus paredes, y limpiándola perfectamente, y la convirtió en una humilde, pero capaz y aseada hospedería, en la cual encontraban refugio, descanso y algun parco alimento los viajeros.

Agradábale muchísimo la religiosa observancia del célebre monasterio de Moreruela, que siendo de la Orden de San Benito abrazó la nueva reforma del Cister, que habia fundado poco antes el abad de Molesme, la cual elevó al más alto grado de estimacion en la iglesia de San Bernardo, y encendido en vivísimos deseos de pertenecer á un instituto que tantos elogios merecia de los hombres más eminentes,

rogó al Obispo de Zamora que interpusiese su autoridad con San Bernardo, abad de Claraval, para que enviase algunos monjes á su hospedería, y establecer allí la reforma del Cister, formando una comunidad, obligado á engrandecer la hospedería, constituyéndola en hospital y hospicio, dedicada á la constante asistencia de los pobres, juntando de este modo la rigurosa observancia religiosa al ejercicio de la más elevada caridad.

Deseoso el Obispo de Zamora, tanto de complacer al virtuosísimo MARTIN CID, cuanto de que en su diócesis se llevase á cabo tan benéfica y religiosa institucion, empleó su influencia con San Bernardo, quien accedió á los deseos de MARTIN enviando monjes de Claraval que estableciesen la reforma del Cister en el hospital de Paleas. Cuando llegaron los monjes enviados por San Bernardo, ya contaba MARTIN con algunos compañeros, que tan deseosos de servir á Dios y al prójimo como él, habian resuelto pasar la vida á su lado, imitándole en virtudes y trabajos para alcanzar la eterna salvacion. Reunidos los compañeros de MARTIN á los monjes de Claraval, formaban ya una comunidad que necesitaba un superior que rigiese sus actos y estableciese el órden indispensable para el cumplimiento de las respectivas obligaciones. Reconocidas por todos las especiales circunstancias que concurrían en MARTIN, su dignidad sacerdotal, su ciencia, virtud é incansable celo por el mejor servicio de Dios y del prójimo, por aclamacion fué nombrado jefe de aquella nascente comunidad, y aunque se resistió á aceptar el cargo con constancia y empeño, tuvo al fin que ceder vencido por las súplicas de sus compañeros. Persuadido MARTIN de que el superior debe serlo tanto en la virtud como en la dignidad, se dedicó enteramente á que en sus acciones viesen los súbditos lo mismo que persuadía con sus palabras, excitando su fervor con el más perfecto ejemplo, siendo tan admirable por la prudencia, por la discrecion y por el acierto

de su gobierno, como por su eminente santidad, sirviendo á todos de estímulo y de modelo para que aspirasen á la perfeccion á que estaban llamados.

Dilatóse por toda aquella comarca la fama del santo y sábio abad, y deseoso D. Alfonso VIII, rey de Castilla y Leon, que tomó el titulo de emperador en 1135, de contribuir á la realizacion de los deseos de MARTIN, le donó las villas de Cubo y Cubeto para que erigiese un monasterio en honor de la Virgen, segun resulta del real privilegio de concesion librado en el año de 1137. Cumpliendo sin tardanza MARTIN la voluntad de D. Alfonso, edificó en seguida el monasterio que se llamó de Santa María de Bello-Fonte, tomando esta denominacion de una fuente que habia inmediata, conociéndosele tambien con el nombre del monasterio de Paleas, por la proximidad á este pueblo.

Quince años desempeñó la abadía de este monasterio, dando cada dia más sublimes y heróicos ejemplos de santidad, que le adquirieron un nombre imperecedero; y lleno por fin de envidiables merecimientos, falleció el dia 7 de octubre del año 1152, de edad muy avanzada, segun dice la historia, pero sin fijarla. Depositaron los monjes el cuerpo de su santo prelado en el mismo monasterio, dignándose el Señor hacer célebre su sepulcro con repetidos milagros, que aumentaron la gran devocion que desde luego le consagraron los naturales del país.

Padecian los monjes continuas enfermedades por la desigualdad de temperatura y bruscos cambios atmosféricos del sitio que ocupaba el monasterio; y condolido el rey D. Fernando III, no menos célebre por su santidad que por sus triunfos contra las armas sarracenas, mandó construir á sus expensas otro monasterio en un sitio ameno y sano, al que hizo trasladar la comunidad del de Bello-Fonte, segun resulta de un real privilegio despachado en Ávila á 2 de noviembre de 1232. El nuevo monasterio tomó el nombre de Valpa-

raiso, por lo delicioso del sitio en que estaba construido. Trasladaron á él el cuerpo de SAN MARTIN con su sepulcro del primitivo depósito, colocándole en la capilla de su advocacion del nuevo monasterio, en la que permaneció muy visitado y venerado por espacio de trescientos ochenta y siete años. En 7 de octubre de 1619 fueron trasladadas las santas reliquias del sitio que ocupaban en la capilla, á un magnifico tabernáculo cerca del altar mayor, asistiendo á la traslacion el ilustrisimo D. Juan Zapata y Borio, Obispo de Zamora, acompañado de gran número de abades, nobles, é inmenso pueblo que acudió á venerar las reliquias de su intercesor y protector SAN MARTIN CID.

DIA 8.

Santa Brígida, Viuda, de Suecia.

SAN PEDRO MÁRTIR, ESPAÑOL.

En este dia celebra la Iglesia de Sevilla la memoria de SAN PEDRO MÁRTIR; pero ignorando completamente las particularidades de su vida y muerte, acaecida, segun parece, en una persecucion gentilica.

Su memoria fué célebre en los primeros siglos; pero amonorada y casi olvidada, la resucitó el cabildo de aquella santa iglesia en Sede vacante por muerte del arzobispo D. Pedro de Castro y Quiñones, mandando que se celebrase, no solo en la capital, sino en todo el arzobispado, con oficio doble de segunda clase, y en las lecciones del comun de mártir, por no conocer las actas propias; por lo cual se halla incluido en los Santos propios de aquella diócesi, reconocidos y aprobados por la Sagrada Congregacion de Ritos, de orden de Su Santidad Sixto V, y confirmados con la autoridad apostólica, se publicaron en relacion impresa en Sevilla en el año de 1751, á expensas del arzobispo de la misma D. Rodrigo de Castro.

DIA 9.

San Dionisio Areopagita, Obispo, y Compañeros Mártires,
Ateniense.

DIA 10.**SAN FRANCISCO DE BORJA, CONFESOR, ESPAÑOL.**

El día 28 de octubre del año de 1510 tuvo la dicha de ver salir al mundo la ciudad de Gandía al glorioso vástago de los duques á que da nombre, FRANCISCO DE BORJA. Fueron sus padres D. Juan, tercer duque de Gandía, y doña Juana de Aragon, nieta del rey D. Fernando el Católico, y pusieronle por nombre FRANCISCO, cumpliendo el ofrecimiento que había hecho su madre á San Francisco de Asis, hallándose muy apurada para darle á luz.

Como la mayor parte de los que nacen elegidos por el Señor para dar al mundo heroicos ejemplos de santidad, manifestó FRANCISCO DE BORJA desde su infancia lo que podía esperar de él su familia y su patria, pues una precocidad de entendimiento, una paciencia, dulzura y humildad como las suyas no se habían visto jamás reunidas en niño alguno. Unidas tan admirables dotes á la ejemplar educacion que le dieron sus padres, tan esclarecidos en virtudes y tan observantes de los preceptos todos del Evangelio, hicieron del tierno FRANCISCO un niño modelo, que era la admiracion de cuantos le conocian y trataban.

Diez años contaba de edad cuando pasó su madre á mejor vida; el sentimiento de su amoroso hijo fué agudo, profundo y muy duradero; pero no se contentaba con consagrar solo lágrimas á la memoria de su madre: pasaba todos los dias muchas horas en oracion pidiendo al Todopoderoso por su alma, y con gran frecuencia se daba dolorosas disciplinas, ofrecien-

dolas á Dios como sufragio para hacer más meritorias sus oraciones.

Encantado de las brillantes prendas que cada día con más esplendor brillaban en FRANCISCO, su tío materno D. Juan de Aragon, Arzobispo de Zamora, y deseando contribuir á ponerle en estado de que en honra de Dios y de su patria dieran el fruto que debía esperarse, formó decidido empeño en que se educara dentro de su palacio, y bajo su inmediata y constante direccion; y habiendo accedido el duque, pasó FRANCISCO al lado de su tío, en donde hizo los más rápidos y sorprendentes progresos.

El afecto que le profesaba toda su familia, hizo que llamado por su visabuena doña María de Luna, y por sus tias y hermanas, pasase por una temporada á la ciudad de Baza donde estas residian. Allí cayó tan gravemente enfermo, que todos creyeron que moriria y hasta los médicos desesperaron de salvarle; pero el Todopoderoso conservó su preciosa vida para que sembrara el bien más tarde donde quiera que hollase su santa planta.

Deseando el duque que su primogénito y esclarecido hijo fuese adquiriendo las costumbres de la corte, á donde le llamaba á ocupar un distinguido puesto la nobleza de su casa, le colocó en palacio con empleo correspondiente á su edad y clase, en el cuarto de la infanta doña Catalina, hermana del emperador Carlos V; en cuyo empleo permaneció hasta que esta señora marchó á Portugal á casarse con el soberano de aquel reino D. Juan III. Regresó FRANCISCO á Zaragoza, y al lado de su tío continuó el estudio de la filosofía con el mismo aprovechamiento y lucidez que siempre.

Así el Arzobispo su tío, como el duque su padre, le observaban más inclinado al retiro de los claustros que al bullicio del mundo, y para apartarle de aquella inclinacion, determinaron enviarle segunda vez á la corte de Carlos V, con la esperanza de que su genio dócil, franco y condescendiente, le

iria poco á poco inspirando distintas inclinaciones. La precision de estar en contacto con la sociedad, modificó forzosamente las costumbres de FRANCISCO y su género de vida; pero supo encontrar el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de cristiano perfecto; dificultosa, mas posible combinacion, que le ganó el distinguido cariño del emperador y de la emperatriz doña Isabel. Prendada esta señora de las brillantes circunstancias que concurrían en FRANCISCO DE BORJA, determinó casarle con una dama suya, á quien queria como á hija, llamada doña Leonor de Castro, descendiente de una de las más nobles casas de Portugal, y admirada como la primera hermosura de la córte. Repugnaba á FRANCISCO el estado matrimonial; pero siendo la esposa propuesta por los emperadores, y tan á gusto de su familia, por concurrir en ella é quantas circunstancias pudiesen apetecerse, aceptó el partido, y con general contento se verificó la union. El emperador, en prueba de aprecio y como señal de particular estimacion, hizo á FRANCISCO marqués de Lombay y caballero mayor de la emperatriz. No vió el mundo esposos más iguales en virtudes, ni matrimonio más feliz. Bendijole Dios con descendencia numerosa y tan ilustre, que la mayor parte de la grandeza de España se gloria de descender ó estar ligada por alianzas posteriores con los primeros marqueses de Lombay.

○ Cuanto más de cerca trataba el emperador á FRANCISCO DE BORJA, mayores fondos descubria en su virtud y en su mérito, tanto, que en breve tiempo las benignidades del favorecido pasaron á ser confianzas de privado. Estudiaban juntos las matemáticas, y por lo comun acompañaba al emperador á caza.

○ Constituido ya en confidente y depositario de todos los secretos de Carlos V, le acompañó á la expedicion de África, y tambien le siguió á la que intentó con menos felicidad sobre las costas de Provenza, señalándose en todas ocasiones, tanto

por la prudencia en el consejo, como por el valor en el campo. Padeció por este tiempo dos grandes enfermedades, que comenzaron á disgustarle del mundo; pero lo que más contribuyó á afirmarle en este disgusto, fué la muerte de la emperatriz, ocurrida en Toledo en el año de 1539. Encargóle el emperador la conduccion del cadáver á Granada, donde debía ser sepultado, y al descubrirle para hacer la entrega, le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocia en él ni un solo rasgo de lo que habia sido: espectáculo que le conmovió extraordinariamente; y comparando el presente horror con la pasada hermosura, resolvió no malgastar sus servicios en obsequio de quien estuviese expuesto á igual miseria, sino consagrarlos todos á solo Dios. Restituido á la posada, encerrado en su cuarto, postrado de rodillas, y deshaciéndose en lágrimas, comenzó á exclamar: *No señor, no señor, no más ya servir á dueño alguno que se me pueda morir*. En estos tiernos y desengañados afectos le cogió la hora de asistir á las exequias, y la oracion fúnebre que pronunció en ellas el célebre maestro Ávila acabó en su corazon la obra que habia comenzado el horroroso espectáculo del cadáver de la emperatriz, é hizo voto de abrazar la vida religiosa, si sobrevivía á su mujer.

Fué nombrado virey de Cataluña, haciéndole al mismo tiempo el emperador comendador de la Orden de Santiago; pero en todos los estados y puestos que ocupó, fueron iguales los ejemplos y los efectos de sus fervorosos deseos religiosos. Á poco de hacerse cargo del gobierno, mudó el aspecto moral de toda Cataluña. Purgóla de los ladrones que infestaban los caminos: corrigió los abusos que turbaban el régimen de los pueblos: reprimió la licencia: exterminó el vicio, y en breve se reconoció florecer en el principado de Cataluña, la religion, la paz, la justicia y la abundancia; haciendo el santo virey tanto honor á la elevacion del empleo con el esplendor de su magnificencia, como á la santidad de la religion con los ejemplos de su virtud.

Desde entonces comenzó á vivir como religioso en su palacio. Dedicaba todas las mañanas cuatro ó cinco horas á la oracion; y sin faltar en nada al despacho de los negocios públicos, se entregaba todo el tiempo que podia á ejercicios de caridad. Su mesa era abundantísima para los convidados, pero muy parca para él. Era su ayuno continuo, y cuando se sentaba á la mesa, no era á gozar, sino á mortificarse. Correspondia la misericordiosa profusion en las limosnas á la rigurosa severidad de sus penitencias: todo pobre, todo desvalido, sabia sin ningun género de duda, que en el virey tenia protector y padre. Todos los dias rezaba el rosario acompañando la oracion vocal con la meditacion; y no contento con comulgar en público las fiestas más solemnes para dar ejemplo al pueblo, comulgaba en su oratorio todos los domingos del año, para consuelo, para conservacion y para aumento de su fervor. Con motivo de esta sólida devocion, se suscitaron varias disputas sobre la frecuente comunión; asunto en que se dividieron los pareceres de todas las universidades de España. Quiso el virey saber el dictámen de San Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Jesus, de cuyo nuevo instituto le habia dado noticia el P. Antonio Araoz, célebre predicador, informándole minuciosamente de sus particularidades, como tambien de la santidad, de la prudencia y de los talentos de su ilustre fundador. Escribióle BORJA consultándole el punto que se controvertia, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel oráculo en todas las dudas que diesen lugar á esperar su decision.

Ya por aquel tiempo eran largo asunto á la conversacion y á la admiracion de todos los príncipes de Europa la prudencia y santidad del virey de Cataluña; creciendo al paso de su fama la estimacion y el amor que le profesaba Carlos V. Dióle las mayores pruebas de uno y de otro en las Cortes de Monzon, donde en las familiares y frecuentes con-

versaciones que tuvo con él, le descubrió su corazón, manifestándole la grande impresion que le hacian sus ejemplos. Muerto el duque, su padre, y entrando FRANCISCO DE BORJA á ser cuarto duque de Gandía, lejos de llenarle el corazón la nueva grandeza, aumentó en su desengaño más vivas y vehementes ansias de retirarse de la sociedad. Costóle la licencia muchas representaciones, grandes instancias, y repetidas súplicas; su constancia venció por fin al emperador, y FRANCISCO, lleno de santa complacencia, se retiró á sus estados. Inmediatamente que llegó á Gandía reedificó el hospital, dió principio á la fundacion de un colegio para la compañía de Jesus, y comenzó la edificacion de un convento para frailes dominicos en el marquesado de Lombay. Entraba á la parte en todas estas santas obras la duquesa, su virtuosa mujer; pero cuando FRANCISCO se prometia más dilatados auxilios de su ilustre y digna compañera, falleció esta á los treinta y seis años de edad, dejándole en prendas de amor dos hijos y tres hijas, que se enlazaron despues con las primeras casas de la nobleza española, exceptuando la hija menor, que se consagró al servicio de Dios en el convento de Santa Clara de Gandía.

La muerte de la duquesa dejó á FRANCISCO en completa libertad para cumplir su antiguo voto, y muy poco tiempo tardó en decidirse y elegir un instituto religioso para servir en él á Dios el resto de sus dias. Llenaba sus deseos el de la compañía de Jesus, por la particular circunstancia de cerrarse en él la puerta á las dignidades eclesiásticas; y habiendo hecho los ejercicios espirituales, siendo su director el P. Fabro, uno de los primeros profesos de la compañía, como dijimos en la vida de San Ignacio, reconoció tan visible la voluntad del Señor, que convirtió el voto general de religion en el particular de entrar en la compañía de Jesus. Dió prontamente cuenta de todo á San Ignacio, que recibió esta noticia con el mayor contento, y aprobando su acuerdo

le envió una instrucción de lo que debía hacer para poner en ejecución sus fervorosos deseos. Aconsejóle que estudiase teología, y que recibiese el grado de doctor en su universidad de Gandía. Pero como aún le quedaban muchos asuntos que arreglar en su familia, y crecían cada día en su corazón las ansias por cumplir el voto hecho, obtuvo licencia del Papa para hacer los votos religiosos, y quedarse otros cuatro años más en el siglo. Luego que recibió el Breve pontificio, hizo la profesión en su colegio de Gandía, y dejando el palacio que habitaba á su hijo primogénito, se fué á vivir á una humilde casa, en donde se dedicó libremente al estudio y á los ejercicios de su nueva profesión. La primera orden que recibió de su superior San Ignacio, fué que moderase sus rigores y sus excesivas penitencias.

No hubo jamás religioso más arreglado. Levantábase regularmente á las dos de la mañana: empleaba seis horas en meditacion y en oraciones vocales: á las ocho se confesaba, oía misa y comulgaba. Hasta la hora de comer estudiaba teología, y poco antes de sentarse á la mesa, daba audiencia por breves instantes á sus vasallos y á los ministros de justicia. Comía, pasaba despues una hora en conversacion con sus hijos y con sus criados: volvía á otro gran rato de estudio, y concluido este, daba puerta franca á cuantos tenían que hablarle. La mayor parte de la noche la pasaba delante del Santísimo Sacramento, y la ocupaba tambien en macerar su cuerpo con sangrientas disciplinas. Su cama de allí en adelante fué siempre una pobre alfombra, tendida sobre unos sarmientos; y toda su vida un continuo ejercicio de la más rigorosa penitencia.

Concluidos felizmente todos los negocios que le habian obligado á representar en lo exterior el papel de duque y de grande de España, recibió el grado de doctor, despues de haber adquirido la ciencia y la suficiencia para merecerlo. Hizo despues su testamento en virtud de la facultad que el

Papa le concedió en un Breve particular; y haciendo él mismo de testamentario y ejecutor, partió en derecha á Roma, cuyo viaje no interrumpió sus diarios devotos ejercicios. Recibióle el Papa Julio III con desacostumbrados honores, y hospedado en el colegio de la compañía, recibió y pagó las visitas de toda la córte romana. Entregóse enteramente á la direccion de San Ignacio, y escribió al emperador dándole parte de sus intentos, y pidiéndole su consentimiento para renunciar solemnemente sus estados, títulos y empleos. Luego que se extendió por Roma esta noticia, así el Papa como todo el sacro colegio pensó en honrar con la sagrada púrpura aquel grande ejemplo de virtud; y habiéndolo entendido FRANCISCO, sobresaltado su humilde ánimo, se salió de Roma repentinamente y regresó á España. Escondióse, por decirlo así, entre las peñas de la provincia de Guipúzcoa, y visitó por devocion la casa de Loyola, donde habia nacido San Ignacio. Hallábase en Oñate cuando le llegó la respuesta del emperador, que recibió con inexplicable gozo; y luego que leyó la carta, postrado en tierra, rindió humildes gracias al Señor, porque ya en fin habia llegado la dichosa hora de ver perfectamente cumplidas sus fervorosas ansias. Renunció con solemnidad todo cuanto poseia en favor de su hijo primogénito, cortóse el cabello, y se vistió la sotana de la compañía. El primer dia de agosto de aquel mismo año se ordenó de sacerdote, y fué á celebrar su primera misa en la capilla de la casa de Loyola para satisfacer su devocion particular; pero se vió obligado á celebrar la segunda en campo descubierto para satisfacer la del público. Fué tan inmenso el concurso de los que quisieron recibir de su mano la sagrada comunión, que no pudo acabar la misa hasta cerca de las tres de la tarde. Predicó despues con tanta emocion y con tanto fruto, que le obligaron muchas veces á interrumpir el sermon las lágrimas de los oyentes, seguidas de grandes y ruidosas conversiones.

Mientras tanto, solicitado el Papa por las instancias del emperador é inspirado por su propia voluntad, pensaba hacer cardenal á nuestro Santo. Todo estaba ya resuelto y prevenido; pero San Ignacio supo representar con tanta eficacia al Sumo Pontífice, así sus razones como las del P. FRANCISCO, que desistió de su intento, diciendo que las oraciones y los ruegos de los Santos siempre eran eficaces. Dióle orden su general de que saliese del retiro de Guipúzcoa, y pasase á la córte, donde el emperador, y todos los grandes de España, ansiosamente deseaban verle. Obedeció, aunque le costó mucho sacrificio, el cual le premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos, su modestia y sus conversiones particulares en Búrgos, en Valladolid, donde se hallaba la córte á la sazón, en toda Castilla la Vieja, en Portugal y en Andalucía. Experimentando San Ignacio las bendiciones que echaba el cielo sobre todo aquello en que el P. FRANCISCO ponía la mano, le hizo comisario general de España, de Portugal y de las Indias Orientales; pero al mismo tiempo que le nombraba superior de todos, le sujetó á la obediencia de otro padre en lo tocante á la direccion y gobierno de sus penitencias, que cada dia eran más excesivas. Bendijo Dios sus trabajos y su celo. No solo introdujo y fundó la compañía en las doce ciudades más principales de España, sino que renovó el primitivo fervor en no pocos monasterios; reformó las costumbres en las provincias y en la córte, resucitó la devoción á la Santísima Virgen, introdujo en todas partes la frecuencia de sacramentos, y solo con dejarse ver movía y enternecía á todos.

● Pasó á mejor vida el admirable San Ignacio de Loyola, y FRANCISCO sintió su muerte; pero la sintió como Santo. El miedo de que si volvía á Roma se avivase más en el Papa el pensamiento de hacerle cardenal, que nunca habia abandonado del todo, le hizo encontrar mil razones para escusarse de asistir á la eleccion de nuevo general. El P. Lainez, que

sucedió á San Ignacio, queria tener á BORJA cerca de si; pero como aconteció por este tiempo el retiro del emperador al monasterio de Yuste, se vió precisado á dejarle todavía en España. Deseaba Cárlos V ver al P. FRANCISCO; y no ignorando este las malignas impresiones de que habian imbuido en Alemania el ánimo de aquel príncipe contra su sagrada religion los enemigos de la Iglesia y de la compañía, pasó al instante á visitarle. Recibióle el emperador con las mayores demostraciones de amor y de estimacion; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas, el espíritu y el fondo de su instituto; quedando tan desengañado, que no solo formó un alto concepto del mérito actual de FRANCISCO, sino tambien el más superior aprecio de la excelencia y de la santidad de su nueva religion. Honróle más que nunca con su benevolencia, y le encargó varias comisiones para las córtes de España y de Portugal, que desempeñó FRANCISCO felizmente, acompañando siempre á todas sus empresas el celo de la salvacion de las almas.

Habia nacido la compañía de Jesus en el monte de los Mártires, como dijimos en la vida de San Ignacio: queria Dios que se criase en medio de las persecuciones, y permitió que por entonces fuese furiosamente perseguida en España. Conjuró BORJA dichosamente todas aquellas tempestades, y en breve tiempo apareció el cielo sereno. Murió el emperador Cárlos V; pronunció FRANCISCO su oracion fúnebre en presencia de la córte, y todos convinieron en que aquel grande emperador habia sido dichoso, mereciendo los elogios de un hombre tan santo, y de un juez tan íntegro, justo apreciador del mérito verdadero.

Padeció FRANCISCO por este tiempo una grave enfermedad; convalació de ella, y en seguida hizo la visita á todos los colegios de la compañía que habia en Portugal: predicó durante la cuaresma en la catedral de Évora, y visitó al célebre D. Fr. Bartolomé de los Mártires que acababa de fun-

dar un colegio de jesuitas en la ciudad arzobispal de Braga; y hallándose en Oporto tuvo noticia de que la Inquisición de España había condenado un libro espiritual que corría con su nombre. Siendo duque de Gandía, había compuesto para su uso particular dos trataditos espirituales sobre la humildad, titulado el uno *Espejo del hombre cristiano*, y el otro *Colirio espiritual*. Ambos se habían impreso sin noticia suya en diversas ciudades del reino; pero viendo los libreros que era corta la ganancia por lo reducido del volumen, resolvieron abultarle, añadiendo á los dos tratadillos del P. FRANCISCO otros once de diferentes autores sobre materias espirituales; y para asegurar el despacho á todos, los intitularon: *Obras del Duque de Gandía*. Con este título salieron en el edicto de la Inquisición, ó expurgatorio, sin hacerse distinción de las que eran obras del Santo y de las que no lo eran. No había cosa más fácil para FRANCISCO que justificarse; pero no se lo permitió su amor á la humillación, queriendo más padecer aquel sonrojo, entregándose al silencio, que perder el mérito de la humildad volviendo por su causa.

Los PP. Lainez y Salmeron tenían que pasar al concilio de Trento como teólogos del Papa, por lo que recibió BORJA orden de su general para trasladarse á Roma á tomar el cargo de vicario suyo, durante el tiempo de su ausencia. Desempeñó este empleo con tan universal aplauso, que muerto el P. Lainez en el año de 1565 fué elegido general, sin que pudieran impedirlo sus razones y sus súplicas. Resignado, pues, á la universal voluntad de la compañía, se encargó del generalato, y desde luego comenzó el más activo cumplimiento de los deberes que tal destino le imponía. Aumentó extraordinariamente las fundaciones, dió nuevo vigor á sus constituciones, enriqueció el instituto con prudentísimos reglamentos, y dió, por decirlo así, la última mano, tanto á la disciplina regular, como al régimen de la escuela. El Papa San Pío V aventajó en mucho á sus predecesores en la gran-

de estimacion que profesó á nuestro Santo, y en los favores con que honró á su religion. Apreciaba mucho los consejos de FRANCISCO DE BORJA, y le consultaba en casi todas las necesidades de la Iglesia. No hubo provincia en la cristiandad adonde su caridad no se extendiese: no hubo país inficionado del error que no experimentase los efectos de su celo.

El único privilegio que juzgó le concedia aquel supremo mando, era no tener ya superior dentro de la compañía que pudiese poner límites á los rigores de sus penitencias. Mortificaba su cuerpo con todos los tormentos que podia inventar su perpétua idea de sufrir en parte de compensacion de lo que sufrió el Redentor del mundo por la salvacion del hombre. Confesaba que seria para él intolerable la vida si se pasase un solo día sin que su carne experimentase algun extraordinario dolor. No contaba los ayunos en el número de las penitencias; las disciplinas eran de ochocientos golpes; repetialas diferentes veces al día, de manera que sus espaldas eran una sola llaga. Pero bien se puede decir que su principal virtud fué la humildad. Ningun hombre se despreció más á sí mismo: ninguno deseó con mayores veras ser despreciado de los demás. Firmábase por lo comun *Francisco Pecedor*. De las mismas dignidades á que le elevaban sabia aprovecharse diestramente para humillarse más, y confesó con ingenidad á un confidente suyo que para él no habia gusto ni alegría mayor que cuando le maltrataban.

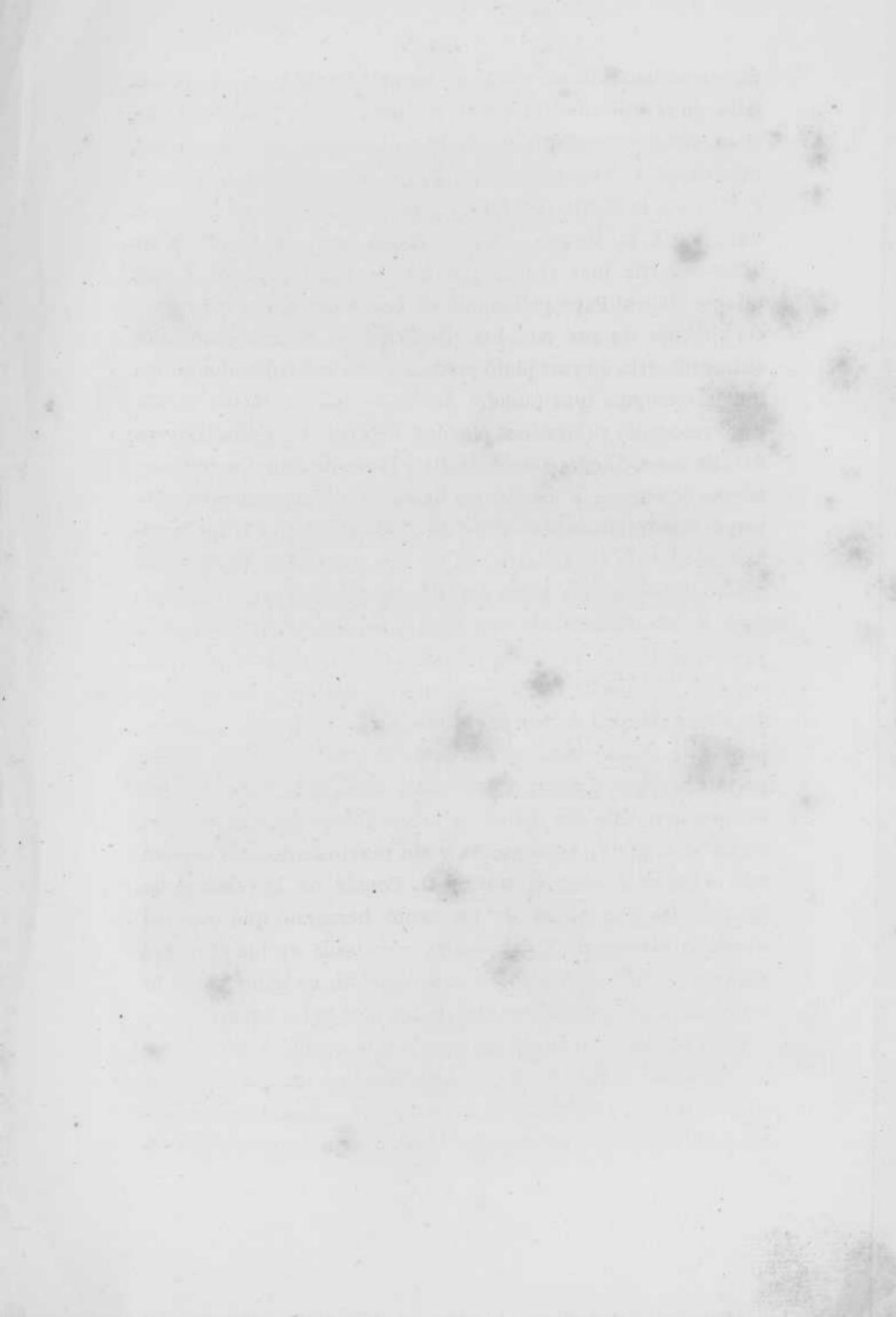
Nombróle el Papa para que acompañase al Cardenal Alejandro, su Nepote, en las legaciones de España, Francia y Portugal. En todas partes dejó memoria de su santidad: en todas las córtes renovó el celo de la religion: y no contentándose con el oficio de medianero de paz, ejerció el ministerio de predicador apostólico.

Al volver á Roma cayó gravemente enfermo en Ferrara, á tiempo que estaba reunido el cónclave de los Cardenales

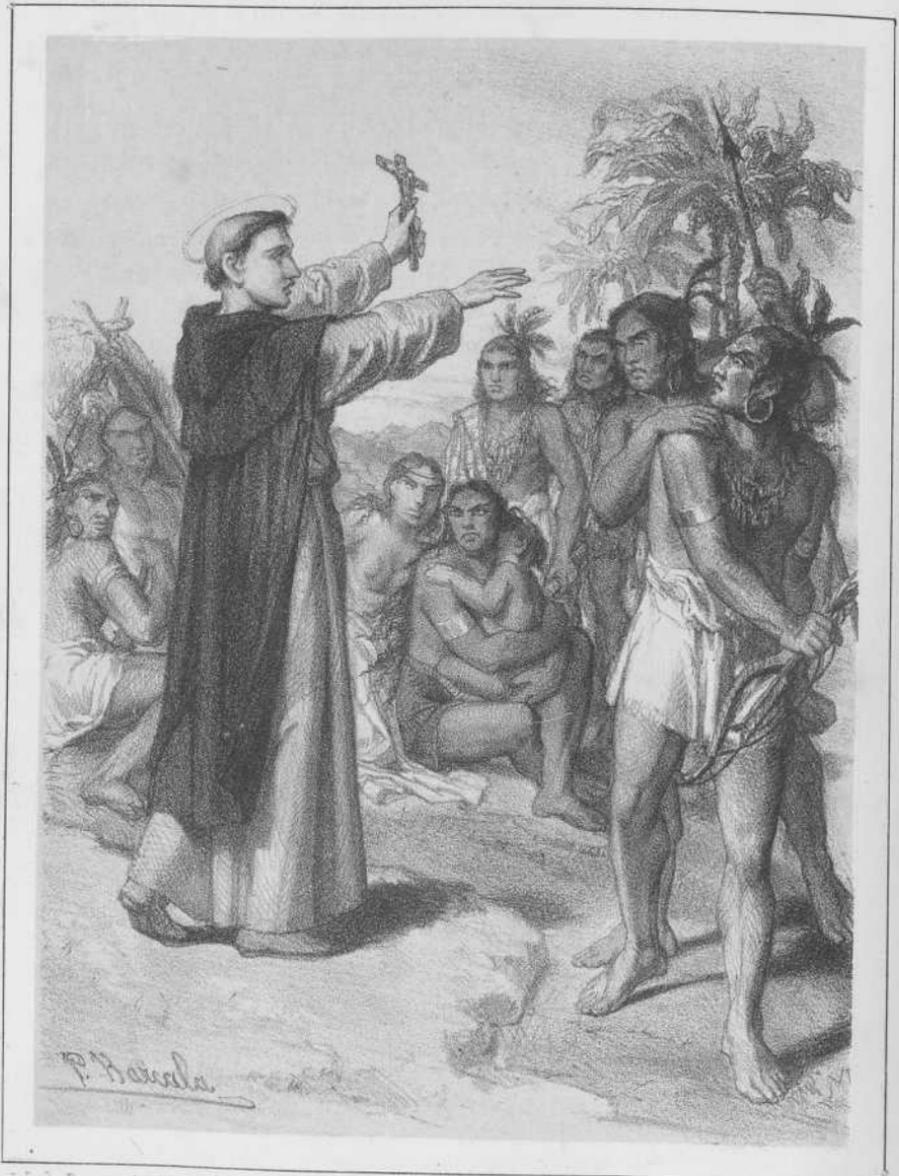
donde sériamente se pensó en hacerle Papa; pero con la noticia de la enfermedad, y con la memoria del teson con que siete veces se resistió á admitir el capelo, se dejó aquel pensamiento. Prosiguió en su rigor la enfermedad, y tomó el camino de Roma por Loreto, donde satisfizo su ardiente devocion á la Virgen. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir más visitas que las de sus hermanos. Envió uno de ellos al Papa pidiéndole su bendiccion y una indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los Sacramentos con extraordinario fervor: pidió perdon á sus subordinados de los malos ejemplos que pudiera haberles dado y faltas cometido: recogióse en oracion: elevóse su espíritu á Dios por un éxtasis maravilloso: volvió de él; y lleno de aquella confianza que acompaña á los Santos hasta el último suspiro, entregó tranquilamente el alma al Criador el dia 1.º de octubre del año de 1572, cerca de los sesenta y dos de su edad.

Luego que espiró, todos los PP. de la casa profesa, testigos de la santidad de sus obras, se hincaron de rodillas para implorar su proteccion desde el cielo. Hallábase presente D. Tomás de Borja, hermano del Santo, y deseoso con devota curiosidad de ver por sí mismo la piel vacia, correspondiente al estómago, que le doblaba toda la cintura, efecto portentoso de sus ayunos y de sus penitencias, todas las veces que para este fin aplicó la mano debajo de la sotana, la sintió inflamada, entorpecida y sin movimiento. Así depone este admirable caso el mismo D. Tomás en la relacion de las virtudes y milagros de su santo hermano que escribió siendo Arzobispo de Zaragoza; y compulsada en los procesos verbales de la beatificacion y canonizacion, se halló en todo conforme con las deposiciones de los demás testigos.

El prodigioso concurso del pueblo que acudió á su entierro, fué como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo Cardenal ni Prelado que no quisiese besarle los piés. Colocóse por entonces el santo cuerpo en la iglesia



SANTORAL ESPAÑOL



St. de Escarpino.

St. Mayor nº 100.

SAN LUIS BELTRAN

antigua de la casa profesa, donde fué venerado por la devocion particular de los fieles hasta el año de 1617. El dia 23 de febrero de este, le pasaron á la sacristía de la misma casa; algunos dias despues le trasladaron á la iglesia de Jesus, y de esta, el Cardenal duque de Lerma, primer ministro de Estado de Felipe III y nieto de nuestro Santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la córte de Madrid, donde fué colocado en la suntuosa iglesia de la casa profesa de la compañía, que el mismo Cardenal habia edificado á sus expensas, celebrándose esta traslacion con grande solemnidad. Luego que FRANCISCO DE BORJA fué beatificado por el Papa Urbano VIII en 24 de noviembre de 1624, le tomó la villa de Madrid por su protector, juntamente con San Isidro Labrador, su principal patrono; admirable disposicion de la Providencia para enseñar que ante su juiticia solo la virtud tiene valor, sin poder influir para nada la clase á que en la sociedad pertenezca el que la practique. Isidro, oscuro y pobre labrador, y FRANCISCO DE BORJA, esclarecido y poderoso grande de España, viven perpétuamente juntos en la gloria al lado del Señor, y sus imágenes ocupan los altares en la tierra igualmente adoradas y veneradas.

Mucho aceleró la canonizacion de SAN FRANCISCO DE BORJA el crecido número de milagros que Dios obró por su intercesion. Terminado el proceso, fué solemnemente canonizado por el Papa Clemente X en el año de 1671, celebrándose este grandioso acto en los pueblos de España con grandes regocijos y funciones. La fiesta se celebró al principio el dia 3 de octubre, pero luego la trasladó al dia 10 el Papa Inocencio XII.

SAN LUIS BELTRAN, CONFESOR, ESPAÑOL.

Valencia fué la madre patria de este esclarecido Santo español, que vino al mundo el dia 1.º de enero del año de 1525.

Sus padres, más ricos de probidad y de honradez que de bienes de fortuna, se llamaron Juan Luis Beltran y Ángela Exarch, que criaron y educaron á su niño con todo el esmero de amorosos padres, y con las comodidades que su modesta posicion les permitia. Nació LUIS con un carácter tan dulce y sufrido, que era la admiracion de todos, pues jamás tuvo aquellas rabietas y raptos de soberbia tan frecuentes en los niños, ya por una contrariedad que les hacen sufrir en sus deseos, ya por algun dolor, tan frecuentes en las naturales dolencias de la niñez. Amable, dulce y simpático, fué creciendo hasta la edad en que comienza á manifestarse el uso de la razon. Entonces principió á lucir esplendorosamente aquella alma que Dios habia enviado al mundo adornada de la más abundante gracia.

Ocho años contaba apenas cuando manifestó la más profunda y fervorosa devocion á la Virgen, rezando diariamente su Oficio. Á la oracion vocal acompañaba la contemplacion más recogida de los divinos misterios; para lo cual se retiraba á los sitios más apartados y silenciosos de la casa. Desde aquella edad principió á mortificar el tierno é inocente cuerpo con diferentes géneros de penitencias, ayunando unas veces á pan y agua, y privándose otras del sueño, pasando largas horas de rodillas en los puntos más desiguales del suelo. Lo poco que dormia era sobre una arca ó en el suelo, cuidando todas las mañanas de descomponer la ropa de la cama para que no le regañasen sus padres ó le impidiesen esta penitencia. Pasaba en los templos todo el tiempo que sus padres se lo permitian, orando, ayudando á misa, y no pocas veces á los sacristanes al barrido y aseo de la iglesia y altares.

Hasta los quince años siguió este género de vida, aumentando cada dia sus devociones, contemplacion y penitencias. Pero aún no contentaba este género de vida á su ferviente deseo de abstraccion de todo lo mundano, y determinó poner

en ejecucion el consejo del Evangelio que dice *que se olvide su pueblo, y la casa de sus padres para seguir al Señor*. Escribió una carta á su padre manifestándole su resolucion, y poniéndose el vestido más viejo que tenia, salió de Valencia en busca de un sitio á propósito para sus designios; pero antes de andadas siete leguas le encontraron los emisarios que sus padres habian enviado en su busca, y le volvieron á su casa. La franca y fervorosa manifestacion de sus santos deseos hizo que su padre depusiera todo enojo, y que mirase hasta con una especie de veneracion á aquel hijo cuya sublimidad de pensamientos religiosos no podian menos de infundir respeto á propios y extraños, y aunque prohibiéndole que llevase por de pronto á efecto su retirada al yermo, le facultó para que observase el género de vida que fuese más de su agrado, concurriendo á los hospitales á curar á los enfermos, y practicase cuantas devociones quisiera. Pero esto no bastaba para contentar los deseos de abstraccion de LUIS. El yermo ó el claustro eran su idea fija, y deseando conseguir, si no lo primero, lo segundo al menos, se dirigió al P. M. Fr. Jaime Ferran, prior del convento de Santo Domingo, pidiéndole el hábito de novicio. Con sumo gusto accedió Fr. Jaime á la peticion de LUIS; pero no tuvo efecto el ingreso, porque el padre de este habló á Fr. Jaime, y le dijo que LUIS padecía tales enfermedades, que seria un religioso no solo del todo inútil á la comunidad, sino muy gravoso y molesto, con cuyas noticias retiró el prior la concesion. Profundamente afligido quedó LUIS, y día y noche acudia constantemente á Dios y á su Madre con tiernas súplicas y abundantes lágrimas, pidiéndoles proteccion para cumplir sus votos y sus deseos. Contra el poder de Dios, y sábias disposiciones de su Providencia, jamás pueden prevalecer las fuerzas ni la industria humana. El Señor tenia elegido á LUIS para uno de los más grandes varones evangélicos que habia de producir la religion de Santo Domingo, y las gestiones del padre fueron

por fin conocidas y frustradas, la pretension del santo jóven atendida, y el dia 26 de agosto de 1544 tomó el deseado hábito.

Luego que LUIS se vió incluido en el número de los hijos de Domingo, se propuso por ejemplar de su vida la de su Santo Patriarca y la de San Vicente Ferrer. Y tan á cabo llevó este propósito, y con tanto afan practicaba la imitacion, que aun siendo novicio solia decir su maestro Fr. Juan Micó, que LUIS habia de ser en Valencia otro San Vicente Ferrer. Los penosos ejercicios tan frecuentes en el noviciado, la continua asistencia al coro, las ocupaciones humildes, y las rigurosas penitencias, eran el centro en que descansaba. Su fervor y su virtud, lejos de hallar pena en donde la encuentran los tibios, hallaba descanso, y el medio de cobrar nuevos alientos. Privábase voluntariamente de su comida para darla á los pobres, con lo que lograba á un mismo tiempo ejercitar consigo la abstinencia y con el prójimo la misericordia. Llegó el tiempo de la profesion, y conociendo los padres que en aquel santo jóven adquiria la Órden un religioso que habia de proporcionarla abundante honra, se la concedieron con sumo gusto. Asegurado LUIS de que ya tenia retiro para el resto de su vida, donde dedicarse al más perfecto servicio de Dios, se entregó tan de lleno á las abstinencias y mortificacion, que cayó gravemente enfermo. La convalecencia fué larga, y durante ella, á pesar de su estado de debilidad, no economizó las penitencias ni los ejercicios piadosos. La humildad, la obediencia, la castidad y la pobreza, eran sus virtudes favoritas; pero tenialas cimentadas sobre la base de la caridad, sin la cual sabia que no hay virtud que sea agradable á Dios. Era tal el placer que sentia en la oracion, que sin embargo de haberle dedicado sus superiores á los estudios, conociendo su grande disposicion para ellos, pensó muchas veces en abandonarlos, para emplearse solo en perpétua oracion. Pero como ningun pensamiento ponía en ejecucion

sin el consejo de un director sábio y virtuoso, desistió de su propósito, porque aquel le dijo que tal pensamiento era una verdadera tentacion, con la que pretendia Satanás impedir el bien que al prójimo podria hacer en lo sucesivo. Persuadido de esto se dedicó con mayor ahinco al estudio de las ciencias sagradas, y en ellas hizo tales progresos, que con justicia se le podia contar por uno de los verdaderos sábios. Dedicó principalmente su atencion á las obras del gran doctor Santo Tomás de Aquino, convencido de que en ellas encontraria un compendio luminoso de la más pura y sana doctrina que enseñaron todos los padres de la Iglesia. En efecto, con semejante estudio salió Fr. LUIS un teólogo dogmático, capaz de enseñar al pueblo los más difíciles misterios de la religion: un teólogo expositivo, que penetraba la médula de las escrituras sagradas y alimentaba con ella á los fieles; y un teólogo moral, que conocia perfectamente la rectitud ó deformidad de las acciones para persuadirlas ó reprenderlas.

Entretanto llegó el tiempo en que debía ascender á la dignidad sacerdotal. La delicadeza de su conciencia le hacia mirar un ministerio tan augusto con temor y sobresalto; pero la obediencia por una parte, y el amor á sus prójimos por otra, dos ejes sobre que se movia siempre su alma, le resolvieron á prescindir de sus temores. Ordenóse de sacerdote, é inmediatamente concibió que á proporcion de la grandeza de la dignidad que habia recibido, debian ser tambien los nuevos progresos que de allí en adelante hiciese en la virtud. Esta consideracion le empeñó en mayores asperezas de vida, en nuevos ejercicios de humildad, y en una contemplacion tan continúa, que apenas habia momento en que no estuviese pensando en Dios. Contento vivia Fr. LUIS bajo el yugo de la obediencia; pero Dios, que le tenia preparado para que como antorcha despidiese de sí el resplandor de las virtudes, dispuso ponerle en la elevacion de la prelación. An-

tes de esto habia sido elegido maestro de novicios, cargo delicado, que exige gran virtud y gran prudencia para no malograr en su principio las almas de los que se encerraban en los claustros. Seis veces fué reelegido para este cargo, prueba evidente de su grande aptitud y suficiencia.

Fué nombrado superior del convento de Albaida, en cuya prelación brillaron con nuevo esplendor cuantas virtudes poseia. Como su corazon era esclavo del amor de sus prójimos, apetecia vivamente la salvacion de estos, y la procuraba por todos los medios á su alcance, uno de los que más ejercitaba era la predicacion á que se dedicaba y hacia dedicar á los religiosos con extraordinario provecho de los oyentes. Su estudio para predicar, más que en los libros, le hacia en Jesucristo crucificado, cuya pasion sangrienta consideraba con toda la vehemencia de su alma. Á este propósito solia decir que no puede ser verdadero predicador ni verdadero religioso el que no tiene en su celda un crucifijo. Así salian las palabras de su pecho encendidas de aquel fuego que le devoraba, y producian tan admirables conversiones. Igual fruto sacaba administrando el Sacramento de la penitencia, y era tal la compuncion y lágrimas que inspiraba á los penitentes, que por este medio hizo abandonar á muchos su vida licenciosa y emprender otra cristiana y arreglada. Favorecia estas operaciones el don de penetrar los secretos con que Dios le habia favorecido. Entre los muchos casos que lo acreditan, se refiere que viniendo un dia el Santo de predicar, se encontró á un pastor en el camino: trabó conversacion con él, y le descubrió todos los secretos de su vida distraida, y cuántos años hacia que no se confesaba. Exhortóle al arrepentimiento, asegurándole que dentro de poco tiempo le llamaría Dios á juicio. Sorprendióse el pastor, y avergonzado de ver tan claramente descubiertos sus delitos, dió palabra al Santo de confesarse, y habiéndolo hecho con gran contricion, le llevó Dios á sí á los pocos dias.

Acabado su priorato de Albaida, volvió á Valencia á ejercer el cargo de maestro de novicios, para el cual estaba considerado como el religioso más apto que habia tenido la Orden. Pero esta ocupacion no le impedía emplearse tambien en la predicacion y en la administracion del Sacramento de la penitencia. Salia frecuentemente á predicar por los lugares circunvecinos, y alguna vez á complacer la devocion de la condesa doña Maria de Mendoza, que residia en Concen-taina. Esta señora, que tenia una virtud sólida en medio de su grandeza, hallaba mucho gusto espiritual en tener en su casa al Santo Fr. LUIS, cuyas conversaciones y discursos la afianzaban en la virtud, y trasformaban su casa en un convento. Cuidaba doña Maria de que se le pusiese un aposento bien provisto de todo; pero el Santo, que amaba más la mortificacion que todas las delicias del mundo, jamás dormia en el lecho; y jamás fueron á despertarle ó á buscarle para darle algun recado de su señora los criados de la condesa que no le encontrasen de rodillas orando.

Tanto fervor religioso y tan profundo amor á Dios y al prójimo, no hallaba en España materia suficiente para emplearse. Deseaba Fr. LUIS tener ocasiones de padecer grandes trabajos por amor de aquel que tantos habia padecido por la redencion del mundo: habia deseado desde niño dar la vida por él, y nunca desistía del pensamiento de exponerla á las mayores fatigas por la salud de sus prójimos. Agitado por estos pensamientos, oyó hablar de la necesidad que habia en Indias de ministros evangélicos, y de la innumerable gente que por la escasez de estos vivia sin el conocimiento de Dios, tributando adoraciones al demonio, y perdiéndose para siempre jamás. La caridad movió su corazon con los afectos de compasion y de ternura hácia aquellas gentes desventuradas, y se resolvió á darlas por su parte todo el auxilio que le fuese posible. Solicitó de su general licencia para pasar allá, y el alto concepto que su virtud merecía, la obtuvo sin difi-

cultad alguna. Sus amigos y parientes le hicieron ver una multitud de dificultades capaces de desanimar el espíritu más alentado. Los religiosos le hacían presente lo penoso y largo del camino, la aspereza de las tierras en donde había de predicar, la variedad de las lenguas, la barbarie de las gentes y el implacable odio que profesaban á los ministros de la religion cristiana. Sus parientes, bañados en lágrimas oponían á su determinacion todas las razones que dicta la naturaleza, y se valían de sus achaques y enfermedades como razones incontestables para persuadirle de que con tan débiles fuerzas le era imposible concluir una empresa tan arriesgada. El prior de Valencia y sus hermanos llegaron hasta el extremo de negarle todo auxilio para el camino, queriéndole estrechar por este medio á desistir de su proyecto. Pero nuestro Santo, lejos de hallar en todas estas razones motivos para desistir, los encontraba muy poderosos para confirmarse en sus deseos, y persuadirse de que Dios mismo se los había inspirado. Los trabajos que le anunciaban halagaban su anhelo de padecer por Dios: la noticia de que los indios quitaban la vida á los ministros de la religion cristiana, vivificó en él la dulce esperanza de llegar á morir mártir por Jesucristo; y últimamente, el negarle todo auxilio para el viaje, lo reputó por un medio favorable de observar la santa pobreza que había profesado. Resuelto, pues, y alegre, hizo una tierna plática á sus novicios, pidió perdon á los religiosos del mal ejemplo que les hubiera dado, y despidiéndose de ellos, se puso en camino á pié, con unas alforjas al hombro, en las que llevaba algunos libros. Su fortaleza, no menos que su caridad, dejó admirados á todos; y viendo sus hermanos que no había medio de detenerlo, le salieron al encuentro en Játiva, y le proveyeron de dinero con que hiciese más cómodamente su viaje. Como su salud era bastante delicada, admitió lo necesario para comprar un borriquillo que le llevase á Cádiz, donde se embarcó, llegando feliz-

mente, aunque despues de un molestisimo y peligroso viaje, á Cartajena de Indias.

Su fervoroso espiritu no podia avenirse bien con el ocio, ni permanecer un instante sin emplearse en el destino que le habia hecho atravesar tantos mares. Inmediatamente solicitó de los superiores que le señalasen pueblos en donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Luego que lo consiguió, comenzó á predicar y á catequizar con tal actividad, que fueron muchos los millares de indios que por su persuasion se convirtieron á la fé, solicitando con ansia el sacramento del bautismo. Ninguna dificultad podia acobardar su espiritu: ningun peligro era bastante á detenerlo en su carrera, ni pudieron quebrantar su constancia los muchos ardidés de que se valió el demonio para impedir los copiosos frutos de su predicacion. Caminaba por montañas y derrumbaderos, atravesaba rios y lugares pantanosos, sufriendo con gusto hambre, sed, cansancio y todas las inclemencias de las estaciones, por ganar almas para Jesucristo. En dos veces diferentes le dieron á beber veneno los sacerdotes de los idólos, para concluir con un hombre que tan cruda y constante guerra hacia á sus supersticiones. Pero Dios conservó milagrosamente aquella preciosa vida que tantos triunfos alcanzaba para gloria de la doctrina del Crucificado.

Su predicacion era recomendada por Dios con gran número de milagros, los cuales, aunque bastaron para confundir á los idólatras, no fueron suficientes para ablandar la dureza de algunos cristianos que trataban cruelmente á aquellas gentes miserables. Á este propósito predicaba el Santo de continuo, exhortando á los señores y ministros á que tratasen á los indios como hermanos suyos, y personas redimidas con la sangre de Jesucristo; á que templasen el rigor y ferocidad con que los castigaban; y últimamente, á que pusieran algun término á su codicia. Estas persuasiones las confirmó en cierta ocasion con un portentoso milagro que merece re-

ferirse. «Corría el Santo en compañía de varios poderosos que oprimían á los indios con injustas contribuciones y tributos insoportables. Al tiempo que estaba con ellos á la mesa les afeó en tono amenazador y terrible su conducta, y queriendo confirmar su predicacion con un portento que los aterrara, tomó en sus manos el pan que estaba sobre la mesa, y esprimiéndolo, brotó sangre, y al mismo tiempo les dijo: *Esta sangre es el sudor de los pobres; ved, y considerad bien de qué formais vuestro alimento.* Pero los cristianos, menos sensibles á los prodigios que los gentiles mismos, no pusieron por esto freno ni á su crueldad, ni á su codicia, lo cual fué causa de que el Santo, horrorizado de tanto mal, tratase de volver á España. Luego que los indios lo llegaron á saber, hicieron gran sentimiento porque le amaban sobremanera, no menos por sus virtudes, que por los grandes dones con que Dios le habia enriquecido. Veian en él el don de lenguas, porque era entendido de todos los indios de cualquier tribu que fuesen: veianle descubrir los secretos más ocultos, penetrar las intenciones secretas, y hablar de lo futuro como si estuviera presente. Veian que á su voz obedecía la naturaleza, se ahuyentaban todas las enfermedades, y la muerte misma perdía sus derechos. Pero nada les causaba tanta admiracion, ni cautivaba tan poderosamente sus corazones como el desinterés que en él advertian. Quedábanse atónitos de verle despreciar el oro, y de que no recibia los estipendios acostumbrados por la administracion de los Sacramentos. Este despego de las cosas del mundo, y la admirable castidad con que vivió, le granjearon de los indios el nombre de *fraile de Dios*, que era el modo con que le llamaban, y con que explicaban el extraordinario concepto que les habian merecido sus virtudes.»

Durante los siete años que permaneció en Indias, fueron innumerables las conversiones que consiguió. En su vuelta á España sosegó una terrible tempestad en que to-

dos se creían perdidos, solo con hacer la señal de la cruz en las encrespadas olas. Sin detenerse más que unas pocas horas en Cádiz, donde desembarcó, se dirigió á Valencia, y aunque todos los religiosos de su convento le recibieron con la veneracion debida á su santidad, el humildísimo Fr. LUIS quiso volver al noviciado, pareciéndole que cuanto habia hecho hasta entonces era nada, y que debia principiar de nuevo su carrera. Los religiosos permitieron este desahogo á su fervor; pero conociendo sus grandes merecimientos, le nombraron prior del convento de San Onofre, despues maestro de novicios de Valencia, y últimamente prior del mismo convento. En todos estos empleos se portaba con sus súbditos con el amor de un verdadero padre y con la integridad del hombre más justo. En su interior era el último y más despreciable de todos; pero en el exterior hacia con la severidad de sus costumbres que todos estuviesen sujetos y respetasen la ley. Promovia con sumo celo la aplicacion á los estudios, el ejercicio de la predicacion, y la asistencia al confesonario. Estos augustos empleos sabia que no se podian ejercer dignamente sin mucha oracion, sin mucha caridad, y sin mucha abstraccion de sí mismo. Celaba, por tanto, con gran cuidado á los religiosos, excitándoles á la práctica de todas estas virtudes; y como el ejemplo del superior es el más poderoso incentivo, él mismo iba delante con el ejemplo; y así como los virtuosos encontraban en él un padre amoroso y benéfico, los tibios y relajados hallaban un juez severo é inexorable. Pero en los castigos que prescribia la ley hacia conocer á los culpados que los amaba como hijos, y que su severidad no tenia otro objeto que apartarlos del pecado para hacer su eterna felicidad.

Los delicados cargos de la prelación le traian continuamente inquieto, temiendo que entre tantas obligaciones no podria conservar la pureza de su conciencia, y era tal su temor, que muchas veces dijo á sus religiosos que pidiesen

á Dios no le cogiera la muerte mientras fuese prior, sino despues que se viese libre del cargo de almas. Este deseo que manifiesta cuánto temia desagradar al Señor, se lo concedió su Divina Magestad exonerándole de tan penosos cargos antes de llamarle á su reino. Luego que se vió el Santo libre de los cuidados de mando, sabiendo que estaba cercana su muerte, comenzó á disponerse para ella con mayor fervor que el que habia observado toda su vida. Multiplicó los ayunos, las asperezas, las viglias, y en particular la oracion. No salió más del convento, asistia á todo el coro, y por mínimas que fuesen las observancias de la comunidad, era el primero á ellas, sin que sirviesen de pretexto para eximirse de su cumplimiento, ni su ancianidad, ni sus achaques, ni los diferentes cargos que con tanto honor habia obtenido y desempeñado. Tanto fervor de espíritu no quiso Dios que careciese de recompensa aun en esta vida. «Regalóle el Señor con frecuentes visiones, en que se le aparecieron unas veces San Francisco y Santo Domingo, y otras Jesucristo y su Santísima Madre. De aquí le nació aquella conformidad en las penosas enfermedades y terribles dolores que le afligieron en el último trozo de su vida. De aquí le nació el consuelo de saber que estaba en gracia de Dios, y que su Magestad habia determinado llevarle para sí el dia 9 de octubre, dia de San Dionisio Areopagita, como el Santo se lo aseguró á D. Juan de Rivera, Patriarca de Valencia, un año antes de su dichoso tránsito. Y de aquí finalmente le provino aquella fortaleza con que repetia las palabras de San Agustin: *Abrasad, Señor, aquí: cortad aquí; no perdoneis aquí, para que me perdoneis para siempre.* Estaba el Santo en una pobre cama, lleno por todas partes de intensísimos dolores; pero su rostro alegre como el de un ángel, manifestaba la tranquilidad y gozo de su corazon. Advirtiendo el Arzobispo su estado, le preguntó si estaba contento en medio de tantos males como Dios habia sido servido de enviar-

le. Á esta pregunta satisfizo SAN LUIS diciendo: *Os digo, señor, con toda verdad, que no trocaria estos dolores que padezco, por todos los bienes y delicias del mundo, y estoy confuso de ver cómo siendo tan gran pecador, me hace Dios tan grandes favores.* Sin embargo de esto, su espíritu agigantado no se contentaba con las penalidades de la enfermedad, sino que queria ejercitar otras austeras penitencias. Yendo un religioso á componerle la ropa, advirtió que se habia metido un ladrillo entre la túnica y la carne para impedir de esta manera que su cuerpo pudiese tener algun reposo. Afeóselo el religioso con cariño, representándole que estando tan enfermo y débil, podria quitarle la vida, á lo cual respondió el Santo: *¡Oh, hermano! acércase ya la jornada, y se necesita mucho para ir al cielo.* Con el mismo espíritu de penitencia, solicitó pocos dias antes de morir que le quitasen la camisa, y le pusiesen la túnica de lana, según el estilo de su órden. En la vispera de su muerte creyeron los religiosos que iba ya á espirar: comenzaron á decirle la recomendacion del alma; pero el Santo, abriendo los ojos, les dijo: *Váyanse ahora, que tiempo tendrán de hacerlo.* Verificóse así, porque al día siguiente llamó al Arzobispo y le dijo: *Señor, ya me muero; despídase de mí, dígame un Evangelio y écheme su bendicion.* Condescendió el venerable Arzobispo; dijéronle los religiosos la recomendacion del alma, y al tiempo de concluirla, exhaló su purísimo espíritu, yéndose á gozar en eternidad bienaventurada el premio de tantas virtudes. Sucedió su dichoso tránsito el referido día 9 de octubre del año de 1581, según el mismo Santo lo habia profetizado muchas veces. »

Inmensa fué la concurrencia de devotos que acudió á la iglesia del convento á venerar el santo cadáver los tres dias que estuvo de cuerpo presente, habiendo el Señor obrado gran número de milagros para patentizar la santidad de su amantísimo siervo. Los cuales aprobados despues por la Santa Sede, prévias las rigurosas informaciones prevenidas,

produjeron la solemne beatificacion de LUIS BELTRAN por el Sumo Pontífice Paulo V, y más tarde, en el año de 1671, la canonizacion por el Papa Clemente X.

DIA 11.

San Nicasio, Obispo y Mártir, y San Fermin, Obispo y Confesor, *Franceses*.

DIA 12.

Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, San Felix y San Cipriano, Mártires, *Africanos*, y San Serafin, Confesor, *Italiano*.

DIA 13.

San Eduardo, Rey y Confesor, *Inglés*.

SAN FAUSTO, SAN GENARO Y SAN MARCIAL, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Fueron estos Santos tres de los doce hijos de San Marcelo Centurion y su mujer Santa Nona ó Nonia, cuyos tres nombres, con los de los otros nueve hermanos dejamos consignados en la vida del padre. No se sabe con qué motivo salieron de Leon, su patria: solo consta que se hallaban en Córdoba cuando llegó á ella, enviado por los emperadores romanos, con el carácter de gobernador ó presidente de la provincia de Andalucía, el cruel Eugenio, tenido en la historia más por verdugo que por juez de los cristianos. De los más fervorosos de estos eran los tres hermanos FAUSTO, GENARO ó JANUARIO, como se decia antiguamente, y MARCIAL; y conolidos de los tormentos continuos que sufrían sus hermanos en Cristo, y mucho más sentidos de las injurias con que Eugenio ofendia á la Magestad divina, se presentaron á él, y con el heróico valor de los campeones de la cruz, segun se lee en las actas de su martirio, *España Sagrada*, tomo X, apéndice V, pág. 508, le dijeron: *¿Qué es lo que haces ó piensas, Eu-*

genio? ¿Por qué persigues á los siervos de Dios, en lugar de creer lo que ellos creen? Sorprendido el tirano con esta resoluciones que graduó por la mayor osadía, les preguntó: ¿Quién sois, vosotros, desventurados, que así os atreveis á hablar?—Nosotros, respondió FAUSTO por todos, somos cristianos de profesion, que reconocemos á un solo Dios verdadero, por quien tuvieron ser todas las criaturas; á él adoramos y reverenciamos, pues vuestros falsos dioses no tienen otro ser que el que les dió el artifice humano, de cuyas manos salieron vanas estátuas de piedra, leño ó metal, sin que en ellos haya otra divinidad que la que vuestra ceguedad les atribuye; y con todo eso no os avergonzais de adorar á las hechuras de vuestras manos, dejando de hacerlo con el Criador de todas las cosas.

«Acalorado el gobernador al oír este razonamiento, dijo á los Santos: ¿Qué arresto ó desesperacion os trae á despeñaros á vuestra perdicion?—Tú eres el desesperado, replicó FAUSTO, pues teniendo en mal el nombre de cristianos, estás en estado de que estos te pregunten qué negocio traes con los inocentes que en nada te han ofendido reconociendo á Jesucristo por su Señor. Nos llamas arrojados; pero nuestra confesion no es efecto de desesperacion. Y si es cierto que de alguna cosa desesperamos, es de tí mismo, pues estás abandonado de Dios hasta el punto de querer obligar á sus siervos á que renuncien á él. Sintió Eugenio la generosa libertad con que le reprendió FAUSTO, y queriendo vengarse, mandó á los verdugos que lo pusieran en un potrò para castigar con fuertes tormentos la falta de respeto que tuvo á su autoridad. Entonces habló á FAUSTO JANUARIO á presencia del mismo perseguidor, en estos términos: Tú padeces por todos nosotros, siendo así que no tienes otra culpa que la que todos hemos cometido; á lo que aquel respondió: Nosotros hemos estado siempre unidos sobre la tierra; creed que tambien lo estaremos en el cielo. Oyendo Eugenio estos y otros razonamientos, dirigidos á manifestar el ardiente deseo que todos tres tenían de padecer por amor del Señor, les

dijo: *Sé muy bien que estais unidos en la impiedad, y que habeis concertado entre vosotros lo que habeis venido á decirme: volved sobre vosotros, y cesad de blasfemar llamando Dios al que no lo es.*—*Muy mal persuadido estás,* le replicó JANUARIO, *en llamar impiedad á nuestra uniformidad, pues nunca hemos tenido mayor acierto que confesando á Jesucristo por verdadero Dios, á presencia de su enemigo.* Por lo que fué puesto en un potro como FAUSTO, haciendo lo mismo con MARCIAL, puesto que se mantuvo constante en igual confesion.

»Volvió el tirano á tentar á FAUSTO, para reducirle á fuerza de crueldades á que sacrificase á los dioses imperiales; pero viéndole alegre en medio de los tormentos, en los que tuvo la valentía de decirle al juez que le miraba como á hijo del diablo, siendo idólatra y adorador de los demonios, ofendido de estas expresiones Eugenio, mandó á los verdugos que le cortasen las orejas, las narices, las cejas, el labio inferior, y le arrancasen los dientes de la encía superior; en cuya disposicion no cesó el Santo de alabar y dar gracias á Dios.

»Pareció á Eugenio que intimidaria á JANUARIO viendo aquel espectáculo, y le habló en estos términos: *Ya ves el estrago de FAUSTO á que ha dado motivo su desobediencia y obstinacion; ten lástima de tí, y no des lugar á que contigo se ejecute igual.*—*Estás engañado,* respondió JANUARIO, *creyendo á FAUSTO obstinado porque sostiene con constancia la verdadera religion: jamás romperé yo los lazos de la caridad que me une á él: ninguno habrá que nos pueda separar de la confesion del verdadero Dios, por cuyo amor estamos resueltos á padecer cuantos tormentos puedas discurrir.* Por cuya confesion ordenó el tirano que se le tratase como á FAUSTO.

»Quiso valerse Eugenio del ejemplo de ambos para amedrentar al jóven MARCIAL, á quien dijo que no diese lugar á la misma pena que sus compañeros; pero el Santo le respondió: *Mi mayor dicha consiste en ser participante de lo que en ellos te asombra, lo que á mí me sirve de gran consuelo; pues pa-*

decen por confesar el verdadero Dios, que yo confieso y alabo, que es el que solo debe ser reconocido y adorado de todas las criaturas: por lo que mandó el tirano que sufriese igual castigo que FAUSTO y JANUARIO; y reconociendo que en vano se cansaba en persuadirlos, porque al compás de los tormentos crecían en los ilustres confesores el valor y las alabanzas á Jesucristo, desesperado de poder rendirlos, mandó que los quemasen vivos.

»Cuando los verdugos conducian al suplicio á los ilustres mártires, animados todos tres de un mismo espíritu, hablaron á los cristianos á una voz, así: *Vosotros, carísimos fieles en Cristo, no queráis creer en este infucuo diablo; conoced que habeis sido hechos á la imágen y semejanza de Dios; y por lo mismo adoradlo y bendecidlo como á autor de vosotros y de todas las criaturas; y no presteis culto á los dioses falsos de los gentiles, que son unas meras estátuas de piedra, leña ó metal, obras de las manos de los hombres, incapaces de dar á sus hechuras divinidad: bajo cuyo supuesto, desprecial las injurias de este tirano confesando á Jesucristo por verdadero Dios, alabándole sin cesar.* Concluido este discurso, arrojados á las llamas, consumaron en ellas el sacrificio de sus vidas, en el día 13 de octubre del año 303.»

No consumió tanto el fuego los venerables cuerpos que no quedasen de ellos algunos huesos, los cuales depositaron los fieles por entonces en un lugar oculto, donde despues que gozó paz la Iglesia edificaron un templo en honor de los tres Santos, del que hace mención San Eulogio con el título de los tres Mártires, á los cuales se dió sobresaliente culto durante la dominacion de los godos. Este templó tomó despues el nombre de San Pedro, con motivo de haber recobrado en el dia de este Santo la ciudad de Córdoba el rey D. Fernando, derrotando á los moros en cuyo poder se hallaba.

Cuando la invasion de los moros, escondieron los cristia-

nos las reliquias de estos tres Santos, con las de otros varios, en un sepulcro de piedra que metieron á bastante profundidad en la tierra para que no cayesen en manos de los infieles. Permanecieron incógnitas por espacio de cerca de quinientos años, hasta que en el de 1569 se dignó el Señor decretar su invencion el dia 21 de noviembre, siendo Obispo de Córdoba D. Fr. Bernardo de Fresneda, quien hecha la correspondiente justificacion acerca de la identidad de aquellas reliquias, declaró que eran de Santos, mandando que se tuviesen en custodia, remitiéndose á la Santa Sede en orden á su culto. El Papa Gregorio XIII aprobó despues lo hecho, ordenando que se expusiesen al público los santos huesos en arca puesta en alto, concediendo indulgencia plenaria á los que dignamente visitasen el sepulcro en el dia de su invencion, remitiéndose para lo demás á concilio provincial. En el año de 1582, habiéndose celebrado uno en Toledo, se ocupó entre otros asuntos de este, y confirmó el culto de las santas reliquias, en virtud de lo cual el Obispo á la sazón de Córdoba, D. Antonio Pazos, dispuso adornar la capilla donde se habian de depositar, é hizo un tabernáculo de jaspe, en el que se puso el arca de las reliquias sobre el altar mayor, el dia 20 de noviembre de 1584.

SANTOS FAUSTINO, MARCO Y ANDRIA, MÁRTIRES ESPAÑOLES.

En el martirologio de Bada, y en este dia 13 de octubre, se leen los tres referidos Santos, señalándolos como mártires y españoles; pero sin dar de ellos la más pequeña noticia, que tampoco hemos encontrado en ninguna otra obra.

DIA 14.

San Calixto, Papa y Mártir, *Romano*.

SANTORAL ESPAÑOL.



13 de Escarpiro.

St. Mayor n.º 274.

SA.^{TA} TERESA DE JESUS.

DIA 15.

SANTA TERESA DE JESUS, VÍRGEN Y FUNDADORA, ESPAÑOLA,
COMPATRONA DE LAS ESPAÑAS.

No hay persona por poco versada que esté en nuestra historia eclesiástica, en la de fundaciones y en las vidas de Santos, que ignore que para dar la de SANTA TERESA DE JESUS, aun suprimiendo la insercion de sus escritos, necesitaríamos tantas páginas como contiene este segundo tomo del SANTORAL ESPAÑOL. Mucho padecemos cuando nos toca redactar, ó mejor dicho, reextractar alguna vida tan copiosa de sublimes hechos y esclarecidos ejemplos de virtudes como la de SANTA TERESA DE JESUS; pero ante la imposibilidad absoluta de hacer otra cosa, nos resignamos á dar solo un compendio, remitiendo al lector que desee más noticias á la vida escrita en el año de 1590 por el P. Francisco de Rivera, de la Compañía de Jesus, y que revisada por el M. R. P. Inocente Palacios de la Asuncion, sacerdote de las Escuelas Pias, ha sido reimpressa en el año próximo pasado de 1863.

Reinando en Castilla doña Juana, conocida por la Loca, gobernando el reino por ella su padre D. Fernando el Católico, y ocupando la silla de San Pedro en Roma el Sumo Pontífice Leon X, de la familia de los Médicis, vino al mundo en la ciudad de Ávila, el miércoles 28 de marzo del año de 1515, la niña TERESA, para ser la admiracion de su siglo y de los sucesivos. Por ambas lineas, paterna y materna, fué de noble linaje y apellidos muy conocidos en España. Su padre se llamó D. Alonso Sanchez de Cepeda, hijo de don Juan Sanchez de Toledo y de doña Inés de Cepeda; y su madre doña Beatriz de Ahumada y de Tapia, hija de D. Mateo de Ahumada y de doña Juana de Tapia. D. Alonso, padre de TERESA, fué casado dos veces: la primera con doña Ca-

talina del Peso, de quien tuvo una hija llamada María; y la segunda con doña Beatriz, de la que tuvo ocho hijos, siendo TERESA la tercera, la cual dió á luz contando solo de edad veintiun años, y otros tantos del aprecio de cuantos la conocian, por la dulzura y amabilidad de su carácter, y por sus esclarecidas virtudes. No estaba escaso de ellas el noble don Alonso, digno compañero de doña Beatriz, y con igual celo ambos, y con igual constancia, dedicaban su principal cuidado á la buena educacion de sus hijos; pero le pusieron muy especial en la de esta última niña, por el extraordinario despejo, viveza y capacidad que mostraba, muy superior á su edad. Sobre todo la notaban, con singular gozo, una inclinacion natural á todo lo bueno, y una anticipada tierna devocion á la Santísima Virgen. Era muy dedicado Alonso de Cepeda á leer libros espirituales, y todos los dias hacia que se leyese la vida de algun Santo delante de toda la familia. Encontraba en esto grandísimo gusto la niña TERESA; y no contenta con la lectura que oia, ella misma leia muchas veces con otro hermanito suyo, llamado Rodrigo, de poca más edad, las historias y vidas de los Santos, sobre todo las de aquellas delicadas y jóvenes doncellas que habian deramado su sangre por Jesucristo. Hicieron tanta impresion estos ejemplos en los dos tiernos corazones, que ambos resolvieron escaparse secretamente de la casa de sus padres, para ir á tierra de moros en busca del martirio, teniendo á la sazón TERESA solo siete años, y Rodrigo once. Ya estaban en camino, cuando los encontró un tío suyo, que los recogió y los restituyó á su casa. Pero mientras tanto estaba la niña TERESA tan preocupada del pensamiento de la eternidad, que no cesaba de repetir estas palabras: *¡qué, para siempre! ¡qué, sin fin!* Y viendo los dos niños que no habia forma de ser mártires, determinaron hacerse, por lo menos, ermitaños. Con este intento fabricaron en la huerta de la misma casa dos celditas ó dos pequeñas cuevas, que levanta-

taron con ramas de árboles, á donde se retiraba TERESA muchas veces al dia para hacer su oracion, como decia ella, delante de una estampa que representaba á la Samaritana hablando con el Salvador junto al brocal de un pozo; desprendiendo desde entonces el Espiritu Santo en aquel inocente corazon algunas centellas de aquel sublime don de oracion, de que eran como preludios aquellos primeros ejercicios.

El amor que profesaba á la Santísima Virgen, la inspiraba cien industrias para honrarla y para reverenciarla. Cada dia rezaba muchos rosarios, ofreciendo al pié de la imágen algunas flores, y acompañando siempre estos pequeños presentes con alguna devota oracion. Estos bellos principios que habia producido la lectura de buenos libros, se cortaron ó se interrumpieron de repente con la lectura de libros malos. Perdió á su madre, siendo de edad de doce años, y comenzó á tomar gusto en leer libros de novelas. Esta fué la primera causa de haberse enfriado en sus buenos deseos, y de ser infiel en todo lo demás. En estos libros aprendió la inclinacion á las galas, á la profanidad, á sobresalir, á brillar; y en fin, el deseo de ser amada. Teniendo ya catorce años trabó comunicacion con un pariente suyo, un poco ligero y desahogado, cuyo trato puso su inocencia en grandísimos peligros. Acabóse presto todo aquel espíritu de fervor y de devocion, tanto que hubiera pasado muy adelante aquel desconcerto de vida, si notándolo su padre, no hubiera aplicado pronto remedio, metiéndola de seglar en un convento de agustinas.

Antes de cumplirse ocho dias de aquel recogimiento, sintió poseido su corazon de un sumo disgusto, y de un vivo dolor de todas sus vanidades, retoñando entonces todas las virtuosas inclinaciones de sus primeros años. Atribuyó esta mudanza á la particular proteccion de la Madre de Dios, á cuyos piés se postró luego que murió su madre, suplicándola que

desde allí en adelante se dignase recibirla por su querida hija. Fluctuaba dudosa en la eleccion de estado, ó de religiosa, ó de casada, cuando se halló acometida de una grave enfermedad, con cuya ocasion la sacó su padre del convento para curarla en su casa. Luego que se recobró algun tanto, la envió á una aldea donde vivia una hermana suya, para que se acabase de reparar, y en el camino visitó á un tio suyo que hacia vida solitaria. Con las santas conversaciones del devoto ermitaño, y con la leccion de libros espirituales, particularmente de las epístolas de San Gerónimo, reconoció el peligro que habia corrido de perderse eternamente, y á pesar del horror que la causaba la consideracion de los trabajos y austeridad del estado religioso, especialmente en su delicada complexion, resolvió no abrazar otro. Costóle muchos ruegos y muchas lágrimas alcanzar el consentimiento de su padre. Pero apenas salió de casa para ir al convento, cuando se sintió asaltada de una repugnancia tan extraordinaria, acompañada de tan vivos y tan agudos dolores, que la hubieran quitado la vida, á no haberla sostenido Dios.

Victoriosa de este último combate, entró con heróico valor en el convento de las Carmelitas de Ávila, en el cual tenia una buena amiga llamada Juana Suarez, y fué su entrada el dia 2 de noviembre del año 1535, á los veinte de su edad. Apenas recibió el hábito religioso, cuando se inflamó su corazon en las llamas del más puro y más abrasado amor, recompensando el Señor la victoria que acababa de recibir con una inundacion de gracias. Ninguna dificultad encontraba en el ejercicio de las más heróicas virtudes. Hambrienta de desprecios, de abatimientos y de mortificaciones, era su mayor gusto ejercitarse en los oficios más penosos y más humildes de la casa. Silicios, capotillos, disciplinas, ayunos casi continuos, nada era bastante para sacrificar aquella grande alma. Estas penitencias alteraron extraordinariamente su salud, delicada por su naturaleza. Acometiéronla

unos males de corazon tan violentos, y unos vómitos de tan mala calidad, que se llegaron á temer funestas consecuencias. Pero estos males no la embarazaron la profesion. Hizola con tanta resolucion y con tanto valor, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Aún no estaban en aquel tiempo las religiosas obligadas á la clausura; y así la envió su padre, en compañía de la otra monja amiga suya, á casa de su hermana para que se hiciese algunos remedios. Por este tiempo ya la habia Dios comenzado á favorecer con muchas gracias, que cada dia iban en aumento; elevándola á una altísima contemplacion, hasta la oracion de inquietud, y algunas veces hasta la de union, concediéndola juntamente el don de lágrimas. Pero ni ella conocia entonces el inestimable valor de estas gracias, ni encontraba confesor que la entendiese, ni comprendiese su interior disposicion. Sin embargo, se consolaba y se aquietaba, reconociendo que todo la movia á amar á Dios, y á no perderle nunca de vista.

Con los remedios se acabó de arruinar enteramente su salud; más no por eso se malogró su estancia en aquel lugar, pues fué ocasion de que se convirtiese un mal sacerdote que habia muchos años vivia licenciosamente. Confesábase TERESA con él, y se movió tanto á vista de la inocencia de aquella pura alma, que él mismo la manifestó el miserable estado en que se hallaba, pidiéndola que le encomendase á Dios; y habiéndose convertido, pasó el resto de su vida en ejercicios de la más rigurosa penitencia.

Sintiéndose TERESA cada dia más enferma, en pocos dias se halló reducida á la última extremidad. Contrajéronse los nervios, causándola insoportables dolores. Púsose extremadamente flaca; acometióla una tos seca; el color pálido, macilento y aplomado; todos indicantes que obligaron á temer mucho por su vida. Viéndola su padre en aquel estado, se la llevó á su casa, donde apenas entró, cuando el dia de la

Asuncion la asaltó un síncope, y cayó en un desmayo tan profundo, que la tuvieron por muerta por espacio de cuatro dias. Al cabo de ellos volvió en sí; pero no se vió enteramente libre de tantos males hasta de allí á tres años, despues que la inspiró Dios se encomendase al Patriarca San José, á quien reconocia deber su curacion, y cuya proteccion aseguraba despues no haber implorado jamás sin experimentarla pronta y favorable, por lo que hizo cuanto pudo para extender su devocion y su culto.

El recobro de su salud fué, por decirlo así, enfermedad, ó por lo menos desmayo de su espíritu. Las frecuentes conversaciones que tenia con las personas que la habian visitado, produjeron ciertas amistades, que aunque inocentes, no dejaron de perjudicarla. Ocupando el tiempo en el coro y en el locutorio, muy en breve se disgustó del primero, tanto que llegó á persuadirse era especie de hipocresia querer ser observante estando tan delicada; y sobre este principio se dispensó en la mayor parte de los ejercicios de comunidad. Esta distraccion y esta relajacion la pusieron en evidente peligro de perderse; pero detúvola Dios cuando estaba ya en el borde del precipicio. Habiendo muerto su padre, á quien salió á asistir en la última enfermedad, volvió á retirarse á su convento, resuelta á volver tambien al ejercicio de la oracion, como se lo aconsejó con la mayor eficacia un religioso del Orden de predicadores, con quien á la sazón se confesaba. Apenas volvió á este santo ejercicio, cuando conoció toda la iniquidad y toda la amargura de su relajacion. Detestóla dolorosamente, y toda la vida fué motivo de su llanto. No omitió despues dia alguno la oracion, aplicándose á ella con el mayor teson y con la mayor fidelidad, no obstante el silencio del Espíritu Santo, que por espacio de diez y ocho años la ejercitó con una tediosa aridez y sequedad, privándola de aquellos consuelos celestiales con que en otros tiempos la habia favorecido.

Á la verdad, habia cortado TERESA todo lo peligroso que podia haber en aquella comunicacion con los seglares; pero no habia roto del todo los lazos que tenian pegado su corazon á las criaturas. Solicitábala Dios interiormente á que se lo sacrificase todo; pero su corazon no se acababa de resolver á tan generoso sacrificio. Situacion triste, y combate congojoso que la tenia en una continua amargura. Neutral entre los dos partidos, no encontraba gusto cabal, ni en el comercio del mundo, ni en el servicio de Dios, siendo su grande valor y su mismo buen corazon los artífices de su mayor suplicio. Leyó por este tiempo las confesiones de San Agustin, y esta lectura fué, por decirlo así, como el bosquejo de su perfecta conversion, cuya grande obra perfeccionó la inopinada vista de una pintura que representaba al Señor atado á la columna en el paso de los azotes. Fortalecida TERESA con una nueva gracia, rompió en fin todas las prisiones, y en el mismo instante se halló elevada á un grado muy sublime de contemplacion. Pero como el Señor la tenia escogida para amada esposa suya, todavía quiso purificar su corazon con una sensibilísima prueba. Permitió que todos los confesores que buscó desaprobasen su espiritu, tratando de ilusion los favores que recibia del cielo, condenando su modo de oracion, y no queriendo creer que favoreciese Dios con tan singulares gracias á una alma inconstante, que tantas veces le habia sido infiel. Atormentábala el temor de estar ilusa y engañada; pero una de las cosas que la mortificaban más era la publicidad de los particulares favores con que Dios la regalaba. Todos hablaban de ellos, unos para divertirse, teniéndolos por ilusiones, y otros para desatemplarse, calificando á la monja por una insigne embustera. Decíase que pretendia ser tenida por Santa antes de dar pruebas de buena religiosa, no cumpliendo con las obligaciones comunes y aspirando á distinguirse por extravagancias y por singularidades. No eran sus hermanas las más

indulgentes en favor de nuestra Santa. Esta opinion comun se la hacia á ella misma muy verosímil, acordándose de su inconstancia, y de sus pasadas ingratitudes; indecision que la tenia en un continuo tormento, tanto más insufrible, cuanto era sumamente tímida y delicada en materia de ilusion. Ya deliberaba dentro de sí misma si dejaria enteramente la oracion, cuando el Señor la consoló deparándola un confesor sábio, prudente y muy práctico en los caminos de la vida interior. Era este un padre de la compañía de Jesus, el cual la prescribió el modo de gobernarse, y la aconsejó renunciase ciertas cosillas, que á la verdad, no eran defectos esenciales, pero sin embargo, la atrasaban mucho en los caminos de Dios. Mandóla que meditase en la vida y misterios de Jesucristo, exhortándola á que hiciese más aprecio de la mortificacion de las pasiones, que de todas las devociones sensibles. Hizola gran fuerza, y prendóla mucho esta suavidad del nuevo director. Empuñó las armas contra sí misma; entregóse sin excepcion y sin perdonarse en nada, á todos los rigores de la penitencia, añadiendo á todo más silencio, más retiro, y mayor recogimiento.

Llegó por entonces á Ávila San Francisco de Borja; consultó luego con él SANTA TERESA sus dudas, y aquel grande hombre la respondió sin titubear ni dudar, que todo lo que sentia era verdaderamente obra del Espiritu Santo; encargóla que no resistiese más á su divino impulso, aconsejándola que comenzase la oracion meditando en la pasion de Jesucristo, y que si el Señor la elevase á otro grado más sublime de contemplacion, no se opusiese al celestial movimiento. Comprendió entonces TERESA la suma importancia de juntar siempre la mortificacion del cuerpo y de los sentidos á las dulzuras de la contemplacion; y desde aquel punto no habia en el mundo cosa tan árdua que no estuviese pronta á sacrificarla á Dios por arribar á la perfeccion á que este Señor la llamaba. Hallándose en oracion tuvo el primer

rapto, en que la pareció la decia Jesucristo que desde allí adelante toda su conversacion habia de ser con los ángeles; y desde aquel dichoso día se halló por la bondad de Dios como trasformada en otra persona muy distinta. Tanto se la daba que hablasen mal como que hablasen bien de ella; pero se la notó más delicada que nunca á la más leve sombra de pecado. Tomó por confesor, habiendo perdido el que tenia, al célebre P. Baltasar Álvarez, de la misma compañía de Jesus, y fueron maravillosos los progresos que hizo en la más elevada perfeccion con un director de tanto magisterio en la ciencia del espíritu.

Mientras tanto no cesaba Dios de colmarla de favores, complaciéndose en aquella alma perfectamente purificada. Ya era su oracion una série no interrumpida de éxtasis y de raptos, y en aquellas intimas comunicaciones con su Dios, se abrasaba su corazon en las llamas del amor más puro, y quedaba su entendimiento iluminado con ilustraciones sobrenaturales. Aparecíasele Jesucristo con mucha frecuencia, y se complacia el celestial esposo en enseñarla por sí mismo los más elevados misterios. Era su deseo tener ocultos estos favores; pero siendo una de sus máximas obedecer escrupulosamente á sus directores, sujetando á su juicio todas sus visiones y todas sus secretas inspiraciones, solo por no faltar á esta obediencia se vió precisada á manifestar dones tan preciosos, siendo esto mismo nuevo ejercicio de mortificacion para ella. Pero como no siempre los hombres más sábios son los más prácticos en la vida espiritual, no faltaron muchos á quienes se les hizo sospechoso el camino de TERESA. Juntáronse seis sugetos, que por su estado hacian profesion de hombres espirituales; examinaron y conferenciaron sobre las cosas de nuestra Santa, y resolvieron que estaba ilusa. Intentaron privarla de la Sagrada Comunion; pensaron en delatarla al Santo Tribunal; discurrieron si la exorcizarian, considerándola poseida; y en fin, no perdonaron á

su director, que á la sazón se hallaba ausente, tratándole de hombre crédulo, fácil y ligero. Ni en Ávila, ni en la mayor parte de las universidades de España, se hablaba de otra cosa que de las imaginadas ilusiones de TERESA. No era posible martirio más doloroso, ni estado de alma más digno de compasion. Oprimida de tristeza, combatida de temores y anegada en lágrimas, se arrojó á los piés de un crucifijo, faltándola poco para espirar á violencia del dolor, cuando en el mismo punto oyó una voz interior que la decia: *No temas, hija, yo soy; no te abandonaré; á cuyas palabras se desvanecieron todas sus dudas y temores. Explicó su gozo en un torrente de lágrimas, y desde aquel dia jamás se volvió á alterar la paz de su corazon.*

Pero con este nuevo favor comenzó á disgustarla un poco la vida mitigada de su convento, y despues de una espantosa vision, en que se la representaron los tormentos que la tenian prevenidos en el infierno si hubiera continuado en la vida relajada, perpétuamente estaba ocupada en el deseo de hacer alguna cosa que acreditase al cielo su humilde agradecimiento. Hablando un dia con una sobrina suya, llamada doña María de Ocampo, que estaba de seglar en el mismo convento, y con Juana de Suarez, de quien ya se ha hecho mencion, sus particulares amigas, se la escapó el decir riéndose y como de burlas, que ya no la gustaba la vida de aquella casa: *pues bien*, replicó la sobrina, *retirémonos las tres, y hagamos otra vida más estrecha, para lo cual ofrezco desde luego treinta mil ducados.* Cierta señora de mucha virtud la confirmó en el mismo pensamiento, y todas cuatro se obligaron muy de corazon y muy sériamente á llevarle adelante, despues que Jesucristo declaró á SANTA TERESA que con efecto la tenia destinada para fundar esta reforma. Asegurada ya de la voluntad de Dios, ningun estorbo fué capaz de acobardarla; y animada á la misma generosa empresa por el P. Baltasar Álvarez su confesor, por San Pedro de Alcán-

tara, y por San Luis Beltran, de la Orden de Santo Domingo, dió al público aquel noble y grande intento, y comenzó á poner manos á la obra. Movi6 Dios en su favor al Papa, al Obispo de Ávila, y á su mismo general, con cuya aprobacion compró una casa para dar principio á la reforma. Pero las quejas de su convento de la Encarnacion, las contradicciones de los padres carmelitas, la resistencia de la nobleza, la oposicion de los magistrados, la murmuracion de los pueblos, y la formal contradiccion de la ciudad, metieron tanto ruido, que pareció preciso contemporizar y sobreseer en la empresa. Entonces todo el mundo se desenfrenó contra nuestra Santa. Sátiras mordaces, interpretaciones malignas, feas y torpes calumnias, de todo se valió el infierno para destruir la obra del Señor. Sufriólo todo TERESA con heroica paciencia, y venció todas las dificultades con mucho más heroico valor. En fin, despues de muchos lances, llegó á sus manos el breve que la habia despachado el Papa Pio IV para fundar la reforma, y entró en su nuevo convento, que quiso se consagrarse con la advocacion de San José, bajo cuyo nombre no habia aún otra iglesia, entrando con la Santa otras cuatro doncellas de extraordinaria virtud, que ella misma habia escogido para que fuesen los cuatro pilares de aquel espiritual edificio. Fueron estas Antonia de Heano, que despues se llamó Antonia del Espiritu Santo; Maria de Paz, despues Maria de la Cruz; Úrsula de los Santos, antes y despues de religiosa; y Maria de Ávila en el siglo, llamada luego en el nuestro Maria de San José. Hízose esta fundacion con toda solemnidad el dia 24 de agosto del año de 1562, en cuyo dia el mismo Obispo de Ávila bendijo la iglesia. Tal fué el nacimiento de aquella célebre reforma, ó por mejor decir, de aquella nueva religion, uno de los más bellos ornamentos de la Iglesia.

Viendo TERESA que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, se aplicó á disponer la regla y género

de vida que habian de observar; y para que nuestros lectores puedan formar idea de ella, nos parece oportuno insertar á continuacion el cap. 2.º del libro II de la vida de SANTA TERESA, citada al principio de este extracto, tal cual le escribió el P. Rivera.

«Para conseguir este fin alto que pretendia, y para que sus monjes viviesen de tal manera que sus oraciones valiesen mucho delante del divino acatamiento, se determinó la madre en que se guardase en su monasterio la primera regla que guardaron los primeros padres que comenzaron á vivir en el monte Carmelo en forma de religion. Y porque esta, por ser tan estrecha y áspera, dispensando los Sumos Pontífices, se habia venido á mitigar y perdido su primer rigor, parecióla que convenia tornarla á él, y que haria mucho servicio á Nuestra Señora, cuya es esta religion, en volverla á su principio, y ponerla en el punto de penitencia y santidad en que en tiempo de aquellos santos y primeros ermitaños estaba. Esta la hizo Alberto, Patriarca de Jerusalem, y fué confirmada, corregida y enmendada por el Papa Inocencio IV, en el año quinto de su pontificado, que fué el año del Señor 1248, primero dia de setiembre; y fuera de las cosas comunes á las otras reglas de religiones, como es elegir una cabeza á quien obedezcan, y hacer sus votos de castidad, pobreza y obediencia, y guardar á tiempos señalados el silencio, lo que esta regla contiene, es: que los religiosos estén dentro de sus celdas ó cerca de ellas meditando de dia y de noche en la ley del Señor, y velando en oracion, si no fuesen ocupados en otras justas ocupaciones. Mandan tambien que ayunen desde la fiesta de la Exaltacion de la Cruz, que es á 14 de setiembre, hasta la de Resurreccion del Señor, si enfermedad ú otra justa causa no lo estorbase, y que nunca coman carne, si no fuere por enfermedad, y que siempre tengan algun trabajo de manos en que se ejerciten. Lo del ayuno y no comer carne, ordenó la MADRE TERESA DE JESUS que se guarda-

se á la letra, y el silencio ni más ni ménos, desde completas hasta dicha prima. Mandó tambien que en las demás horas del dia se guarde, aunque no con tanto rigor como en el tiempo dicho, si no fuere despues de comer y de cenar, en qué la priora puede dispensar para que estén juntas las hermanas en recreacion una hora. Lo del meditar de dia y de noche en la ley del Señor, y lo del trabajo de manos, lo aplicó á su monasterio de esta manera: los maitines se digan despues de las nueve de la noche, y luego estén un cuarto de hora haciendo exámen de en qué han gastado aquel dia, y luego se lea un poco del misterio que se ha de pensar el dia siguiente; pero de manera que en todo esto no se detengan más que hasta las once, poco más ó menos, y entonces haciendo señal con la campana, se recojan á dormir. En verano se levanten á las cinco, y tengan oracion hasta las seis; y en invierno á las seis, y la oracion hasta las siete. Luego digan las horas antes de la misa. El trabajo de manos no quiso fuese alguna labor curiosa, sino hilar ó cosas semejantes, que no sean tan primas que ocupen el pensamiento para no le tener en el Señor. Tampoco quiso que á ninguna se señalase tarea, porque no se ocupen en ella demasadamente y se distraigan de la oracion. Y esto no en alguna casa de labor, sino cada una en su celda, porque no se quiebre el silencio ó se estorbe el levantar el corazon al Señor. Un poco antes de comer se toca á hacer exámen de lo que hasta entonces han hecho. En dando las dos se dejan las visperas, y despues se lee algo allí en comun hasta las tres, y este tiempo tambien se puede gastar en oracion, si quisieren. Despues vayan á sus oficios hasta completas, y despues de completas tengan una hora de oracion. Y aun en el tiempo de recreacion han de estar tambien entendiendo en sus oficios de manos. La pobreza quiso que fuese tan grande, que no da licencia para que ninguna monja tenga renta alguna como en otras partes, sino que todo sea comun, y á cada una se dé de lo que hubiere con-

forme á su necesidad, desde el hábito hasta lo demás que haya menester, de manera que no tenga en esta parte de qué cuidar, ni tenga que pedir á parientes y conocidos, con que se causan grandes daños, y se cierra una gran puerta al tentador. En particular no las deja tener cosa ni para comer ni para vestir, ni arca ni alhacena; y mandó que cuando la priora viese á alguna hermana aficionada á alguna cosa, ora sea libro, ora celda ú otra cualquiera cosa, se la quitase. El hábito las dió bien conveniente á la pobreza, que tanto ella amaba; quiso que fuese de jerga ó sayal, de color buridado sin tintura, la manga angosta, no más ancha en la boca que en el principio, sin pliegues, redondo, no más largo atrás que adelante, y largo hasta los piés. El escapulario de lo mismo, cuatro dedos más corto que el hábito. La capa blanca con que van al coro, de jerga, del largo del escapulario, con un boton de palo arriba, y en todos estos vestidos encarga que se eche el menos sayal que se pueda, para que sean angostos. Túnicas de estameña, tocas de sedeña ó lienzo grueso, no plegadas, y encima su velo negro basto, el cual no traen las novicias ni las freilas. El calzado, alpargatas. Las camas sin ningun colchon, sino con un jergon de paja, sábanas y almohadas de estameña, y el cobertor de jerga. En vestido ni en cama, no puede haber cosa de color, aunque sea tan poca como una faja. Zamarros no los consiente, sino algun ropón de sayal, á quien tuviese más necesidad. En fin, ella anduvo mirando con gran prudencia lo que habia en las demás religiones, y de allí tomaba lo que la parecia venia bien para su religion, y lo demás lo dejaba. Estuvo en el monasterio de Nuestra Señora de la Piedad en Valladolid, que es de descaldas de la Orden de San Francisco, de gran observancia y religion; y de allí tomó la pobreza de las mesas, la llaneza con que se trataban las religiosas, y lo que más la pareció. Pero el no tener freilas, sino que las monjas por su turno estén en la cocina y hagan los demás oficios de la casa, aunque al

principio lo comenzó á usar, despues lo dejó, porque decia que tanto trabajo corporal ahogaba el espiritu. Tampoco quiso imitarlas en que las monjas estuviesen sujetas á frailes, de manera que ellos solos las hubiesen de predicar y confesar, sino que pudiesen oír y tratar á todos aquellos que más les conviniese para sus almas, y con estos tratasen las cosas de ellas, sin tercera que escuchase, porque la parecia que gente que no tenia otros descansos y caminaba por el camino de la oracion y mortificacion, á donde hay tantos tropiezos y tentaciones, habia menester tratar con personas con quien se pudiesen enteramente declarar, y de quien se ayudasen para no ser engañadas. Y así las encargó muchas veces que siempre tratasen con hombres de letras y de espíritu, porque tenia experiencia del gran bien que en esto habia para las almas, y de los grandes daños que de lo contrario se seguia. El número de las monjas quiso que fuese pequeño, para que hubiese entre ellas más unidad y caridad, y ménos confusion; no quiso que pasase de trece ó catorce, contando entre estas tres freilas; y despues que la ordenaron que se hiciesen casas algunas que tuviesen renta, mandó que no pudiesen pasar de veinte, contando tambien entre estas tres freilas. No quiso que se recibiesen monjas de otras órdenes, ni aun de la del Cármen de la regla mitigada.

»Encarga mucho que las que se hubieren de recibir sean personas de oracion y que pretendan toda perfeccion y menosprecio del mundo, y tengan salud y buen entendimiento, y de edad no menos de diez y siete años. Y que contentas de la persona (la cual quiere que se examine mucho y se haga gran diligencia para saber si tiene estas partes), si no tiene limosna que dar á la casa, no se deje de recibir por eso como ella siempre lo hizo, y que para recibir no se mire al interés, sino á la bondad y calidad de la persona, dando siempre muestras de amar la pobreza que profesaron, y poniendo su esperanza en el Señor, y considerando que no es esto lo que

las ha de sustentar, sino la fé y perfeccion, y fiar en solo Dios. La clausura es grandísima, toda la que es posible haber: abrir la red en el locutorio ó hablar las monjas sin velo es con muy pocas personas, como con padres ó hermanos, ú otras de mucha calificacion y espíritu, y esto más para calificacion y provecho espiritual que para recreacion. Con sus deudos quiso que tratasen poco, y las vistas fuesen de personas tales como las dichas; y asi para otras, ó para gente que pretende entretenimiento y pláticas vanas, no hay entrada. Á las novicias permitió que visitasen para que declaren libremente si se hallan bien en la casa, y si no, se puedan ir cuando quisieren. Pero quanto las quitó de estos entretenimientos humanos, tanto y más las dejó de libertad para los divinos con que el alma se sustenta y consuela. Porque además de la grande y preciosa libertad que, como hemos dicho, las dejó para sermones y confesiones, y trato de hombres espirituales, de donde viene gran bien y consuelo á sus almas, y gran abundancia de pasto de la palabra divina, y dejando tambien el uso de la mortificacion pública y secreta, que es grande, fuera de las penitencias que demás en la regla se toman por la voluntad de cada una, con licencia de la priora y del confesor, y el ejercicio admirable de humildad, diciendo sus faltas en capitulo cada semana, y ayudándose unas á otras con caridad, diciéndole otras en que ellas no caian, que son todas estas cosas con que en gran manera se esfuerza el espíritu y se hincha de alegría, no solamente dió licencia, sino mandó que llegasen á la Sagrada Comunion todos los domingos y fiestas de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, y de San José y San Alberto, y jueves Santo y todos los demás dias que al prudente confesor le pareciere, pero con licencia de la Priora. Estas constituciones hizo por Breve que tuvo para ello del Papa Pio IV, dado á 17 de julio del año de 1565, en que concedió que se hiciesen constituciones, y desde luego las aprobó.»

Luego que SANTA TERESA hubo arreglado su convento de San José, no solo fué menester ensanchar la casa, sino multiplicar tambien el número de los conventos que abrazaron la reforma. Habiendo llegado á Ávila el general de los carmelitas, formó tan alto concepto de la eminente virtud de nuestra Santa, y quedó tan prendado de ver resucitada en el convento de San José la primitiva observancia de los antiguos padres del Carmelo, que deseó ansiosamente la extension de la reforma. Logró en breve tiempo ver cumplidos sus deseos. En menos de doce años fundó SANTA TERESA los conventos de Medina del Campo, Malagon, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Serena, Palencia, Soria, Búrgos y Granada. Mas no se pueden ponderar las maravillas que intervinieron en todas estas fundaciones. ¡Qué prodigios de confianza, de mortificaciones, de celo, de paciencia para llevar adelante sus proyectos, en medio de tantas contradicciones, y con la precision de tantos viajes!

No la costó menos la reforma de los frailes que la de las monjas. Los mismos estorbos tuvo que vencer, las mismas dificultades que superar; pero á todo fué superior su magnanimidad y su gran confianza en el Señor. Echaron los primeros cimientos de este célebre edificio los PP. Fr. Antonio de Heredia y San Juan de la Cruz. Despues que la Santa les dió los estatutos que habian de observar, los acompañó á Valladolid, donde tomaron el hábito de la reforma, y los envió á Duruelo. El dia 30 de noviembre del año 1568 tuvo principio la reforma de los carmelitas descalzos, que animados de aquel espíritu interior que los dejó su Santa madre, dieron á la Iglesia tanto honor con su ejemplar observancia, con el esplendor cada dia más brillante de tantas religiosas virtudes, y con aquel apostólico celo, que pasando al otro lado de los mares, añadió continuamente nuevas conquististas á Jesucristo en medio de los infieles.

Aunque obraba Dios tantos prodigios por medio de nuestra TERESA, no se limitaban precisamente á ellos los dones que recibia del cielo. No hubo Santa ni más ilustrada en los caminos de Dios, ni que poseyese la ciencia de los Santos en más elevado grado de perfeccion, ni que fuese dotada de más claras luces, ni de más celestial sabiduria; todo sobre el sólido cimiento de una profunda humildad. En virtud de esto, solo por pura obediencia á sus confesores, dió al público tantas maravillas. Lo primero que la obligaron á escribir fué la historia de su vida, y no fué este el menor sacrificio que hizo en ella. Compuso despues el *Tratado de la perfeccion*, por órden de su confesor; el cual la mandó tambien que escribiese la historia de las fundaciones de sus conventos. Á esta siguió el *Castillo del alma*; el tratado de los pensamientos del amor de Dios sobre el *Cántico de los Cánticos*; obra admirable que su profunda humildad condenó al fuego, y solo se pudo salvar de las llamas un trozo de la primera parte, que se encontró en la celda de una religiosa, la cual habia copiado de su mano para su uso. Las demás obras de la Santa son: el *Camino de la perfeccion*, *Instrucciones sobre la oracion mental*, *Meditaciones para despues de la Comunión*, y la coleccion de sus *Cartas*. Todas estas obras son á un mismo tiempo el mejor panegirico de su excelente entendimiento, el más vivo retrato de las sublimes virtudes de su abrasado corazon, y un inestimable tesoro con que el Espíritu Santo quiso enriquecer á su Iglesia.

Pero lo más admirable fué que aquella vida activa y laboriosa jamás alteró en ella el espíritu ni el recogimiento interior, sirviendo la multitud de ocupaciones exteriores para encender más y más el divino amoroso fuego que inflamaba su abrasado corazon. Tan recogida en los caminos como en la celda, y semejante á los ángeles que nunca pierden de vista á su Dios, mientras hacen aquello para que fueron enviados, igualmente estaba unida á su celestial es-

poso en el tumulto de tantas ocupaciones, que en el silencioso retiro de su oratorio. No parece fácil amar á Dios ni con mayor ardor, ni con mayor ternura, ni con mayor fidelidad, por lo que tampoco es fácil comprender cuánto era correspondida del mismo Dios. Las visiones celestiales llenas del mayor consuelo, eran ya en TERESA como ordinarias. Oyó un día una voz que la decia: *Hija mia, yo te di á mi Hijo y al Espiritu Santo por esposo; á mi querida hija la Virgen por Madre tuya: ¿qué podrás tú retribuirme por tan gran favor?*

Otro dia vió junto á sí á un serafin que con un dardo de fuego la traspasaba el corazon, quedando despues pasmada y enagenada por espacio de dos ó tres horas. En cierta ocasion en uno de sus éxtasis, se la oyó exclamar: *Divino esposo mio, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores.* Á su encendido amor igualaba su insaciable deseo de padecer. El acto de amor que repetía más, y que fué como su particular divisa, era este; *aut pati, aut mori*; ó padecer ó morir. En fin, no se puede reducir á la estrechez de un compendio una vida tan portentosa.

Conociendo la Santa que cada dia se iba debilitando más, escribió á la mayor parte de sus conventos, dándoles aquellos saludables consejos que más convenian á cada uno. Pero á todos los encomienda la exacta observancia de las reglas más menudas, el frecuente y constante ejercicio de la oracion, y el juntar siempre con el espiritu interior el de la continua mortificacion. Exhorta á todas sus hijas á que procuren inflamarse en el más puro amor de Jesucristo, dedicándose á hacerse dignas esposas suyas; quiere que todas amen á la Santísima Virgen como á su querida madre, y señala por protector de toda la Orden al Patriarca San José. Encárgalas á todas una santa simplicidad, y quiere se destierre para siempre de toda carmelita todo estudio ageno de una mujer. *Antes que se me olvide* (escribe á la priora del convento de Sevilla): *muy buena está la carta del P. Mariano,*

si no tuviera latin. No permita Dios que mis hijas tengan la vanidad de ser latinas. No lo consienta otra vez, ni la suceda. Más quiero que tengan la ambicion de parecer sencillas é ignorantes, como muchas Santas, que de querer ser retóricas.

El año de 1582, dia de San Mateo, entró en Alba oprimida y consumida de males, pero comulgaba todos los dias con tal fervor, que no se reconocia en ella su debilidad. Sobrevinola el dia de San Miguel un flujo de sangre que la rindió á la cama, y pasó toda aquella noche y el dia siguiente en muy fervorosa oracion. El primer dia de octubre hizo que la llamasen al P. Fr. Antonio de Jesus para confesarse. Preguntóla este padre si en caso de morir, queria que su cuerpo fuese llevado al convento de San José de Ávila, que era su propia casa. *¡Pues qué!* respondió la Santa: *¿tengo yo acaso en este mundo cosa alguna propia? ¿Y no me darán aquí un poco de tierra para enterrarme?* La vispera de San Francisco pidió el Santo Viático, y juntando las manos dijo á sus religiosas estas tiernas y últimas palabras: *Hijas mias y mis señoras, pidolas por amor de Dios que observen exactamente las reglas y las constituciones, y que no pongan los ojos en los ejemplos de esta indigna pecadora que está para morir; piensen solamente en perdonarla.* Luego que entró en su celda el Señor Sacramentado, dándola fuerzas el amor á Jesucristo, se incorporó por sí sola en la cama; inflamóse la y animóse la el semblante, y volviendo los ojos á Jesucristo, arrojando centellas de amor por ellos: exclamó. *Venid, Señor; venid, amado esposo; ya en fin llegó la hora, y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya y es muy justo que os vea, despues que este ardiente deseo por tan largo tiempo me ha despedazado el corazon.* En fin, despues de haber recibido la extremauncion, repitiendo muchas veces estas palabras: *yo soy hija de la Iglesia,* abiertos los ojos y fijos en el crucifijo que tenia en las manos, rindió dulcemente su alma en las de Dios el dia 4 de octubre hácia las

nueve de la noche del año 1582, á los sesenta y siete de su edad, y á los veinte despues de la reforma.

En el mismo punto que espiró la Santa, se llenó su celda de exquisita fragancia, que se difundió por todo el convento. Remozósele el semblante, cubriéndose de un color fresco y rojo, y desapareciendo todas las arrugas de la vejez. El dia siguiente fué enterrado con grande solemnidad el santo cuerpo, dándosele sepultura entre las dos rejas del coro, de manera que así las religiosas de adentro como las seglares de afuera, se podian consolar con que le tenian dentro de su jurisdiccion. Aun antes de enterrarla manifestó Dios con grandes milagros la eminente santidad de su fidelísima sierva, y despues cada dia se continuaban en su sepulcro. El dia 4 de julio del año siguiente se abrió la caja, que estaba hecha pedazos por el peso de las losas que la habian echado encima, y por consiguiente llena de tierra y humedad, la cual habia podrido el hábito de la Santa; pero su cuerpo se encontró tan entero, tan fresco, tan rojo y tan flexible como si estuviera vivo, exhalando un suavísimo olor que embalsamó toda la iglesia y todo el convento. Hallábase presente el provincial, quien la cortó la mano siniestra y la envió al convento de Ávila; despues hizo poner al santo cuerpo un hábito nuevo, y encerrándole en otra nueva caja, mandó que le volviesen á su primera sepultura. Tres años despues fué elevado de la tierra el santo cuerpo y conducido á Ávila, habiéndose encontrado tan entero y tan fresco como en la primera visita. En fin, el año de 1589, el Papa Sixto V, á solicitud del duque de Alba, mandó que aquel precioso tesoro se restituyese al convento de Alba, donde se conserva hoy tan entero como el dia de su muerte. Uno de sus piés fué enviado á Roma al convento de las carmelitas Descalzas el año de 1615; y algunos años despues, Isabel de Francia, reina de España y mujer de Felipe IV, logró un dedo de la Santa que mandó engastar en un relicario de oro, y se le envió á

su madre la reina doña María de Médicis, la cual se le regaló á las Carmelitas de Paris. Fué beatificada SANTA TERESA el año de 1614 por el Papa Paulo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.

DIA 16.

San Galo, Abad, *Irlandés*, y Santa Adelaida, Virgen (1).

DIA 17.

Santa Eduvigis, viuda, *Austriaca*.

DIA 18.

San Lucas, Evangelista, *Sirio*.

DIA 19.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, CONFESOR Y FUNDADOR, ESPAÑOL.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, tan célebre en toda la Iglesia por el sublime don de oracion á que el Señor le elevó, y por el rigor de sus asombrosas penitencias, de que nos dejó tan admirables ejemplos, nació el año de 1499, en la villa de Alcántara, pueblo poco numeroso de la provincia de Extremadura en España, que comunicó su nombre á nuestro Santo, sirviéndole de apellido. Fué su padre D. Alfonso Garavito, hábil jurisconsulto, y corregidor de la misma villa; su madre doña Maria Villela de Sanabria; los dos de muy antigua y calificada nobleza, y uno y otro de una virtud tan sólida como ejemplar. Considerando ambos como una de las más esenciales obligaciones de los padres la cristiana educacion de sus hijos, se dedicaron á criar á PEDRO en el temor santo de Dios, con tanto mayor gusto y con tanto mayor consuelo, cuanto desde luego descubrieron en el niño una

(1) Ignoramos dónde nació, y toda su historia.

bellísima índole, y unas inclinaciones, por decirlo así, naturalmente cristianas. Anticipóse á la razon la devocion, previniéndole la gracia tan extraordinariamente, que se halló dotado del don de oracion, aun antes de tener edad para saber hacerla. Ya estuviese en la iglesia, ya en casa, siempre se le veia orando, siendo la oracion el único entretenimiento de su niñez; presagio cierto de la eminente santidad á que arribó con el tiempo.

Son los estudios ordinarios escollos de la juventud; pero la virtud de PEDRO DE ALCÁNTARA se perfeccionó en ellos, resplandeciendo más el candor de su inocencia. Íbase haciendo más santo al paso que se iba haciendo más sábio en las letras humanas y en la filosofía. Enviáronle á Salamanca á estudiar el derecho canónico, y allí adoptó una vida tan arreglada, distribuyendo las horas en la iglesia, en las escuelas, en el hospital, y en su estudio, que los maestros de la universidad le proponian á los demás profesores por modelo de virtud, de aplicacion, y de aprovechamiento. Vuelto á Alcántara, hizo cuanto pudo el enemigo de la salvacion para manchar su inocencia y para derribar su virtud. Hallándose en una edad donde todo es tentacion, jóven, bien dispuesto, lleno de vivacidad y de fuego, conoció el peligro, descubrió al enemigo, y tomó las armas contra él, recurriendo á la oracion, á la frecuencia de Sacramentos, á la devocion de la Santísima Virgen, á la fuga de las ocasiones, pero singularmente al ejercicio de la más rigurosa penitencia. Cesó la tentacion de la carne; pero entró á relevarla la de la ambicion. Todo concurría á lisonjear sus esperanzas con la gran fortuna que se podia prometer, ya en la profesion de las letras, ya en el ejercicio de los primeros cargos; pero hizole Dios la merced de que descubriese el artificio del enemigo, y de que le venciese, porque conociendo que el mundo estaba lleno de escollos, determinó refugiarse al asilo de la religion. Escogió la del seráfico P. San Francisco, y tomó el há-

bito en el convento de Manjarrés, sito en una áspera montaña. Quiso el Señor autorizar la resolución del santo jóven con un insigne milagro; porque no encontrando barca para pasar el rio Tera, se halló de repente á la otra orilla conducido por un ángel.

Tenia solo diez y seis años cuando entró en el noviciado, y en menos de seis meses mereció que le propusiesen á los demás como verdadero modelo de la perfeccion religiosa. Sobre todo asombró su mortificacion á los profesos más antiguos. Comia poquísimo, y apenas dormía. Ninguna dificultad encontraba en las más rigurosas penitencias. Era muy ingenioso el amor que tenia á las humillaciones, inventando cada dia nuevos modos para ser menospreciado, y siendo este el mayor objeto de sus ansias. Hallaba sus mayores delicias en la más desnuda pobreza, no pareciendo posible desasimiento más absoluto de todo. Unido continuamente á Dios, ninguna cosa era capaz de distraerle. Siendo sucesivamente sacristan, portero, refitolero, y despensero, cumplia exactamente con todos estos oficios, y añadía de su espontánea voluntad los más bajos, los más humildes, y los más repugnantes de la comunidad, superando su fervor á todos ellos.

El pacto que habia hecho con sus ojos, no se limitaba precisamente á las personas del otro sexo: se puede decir que se extendia á cualquiera objeto que no fuese absolutamente indispensable. Toda la vida anduvo con los ojos bajos, de manera que nunca supo si el coro ó el dormitorio eran de vóbedas, ni de qué materia era el techo de su celda. Á los religiosos del convento solamente los conocia por la voz, y á fuerza de mortificar sus sentidos, habia perdido el uso de ellos.

Pocos meses despues de su profesion, le envió la obediencia á un convento muy solitario, y allí fabricó una celda que lo era solo en el nombre, pues parecia sepultura en la realidad. En ella dió principio á aquel ejercicio de penitencia,

que verdaderamente estremece, y apenas se haria creible si no le autorizara el testimonio de la bula de su canonizacion. Su ayuno era continuo; comia una sola vez de tercer en tercer dia, y algunas se pasaban ocho dias enteros sin tomar alimento. Dos veces al dia despedazaba cruelmente su cuerpo con unas disciplinas de hierro; traia continuamente á raiz de las carnes un silicio de alambre en figura de rayo, cuyas agudas puntas por la parte de adentro, no solo le penetraban la piel, sino que le renovaban sin cesar las llagas que le habia hecho la disciplina. Aunque su comida se reducía á unas pobres legumbres sin condimento, y lo más ordinario á un zoquete de pan duro, le bastaba sentir algun gusto en lo que comia, para desazonarlo al instante, mezclándolo con ceniza. Pero lo que más le costó (como él mismo lo confesó despues á Santa Teresa) fué vencer el sueño. Esta era la pension de la vida que se le hacia más insoportable, porque decia que solo el sueño nos priva de la presencia de Dios, lo que no hacia ni aun la misma muerte. Dormia no más que hora y media, y por espacio de cuarenta años lo hacia ó de rodillas, ó medio en pié, arrimando la cabeza á la pared. Lo restante de la noche lo pasaba en oracion, añadiendo siempre á ella alguna nueva penitencia. Era su celda tan baja, tan estrecha y tan corta, que no podia estar en ella en pié, ni tendido á lo largo. Gustábale mucho la mortificacion, ocasionada por las incomodidades que trae consigo la variedad de los tiempos, y de las estaciones del año. Es siempre muy rígido el invierno en aquella sierra donde estaba el convento, y en lo más rigoroso de él dejaba abierta la ventana de la celda. Andaba de continuo con los piés descalzos, y siempre con la cabeza descubierta, por respeto (como decia el mismo Santo) á la presencia de Dios, que está en todas partes. Bien se puede asegurar que ninguno le excedió en la mortificacion, y así parecia un esqueleto animado. Es verdad que le desquitaban ventajosamente de la continua violencia que se hacia, los ce-

lestiales consuelos con que sin cesar inundaba el Señor á su purísima alma. Pocos Santos se han visto que hubiesen sido elevados á más sublime don de oracion. Era esta un éxtasis casi continuo, comunicándosele Dios en ella extraordinariamente, y dándole á gustar con anticipacion las delicias de la gloria.

No era razon que estuviese oculta é improductiva para el mundo tan sobresaliente virtud; por lo que á los veinte años de su edad, y antes de poder recibir los sagrados Órdenes, le hicieron los superiores guardian de Badajoz. No fué esta la menor mortificacion para un hombre tan humilde. Como era el más mozo de todos sus súbditos, le pareció que solo le habian hecho superior para servirlos á todos; lo que fácilmente se conoció por lo que se le vió hacer durante su guardiania, de cuya autoridad solo se valió para reservarse á sí todos los oficios más bajos, más humildes y más trabajosos del convento. Luego que entró en los veinticuatro años, le mandaron los Prelados que se dispusiese á recibir los sagrados Órdenes. Hasta allí habia sido ángel en la pureza de sus costumbres, y en todo el tenor de su vida; pero en el altar fué un abrasado serafín. Un año despues le hicieron guardian del convento de Nuestra Señora de los Ángeles: en cuyo empleo no halló otro atractivo que la situacion del convento, la más fria de toda España, ofreciéndole los hielos, las nieves y las ventiscas muchas penitentes industrias para saciar el anhelo que tenia de padecer.

Por el celo de la salvacion de las almas, inseparable de la verdadera caridad, aceptó el ministerio de la predicacion. Ningun predicador hizo más fruto. Sobre el talento natural y un fondo de sabiduría enriquecido con aquellas superiores luces que eran fruto de su íntima comunicacion con Dios, y nunca lo pueden ser del estudio, bastaba sola su vista para ablandar los corazones más endurecidos. Convertia solo con dejarse ver; por eso se veia muchas veces los más insignes

pecadores interrumpirle sus sermones con lágrimas y con dolorosos gemidos. En medio de su empleo de superior corrió muchos obispados, haciendo en todas partes inmenso fruto, y renovando en todas el espíritu de penitencia.

No obstante, siempre le tiraba la inclinacion al retiro, que era, digámoslo así, la pasion dominante de nuestro Santo; y en virtud de ella suplicó á los superiores le destinasen á algun convento separado de toda comunicacion con los seglares. Por darle gusto, le hicieron guardian de San Onofre de Lapa, situado en un horroroso desierto, y aquí fué donde compuso el tratadito *De la oracion y de la contemplacion*, tan universalmente estimado, y que mereció tantos elogios á Santa Teresa, á Fr. Luis de Granada, á San Francisco de Sales, y sobre todo al Papa Gregorio XV, habiéndole compuesto por complacer á un amigo suyo, que le rogó le diese por escrito las reglas para hacer bien oracion, que tantas veces le habia explicado verbalmente. Apenas salió de sus manos aquella obra cuando se extendió por toda España, y se vió andar en las de todos, con tanta reputacion de nuestro Santo, que los pueblos clamaban á porfia por él, ansiosos de las verdades de la salvacion. Particularmente el rey de Portugal D. Juan el III hizo tantas instancias con los superiores para ver en su córte aquel gran siervo de Dios, que á pesar de todas las razones que alegó, se vió precisado á emprender aquel viaje. Hízole á pié y descalzo como acostumbraba, y no es fácil explicar el mucho bien que hizo en aquella córte. Viéronse en ella algunos de los más grandes señores renunciar el mundo y buscar en las austeras religiones camino seguro y compendioso para su salvacion. La infanta doña María, hermana del rey, no contenta con desterrar de su persona y de su cuarto todo lo que olia á espíritu de mundo, galas magníficas, muebles suntuosos y profanas diversiones, se consagró totalmente á Dios con los tres votos de religion por consejo de nuestro Santo. El infante D. Luis, her-

mano de la misma princesa, fundó el convento de Salvatierra, y se encerró en él, pasando el resto de sus días en todos los ejercicios religiosos con tan fervorosa devoción, que fué el ejemplo de todo el reino. Hizose cuanto se pudo para detenerle en Portugal; pero teniale destinado la Divina Providencia para la reforma de su Órden. Despues de haber sosegado con su presencia y con sus prudentes oficios las turbaciones que se suscitaron en Alcántara, le llegó el aviso de que su provincia le habia nombrado por provincial. En vano pretendió excusarse alegando que no tenia cuarenta años: ninguno le tuvo por demasiadamente mozo para el empleo. Obligáronle á aceptar el empleo, el que desempeñó con tanto acierto como pudiera el hombre más experimentado. Valióse de esta nueva autoridad para introducir en su provincia ciertas reglas, que solo el concepto de su virtud pudo lograr que fuesen aceptadas y recibidas; pero su grande obra era la reforma de la Órden, que habia tiempo andaba meditando.

Emprendióla movido del ardiente deseo que muy de antemano le habia inspirado el Señor, de ver resucitado en su primer vigor el primitivo espíritu de la regla de San Francisco. No ignoraba que era asunto más árduo reformar una religion, que fundarla; pero atropelló por todas las dificultades persuadido de que era Dios el autor de aquel intento. Habiéndosele agregado algunos religiosos de los más virtuosos y ejemplares, fué á echar los primeros cimientos de la provincia reformada de la Arravida en Portugal cerca de la embocadura del Tajo. Es la Arravida una fragosa y continuada sierra; y eso era justamente lo que buscaba nuestro PEDRO. Ayudado con las limosnas y con la autoridad del duque de Aveyro, levantó en ella un convento, cuyas celdas, por la mayor parte, se fabricaron en las cavernas de los peñascos; y este fué el principio de aquella célebre reforma, que resucitando el espíritu de mortificación y de extrema pobreza que

profesó el seráfico padre San Francisco, dió á la Iglesia una nueva familia de ángeles mortales, cuyo espíritu de soledad, de devocion, de penitencia, y de todo lo más perfecto que enseña la religion, es aún el dia de hoy objeto de admiracion y veneracion de todos los fieles. El año de 1554 tuvo principio esta reforma, para cuyas alabanzas no encontraba expresiones correspondientes la seráfica madre Santa Teresa, y cuyas reglas confirmó por breve expreso y particular el Papa Julio III. El Obispo de Coria cedió á nuestro Santo una ermita dentro de su obispado, en la cual estuvo algun tiempo con un solo compañero, esparcidos los demás por varias partes, á violencia de la tempestad que suscitó el infierno contra aquella grande obra. Desde allí emprendió PEDRO el viaje de Roma, haciéndole todo á pié, descalzo, y con la cabeza descubierta, como acostumbraba. Obtuvo segundo breve del Papa, y letras patentes de su general para fundar nuevos conventos segun la estrecha reforma. Volvió á España, y fundó uno en el Pedroso, tan reducido y tan estrecho, que más parecia fábrica de sepulturas que de celdas. La que escogió para sí, como Prelado, era de las mismas dimensiones que las de otras partes, tan baja, tan angosta, y tan corta, que no podia estar en ella sino de rodillas, encorvado, ó en otra molesta postura.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro Santo, apenas hubo en aquel tiempo persona de virtud sobresaliente que no solicitase su correspondencia, ó por lo menos tener parte en sus oraciones. Santa Teresa le consultaba en lo que se le ofrecia; San Francisco de Borja estrechó una fina amistad con aquel gran siervo de Dios, y en toda España resonaba con admiracion el nombre de FRAY PEDRO DE ALCÁNTARA. Cuando el emperador Cárlos V estaba meditando su retiro al monasterio de Yuste, resolvió tomarle por su confesor; pero el Santo se excusó con tan buenas razones, que el emperador se rindió á ellas. Más eficaz fué su general. Nombróle comi-

sario general de España para la reforma, cuyo empleo desempeñó con tanta felicidad, que tuvo el consuelo de recibir dos breves del Papa Paulo IV, confirmando su instituto, y el de ver en menos de seis años fundados nueve conventos.

Hacia tiempo que SAN PEDRO DE ALCÁNTARA vivía, digamoslo así, de milagro. Estenuado al rigor de sus excesivas penitencias; consumido con sus grandes trabajos, y exhausto á fuerza de tan penosos ejercicios, cayó gravemente enfermo, y sabiendo bien que se acercaba su última hora, se hizo llevar al convento de Arenas. Recibió luego los Sacramentos, y poco tiempo despues entró en un dulcísimo éxtasis. Apareciósele la Santísima Virgen, acompañada de San Juan Evangelista, y le aseguró de su eterna bienaventuranza; pronunciando entonces él mismo aquellas palabras del Salmo 121: *Lætátus sum in his, quæ dicta sunt mihi in domun Dómini ibimus*; «me he llenado de alegría sabiendo que he de ir á la casa del Señor,» le entregó dulcemente su alma el dia 18 de Octubre del año de 1562, á los sesenta y tres de su edad y cuarenta y siete de su vida religiosa.

Desde el mismo punto en que murió, manifestó Dios la gloria de su siervo con muchos milagros. Luego que espiró se apareció á Santa Teresa rodeado de resplandor, y la dijo estas bellas palabras: *¡Oh dichosa, oh dulce penitencia, que me ha merecido tanta gloria!* Fué enterrado su santo cuerpo en la iglesia de Arenas, donde continuamente está Dios haciendo glorioso su sepulcro por los milagros que obra cada dia. El Papa Gregorio XV le beatificó solemnemente el año de 1622, y el de 1669 le canonizó Clemente IX, fijando su fiesta al dia 19 de octubre.

Siendo tan glorioso para nuestro Santo lo que escribe de él Santa Teresa en el capitulo 27 de su vida, no es razon que se omita en este breve compendio.

«¡Y qué bueno nos le llevó Dios ahora (dice la Santa) en el bendito FRAY PEDRO DE ALCÁNTARA! No está ya el

»mundo para sufrir tanta perfeccion; dicen que están las salu-
 »des más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo
 »hombre de este tiempo era, estaba grueso el espiritu como
 »en los otros tiempos..... Paréceme fueron cuarenta años los
 »que me dijo habia dormido solo hora y media entre noche y
 »dia, y que este era el mayor trabajo de penitencia que habia
 »tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto esta-
 »ba siempre de rodillas ó en pié. Lo que dormia era sentado,
 »la cabeza arrimada á un maderillo, que tenian incado en la
 »pared..... En todos estos años jamás se puso la capilla, por
 »grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los piés, ni ves-
 »tido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las
 »carnes, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en
 »los grandes frios se le quitaba, y dejaba abierta la puerta y
 »ventanilla de la celda, para que con ponerse despues el man-
 »to, y cerrar la puerta, contentase al cuerpo para que sose-
 »gase con más abrigo. Comer á tercero dia era muy ordina-
 »rio.... Un su compañero me dijo que le acaecia estar ocho
 »dias sin comer. Debia ser estando en oracion, porque tenia
 »grandes arrobamientos é ímpetus de amor de Dios, de que
 »una vez fui yo testigo. Su pobreza era extrema y mortifica-
 »cion en la mocedad, que me dijo le habia acaecido estar
 »tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile si no
 »era por la habla, porque no alzaba los ojos jamás. Á muje-
 »res jamás miraba.... Era muy viejo cuando le vine á cono-
 »cer, y tan extrema su flaqueza, que no parecia sino hecho
 »de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable,
 »aunque de pocas palabras, sino era con preguntarle; en es-
 »tas era muy sabroso, porque tenia muy lindo entendimien-
 »to. Fué su fin como la vida, predicando y amonestando á
 »sus frailes.... Despues ha sido el Señor servido yo tenga más
 »en él que en la vida, aconsejándome muchas cosas. Hele
 »visto muchas veces con grandisima gloria. Díjome la prime-
 »ra vez que me apareció: ¡qué bienaventurada penitencia,

»que tanto premio había merecido!»—Esto es lo que escribe Santa Teresa de este gran Santo.

En la fachada del templo de San Francisco de Palma de Mallorca se han colocado las estatuas de San Pedro Bautista, mártir del Japon, y de SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, á principios del corriente año de 1864.

DIA 20.

San Juan Cancio, Confesor, *Polonés*, y Santa Irene, Virgen y Mártir, *Portuguesa*.

DIA 21.

Santa Úrsula, *Inglesa*, y 11,000 Vírgenes Mártires, y San Hilarion Abad, *Sirio*.

SANTA OROFRÍGIA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

En este dia hace mencion la *España Sagrada* de esta Santa española, de la cual se ocupan tambien algunas otras obras; pero tan concisamente, que nos vemos imposibilitados casi de hablar de ella. El que dice algo más es el P. Juan de Marieta en su obra titulada *Santos de España*, y solo stampa lo siguiente:

«Celeruega, villa del Obispado de Osma, patria de Santo Domingo; en el convento de su Órden, que es de monjas, está el cuerpo de SANTA OROFRÍGIA, Virgen y Mártir, y rezan de ella otro dia despues de las 11,000 Vírgenes, que es el 22 de octubre, y en las lecciones de sus mártires se dice como padeció en compañía de Santa Úrsula y sus compañeras, y que despues de muerte la echaron en el mar dentro de una arca, aportando á donde pudiese ser recogida. Hallaron encima de ella un rótulo que daba testimonio de quién era, y decia allí: *Yo soy OROFRÍGIA, española, que padecí martirio en compañía de las 11,000 Vírgenes*. Quién la trajo al susodicho convento no se sabe.»

SANTA NUNILO Y SANTA ALODIA, VÍRGENES Y MÁRTIRES, ESPAÑOLAS.

Varios pueblos de España se disputan la pertenencia de estas Santas como nacidas en ellos, y á la vista tenemos diferentes obras y Años cristianos, que no están conformes en el lugar del nacimiento ni del martirio de estas Santas. Como la indole de nuestra obra no es la de controvertir ni refutar las apreciaciones de otros escritores, sino sentar lo que en conciencia juzguemos más justificado, ninguna razon opondremos á las expuestas por algunos de los historiadores que nos han precedido, y que no nos parecen bastante fundadas para resolver como lo hacen. Solo diremos que seguimos la opinion del P. Huesca, en su *Teatro de las iglesias de Aragon*, tanto por el respeto y confianza que nos inspira este ilustrado autor, como por ver adoptadas sus ideas y admitidas sus razones por escritores sábios y prudentes cuyos escritos son muy respetados dentro y fuera de España.

En Adahuesca, villa perteneciente á la provincia de Huesca, vieron la luz primera las gloriosas Vírgenes y Mártires NUNILO y ALODIA, hijas de padre mahometano y de madre cristiana. Esta hizo bautizar secretamente á sus hijas, á poco tiempo de nacer cada una, y desde la infancia inculcó en su tierna imaginacion las ideas de amor al verdadero Dios y á las salvadoras doctrinas del Evangelio. Predominando en aquellas tiernas naturalezas la noble sangre de la madre, desde luego manifestaron las niñas una marcada inclinacion á la virtud; inclinacion que los consejos piadosos, máximas y ejemplos de la madre, convirtieron bien pronto en sólida y firme resolucion de ser hasta el fin de su existencia dulces y amantes esposas del que siendo rey de reyes, y copiosa é inagotable fuente de virtudes, descendió á morir entre miserables criminales por la redencion del género humano. El ejemplo, pues, del padre, y las prácticas de su secta mahometana, en nada influyeron en las mentes de sus hijas,

y puras de alma y de cuerpo fueron pasando los envidiables años de su dichosa infancia. Aún se hallaban en esta cuando falleció el padre, y si no con más unción y constancia, con más libertad pudo la madre, en compañía de sus angelicales hijas, dedicarse á la franca práctica de las doctrinas del Salvador, y á medida que crecían en edad, crecían en actos religiosos, en oración, ayunos y penitencias. Retiradas del contacto con el mundo, recorrían el camino de su plácida vida contentas y felices, cuando la muerte de la madre fué á turbar la tranquilidad y la paz de que gozaban los corazones de las santas vírgenes. Contando NUNILO trece años próximamente de edad, y dos menos ALODIA, no podían vivir todavía solas como hubieran deseado para dedicarse en el retiro á sus piadosas prácticas; y tuvieron que pasar á habitar en compañía de un tío por parte de padre, mahometano como este, y de los más fanáticos por su profeta.

Reinaba á la sazón en Córdoba, y era soberano y señor de todos los moros que residían en España, Aderramen II, enemigo implacable de los cristianos, como hemos manifestado ya al ocuparnos de las vidas de diferentes Santos, el cual expidió un decreto mandando que ninguno que hubiese nacido de padre ó madre mahometanos, pudiese profesar la religión cristiana, condenando á muerte á los contraventores. Así que llegó á noticia del tío de NUNILO y ALODIA el decreto de su rey, ya fuese por acatarlo, ya por su fanático celo en favor del Alcoran, ó ya porque sus sobrinas no murieran en un suplicio y fuesen embargados sus bienes, formó un decidido empeño en persuadirlas de los grandes bienes que las resultaría de renegar de la ley de Jesucristo y aceptar la de Mahoma; pero todas sus gestiones se estrellaron en el invencible muro que oponía á sus pérfidos tiros la celestial virtud de las angelicales doncellas. Viendo, pues, el feroz moro que nada conseguía, y convencido de que por sí solo nada había de lograr, tomó la cruel resolución de delatar á sus sobri-

nas. Presentóse al juez ordinario, llamado Calaf, que residia en Alquezar, y le manifestó cuánto habia trabajado sin fruto para vencer la rebeldía de sus parientas, las cuales de ningún modo querian renegar de Jesucristo. Confiado el juez en su poder y su talento, mandó comparecer á las jóvenes, asegurando á su tio que él las reduciria á aceptar la ley de Mahoma. Así que las tuvo en su presencia trató con dulzura y persuasivas palabras de ganar sus corazones, ofreciéndolas todo lo que puede halagar el orgullo y el deseo en su edad, proponiéndolas casamientos con ilustres y poderosos jóvenes que las harian la vida constantemente feliz y envidiable. Viendo que ninguno de sus deslumbradores ofrecimientos surtia el efecto apetecido, convirtió la dulzura y amabilidad en aspereza y furor, y de las promesas de felicidades y goces mundanos pasó á las más terribles amenazas, presentándolas todo el horror de los tormentos que las haria sufrir si persistian en su terquedad, manifestándolas que por último las mandaria cortar la cabeza. Las santas vírgenes, fortalecidas por la inmaculada Madre del Redentor, é inspiradas por este, contestaron á Calaf: «¿Cómo es, oh presidente, que nos mandas abandonar la piedad y la religion del verdadero Dios, cuyas luces nos han ilustrado y hecho conocer que todas las felicidades de la tierra no son comparables con la fé cristiana, por quien viven los justos, y en cuya virtud los Santos han vencido los reinos, ¿y que no hay cosa más preciosa que Jesucristo, fuera del cual no hay vida verdadera sino muerte sempiterna, con el cual vivir y permanecer es verdadero consuelo, y apartarse de él es perderse para siempre? No te canses, pues, ni pierdas el tiempo en aconsejarnos esta separacion, porque mientras respiremos en esta vida mortal, no nos apartaremos en manera alguna del consorcio de Jesucristo, porque habiéndole consagrado nuestra entereza virginal, y permaneciendo fieles, esperamos ser admitidas algun dia á su inmaculado tálamo. Los bienes transitorios con

que pretendes atraernos los reputamos nada, y solo son dignos de nuestro desprecio, pues hemos conocido con la luz de la religion que son vanas cuantas cosas hay debajo del sol. Los tormentos con que nos amenazas no pueden turbar nuestros ánimos, porque sabemos que solo tienen poder sobre los cuerpos; y la muerte que nos propones por último suplicio para intimidarnos, lejos de temerla, la deseamos y admitimos con grato afecto, como quien cree que por ella hemos de volar sin detencion al cielo y llegarnos á Jesucristo para gozar allí de sus eternos indisolubles abrazos.»

Á pesar del fanatismo y dureza del corazon de Calaf le conmovió la heroicidad de las jóvenes vírgenes, y compadecido de su orfandad en años tan tiernos no quiso llevar por sí á cabo las amenazas, y encargó al tio la conversion de sus sobrinas y que se las volviese á su casa y trabajase para conseguir su ingreso en el mahometanismo. Gozosisimas ambas vírgenes salieron de la presencia del juez dando á Dios las más fervorosas gracias porque las habia fortalecido contra las asechanzas del enemigo de la salvacion de las almas y las habia conservado la luz de gracia suficiente para no caer en tentacion y confesar pública y explícitamente su fé. No tan satisfecho salió el tio, pues la heroica fortaleza de sus sobrinas le habia irritado sobremanera, y cuando esperaba que el juez las castigara, oyó con muy desagradable sorpresa que volvia á encargárselas á él sin haber siquiera precedido algun fuerte castigo corporal que las intimidase. Resolvió poner en ejecucion él cuantos pudiera y le permitian las leyes, y volvió con sus sobrinas á su casa, mirándolas con torvo ceño y con más torva intencion. Pero de nada sirvió esta en la práctica: cuantas molestias, contrariedades, castigos y tormentos empleó, no tuvieron otro resultado que fortalecer la fé en NUNILO y ALODIA y aquilatar los altos grados de su purísimo amor al Redentor del mundo. Irritado cada vez más el orgullo de aquel feroz hombre, en quien la tierna juventud, la

vida modelo de las preciosas niñas, y hasta los vínculos de la sangre no tenían el más pequeño valor ni produjeron la más ligera palpitation de cariño en su corazón, determinó delatarlas de nuevo, pero ante una autoridad más fuerte y enérgica que el juez Calaf. Poniendo en ejecución su malévoló designio, pasó á Huesca, y dirigióse á la morada de Zumahil que ejercia el supremo cargo de prefecto ó vicario de Abderramen, con tantas facultades de este y tan ilimitadas, que en algunas obras le encontramos con el título de rey de Huesca y del dilatado distrito que correspondia á su jurisdiccion. No se engañó en su cálculo el tío de NUNILO y ALODIA, porque Zumahil, montando en cólera al oír la relacion de los hechos y dichos de las Santas, mandó á su tío que las condujese á su presencia, jurando hacer en ellas un ejemplar castigo. Rebosando de bárbara alegría el corazón del feroz sarraceno, fué en busca de sus sobrinas que llevó desde Adahuesca á Huesca, á piés descalzos y maltratándolas horriblemente de obra y de palabra. Pero más y más grande y más envidiable alegría rebosaban los preciosos corazones de las tiernas vírgenes. Los agudos cortes de las peñas que rajaban sus piés, las penetrantes espinas de las malezas del camino que quedaban clavadas en sus puras carnes, la sangre con que regaban las cuestas y repechos por donde las conducia su bárbaro verdugo, y que tenían que vencer arrastrándose por el suelo y ayudándose con las manos, que dejaban parte de la piel entre las piedras; los golpes que recibian de su fiero pariente para que aligerasen el paso, cuando más escabroso era el sitio en que las habia metido; todo era para sus corazones, siempre ansiosos de padecer por Jesucristo, preciosos é incomparables dones de felicidad que enagenaban sus almas de una alegría que en vano intentaríamos pintar. No podríamos hacerla bastante comprensible á los mortales, porque la alegría de los Santos por padecer por Jesus, solo pueden comprenderla en toda su extension Jesus y los Santos.

Con el mismo valor, firmeza y heroísmo con que confesaron la fé NUNILO y ALODIA en el tribunal de Calaf, ratificaron sus palabras delante de Zumahil, quien dispuso que fueran conducidas á la cárcel, y allí atormentadas hasta que renegasen de Jesucristo y aceptasen la ley del profeta Mahoma. Cuarenta dias permanecieron en la prision sufriendo toda clase de privaciones y pesadumbres, y diferentes tormentos, siempre felices y contentas, y dando al Señor las más rendidas gracias por los trabajos que las mandaba y la fortaleza con que las favorecia para resistirlos todos por su amor. No todo el tiempo lo pasaron juntas: al cabo de algunos dias de presas las separaron, tanto para ver si la soledad y aislamiento las acobardaba como para tratar de engañarlas, pues uno de los artificios de que se valieron para combatir su constancia fué, estando separadas, decir á cada una de ellas que ya su hermana habia renegado de Jesucristo y abrazado el mahometanismo; artificio que ningun efecto produjo, pues se conocian bastante las santas hermanas para poder creer la una de la otra apostasia ni la menor traicion á la fé en el Salvador del mundo.

Los expresados cuarenta dias se emplearon en estas y otras pruebas. «Dos noches antes de su glorioso martirio, estando SANTA ALODIA en oracion, fué vista de la hija del huésped rodeada de una luz maravillosa: dijolo á su padre; pero este, obstinado en sus errores,—déjala, respondió, que el demonio que la tiene engañada habla con ella.—Á la mañana siguiente pidió ALODIA que la trajesen á su hermana, y el huésped, viendo que se perdía el tiempo en la separacion, y moviéndolo el Señor, condescendió con la súplica. Abrazáronse las dos hermanas con indecible gozo, derramando muchas lágrimas de alegría por verse juntas despues de tan larga ausencia, y dándose ósculo de paz preguntó NUNILO:—*Hermana mia, ¿estás firme en la fé que hemos prometido á Jesucristo?*—*No dudes, hermana,* respondió ALODIA,

que yo creo firmemente en Jesucristo nuestro esposo, y que en vida y en muerte seguiré tus ejemplos: ayunemos hoy y perseveremos en oracion, porque mañana hemos de morir. Ayunaron, en efecto, la vispera de su martirio, y pasaron la noche en oracion, ofreciéndose víctimas á su divino esposo y pidiendo fortaleza para morir por su amor.

»El dia siguiente fueron presentadas á Zumahil, quien probó de nuevo su constancia con halagos y promesas.—*Aunque nos prometieses más*, respondieron las santas vírgenes, *lo reputariamos estiércol en comparacion de Jesucristo y de sus riquezas celestiales.*—*Pues yo os haré morir*, añadió el juez, *si no me obedecéis.*—*Haz lo que gustes*, le dijeron, *que nosotras estamos dispuestas á dar la vida por la fé que profesamos.* Hallóse presente á esto un sacerdote apóstata de nuestra fé, á quien encargó el prefecto la perversion de las Santas, y llamándolas aparte el mal sacerdote,—*Yo*, les dijo, *fuí cristiano como vosotras, y ahora para poder vivir en paz digo que soy mahometano; decid vosotras lo mismo, que con esto os librareis de la muerte, y despues podreis vivir entre los cristianos como mejor os parezca.* Preguntáronle las santas vírgenes si habian de morir algun dia, y como respondiese que la muerte era inevitable, atendida la condicion de nuestra naturaleza,—*Mejor es, pues*, replicaron las Santas, *morir ahora por Jesucristo para vivir eternamente en la gloria, que no vivir algunos años en este mundo y pádecen muerte eterna en el infierno.*

»Desconfiado el apóstata de poderlas pervertir, dió cuenta al prefecto, quien las mandó llevar al cadalso. Estando á punto de ser degolladas, dijo NUNILO á su hermana menor:—*Mira, hermana, que no hagas otra cosa que lo que me vieres hacer: á lo que respondió ALODIA:—No dudes, hermana mia, que haré lo mismo que tú hicieres.* Dicho esto compuso SANTA NUNILO sus cabellos con gran despejo y alegría de rostro, ligándolos bien á la cabeza para que no sirviesen de estorbo, y ofreciendo su garganta al verdugo, le dijo:—*Hiere con pres-*

teza. Descargó el golpe sobre la cerviz, mas no recta, sino oblicuamente hácia la mandíbula, por lo cual no le cortó del todo la cabeza. Cayó la santa virgen con las ansias de la muerte, y como se descubriesen algun tanto los piés, corrió SANTA ALODIA sin la menor turbacion á cubrirlos. Este suceso asombró á todos los espectadores, por ver el recato y honestidad de la Santa, y que miraba sin horror y con ojos serenos un espectáculo tan espantoso. Los cristianos recibieron grande alegría, y los infieles se consumian de tristeza, como dice el códice de Cardeña: *Fideles gaudebant, infideles tabescebant.*

»Disponiase el verdugo para cortar la cabeza de SANTA ALODIA, cuando le dijo el prefecto:—*Espera un poco, no hieras;* y dirigiéndose á la Santa la habló así:—*¿Qué te aprovechará el morir? Abraza nuestra secta y vivirás entre nosotros con honor.* La santa virgen, aunque amenazada del cuchillo ya ensangrentado, respondió con toda resolucion:—*No consentiré en lo que me propones en manera alguna;* y volviéndose al verdugo, *hiere pronto,* le dijo, *para que no vaya sola.* Y levantando los ojos vió el alma de su hermana que volaba al cielo en figura de paloma, rodeada de ángeles, y la dijo:—*Espera, hermana mia, espera un poco.* Dicho esto ligó sus vestiduras con unas cintas cerca de los piés, para que no se descubriesen al caer muerta, limpió el rostro con sus cabellos, se puso de rodillas sobre el cuerpo de su hermana, digno altar de tan pura víctima, y del Cordero sin mancha á quien se inmolaba, y ofreciendo su garganta al cuchillo, la cortó de un golpe el verdugo. Así consumaron su glorioso martirio las dos santas hermanas, triunfando del tirano y de la muerte en un dia y á una misma hora.

»Respecto al dia y al año hay alguna variedad, aunque leve. San Eulogio, á quien sigue el Martirologio romano, dice que fué su martirio á 22 de Octubre; el códice de Cardeña afirma que sucedió el jueves á 21 del mismo mes, y en este

dia lo traen los breviarios antiguos y modernos de Huesca, Lérida, Pamplona y Leyre, y el antiguo de Toledo.

»San Eulogio afirma que padecieron en el año 851; pero Morales, Garibay y el P. Moret defienden que fué antes del año 842, fundados en un privilegio que el rey D. Íñigo Arista y Guillesindo, obispo de Pamplona, concedieron al monasterio de Leyre á 18 de Abril del año 842, en el mismo dia en que llegaron á dicho monasterio los cuerpos de las santas vírgenes y mártires NUNILO y ALODIA, y en presencia del pueblo que habia concurrido á celebrar la traslacion y recibimiento de los cuerpos de las Santas.

»Estos quedaron expuestos en el lugar del suplicio para que fuesen comidos de los perros; pero por divina virtud no se atrevieron á tocarlos, ni aun á lamer su sangre, ni las moscas á pararse sobre ellos. Irritado el tirano con este prodigio mandó que atados de los piés los llevasen arrastrando al lugar de las Horcas, que está un tiro de bala de la ciudad, á la parte oriental, donde se exponian los cadáveres de los ajusticiados para que los devorasen las fieras. Mas el Señor, que tiene prometido á sus siervos que no perecerá un cabello de su cabeza, dispuso en honor de las santas vírgenes, que viniendo dos buitres los defendiesen de las otras aves y fieras. Los cristianos consiguieron con dádivas licencia del prefecto para sepultar los sagrados cuerpos en aquel lugar, y Dios comenzó desde luego á manifestar la gloria de sus almas, haciendo descender sobre el sepulcro, por las noches, una luz celestial, de que fueron testigos oculares, no solo los cristianos, mas tambien los infieles y el mismo Zumahil. Supo este que los cristianos intentaban mudar los cuerpos de las Santas á otra parte, y por esto y por borrar su memoria, los hizo traer á la ciudad, y arrojarlos secretamente á un pozo, y sobre ellos gran cantidad de piedras y tierra; como si la providencia del Señor no pudiese manifestar el tesoro escondido en aquel lugar, como lo hizo haciendo aparecer allí

las luces prodigiosas, y obrando por intercesion de las Santas los milagros que dice San Eulogio, favoreciendo con ellos no solo á los cristianos, mas tambien á los infieles, segun lo afirma el Cardenal Baronio.

»El rey D. Íñigo Arista tuvo por mujer á doña Oneca, Neca ó Íñiga, señora muy devota y virtuosa, la cual se retiró al monasterio de Leyre, en la cuaresma del año 842, para vacar de espacio á la oracion y ejercicios de piedad. Leyó allí el glorioso martirio que acababan de padecer las ilustres vírgenes NUNILO y ALODIA, y los grandes milagros que obra-ba Dios en honor de sus Santas. Esta lectura inflamó su co-razon en fervorosos deseos de redimir los sagrados cuerpos del cautiverio de los moros, y llevarlos á su tierra donde fue-sen reverenciados; pero afligiala sobremanera no saber con certeza el lugar fijo en que estaban; porque la mudanza del sepulcro, el rumor esparcido de que los cristianos intentaban robar los sagrados cuerpos, y el cuidado de los infieles en ocultarlos, ocasionaron variedad en las primeras noticias. Comunicó el negocio con Fortuño, abad del monasterio, ro-gándole encarecidamente que él y toda su comunidad ora-sen á Dios con instancia para que dirigiese tan santa empre-sa, y les inspirase los medios más eficaces y oportunos para el buen suceso.

»Vivia á la sazón cerca del monasterio un cristiano muy devoto, llamado Auriato, el cual, durmiendo una noche, oyó una voz del cielo que le decia: *Auriato, corre con presteza á la ciudad de Huesca, que allí, guiándote la divina gracia, hallarás los cuerpos de las Santas NUNILO y ALODIA escondidos en una profunda hoya.* Despertó Auriato á los ecos de la voz celestial, y pasando á Leyre comunicó el caso al abad Fortuño, y este á la reina, los que, persuadidos de que el aviso era de Dios que queria honrar á sus Santas, acordaron que Auriato, disfrazado de mercader, fuese con algunos criados prácticos á la ciudad de Huesca, bien provisto de mercaderias para el

disimulo, y de instrucciones para saber de los cristianos el lugar del sepulcro y tratar con ellos del modo de redimir las sagradas reliquias. Luego que Auriato llegó á Huesca, comenzó á tratar en público con los infieles del despacho de sus géneros, y á negociar en secreto con los cristianos sobre el modo de hallar y conseguir el tesoro escondido de los santos cuerpos. Informado ya del pozo en que estaban sepultados, juntó algunos de los cristianos más esforzados, y una noche que pareció á propósito, despues de implorar el auxilio de Dios y de las Santas, comenzaron la excavacion. Á los primeros golpes sintieron una fragancia celestial que les aseguró de que existian allí los cuerpos y que Dios favorecia sus designios. Confortados con la fragancia milagrosa, trabajaron briosamente hasta pegar con los sagrados cuerpos, los que hallaron íntegros, frescos y sin corrupcion alguna.

»Rico Auriato con tan precioso hallazgo, agradeció á los cristianos sus trabajos y buenos oficios, y sin más detencion dió la vuelta á Leyre, que solo dista media legua del reino de Aragon, y diez y ocho de la ciudad de Huesca, y parte del camino era tierra de cristianos. Anticipó Auriato á la reina un expreso con la noticia del feliz suceso, y así pudo prevenirse para el recibimiento de los sagrados cuerpos, que llegaron á Leyre el dia 18 de Abril del año 842, hallándose presentes el rey y la reina con su corte, Quillesindo, Obispo de Pamplona, y numeroso pueblo. En el mismo dia concedió el rey D. Íñigo al citado monasterio, en honor y para culto de las Santas Virgenes NUNILO y ALODIA, los lugares de Esa y Benasa, y el obispado parte de sus rentas, colocando la escritura sobre el altar en que estaban los sagrados cuerpos, y despues en manos del abad Fortuño.»

El derecho á la propiedad de las reliquias de estas Santas Virgenes, ha producido infinitas gestiones y actuaciones por parte de la villa de Adahuesca que le alegaba como patria de las mártires, y el monasterio de Leyre, que queria hacerle

valer por haber sido el primer lugar sagrado á que fueron conducidas con autorizacion, beneplácito y contento de los reyes y del prelado de la diócesi. Tanto los vecinos de Adahuesca como los monjes de Leyre han interesado en su favor para conseguir sus deseos en diferentes épocas á los más altos personajes del clero y la grandeza de España, y hasta algunos reyes tomaron parte en el asunto. Las dimensiones de nuestra obra no nos permiten dar puntual noticia de ello ni de los infinitos milagros que Dios obró por intercesion de las Santas Virgenes, abogados especiales contra las mordeduras de animales rabiosos.

Los cuerpos de las Santas estuvieron integros en el monasterio de Leyre hasta el dia 30 de agosto del año 1672, en un armario del altar mayor, al lado del Evangelio, dentro de una caja de marfil, en la que hay labrada por toda ella una cacería, y al rededor una inscripcion árabe alusiva al mismo objeto: en el citado dia 30 de agosto, con gran solemnidad y brillante concurso, abrió la caja el abad de Leyre D. Roberto Diez de Ulzurrun y extrajo dos canillas de las piernas, tibias, una de SANTA NUNILO, que tiene de longitud poco más de una tercia de vara, y otra de SANTA ALO DIA, pulgada y media menor que aquella, y una punta de costillas, lo cual colocó en un cofre guarnecido de tela de oro, que para este objeto habian llevado los representantes de Adahuesca, á quienes fué entregado el cofre por el referido abad despues de haberle cerrado con dos llaves, que tambien entregó, de cuyas entregas dió fé el escribano público y del número de la ciudad de Sangüesa, D. Antonio de Usun. Estas reliquias fueron conducidas con gran pompa á la villa de Adahuesca, á donde llegaron el dia 3 del siguiente setiembre, al anocheecer, y el dia 6 fueron distribuidas, quedando las tibias en la iglesia de las Santas, y la punta de costillas en la parroquial.

Decretada en el año 1821 la extincion de algunos monasterios y entre ellos el de San Salvador de Leyre, reclamó la

villa de Adahuesca los cuerpos de Santa NUNILO y ALODIA que se hallaban en él, y despues de muchas y activas gestiones les fueron concedidos, entrando en Adahuesca con brillante acompañamiento y grandes regocijos y fiestas de los vecinos en la mañana del dia 5 de setiembre, á los 149 años de haber entrado las reliquias que se conservaban en sus dos iglesias. Despues del año de 1823, y decreto de la restauracion de los monasterios, volvieron los santos cuerpos á su primitivo lugar en el monasterio de Leyre, y últimamente, á consecuencia de la completa supresion de las órdenes religiosas, acordada en 1836, pasaron los cuerpos de estas Santas á Sangüesa, en cuya iglesia de Santiago se encuentran actualmente; pero sin que la villa de Adahuesca haya renunciado á volver á tener en su seno los santos cuerpos de sus patronas y paisanas, pues además de las gestiones que siempre practicaron sus religiosos y fieles moradores, elevaron unánime y verbal súplica al Sr. Obispo de Lérida, cuando girando una visita á su diócesi, estuvo en Adahuesca el dia 13 de noviembre de 1861.

DIA 22.

Santa María Salomé, Viuda, *Hebrea*.

DIA 23.

San Juan Capistrano, Confesor, *Napolitano*.

SAN PEDRO PASCUAL, OBISPO Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

Despues que los moros se apoderaron de todas las provincias meridionales de España, esto es, desde el año 713 en que el desgraciado rey D. Rodrigo fué muerto en la batalla que perdió contra los infieles, llamados de África por el conde D. Julian, viéndose reducidos los godos á refugiarse en las montañas de Leon, de Asturias y de Galicia, establecieron los sarracenos su tiránica dominacion en el pais, y

redujeron todos los cristianos á una lamentable servidumbre. Fué cruel la persecucion; pero no fué bastante para sofocar la fé, conservando Dios por más de setecientos años multitud de fieles y generosos siervos, que en medio de tan dura esclavitud supieron mantener toda la libertad y todo el celo de verdaderos hijos de Dios, sacrificando sus bienes y su misma vida á la conservacion del culto divino y al consuelo de sus hermanos cautivos, aliviándolos en sus miserias.

Una familia, entre tantas otras, originaria de Valencia, y tan distinguida por su virtud como por sus muchos bienes de fortuna, descollaba sobre las demás desde largo tiempo habia en estos ejercicios de caridad. Contaba ya en sus ascendientes cinco héroes cristianos que habian derramado su sangre por la religion; y sus descendientes, herederos del celo y de la piedad de sus progenitores, empleaban la mayor parte de sus rentas en mantener el convento del Santo Sepulcro de la ciudad de Valencia. Era su casa el refugio de todos los necesitados, y la hospedería comun de los religiosos que venian á redimir cautivos, particularmente de San Pedro Nolasco, célebre fundador de la Orden de la Merced. Viendo el Santo que sus insignes bienhechores padecian el desconsuelo de no tener hijos, suplicó al Señor con fervorosos ruegos que los diese sucesion, concediéndoles un heredero que lo fuese tambien de su celo y de su piedad. Fueron oidas sus oraciones, y el año de 1227 tuvieron un hijo, á quien pusieron el nombre de Pedro, por devocion al santo fundador.

Mirándole como hijo de oracionés, le dieron una educacion muy correspondiente á los designios de la Providencia sobre aquel vaso de eleccion, y muy propia de un gran fondo de virtud que resplandecia en sus piadosísimos padres. La nobilísima índole y las bellas inclinaciones del niño PEDRO, acreditaron desde luego que el cielo le habia prevenido con las más dulces bendiciones desde su mismo nacimiento. Parecia innata en él la inclinacion á la virtud y la caridad con

los pobres, siendo su mayor diversion repartirles por su misma manecita la limosna que los daban sus padres, y á ella añadía lo que grangeaba su industria, cercenando de todo lo que le daban para jugar, y aun para su propio sustento, sin que en aquella tierna edad fuese jamás posible reducirle á que almorzase en los dias de ayuno. Luego que supo de memoria el Catecismo, no tenia mayor gusto que enseñársele á otros niños de su edad que se juntaban con él; pero particularmente á los niños de los moros, y se refiere un caso muy singular. Habiendo oido contar los malos tratamientos que los moros hacian á los cautivos cristianos, y que algunos de estos habian conseguido la corona del martirio, encendido el niño PEDRO en deseos de ser mártir, instó á los muchachos moriscos que le tratasen como sus padres trataban á los cristianos esclavos; y habiendo suscitado los moros de Valencia una horrible persecucion contra los cristianos, costó gran trabajo tener encerrado dentro de casa al santo niño, por las ansias con que suspiraba por el martirio.

Rescataron sus padres á un virtuoso sacerdote, hombre sábio, y le encargaron así la educacion como los estudios de su hijo. Hizo admirables progresos en tan buena escuela; pero al paso que se iba haciendo más hábil en todo género de ciencias, se hacia tambien más santo. Distribuía todo el tiempo en la oracion y el estudio, de manera que apenas se hablaba de otra cosa entre los cristianos que de la eminente virtud y del extraordinario mérito del angelical mancebo. Por este tiempo deshizo á los moros el rey de Aragon; conquistóles el reino de Valencia, y noticioso de las raras prendas de nuestro Santo, de su santidad y de su celo, le nombró canónigo de la catedral. Empeñado ya en el estado eclesiástico, se dedicó á cumplir exactamente con todas sus obligaciones; se aplicó al estudio con mayor cuidado, y aun pasó á Paris en compañía de su preceptor para perfeccionarse más en la sagrada teologia. Muy en breve se hizo admirar su in-

genio y su virtud; de suerte que apenas se hablaba de otra cosa en la universidad que del jóven español. El Obispo de Paris, enamorado de su santidad y de sus raros talentos, le confirió los sagrados órdenes, y le mandó que predicase el Evangelio en toda la extension de su obispado. Hízolo con aplauso nunca oído, sin que esto le estorbase enseñar tambien en la universidad, donde recibió el grado y la borla de doctor, sin embargo de tener todavía muy pocos años.

Ni los honores que le tributaban en Paris resfriaron en su pecho el caritativo celo por los pobres esclavos cristianos que gemian en España bajo la dominacion de los moros. Habia tiempo que deseaba entrar en la religion de la Merced, redencion de cautivos, fundada recientemente por San Pedro Nolasco, siendo esta vocacion efecto de la tierna devocion que profesaba á la Santísima Virgen, y de la ardiente caridad que le consumia por el rescate de los mismos cautivos. Con este intento se restituyó á España, donde el santo fundador, que con sus oraciones le habia alcanzado del cielo para sus padres, le recibió en la Orden con indecible consuelo, como quien sabia tan bien lo que valia aquel presente con que el Señor la regalaba. Dióle el hábito en Valencia el año 1251, y desde el primer día se admiró en el novicio un perfecto dechado de la religiosa perfeccion. Los superiores nada tuvieron que hacer sino moderar su fervor y poner límites á sus ansiosos deseos de abatimientos, humillaciones y penalidades.

Luego que profesó le emplearon en el ministerio de la predicacion y en enseñar la teología. Desempeñó una y otra ocupacion con la felicidad y con el fruto que en todas le acompañaban; y creciendo cada dia su reputacion, le pidió el rey de Aragon para preceptor de su hijo el infante D. Sancho, que habia abrazado el estado eclesiástico. Era su genio muy opuesto al bullicio de la córte; pero le fué forzoso sacrificarse, y pasar á ella. Desempeñó su nuevo empleo con tanta sa-

tisfaccion del rey, con tanto fruto y con tan feliz suceso, que el infante hizo maravillosos progresos en las ciencias humanas y en la ciencia de los Santos; tanto, que tomó el hábito de la Merced, siendo despues gloria y ornamento de la misma Orden. Con esta resolucion del infante quedó libre nuestro Santo, y tuvo tiempo para ir á hacer una redencion de cautivos cristianos en tierra de moros. Cuando volvió de ella se halló con la novedad de que al infante le habian hecho arzobispo de Toledo, y que este le habia pedido al Papa Urbano IV para obispo auxiliar suyo. Fuéle preciso obedecer al Sumo Pontífice, que le nombró obispo titular de Granada, ciudad que gemia aún bajo el yugo de los moros; sacrificando en obsequio de la obediencia su extrema repugnancia á toda dignidad eclesiástica. Consagróse el año de 1262, y luego se reconoció en él uno de los más dignos sucesores de los apóstoles. Habiéndosele confiado el gobierno del arzobispado de Toledo, dió principio á él por la visita general. No hubo ciudad, villa, pueblo ni aldea que no mudase de semblante por los desvelos de semejante pastor. La disciplina eclesiástica, que no poco se habia relajado, recobró su antiguo lustre, la religion su primitivo fervor, y en toda la diócesi se hicieron visibles los efectos de sus apostólicas excursiones. Dió admirables providencias para la reforma de las costumbres; y como reinaba mucha ignorancia en los eclesiásticos, pero sobre todo en los párrocos, compuso un excelente libro para su instruccion, con lo que en muy breve tiempo se desterraron los abusos más inveterados, á esfuerzos de su vigilancia pastoral; pero habiendo muerto tres años despues el jóven arzobispo de Toledo, quedó nuestro Santo exonerado del gobierno de aquella diócesi.

Luego que se vió descargado de aquel peso, movido del amor á la soledad, se fué á encerrar en un convento de su Orden; y animado de aquel ardiente deseo que tenia de derramar su sangre por la fé de Jesucristo, en cuyas ansias se

abrasaba su corazón desde la edad de siete años, anhelaba por pasar á África. Mientras fomentaba en su alma la esperanza de esta misión, hizo en España y en Portugal otras muchas y mucho más provechosas, fundando, para eternizar el fruto de estas misiones, varios conventos de su religión en Toledo, en Baeza y en Jerez, que son hasta el día de hoy fecundos seminarios de obreros apostólicos. Pero lo que afligía más su celoso corazón era el lamentable estado en que se hallaba su iglesia de Granada bajo la tiránica opresión de los mahometanos. Siendo obispo de ella, se consideraba obligado á exponer su vida por la salud de sus ovejas; en cuya virtud hizo un viaje á dicha ciudad, recogiendo todos los caudales que pudo juntar para el consuelo corporal y espiritual de su rebaño, que gemía oprimido con el peso de la más dura esclavitud. No es posible explicar el infinito bien que hizo en Granada. Visitaba á los pobres cautivos en los más hediondos calabozos; consolábalos en sus trabajos, instruía los y los administraba los Sacramentos, pasando muchas veces con ellos las noches enteras en aquellas inmundas mazmorras; siendo lo más admirable que en ellas mismas convirtió gran número de judíos y de moros. Hasta los mismos infieles no podían dejar de admirar y respetar su virtud.

Precisado por las necesidades de su afligida iglesia, que tocó más de cerca durante su mansión en Granada, hizo un viaje á Roma, donde fué recibido del Papa Nicolao IV con todas las demostraciones de estimación y veneración que se debían á su raro mérito y eminente santidad. Quiso el Pontífice que predicase en las iglesias de San Pedro y de Santa María la Mayor; hizolo nuestro Santo con tanta elocuencia y con tanta unción, que el Papa le nombró por legado suyo, y le envió á predicar la Cruzada en los reinos de España y Francia. En París fué recibido con extraordinarios honores, esmerándose el rey, el clero y el pueblo en darle las mayores pruebas de su respeto y de su veneración. Sus sermones

dieron en Paris el mismo fruto que en todas partes. Movieron y convirtieron á muchos; pero ninguna cosa le hizo tanto honor como el celo y la fuerza con que defendió públicamente el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Predicó con tanta energia, probó con tanta evidencia, persuadió con tanto fruto y con tan universal aplauso, que estando en oracion la noche siguiente se le apareció (á lo que se asegura) la Santísima Virgen, rodeada de una luz resplandeciente, acompañada de inmensa multitud de espíritus celestiales, y habiéndole manifestado cuán grato le habia sido su fervoroso celo, le puso en la cabeza por sus propias soberanas manos una corona de gloria, inundando su alma de aquellos celestiales consuelos, que son como anticipados destellos de la eterna bienaventuranza.

Estando todavía en Francia, fué promovido al obispado de Jaen con aprobacion del Papa. Era á la sazón toda aquella diócesi como un erial inculto, habiendo carecido muchos años de pastor. Halló su celo abundante materia para la labor; pero en poco tiempo correspondió la mies á la fatiga del cultivo. Llegó el año de 1297, en que al santo Obispo le pareció preciso hacer otro viaje á Granada. Por más que le representaron el peligro á que se exponia, todo lo venció el deseo del martirio que siempre habia sido su pasión dominante. No solo trabajó en la redencion de los cautivos, sino que tuvo valor para emprender la conversion de los moros. Calificóse esto por delito de estado. Arrestáronle, encerráronle en un calabozo, y le cargaron de cadenas. Llegó á Jaen la noticia, y al instante le enviaron una gran suma de dinero para su rescate. Recibióla con el mayor agradecimiento; pero en lugar de emplear aquellos caudales en recobrar su libertad, todos los expendió en solicitar la de una gran multitud de pobres cautivos. Compuso en su prision muchos admirables tratados, tan enérgicos como convincentes, para volver al gremio de la Iglesia á los infelices que habian renegado de la fé, y para confirmar

en la religion á los que se mantenian en ella. Durante su prision fué admirablemente consolado con muchas gracias extraordinarias. Apareciósele el mismo Jesucristo más de una vez, y sobre todas en cierta ocasion, en que se le dejó ver bajo la figura y el traje de un niño cautivo. Por más que le prohibian escribir contra la impia secta de Mahoma, y aunque le encerraron más y más estrechamente, nunca se dejaron esclavizar su caridad ni su celo. Compuso una excelente obra contra las extravagancias del Alcorán, y otra segunda contra las impiedades de aquella monstruosa secta. Sin embargo de ser muy oscuro el calabozo donde le tenian encerrado, le iluminaba continuamente dia y noche un resplandor celestial. De esta maravilla fueron testigos, no solo los guardas, sino el mismo príncipe moro, que asombrado de ella le puso en libertad, pero con rigoroso precepto de no hablar palabra contra la secta de Mahoma. Pero no pudo enmudecer el celo de nuestro Santo; predicó y confundió á los morabitos, convirtiendo á muchos infieles. Incitado y amotinado el poblacho por los doctores del Alcorán, acudió tumultuariamente al palacio del rey, pidiendo la cabeza del santo misionero. El príncipe, aunque bárbaro, estimaba al Santo; pero temiendo una sedicion, le mandó prender al instante, y le sentenció á que le cortasen la cabeza. Notificáronle aquella noche la sentencia, y él la pasó toda en disponerse para el sacrificio, que habia de colmar el lleno de sus deseos. Sin embargo, se suspendió por algunos breves momentos su alegría. Acometióle de repente un vivo sobresalto, y cierta especie de terror que le abatió el corazon, pero muy luego volvió á su antiguo espíritu con una celestial vision que le llenó de consuelo. Apareciósele Jesucristo pendiente de la cruz, en medio de un brillante resplandor, y le dijo estas palabras: *PEDRO, no te asustes porque la naturaleza haga su oficio. Yo mismo estuve triste hasta la muerte la noche antes de mi pasion, y por tu amor padecí aquella amarga agonía.* Con estas palabras cesaron al punto los

temores de nuestro Santo, sucediendo á la tristeza el valor y la alegría. Al amanecer celebró el santo sacrificio de la Misa con tanto fervor, que acreditaba bien lo abrasado que estaba aquel corazon en el divino fuego, que tan en breve habia de consumir la amorosa víctima. Apenas se habia prostrado en tierra para dar humildes gracias, cuando entraron los bárbaros llenos de furor, y le cortaron la cabeza á un golpe de cimitarra. Así consumó su sacrificio este gran Santo, consiguiendo la corona del martirio el dia 6 de enero del año 1300, á los setenta y tres de su edad. Estaban muy determinados los moros á reducir á cenizas su cuerpo, sus vestiduras pontificales, y todas las alhajas que habian servido á su uso; pero apoderándose de su corazon un repentino terror, dejaron entera libertad á los cristianos para llevar el santo cadáver, y darle sepultura en una montaña cerca de Mace-moro. Tardó poco el cielo en vengar aquella muerte con todo género de calamidades que llovieron sobre la infeliz ciudad de Granada, pero especialmente sobre la familia del príncipe turco, el cual pereció miserablemente, confesando que el Obispo de Jaen le castigaba aún en esta vida.

Con el tiempo fué trasladado el santo cuerpo á la ciudad de Baeza, donde continúa Dios en honrar las sagradas reliquias con gran número de milagros. Porque la muerte del Santo Mártir sucedió el dia 6 de enero, en que se celebra la fiesta de la Epifanía, el Papa Clemente X fijó la de SAN PEDRO PASCUAL al dia 24 de Octubre, en que se hizo la traslacion de sus reliquias.

SAN SERVANDO Y SAN GERMAN, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Estos gloriosos mártires fueron hijos de San Marcelo Centurion y de su mujer Santa Nonia ó Nona, de quienes ya dejamos noticias consignadas en su dia 28 de setiembre, página 323 y siguientes. Nada sabemos de los primeros años de su vida, mas por lo que de la de sus padres nos dice la histo-

ria, es de presumir que fuesen cristianos desde su infancia, y educados con arreglo á la doctrina de Jesucristo, que con tanta fé y constancia siguieron hasta la muerte sus santos padres. Tambien es presumible que siguieron como su padre la carrera de las armas: así lo sientan algunos escritores, pero no se sabe de una manera debidamente justificada. En lo que todos los historiadores de estos Santos están conformes, es en su esclarecida virtud, pues todavía muy jóvenes nos los presenta la historia á fines del siglo III como modelos de santidad, y hacian, dice, diversos milagros, conjurando á los endemoniados en el nombre de Jesucristo, lanzando de sus cuerpos los demonios, y dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oido á los sordos, y el uso de los miembros á los que por cualquiera enfermedad los tenian embargados. Y continúa:

Por aquel tiempo, que segun lo conjeturamos prudente, fué en fin de la persecucion de Aureliano, padecieron varios españoles las terribles consecuencias de confesar libremente el nombre de Jesucristo entre las gentes que le aborrecian y tenian en sus manos el poder. Como SERVANDO y GERMAN resplandecian entre los demás cristianos por la santidad de sus costumbres, y por los frecuentes milagros con que Dios los hacia maravillosos, llamaron fácilmente hacia sí las atenciones del juez imperial. Mandó ponerlos presos, y pidiéndoles razon de su profesion y de su conducta, confesaron con valor que adoraban á un solo y verdadero Dios y á su hijo Jesucristo, el cual, por redimir al mundo de la servidumbre del pecado, se habia hecho hombre, y habia muerto en una cruz: que abominaban con todo su corazon á los ídolos, que no eran otra cosa que obras de hombres, sin poder ni actividad para cosas algunas, sino para mantener á sus necios adoradores en una ceguedad desventurada. Esta respuesta irritó la cólera del juez, y creyendo que podria hacerlos mudar por medio de tormentos, dió orden de que se

les aplicasen los más crueles. Cooperó á esto tambien el reconocer en ellos más adhesion á la religion que profesaban, y que los demás cristianos los reconocian por superiores. Ejecutóse el decreto, mas no se sabe determinadamente qué clases de tormentos les aplicaron; se infiere de algunas palabras de sus actas, que fueron colocados en el ecúleo donde los descoyuntaron los miembros. Este tormento seria suficiente para privar de la vida al hombre más robusto; pero Dios, que se complacia en ver pelear á sus esforzados confesores, se la conservó milagrosamente para que ensalzasen su nombre con mayores victorias.

Sin embargo, el inicuo juez no desconfiaba por su parte de poder triunfar de su constancia; y así los mandó volver á la cárcel, cargados de grillos y cadenas, y atormentados con hambre y sed. Nada bastó para contrastar la heróico valor de los siervos de Jesucristo. Los tormentos, la hambre, la sed y el horror del calabozo, no sirvieron de otra cosa que de hacer mayor su victoria y más vergonzoso el empeño del tirano. Cuando los Santos estaban en la cárcel cesó la persecucion, fuese esto por mandado del emperador, ó porque en aquella ciudad sucedió otro pretor de menos crueldad, ó de más indiferencia respecto de los decretos imperiales; pero el Señor les preparaba la corona de un martirio que les habia de ser de mayor gloria. Dada la libertad á cuantos penaban en las cárceles por motivo de religion, salieron libres SERVANDO y GERMAN, más atormentados que los demás; pero tambien con nuevo valor y esfuerzo, no solamente para combatir ellos por sí mismos todas las astucias del infierno, sino tambien para confirmar á los demás en la santa religion que profesaban. Ningun aprecio les merecia su propia conveniencia, y solo estimaban la vida temporal para poder hacer de ellas sacrificio á Dios, por el cual les galardonase con la vida eterna.

Á este efecto practicaban cuantas diligencias podia dictar

la caridad cristiana más activa y el celo más decidido. Recorrian todos los barrios de la ciudad, y no contentos con predicar patéticos discursos contra la vanidad de los dioses gentiles y de la debilidad de sus fuerzas, persuadiéndoles cuánta necesidad era colocar en ellos sus esperanzas, llevaban á mayores empresas sus designios. Persuadian á los mismos gentiles á arruinar los templos y aras de los dioses, y á destruir enteramente aquellos lugares que tenian en los bosques, en los que ejercitaban su supersticion. El fin de unas obras tan grandes, y al mismo tiempo tan atrevidas, era arruinar por una parte los sitios en que se alimentaba el error, y por otra abrir los ojos á aquellos miserables, trasladándolos del error á la verdad, de la muerte á la vida, y de unas funestas tinieblas á la clarísima luz de Jesucristo. Los efectos correspondieron á la actividad y eficacia de la causa, y al sublime fin que daba á los Santos valor para acciones tan arriesgadas. Fueron innumerables los que comenzaron á aborrecer con toda su alma los ritos y ceremonias profanas con que los sacerdotes sacrificaban á sus deidades. Despreciaron tambien estas por haber visto que SERVANDO y GERMAN las tiraban contra el suelo y destrozaban, y ni se habian quejado, ni habian hecho venganza alguna contra los siervos de Jesucristo; de esta manera se aumentaba prodigiosamente el número de creyentes, pues de todas partes acudian á la Iglesia de Dios, confesaban á Jesucristo, y pedian la expiacion de sus pecados.

Á esta sazón ya el comun enemigo habia movido cruelísima persecucion contra los cristianos, que segun se puede conjeturar, fué la de Diocleciano. Habia en Mérida un vicario imperial llamado Viador, el cual tenia el cargo de hacer la pesquisa de los que adoraban el nombre de Jesucristo, y de procurar retraerlos ó de exterminarlos con los suplicios más horrorosos. Llegó este á saber fácilmente cómo SERVANDO y GERMAN habian estado antes presos y atormentados por

seguir la religion prohibida por decretos imperiales; que habiendo sido echados de la cárcel, lejos de corregirse con el castigo, habian seducido á infinitos gentiles, y habia llegado su temeridad hasta profanar y derribar los templos de los dioses, y hacer pedazos los ídolos: semejantes acusaciones encendieron en ira al juez, quien mandó inmediatamente que se les pusiese de nuevo en prision, para que ofreciesen incienso á los dioses, ó perdiesen las vidas con los más duros tormentos. Cumplióse el decreto del presidente, y habiéndolos puesto presos, volvieron á lacerar sus cuerpos con los mismos tormentos que anteriormente. Los ponen en el ecúleo, escarnifican sus miembros con uñas de hierro, y corren los arroyos de sangre; pero los Santos se manifiestan inflexibles en su primer propósito, no menos constantes en la confesion de la fé, que lo estaban los crueles ministros en atormentar sus cuerpos. Dióse noticia de esto al juez, el cual concibió una rabiosa furia contra los gloriosos mártires, y falto de consejo no sabia de qué modo satisfacerla. Por una parte quisiera ejecutar en ellos el extremo de su severidad, exterminando una vida que le era tan enojosa; pero por otra parte, contemplaba que estando los Santos muertos no podrian servir de objeto á su furor, ni cebar en ellos su encono. Con tan refinada crueldad discurre una furia infernal cuando el diablo llega á cegarla y á sugerir artificios para su mayor encarnizamiento.

Prevaleció en el juez aquel pensamiento que denotaba mayor perversidad en su alma, y crueldad la más parecida á la de los espíritus infernales. Persuadido de que una de las circunstancias que hacen más terrible un tormento es la de su lentitud y duracion, adoptó el partido de reservar á los Santos para nuevas penas, y de este modo saciar en ellos su cólera y dar un ejemplo á los demás fieles que les hiciese temer. Mandó, pues, que les echasen argollas de hierro al cuello, y que atasen con esposas sus manos, y de este modo

los metiesen en un oscuro y fétido calabozo, en donde estuviesen dispuestos para nuevas penalidades. Entre tanto tuvo Viador necesidad de pasar desde Mérida á la Mauritania Tingitana, que pertenecía entonces al gobierno civil de España; y queriendo que el martirio de SERVANDO y GERMAN aterrase á los demás cristianos, mandó que atados con cadenas de hierro los llevasen detrás de él por el camino. Esta pena, que el mismo Satanás habia sugerido al tirano para quebrantar, si fuese posible, la firme constancia de los soldados de Jesucristo, no solamente se convirtió en afrenta del mismo tirano, sino en mayor gloria de los mártires y en gran provecho de la Iglesia. No eran solos SERVANDO y GERMAN los que padecian por la fé de Jesucristo; padecian como ellos los trabajos de aquella prision, el peso de las cadenas, el horror de los calabozos, la aspereza de los caminos, la impiedad de los soldados imperiales, el hambre, sed y cansancio, otros muchos á quien el inicuo tirano habia mandado llevar atados con cadenas para alimento de su furia infernal. Estos se lamentaban de su suerte, y estaban poseidos de tristeza, viéndose en penas tan amargas; por el contrario, SERVANDO y GERMAN tenian henchidos sus pechos de aquella inefable alegría que derrama el Espíritu Santo en los que con firmeza de fé confiesan á Jesucristo. Entretanto llegó el presidente á la jurisdiccion de Cádiz, y habiendo visto que todos los tormentos é incomodidades que habian pasado en el camino no habian producido otro efecto que hacer más notoria su constancia, los mandó degollar. Sacáronlos á un collado cercano á Cádiz, llamado Ursoniano, y habiendo llegado al sitio del sacrificio, se pusieron de rodillas SERVANDO y GERMAN, y con voz sumisa hicieron oracion á Dios, pidiéndole se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Dieron el golpe los verdugos con que fueron cortadas sus sagradas cabezas, y sus almas volaron al cielo á recibir las coronas debidas á tan glorioso martirio. Los cristianos, cuidadosos de que no pere-

ciesen tan preciosas reliquias, procuraron haberlos á las manos, y sepultarlos en lugares honoríficos. Segun el misal y breviario de San Isidoro, el cuerpo de SAN SERVANDO fué enterrado en Cádiz y el de SAN GERMAN llevado á Mérida, en donde con el tiempo fué colocado al lado del de Santa Eulalia y otros muchos mártires cuyos restos posee aquella ciudad. No se sabe en qué año fué trasladado el cuerpo de SAN SERVANDO, pero lo cierto es que lo fué á Sevilla y colocado entre Santa Justa y Rufina. Aunque es creible que inmediatamente despues de su pasion fuesen venerados por Santos, no consta de su culto público hasta el tiempo de los godos, en que se propagó por todas las provincias sujetas á su dominio. La ciudad de Sevilla los venera con gran devocion, por poseer el cuerpo de SAN SERVANDO, y una grande reliquia de SAN GERMAN su compañero. Mérida los celebra y tiene por sus abogados y patronos; y en el año de 1619 hizo Cádiz igual demostracion de gratitud, recibiendo los por patronos, y obligándose á guardar su festividad como dia de precepto, en memoria de haber sido regada su tierra con su preciosa sangre.

DIA 24.

San Rafael Arcángel.

DIA 25.

San Crisanto, de *Aleandria*; Santa Maria, San Crispin y San Crispiniano, Mártires, *Romanos*, y la Dedicacion de la Santa Iglesia catedral de Toledo.

SAN FRUTOS, CONFESOR, PATRON DE SEGOVIA, Y SUS HERMANOS SAN VALENTIN Y SANTA ENGRACIA, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Pocos años antes de la invasion de los sarracenos, nació en España SAN FRUTOS para servir de consuelo á los atribulados cristianos, víctimas por todas partes de la feroz saña

de los agarenos. Las horribles calamidades, las turbulencias y perpétuo desasosiego de aquellos tiempos, han sido indudablemente la causa de que las memorias de tan esclarecido español hayan llegado á nosotros tan oscuras y concisas, que apenas se sabe de él otra cosa que lo poco consignado en algunos manuscritos de la iglesia de Segovia, segun los cuales, la vida se reduce á lo siguiente:

«Nació SAN FRUTOS en Segovia, ciudad de tan antiguo origen, que no ha podido la curiosidad de los más laboriosos anticuarios averiguar sus principios. La época del nacimiento, atendido el año en que murió y á tener entonces setenta y tres de edad, debe fijarse en el de 642, primero del reinado de Chindasvinto, y á la sazón que en la provincia cartaginesa presidia Eugenio II, metropolitano de Toledo. No se sabe el nombre de sus venturosos padres; pero de las costumbres de sus hijos se deduce que eran cristianos virtuosos, pues difícilmente pudiera verificarse en tiempos tan corrompidos que tres hermanos tuviesen á un mismo tiempo el pensamiento santo de abandonar el mundo, si en su crianza no les hubiesen inspirado sus padres un profundo desprecio de las cosas temporales. Por conjetura sabemos que fueron gente bien abastecida de bienes de fortuna, y que dejando tres hijos en una edad bastante adulta, pagaron el comun tributo de la naturaleza. Los otros dos hermanos de SAN FRUTOS se llamaban VALENTIN y ENGRACIA, y todos tres vivian en Segovia, ejercitándose en obras de caridad y en cuanto prescribe el Evangelio. Era el tiempo en que, concertados mutuamente el pueblo y los soberanos de España, habían echado el sello á la última abominacion. Toda la gente estaba entregada á la corrupcion de sus pasiones: la principal ocupacion de los españoles en aquel tiempo desdichado, era el desórden y los delitos: las leyes, sin vigor y sin respeto, yacian despreciadas. Hasta los eclesiásticos, olvidados de su profesion, y de que Dios ha puesto en sus manos las almas de los

demás hombres, para que los enseñen con su doctrina, y los edifiquen con su ejemplo, habian prostituido todas sus obligaciones y la santidad del sacerdocio, provocando las iras del cielo hácia la manchada tierra que los sostenia.

»FRUTOS lloraba incesantemente en compañía de sus hermanos los delitos públicos. Cuanto era de su parte procuraba recompensar con santas obras los innumerables males en que estaba sumergida la ciudad y toda la provincia. Pero como siempre son contrarias las tinieblas y la luz, ni puede sufrir Satanás que se le interrumpa la dominacion cuando llega á tiranizar un miserable reino, padecian los tres santos hermanos grandes contradicciones. El mundo, siempre enemigo de los siervos de Jesucristo, los perseguia cruelmente, y no podia sufrir unas obras que mudamente le argüian de todas sus iniquidades.

»FRUTOS, como era el mayor de sus hermanos, les propuso el medio de servir á Dios con la mayor tranquilidad, burlándose al mismo tiempo de cuantos enemigos habian declarado guerra á su virtud. Representóles que los bienes que poseian, aunque despreciables en su estimacion, eran, sin embargo, unas cadenas que los tenian atados, precisándolos á residir en Segovia, viviendo entre los peligros de tantas abominaciones. Que era preciso romper de una vez estas cadenas, poniendo por obra la máxima del Evangelio que aconseja que se vendan los bienes temporales, se reparta á los pobres el precio, y libre de ellos se siga á Jesucristo. Esta propuesta logró la aceptacion de VALENTIN y ENGRACIA, quienes, como FRUTOS, no tenian otro interés en este mundo que el de su salvacion, y el procurarla por todos los medios posibles. Pero no habian tratado qué sitio deberian escoger para su residencia despues de vendidas sus haciendas y abandonada la ciudad. Propuesta esta duda, y reflexionados por nuestro Santo los innumerables escollos que habia en toda poblacion, y la dificultad de evitarlos en el estado actual de las

cosas, resolvieron irse á un lugar desierto á hacer vida eremítica, y acabar el resto de sus dias en compañía de las fieras, menos temibles á la sazón que los hombres. Establecida esta resolución, vendieron todos sus bienes, repartieron el producto entre los pobres, y desembarazados de su peso, quedaron más expeditos para emprender el áspero y empinado camino que conduce á la region de la verdadera vida.

»Saliéronse de Segovia, y caminando á pié hácia la parte del Norte, anduvieron como unas diez leguas, encaminándose siempre á un asperísimo desierto, que está á orillas del rio Duraton. Cerca de este sitio se edificó despues un convento de religiosos franciscos, con la advocacion de Nuestra Señora de la Hoz, tomando este nombre de una vuelta que hace el rio, con la cual forma la figura de aquel instrumento. Á poca distancia comienza el terreno á cubrirse de tanta aspereza, lleno todo de peñas altísimas y quebradas, que el solo aspecto causaba terror al más alentado. Conforme se iba presentando á los ojos de los tres santos hermanos tanta escabrosidad y horror, iba tambien logrando este desierto una interior aceptacion y aprecio dentro de sus corazones. Marcaron aquel sitio por acomodado á sus ideas, y le destinaron para teatro de la vida celestial que habian determinado emprender. Siendo preciso separarse, porque ENGRACIA, aunque hermana de los dos Santos, era al fin mujer, y de consiguiente poco á propósito para hacer unidos la vida eremítica, eligieron lugares separados en donde fabricar sus pobres ermitas, que les sirviesen de habitacion y de oratorio. Á ENGRACIA la dispusieron la suya en sitio menos áspero, donde el risco comenzaba á levantarse. No lejos de allí, á un lado de la de ENGRACIA, construyó la suya VALENTIN, y FRUTOS, como más esforzado que sus hermanos, subió á la cumbre de la montaña, y eligió para sí el sitio de más elevacion, de más horror y de más aspereza. Esta es la distribucion que señala Colmenares, quien afirma que en aquellas alturas se conser-

va una fuente que las gentes comarcanas llaman de SAN FRUTOS, persuadidas de que el Santo la hizo brotar por especial virtud del cielo.

»Del fervor que les hizo abandonar su casa, vender su patrimonio y distribuirlo á los pobres é irse á un desierto tan espantoso, se deja inferir cuál sería el tenor de vida que emprenderian. La sola vista de aquellas fragosidades anuncia la penitencia, aspereza y mortificacion en que vivian. Su ayuno era continuo, sin permitirse otro alimento que las yerbas silvestres que producian aquellas breñas, ni otra bebida que el agua de los arroyos, que frecuentemente se mezclaba con sus lágrimas. Su lecho era el duro suelo, y de almohada servian las piedras. Á estas mortificaciones añadian las del cilicio y disciplina; y cuando el sueño debía reparar las debilitadas fuerzas con algun alivio, entonces los Santos se mantenian en vigilia, enviando suspiros al cielo, no solamente por sus propios pecados, sino por los de todo el mundo. Fija su vista en los desórdenes que oprimian á España, derramaban abundantes lágrimas, pidiendo al Señor la mirase con ojos de misericordia y no permitiese que una region predilecta, que habia merecido desde el principio sus paternales cuidados, las distinciones de su Madre Santísima y la predicacion de sus apóstoles, fuese finalmente sumergida en el abismo de sus iniquidades. La justicia de Dios es tan saludable como su misericordia. Su sabiduría, que es infinita, no puede errar los medios de la correccion y del castigo, y cuando permite que apuren el vaso de su abominacion, no es tanto para vengar los derechos de su magestad ofendida, como para sacar de allí mayores provechos. Mientras los Santos oraban fervorosamente por los pecados de los demás hombres, y pedian á Dios pusiera término á los delitos en que estaba anegada España, el Señor habia permitido que vencido su rey pagase su deshonestidad y cobardía, y que toda la Peninsula tuviese que recibir el yugo de la nacion

más carnal y más bárbara. No solamente habian subyugado los sarracenos las Andalucías, sino que adelantando sus conquistas; habian llegado á apoderarse de la ciudad de Segovia y sus contornos. Muchos cristianos, huyendo su furor, y no encontrando asilo contra él sino en las montañas ásperas y lugares inaccesibles, se refugiaron á aquel sitio solitario en donde habitaba FRUTOS. Allí les refrieron las calamidades que padecía España: que toda ella habia caído en manos de una gente feroz que profanaba los templos, se burlaba de los misterios, degollaba los sacerdotes, deshonoraba las mujeres, violaba las vírgenes, y hacia un horrible destrozo en cuanto encontraba por delante. Los santos solitarios lloraron en compañía de los demás cristianos tanta miseria y desventura, y uniendo todos sus votos y gemidos hacian oracion á Dios diciendo: *No entregues, Señor, á una gente bestial unas almas que confiesan tu santo nombre; ni te olvides para siempre jamás de la vida miserable que viven tus fieles humildes que profesan la pobreza de tu Evangelio.* Poco tiempo les duró á los fugitivos la seguridad y consuelo que les daban aquellas soledades, porque llegaron los moros á descubrir á los solitarios, y á los que se habian refugiado inmediato á ellos.

Juzgáronse todos perdidos, pues no podian prometerse otra cosa de una gente ensoberbecida con las victorias, que la esclavitud ó la muerte. Llegarónse á FRUTOS los cristianos implorando su proteccion, en la firme confianza de que el cielo los ayudaria por su mediacion con más poderoso socorro que el que les pudiera prestar un numeroso ejército. Su confianza no fué vana, pues quiso el Señor acreditar con un maravilloso prodigio con cuánta complacencia ostenta su poder en beneficio de sus siervos, y cuantas atenciones le merece una firme y humilde confianza. SAN FRUTOS, lejos de intimidarse al ver que estaba rodeado por todas partes de mahometanos, ni abatir su corazon con los clamores y des-

ventura de los cristianos fugitivos, había concebido el proyecto más arriesgado que puede caber en humano pecho. Era este nada menos que intentar convertir á los sectarios de Mahoma, pretendiendo que abjurasen su secta carnal y abrazasen el cristianismo. Para este efecto les hacia frecuentes y vigorosas exhortaciones, manifestándoles lo brutal de su supersticion, y las racionales leyes que había promulgado Jesucristo. Este empeño llegó á irritar de tal manera á los mahometanos, que determinaron quitar la vida á FRUTOS y á todos los que con él habitaban aquellas fragosidades, para dar de este modo alguna satisfaccion á su gran profeta, á quien juzgaban altamente ofendido. Señalaron día para la ejecución de tan inicuo proyecto, y al tiempo que se acercaban á la celdilla en que habitaba FRUTOS, les salió este al encuentro, bien persuadido de que iban con intento de quitarle la vida, pero al mismo tiempo con grandes deseos de sacrificarla por Jesucristo. Sin embargo, le dolia el considerar que su muerte seria principio de la desolacion que padecerian todos cuantos se habían refugiado á aquellas breñas. Y haciendo sacrificio de la gloria que le podria resultar de dar su vida en defensa de la fé, al amor que tenia á sus prójimos, quiso antes conservar á estos su seguridad que alcanzar la aureola del martirio. Luego que tuvo á los mahometanos delante de sí, armados con picas y lanzas para quitar la vida á un gran número de cristianos, que como ovejas delante del lobo habían acudido amedrentados á refugiarse de SAN FRUTOS, juzgó que debía invocar el santo poder de Dios, y dar á conocer aquella gente proterva que hay un Dios en el cielo que sabe vengar sus ultrajes. Mandóles detener en el nombre de Dios, y que no pasasen adelante de una raya que con el báculo hizo sobre una gran peña. Antes que los bárbaros pudiesen manifestarse desobedientes á este precepto, quiso contenerles el cielo con una maravilla inaudita. Por la misma raya que había señalado SAN FRUTOS se

abrió el peñasco, formando una profundidad grandísima que separaba los moros de los cristianos, y dejaba á estos libres y seguros de la furia de los primeros. Con este prodigio los moros volvieron atrás de su intento, y los cristianos quedaron nuevamente persuadidos de la gran santidad de FRUTOS, y de lo mucho que el cielo le favorecía. Este prodigio está comprobado no solamente con los documentos de la santa Iglesia de Segovia, sino con la vista ocular del mismo hecho, pues hasta el día de hoy permanece la misma peña dividida, y perpetuado el milagro, llamándose aquella rotura *la cuchillada de SAN FRUTOS*.

Los moros cobraron gran terror al Santo, al paso que los cristianos le tributaban nuevo respeto y veneracion, haciéndose así famoso su nombre á proporcion de sus virtudes. Estas crecian cada dia más, porque el Santo las aumentaba con la oracion, penitencia y todo género de ejercicios piadosos, y además de esto con infinitos trabajos que empleaba en la salud de sus prójimos. Quiso Dios premiárselos llamándole para sí, y aunque no constan, como sucede de otros santos ermitaños, las particularidades que precedieron á su muerte, se sabe, si, que siendo de edad de setenta y tres años, lleno de trabajos y merecimientos, le llevó Dios á darle el premio de su gloria dia 25 de octubre del año de 715. Honró el Señor á su siervo con varios prodigios; pues varias personas que tenian enfermedades incurables, solo con tocar sus sagrados despojos fueron repentinamente sanas. Luego que el Santo espiró procuraron sus santos hermanos VALENTIN y ENGRACIA amortajarle segun les permitia su pobreza; y dándole sepultura en la misma ermita que habia vivido, se retiraron á otra cerca de Caballar, donde murieron martirizados por los moros, segun testifica Mondéjar. Los cuerpos de estos tres Santos se conservaron en la ermita de San FRUTOS, venerados de los cristianos hasta el siglo XI, en que el rey D. Afonso el VI, habiendo ahuyentado la moris-

ma de todos aquellos contornos, y viendo cómo de día en día se aumentaba el culto de SAN FRUTOS y sus hermanos, dió la ermita al monasterio de Silos para que la cuidase con el esplendor que á tales Santos convenia. Restaurada Segovia, y restituida á su dignidad pontifical, solicitaron y alcanzaron por medio del arzobispo de Toledo D. Bernardo que el monasterio de Silos les concediese la mitad de las reliquias de estos Santos, lo cual se verificó en el año 1125. Recibiéronlos los segovianos con increíble júbilo de sus almas, manifestando en la pompa exterior cuánto gozo recibian en la posesion de sus santos compatriotas. Guardaron el tesoro de tal manera que con el tiempo llegó á perderse la memoria del sitio determinado en donde se custodiaba. Este olvido causaba suma afliccion en los ciudadanos, hasta que hecho obispo de aquella iglesia D. Juan Arias de Ávila, natural de la misma ciudad, quiso Dios premiar su piedad y celo con el descubrimiento de las santas reliquias. Este venerable obispo publicó ayunos y rogativas; y yendo despues en compañía de algunas dignidades y prebendados de la iglesia á hacer la investigacion, uno de los artífices advirtió un hueco en el altar de Santiago. Lleno de alegría, metió la mano, y comenzó á gritar inmediatamente, clamando que se le abrasaba. Acudieron todos sobresaltados, pero la turbacion se convirtió bien pronto en alegría. El obrero, que tenia un dedo de la mano sin movimiento, le sacó perfectamente sano. Toda la iglesia se llenó inmediatamente de una fragancia celestial, y á este gozo se siguió la invencion de las sagradas reliquias, las cuales se colocaron en lugar decente, haciendo Dios continuas maravillas por su intercesion, y manifestando de este modo cuán maravilloso es en sus Santos.»

DIA 26.

San Evaristo, Papa y Mártir, Griego.

SANTOS LUCIANO Y MARCIANO, MARTIRES, ESPAÑOLEs.

Unos de aquellos maravillosos Santos en quienes quiso Dios hacer ostentacion de su gracia, para que animasen con su ejemplo á los mayores pecadores á no desconfiar de la divina misericordia, fueron SAN LUCIANO y MARCIANO, naturales de la ciudad de Vich en el principado de Cataluña. Tuvieron ambos la desgracia de haber sido educados en las supersticiones del gentilismo, por lo que no tuvieron reparo en aplicarse al estudio de la astrología judiciaria, de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en los dos jóvenes un ingenio superior para estas facultades, y una inclinacion activa hácia estas artes diabólicas; y como estaban resueltos á no ignorar ningun secreto de cuantos pudiesen adquirir en la escuela de los astrólogos, de los hechiceros y de los adivinos, fué tanta su aplicacion, que dentro de breve tiempo se hicieron famosos magos y grandes familiares de los demonios. No hubo infamia ni hediondez abominable de que no hubiesen hecho vanidad; y como se valian de todos los medios que les sugería el enemigo de la salvacion para asegurar los sucesos de los encantos, todos los buscaban para conseguir sus antojos y sus execrables voluptuosidades.

Tales eran LUCIANO y MARCIANO cuando agradó al Padre de las misericordias conmutar en vasos de eleccion los que eran de inmundicia, para manifestar al mundo el poder de su divina gracia, valiéndose para ello de un suceso capaz de desengañar á los preocupados magos. Habia en Vich una doncella cristiana de extraordinaria hermosura, que despreciando las ventajosas conveniencias de los muchos pretendientes de su mano, tenia consagrada su virginidad á Jesucristo, y para conservar una virtud tan delicada, rara vez se dejaba ver en público, haciéndolo cuando era preciso cubierta con su manto ó con su velo; pero todo su cuidado en que ninguno la viese, no bastó para que dejasen de lograrlo los

dos famosos magos. Encendióse en sus corazones un fuego tan infernal, tan impuro y tan lascivo, que formando en ellos una violentísima pasión, no perdonaron diligencia alguna para satisfacerla, teniendo por indubitable que con sus mágicos hechizos la pondrían en paraje de lograr sus perniciosas intenciones. Valiéronse de los más poderosos medios de la magia, pero todo inútilmente. Invocaron á los demonios, y aunque estos pusieron en movimiento cuantos malignos artificios podían inventar para derribar á la ilustre doncella, sostenida de la divina gracia en los más terribles ataques y en las más violentas tentaciones, ponía en vergonzosa fuga á las potestades del infierno con sus continuas oraciones y con sus rigurosas penitencias, pero sobre todo con la protección de la Santísima Virgen, de quien era devotísima.

Quejáronse altamente LUCIANO y MARCIANO al demonio sobre la ineficacia de su poder, puesto que no le tenía para rendir á una tierna doncella; y compelido el enemigo de una virtud superior á la suya, confesó la verdad, diciéndoles: *Ya habeis experimentado la facilidad con que habeis pervertido las almas que no conocen á Dios, invocando nuestro auxilio; pero aun cuando empleemos todas nuestras facultades en esta casta doncella, nunca podremos conseguir cosa alguna, pues tiene consagrada su virginidad al supremo Señor de todos, que es Jesucristo: este es el que la guarda, y quien nos aflige, y al que no puede resistir todo el infierno, como ni á la señal de la cruz con que se guarece cuando alguno de nosotros se acerca á tentarla, poniéndonos en vergonzosa fuga con un arma tan poderosa.*

Quedaron atónitos LUCIANO y MARCIANO al oír la confesion de los demonios, y reflexionando sobre la preocupacion y el engaño en que habían vivido hasta entonces, se dijeron mutuamente: *Si tanto es el poder de Jesucristo, que supera al de los demonios y al de nuestras artes mágicas, sin duda nos conviene convertirnos á él, temerlo y adorarlo, puesto que puede*

*beneficiarnos más que aquellos á quienes hemos servido hasta ahora. Movidos de este discurso y de los influjos de la divina gracia que comenzó á iluminarles, recogieron los códices de sus malas artes, y llevándolos á la plaza de la ciudad los quemaron públicamente. Quedaron admirados todos los vecinos de Vich al ver una resolucion tan inesperada, y preguntándoles qué causa les impelia para arrojar al fuego los escritos de su profesion, respondieron ambos: *Porque Dios ha ilustrado nuestros entendimientos, librándonos de las tinieblas y de las sombras de la muerte en que hemos vivido hasta ahora, para que nos salvemos. Sabed que las maravillas aparentes que hemos hecho han sido invenciones vanas de los demonios por quien nos dirigiamos, los que intentaban sumergir nuestras almas en el infierno con sus falacias: por tanto nosotros reconocemos á Jesucristo por verdadero Dios, poniendo en él toda nuestra esperanza, porque si este aflige y refrena á los que nosotros hemos adorado, sin duda es mayor que ellos.**

Hechos cristianos LUCIANO y MARCIANO, quisieron dar á Dios satisfaccion de su mala vida; y dejando sus casas y sus muchas riquezas, se retiraron á un desierto, donde se entregaron á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. Irritados los demonios de que se hubiesen escapado aquellos por cuyos medios habian conquistado tantas almas, pusieron en ejecucion todos los artificios de su malicia para separarlos de su buen propósito; pero aunque fueron muchos y muy violentos los combates que tuvieron que sufrir contra los enemigos de la salvacion y contra si mismos, para romper sus inveteradas costumbres, con todo el Dios de justicia, que no cesaban de invocar desde el punto que conocieron su poder infinito, les sacó victoriosos de todos los ataques con su recurso á la oracion y á la penitencia, valiéndose de la proteccion de la Santisima Virgen como madre de pecadores.

Pareció á los dos célebres eremitas que con los ejercicios

de una vida privada no daban á Dios satisfacci6n suficiente de sus culpas, habiendo enga~ado á tantos con su perversa doctrina; y queriendo resarcir los da~os que ocasionaron en el p6blico, se presentaron en Vich á predicar las infalibles verdades de nuestra santa religion, desenga~ando á los gentiles de los crasos errores en que vivian sumergidos prestando adoracion á los demonios en las vanas est6tuas de los idolos bajo el velo de mentidas deidades. Admirados los de Vich al ver aquella extraordinaria novedad, decian: *Hé aquí los que nos enga~aban y facilitaban la satisfacci6n de nuestros deseos, cómo ahora predicán al Crucificado que antes despreciaban; pero fortificados más y más los Santos en la fé, contestaban al pueblo: Creednos, hermanos, porque si no hubiéramos conocido que esto es lo mejor, nunca nos hubiéramos convertido á Jesucristo, separándonos de una profesion que nos hacia célebres entre los hombres y nos llenaba de riquezas: por tanto os encargamos os convirtais al mismo Señor, para que os salveis.*

Irritados los paganos de Vich con las conquistas que hacian cada dia LUCIANO y MARCIANO para Jesucristo, los delataron al gobernador de la ciudad diciéndole: *Hé aquí unos hombres magos, que ahora predicán lo que antes impugnaban, é impugnan lo que antes enseñaban.* Era el juez cierto hombre llamado Sabino, uno de los más fieros enemigos de los cristianos, contra los que procedia severamente en fuerza de los impios decretos que publicó contra la Iglesia el emperador Decio; y haciendo comparecer ante su tribunal á los dos predicadores, comenzó el interrogatorio acostumbrado en estos casos, preguntando á LUCIANO por su nombre y por su religion.—*Yo me llamo LUCIANO,* respondió el Santo, *y mi religion es la de Jesucristo; porque aunque en algun tiempo fui perseguidor de esta venerable ley, hoy, aunque indigno, soy de ella predicador.*—*¿Pues qué oficio tienes,* replicó el tirano, *para ejecutarlo así?*—*El que es propio de toda alma racional,* contestó LUCIANO, *que debe sacar del error á su hermano, aconsejándo-*

le la verdad para que se libre de los lazos del demonio.—¿Quién os persuadió, continuó Sabino, á que dejáseis á los dioses inmortales por quien conseguisteis muchos beneficios, y os concilidsteis el amor del pueblo, para convertiros á un muerto crucificado, que no pudo salvarse á sí mismo?—El mismo Señor, respondió MARCIANO, es el que nos iluminó, como lo hizo en otro tiempo con Pablo, que siendo primero perseguidor de la Iglesia, fué despues un predicador celeso de su santa ley, ilustrado con su divina gracia.—Mirad por vosotros, siguió el gobernador, y volved á vuestra vida antigua, para que tengais propicios á los dioses y á los príncipes del mundo.—Tú hablas, dijo entonces LUCIANO, como uno de los necios gentiles; mas nosotros damos gracias á Dios, porque nos sacó de las tinieblas, y de las sombras de la muerte, dignándose conducirnos á la gloria de ser cristianos.—¿De qué modo os defiende, continuó Sabino, ese Dios que predicais, dejándoos en mis manos, y no evita que incurrais en la muerte que os espera?—La gloria de los cristianos, contestó á esto MARCIANO, no consiste en la vida presente que tú tanto estimas, sino en la eterna que esperamos en los cielos, perseverando en la fé de Jesucristo.—Dejad, continuó Sabino, semejantes necedades; oidme, y sacrificad á los dioses, cumpliendo en esto con los preceptos imperiales; pues de lo contrario haré que sufrais nuevos y exquisitos tormentos.—Haz lo que gustes, respondió MARCIANO, pues estamos dispuestos á padecer todas las penas que discurras, antes que negar al único y verdadero Dios que confesamos, para no caer en el fuego eterno, que el mismo Señor tiene preparado al diablo y á todos los idólatras que siguen sus engaños.

Conoció Sabino por el interrogatorio que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos para pervertir á los dos ilustres confesores; y no pudiendo tolerar por más tiempo su invencible resistencia, pronunció contra ellos la sentencia siguiente: *Porque LUCIANO y MARCIANO son trasgresores de las leyes divinas, convirtiéndose á la vantsima de los cristianos; y porque no han querido oír nuestras reconvenciones sobre el cumpli-*

miento de los preceptos de los príncipes del mundo, dirigidas á que se salven, mando que sean quemados.—Luego que llegaron los Santos al lugar del suplicio, oraron en esta forma: *Señor, Jesus, nosotros no podemos darte las correspondientes gracias por habernos sacado del error de la gentilidad y dignado conducirnos á esta pasion por tu santo nombre, haciéndonos participantes de las dichas de tus Santos: á tí encomendamos nuestras almas, para quien sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos.* Concluida esta súplica, hicieron su oficio los verdugos, y arrojando á LUCIANO y á MARCIANO á una hoguera encendida, quedaron consumidas las dos preciosas víctimas en el dia 26 de octubre del año 251 ó 52.

Recogieron los cristianos las venerables reliquias de los dos insignes mártires, y las ocultaron con el mayor secreto, retirándolas de la vista de los gentiles; pero luego que cesó el furor de la persecucion, las colocaron en la iglesia de San Saturnino de Vich, donde estuvieron en grande veneracion hasta la pérdida de España, en la que temerosos los fieles de que cayesen en manos de los bárbaros, las ocultaron en el mismo templo con el sepulcro de mármol que las contenia. Así se mantuvieron muchos siglos, hasta que se dignó el Señor manifestarlas en el año 1050, reinando en Cataluña el famoso conde de Barcelona Raimundo Berenguer, primero de este nombre, por medio de las maravillosas revelaciones y visiones angélicas que se dignó hacer á dos venerables presbíteros, llamados Raimundo ó Ramon Ferrer, y mosen *Raimundo ó Ramon*. Halláronse las venerables reliquias con las inscripciones de los nombres, del origen, del tiempo y del lugar de la pasion de los Santos; y se colocaron despues con el honor debido en el mismo templo en el año 1342, reinando en Cataluña el rey D. Pedro IV de Aragon, y tercero de Cataluña. Solicitaron los canónigos Pedro Surigueres, Berenguer de Colomer y Juan de Avendo, que se hiciese la traslacion de las reliquias de los insignes mártires á lugar

más decente; y ejecutado este acto con anuencia de D. Galcerato, Obispo de Vich, por medio de una solemne procesion, á la que asistieron muchas personas condecoradas, se colocaron en el altar mayor de la iglesia de San Saturnino, donde son tenidas en grande veneracion.

SAN BERNARDO CALVÓ, OBISPO DE VICH, ESPAÑOL.

SAN BERNARDO CALVÓ, decoroso ornamento de la reforma del Cister, uno de los prelados más ilustres que han brillado en la Iglesia de España, nació en una casa de campo de la parroquia de Villaseca en el arzobispado de Tarragona, llamada el *Mas Calvó*, de la cual tomó el sobrenombre de Calvó ó Calvon. Desde muy niño manifestó indicios nada equivocados de la eminente santidad á que llegó con el tiempo. Dedicóse á las letras; y siempre que habia de estudiar se ponía antes en oracion, rogando á Dios que le alumbrase y enseñase doctrina del cielo; por este medio adquirió altísimo conocimiento de la cristiana teología. Esta facultad la estudió en Lérida, cuya escuela quedó honrada y edificada con tan digno alumno. Acabada la carrera con aplauso universal, solicitáronle varios prelados eclesiásticos, para honrar á sus iglesias con un sugeto de tan eminentes virtudes y de tan grande sabiduría; pero despreciando el devoto jóven todos los honores y todas las dignidades de este mundo, solo deseaba ocuparse en el negocio importante de su eterna salvacion en alguno de los claustros religiosos. Puso los ojos en el monasterio de Santas Cruces de la reforma del Cister, y pidió al abad con humildes ruegos que le admitiese entre los individuos de aquella ilustre comunidad. Queriendo el abad probar la vocacion del pretendiente, le respondió que esperase cuarenta dias y despues de ellos le volveria respuesta. Pasó este tiempo el siervo de Dios en fervorosa oracion y en rigurosos ayunos, distribuyendo entre los pobres todo cuanto tenia, que no debia ser mucho, siendo pobre estudian-

te; y reiterando sus súplicas al mismo prelado, acabados los cuarenta dias, dijole el abad que tuviese paciencia hasta la pascua del Espiritu Santo, cuya festividad estaba próxima, y que entretanto encomendase su negocio á Dios, suplicándole que se dignase asistir á la recepcion de aquel santo hábito. El siervo de Dios lo hizo tan de veras, que ayunó siete dias sin tomar otro alimento que un poco de pan y agua. Vino la festividad de Pentecostés, y el abad le dió el hábito.

Si fué grande el gozo que BERNARDO tuvo, habiendo alcanzado lo que tanto deseaba, no fué menor el sentimiento de sus parientes cuando supieron su determinacion. Durante el año de noviciado se valieron de cuantos artificios pudo sugerirles el amor y la industria, á fin de obligarle á dejar el hábito que vestia: ruegos, razones, reflexiones, lisonjas y aun amenazas emplearon para arrancarle la vocacion. Pero conociendo el devoto jóven que solo el Señor seria el que pudiera librarlo de un combate tan violento, les pidió últimamente que pensasen en ello tres dias, y en este tiempo rogasen á Dios que les diese á conocer su divina voluntad. Despedidos sus parientes, pasó BERNARDO este tiempo en fervorosa oracion, en rigurosos ayunos y en asombrosas penitencias, pidiendo al Señor que iluminase á sus deudos para que no les molestasen; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, trastornó el cielo el corazon de sus deudos, de suerte que volviendo arrepentidos al monasterio, pidieron perdón á Dios arrodillados ante el abad, en presencia del siervo de Dios, por su imprudente solicitud.

Acabado el año de noviciado, hizo FRAY BERNARDO profesion con gran contento suyo; y queriendo mostrarse agradecido á un favor tan singular, hizo empeño de portarse en adelante con toda la perfeccion que exigia la reforma del Cister, lo que consiguió á expensas de su infatigable anhelo en adquirir todas las virtudes religiosas: su vida era un ejemplar de penitencia, de obediencia, de castidad y de todas las

demás virtudes. No por esto dejó el estudio de las letras sagradas, con el fin de ser útil á la Iglesia, para lo cual se dedicó con un ardoroso celo al ministerio de la predicacion, y logró para Dios maravillosas conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado que se pudiese resistir al fuego de amor divino que comunicaba el ilustre misionero á sus oyentes.

Murió el abad del monasterio de las Santas Cruces, y como las eminentes virtudes de BERNARDO eran tan conocidas en la comunidad, toda ella puso en él los ojos para sucesor del difunto. En vano solicitó excusarse por cuantos medios pudo sugerirle su profunda humildad, porque persuadidos los religiosos de la grande utilidad que resultaria á aquella ilustre casa teniendo por superior á una persona de tanto mérito, insistieron en la eleccion, á pesar de la resistencia de BERNARDO. Admitió por fin el cargo, compelido de la obediencia; pero la nueva dignidad solo sirvió para que más brillasen sus eminentes virtudes: tan humilde, tan mortificado y tan exacto cuando superior, que cuando novicio y cuando simple religioso. Su fervor y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monjes, los que notando que su santo padre era el primero que iba adelante en todos los ejercicios de la vida regular, se encendieron en vivisimos deseos de imitar sus acciones, para aspirar á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados.

No podia el ardiente celo que tenia BERNARDO por la salvacion de las almas estrecharse dentro de los muros del monasterio, y habiéndole dotado el Señor de unos talentos extraordinarios y de una poderosísima elocuencia para la predicacion, salia con mucha frecuencia á ilustrar á los pueblos de todo aquel pais con la luz de la doctrina evangélica, logrando para Dios innumerables conversiones de personas extraviadas del camino de la salvacion. Tenia el siervo de Dios un rostro hermosísimo, y mirándole con mucha curiosidad

ciertas mujeres, comenzaron á elogiar su belleza, admirándose de que tuviese tan blancos y tan iguales los dientes sin la menor diligencia, cuando ellas apenas los podian conservar así con exquisito cuidado. Supo el siervo de Dios por inspiracion divina la vana curiosidad, y eligiendo por tema en uno de sus sermones aquellas expresiones del Evangelio, en que dice Jesucristo: *Si tu ojo ó tu pié escandaliza, córtalo y arrójalo de tí*, se quebró con una piedra los dientes á vista del concurso, y tirándolos con generosidad á donde estaban las mujeres, dijo: *Ved, miserables, que la preciosidad de los dientes, y esta hermosura que tanto habeis elogiado, no són otra cosa que huesos pútridos y carne que se ha de convertir en comida de los gusanos en la sepultura: envidiad las cosas espirituales, que son las que condecoran al alma para que podais merecer la vida eterna, que no se adquiere con la vana y transitoria hermosura del cuerpo*. Sintieron los monjes aquella heróica accion de su amado padre, creyendo que con la falta de los dientes no podria hablar con entereza, ni tomar el alimento necesario; pero fué tan al contrario, que no le sirvió aquella falta del menor detrimento ni para las predicaciones, ni para la comida.

Predicando el Santo en el territorio de Lérida, entró en casa de ciertos señores que le convidaron; y leyendo su compañero la Santa Escritura al tiempo de comer, como tenia de costumbre, interrumpia la lectura cierta calandria ó canario con su canto. Mandóla BERNARDO callar en nombre de Jesucristo, y fueron tan eficaces sus palabras, que quedó como muerta en la jaula. Sintiólo mucho la dueña de la casa; pero luego que se acabó de comer, y se concluyó la lectura, dió el siervo de Dios permiso á la avecilla para que cantase, como lo hizo con más suave armonía que hasta entonces, con admiracion de todos los circunstantes.

Aconteció algun tiempo despues que habiendo juntado las mieses en la era junto al mismo edificio algunos hijos de perdicion, deseando poner fuego al convento, y quemar á los

monjes su sustento, pusieron fuego á las mieses, el cual se encendió luego causando grande espanto. Avisado BERNARDO, fué luego donde estaba el incendio, y viendo el peligro inminente, pues el fuego se iba apoderando ya de la sacristia, echó encima de él su santísima veracruz, confiando en el favor de Jesucristo, que en ella nos redimió y libró del infierno, y al instante el fuego se mató milagrosamente, quedando las mieses intactas como si tal cosa hubiera sucedido.

En otra ocasion fué á predicar la cuaresma al territorio de Lérida, y habiendo acabado su predicacion volviase á su convento, y cuando estuvo á una legua de la ciudad se desvió del camino, donde se detuvo grande rato. Maravilláronse, pues, los que iban con él de su tardanza; fueron allá, y hallándole arrodillado, le preguntaron el motivo. Respondió que en aquella hora habia muerto un religioso de su monasterio, y que entonces los monjes de su convento estaban tambien arrodillados al espirar de dicho religioso; añadiendo que habia visto los ángeles que se llevaban su ánima al cielo con grande alegría. Llegaron por sus jornadas al monasterio y hallaron ser verdad, que en aquella hora y punto el dicho religioso acabó la vida y le fué hecha sepultura, como habia dicho en el camino el siervo de Dios.

Habiendo fallecido el Obispo de Vich, como las eminentes virtudes del Santo eran tan notorias en todo el principado de Cataluña, fué promovido á aquella cátedra por universal consentimiento de todo el clero y de todo el pueblo. No fué tan fácil la admision en BERNARDO como lo habia sido la eleccion; pues se mantuvo inflexible á las más fuertes instancias de los electores, hasta que recurrieron al Papa en solicitud de su confirmacion y de sus letras apostólicas, para obligar al siervo de Dios á que aceptase, lo que hizo por obediencia al vicario de Jesucristo. No ignoraba el santo prelado los formidables cargos de la dignidad episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se lo impuso, esperando de su

piedad todas las luces necesarias para cumplir fielmente con tan árduo ministerio, se aplicó á desempeñar todos sus deberes con aquella vigilancia y con aquel celo que exige el Apóstol de los perfectos prelados.

Quiso que el ejemplo fuese la leccion más eficaz que sus palabras; y no embarazándole la obligacion de vivir como Obispo á la de vivir como monje, continuó con los mismos ejercicios religiosos que habia observado en el claustro; pero distinguiéndose sobre todo en la pobreza evangélica y en la frugalidad de su mesa, tuvo medios para socorrer á toda clase de necesitados, teniendo en él los pobres, los huérfanos y las viudas un padre, un tutor y un defensor, con cuyos gloriosos titulos le llamaban á boca llena.

Estaba muy reciente en el obispado de Vich la memoria de los moros que ocuparon muchos años aquel terreno, y queriendo el santo prelado borrar del todo las reliquias que quedaron de los infieles, y dar á un mismo tiempo á sus ovejas la correspondiente instruccion de la doctrina cristiana, visitaba su diócesis de dos en dos años conforme á lo que disponen los sagrados cánones, y era cada visita, no como quiera, una reforma, sino una visible trasformacion de las costumbres del pueblo; portándose con todos con tanta dulzura, con tanto amor y con tanta benevolencia, que hecho dueño de las voluntades de sus súbditos, todos le amaban como á padre, y todos le reverenciaban como á Santo, correspondiendo el rendimiento de sus órdenes al celo con que las dispensaba; siendo el ángel de la paz en las reñidas contiendas, puesto que el Señor le concedió el don especial de componer discordias.

Tenian por entonces los moros el reino de Valencia; y encendido BERNARDO en el más ardiente celo de dilatar el reino de Jesucristo, exhortó á sus feudatarios y á otros muchos poderosos caballeros cristianos para que hiciesen guerra á los infieles. Juntó con efecto un valeroso ejército, y dirigiendo

por sí la expedición, conquistó muchas villas, castillos y lugares de aquel reino, haciéndole el Señor tanto favor, que siempre que los suyos entraban en batalla, quedaban vencedores. Pero bien entendían todos que sus victorias las debían más á las fervorosas oraciones del Santo que al poder de las armas. Estos lugares que conquistó el Santo D. FRAY BERNARDO CALVÓ dió el rey D. Jaime I de Aragon, que entonces reinaba, á su obispado de Vich. Pero despues otros les trocaron con las baronias de Arlés, Sellen y otras, cómo se ve largamente en los autos del patrimonio del obispado de Vich. Volvió despues de estos triunfos á su iglesia, y queriendo el Señor manifestar lo agradable que le habia sido aquel servicio, al llegar como una media legua de Vich, se tocaron por sí mismas las campanas, cuya señal continuó no pocas veces cuando regresaba de algunas importantes ausencias.

Salió BERNARDO á tranquilizar ciertas reñidas discordias que ocurrieron entre los caballeros y los habitantes de los castillos y los lugares de Urgel y Segarra; y al llegar á un lugar llamado Coll de Malla, se tañeron por sí las campanas como tenian de costumbre. Levantóse un viento furioso que cubrió con el polvo todo el camino, é impacientándose el Santo contra el elemento, dejaron de tocar las campanas. Conoció BERNARDO que habia ofendido á Dios con aquella impaciencia, y compungiéndose hasta lo sumo, determinó dar al Señor satisfaccion por medio de la más severa penitencia. Nombró un vicario general para que gobernase su iglesia, y no contento con las asombrosas mortificaciones y con los rigurosos ayunos con que castigaba su inocente cuerpo, se ciñó con un cinto de hierro áspero y pesado, resuelto á no quitárselo en el resto de su vida. En este estado determinó partir á Valencia á predicar la fé á los moros, ansioso de padecer martirio; y habiéndose embarcado en una nave que estaba para hacerse á la vela, luego que estuvo en alta mar se levantó una bor-

rasca tan deshecha, que no pudiendo los navegantes gobernar la nave por haber roto la furia de los vientos el árbol y las velas, se vieron todos en inminente peligro de naufragar irremisiblemente. Púsose en oracion BERNARDO, pidiendo á Dios que salvase á tantos inocentes, puesto que solo él era el pecador; y oidas sus reverentes súplicas, se quedó el mar tranquilo y sereno. Agradecido el Santo á este singular favor quiso acrecentar su mortificacion, y oprimiéndose más el cinto de hierro que llevaba, le cerró con una llave, y la arrojó al mar, para no tener á la mano el instrumento con que aliviar semejante penalidad.

Viendo BERNARDO que no tuvo efecto su viaje á Valencia, rogó á los marineros que lo condujesen á las islas de Mallorca y Menorca, tambien ocupadas por los moros, para satisfacer sus deseos; pero habiéndole respondido que no podian dirigir la nave donde quisiesen por estar desmantelada, quedándose estos dormidos por la noche cansados de la tormenta pasada, se puso solo el Santo en oracion, pidiendo á Dios que los llevase á puerto seguro. No faltó el Señor á su fidelísimo siervo, y levantándose un viento rápido, pero suave, se hallaron todos por la mañana en Barcelona. Fué BERNARDO á uno de los monasterios fuera de la ciudad, el cual, segun parece, era San Cucufate del Vallés, ó tal vez el de la Cartuja, donde dió gracias al Señor, rogándole que encaminase sus intentos á su servicio. El miércoles siguiente á su llegada, el convento hizo provision de pescado, y pasando el santo Obispo por el monasterio, vió al cocinero que aparejaba la comida, y desentrañando un pescado grande, halló dentro de él una llave. El devoto prelado conoció luego que era la llave de su penoso cinto que él habia echado en el mar; y tomándola fué luego á la iglesia, delante del Santísimo Sacramento, donde dió gracias á Dios por la merced. Conoció tambien con aquello que Dios por su misericordia le habia perdonado su pecado, y considerando por todos los porten-

tosos sucesos que le ocurrieron que el Señor quería que volviese á su iglesia, se puso en camino para Vich. Tocáronse las campanas como solian antes de llegar al pueblo, y conociendo los ciudadanos por esta señal que no estaba muy distante el santo prelado, salieron á recibirlo en procesion, ansiosos de ver al que esperaban con entrañables deseos.

Comenzó BERNARDO con nuevo fervor y con nuevo aliento á ejercer todas las funciones de su ministerio episcopal, y queriendo Dios manifestar la eminente santidad de su fidelísimo siervo, lo hizo demostrable con repetidos milagros. En el año siguiente de su llegadá á Vich se helaron enteramente las viñas, á fuerza de los crudos hielos que ocurrieron en el país, y habiendo ordenado el Santo á su mayordomo por el mes de setiembre que dispusiese los vasos de su bodega para recoger la cosecha, le respondió este que era ociosa la prevencion por no haberla. Mandóle el siervo de Dios que trajese las uvas que encontrase en las viñas, en las que solo hubo tres racimos, y echando sobre ellos su benediction, ordenó al mayordomo que los esprimiese en las vasiijas, las cuales se hallaron llenas de vino más superior que el de los años precedentes. Dispuso el venerable prelado que se distribuyese diariamente en el pueblo; y continuando el Señor sus prodigios, en lugar de disminuirse crecia el vino milagrosamente, con admiracion de cuantos llegaron á saber tan extraordinaria maravilla. Igual prodigio obró otro año de tanta escasez de lluvia, que no se cogió cosa alguna en el territorio de Vich. Dió orden el santo prelado, en vista de la necesidad, que se recogiese en su palacio todo el trigo de diezmos que tenia en las paneras de su diócesis, hizolo moler para repartirlo entre los pobres, y distribuyéndolo diariamente por sí mismo, despues de celebrar el santo sacrificio de la misa, siempre sobraba pan con abundancia, aunque fuese inmenso el número de los necesitados, por lo que entendieron claramente todos que era la mano poderosa

de Dios la que lo multiplicaba por los méritos de su amado siervo.

Otros muchos y grandes milagros obró el bienaventurado obispo FRAY BERNARDO, porque muchos ciegos, por sus oraciones cobraban la vista, los sordos el oído, los cojos el caminar, los tullidos se valían de sus miembros, y á todos exhortaba á que dejasen el pecado y perseverasen en la virtud, que Dios omnipotente en semejantes casos era todo misericordia. Nunca cesaba cuando tenia oportunidad de predicar, y era muy prudente y severo en extirpar los vicios públicos. Dedicábase frecuentemente á la administracion del sacramento de la penitencia, y rogaba con grande amor y caridad á sus clérigos que se empleasen en esto, y que para ello se preparasen con oracion y doctrina, y que sin la oracion no se pusiesen en el confesonario.

Así vivió este dichoso prelado lo que le quedaba de vida con gran santidad. Enfermó, y entendiendo que se despedía de este mundo miserable, hizose traer los salmos penitenciales, y los dijo con grande contemplacion, exhortando á todos los suyos á que hiciesen penitencia: así se preparó para morir en el ósculo del Señor, despues de haber recibido los últimos sacramentos. Fué su dichoso tránsito el 26 de octubre del año 1243, reinando en el principado de Cataluña don Jaime I de este nombre. Fué grande la pena y tristeza que tuvieron de su muerte no solo el clero de Vich, sino tambien los ciudadanos y todo su obispado, por lo mucho que le querian. Estuvieron ocho dias sin enterrarle, y en todo este tiempo nunca dió mal olor; antes bien, si milagros obró Dios nuestro Señor en la vida del Santo por su intercesion, muchos más obró siendo muerto. Pasados los ocho dias, antes de sepultarle vino gran concurso de gente á verle, y todos los que le tocaban y estaban en necesidad, hallaban remedio. Depositáronle en un magnífico sepulcro de mármol cerca de la pila bautismal de su iglesia, donde es tenido en grande

veneracion, y se ha dignado el Señor continuar obrando por la intercesion de su siervo repetidísimos milagros, de los cuales constan justificados ciento y cuatro en la sumaria hecha en el año de 1244 por los canónigos de Vich Ramon Cabrera y Ramon de Sala, de comision del obispo de aquella iglesia, á instancias de su cabildo. Domenech vió la vida de este siervo de Dios escrita en lengua lemosina por un escritor cercano á aquellos tiempos. Por decreto de la sagrada congregacion de Ritos de 22 de julio del año 1723, fué concedido al clero secular y regular del obispado de Vich que celebrase la fiesta de SAN BERNARDO el dia 22 de octubre, con rito doble de segunda clase.

DIA 27.

Los Santos Vicente, Sabina y Cristeta, *Portugueses*, Mártires de Avila.

DIA 28.

Ssn Simon y San Judas Tadeo, Apóstoles, *Galileos*.

DIA 29.

San Narciso, Obispo de Jerusalem, y Santa Eusebia, Virgen y Mártir, *de Bérghamo*.

DIA 30.

SAN CLAUDIO, SAN LUPERCIO Y SAN VICTORICO, MARTIRES ESPAÑOLES.

Estos tres Santos fueron unos de los doce hijos de San Marcelo Centurion y Santa Nona, de quienes hemos hecho mencion en la página 324 de este tomo. Fueron los únicos que permanecieron siempre en Leon su patria, en donde padecieron por la fé con la constancia y fortaleza digna de una familia admiracion de los siglos. El triunfo de estos tres santos hermanos le refirieron los historiadores antiguos de esta manera:

Cuando Diocleciano y Maximiano decretaron la persecucion contra la Iglesia católica, se hallaba en Leon el prefecto de la provincia, y presidente de la legion sétima Gemina, una de las instituidas por César Augusto. Mandó este ministro que todos los vecinos de la ciudad se juntasen á ofrecer sacrificios á los ídolos en un dia y sitio determinado. No pudo ocultarse en esta ocasion la virtud y doctrina que resplandecia en los tres santos hermanos, educados en ella desde su tierna edad por San Marcelo y Santa Nona sus padres. Habiendo entrado el prefecto en el Pretorio, que estaba á la parte meridional de la ciudad, dijo que sabia que en ella habia algunos enemigos del culto de los dioses y que queria que se le presentasen en seguida. Como no citaba personas, nadie respondia; pero insistiendo en el mandato, marcharon algunos soldados á la casa en que habitaban los tres mancebos, situada cerca de la puerta Cauriense, donde despues se hizo un oratorio. Halláronlos orando y disponiéndose para la persecucion que preveian y la muerte que próxima esperaban. Lleváronles inmediatamente al Pretorio, y preguntados por la religion que profesaban, contestaron al prefecto: *¿Qué motivos tienes tú para mandar que seamos presentados á tu audiencia? Los tres que ves delante de tu tribunal estamos aparejados para perder la vida en honra de la Beatísima Trinidad. Preguntalo que quisieres, que prevenidos nos tienes á cumplir aquel oráculo divino que dice: el que tiene edad hable por sí; y el mismo Dios en que confiamos, nos dará palabra y sentencias para responderte.* Díjoles el prefecto: *Siendo los emperadores obedecidos de tanta gente, ¿solo de vosotros han de ser despreciados?* Respondieron ellos: *Tú crees que los tres solos resistimos á vuestra infidelidad é idolatría, porque no teniendo sino los ojos de la carne, no puedes ver como nosotros la innumerable multitud de ángeles, que lejos de adorar vuestros falsos dioses, los miran con abominacion y desprecio.—¿Y en quién confiáis vosotros?* dijo el presidente.—*Si deseas saber eso que preguntas, respondieron los Santos, pode-*

mos y queremos enseñarte una verdad de las más dignas de entenderse. Nuestra confianza está colocada en Dios Padre Omnipotente, que hizo el cielo y la tierra, con todo lo que contienen, y en Jesucristo su único hijo, y en el Espíritu Santo, que son un solo Dios en trinidad de personas. Esta fé y esta confianza nos dan fuerzas para que puestos en esta pelea podamos vencer los tormentos, el poderío de los emperadores romanos, y á tí á quien ellos han constituido en ese empleo de presidente.—Y como el prefecto en su réplica injuriase la ley de Jesucristo, dándole el nombre de reo de perversidad, dijeron los Santos: *La perversidad no está en nuestra ley, sino en tí, que niegas á tu Criador, y te glorías de poner tu amor en las criaturas. Nosotros no podemos temer la muerte de estos cuerpos miserables, sino solo la del alma, cuya vida no cae bajo la potestad y jurisdiccion de nuestros emperadores. Así que no tardes en hacer de nosotros lo que piensas, y lo que te inspira tu padre el diablo; que dispuestos estamos á padecer por Cristo, que á tí y á tus emperadores condenará al fuego eterno.*

Extraordinariamente irritaron al prefecto las palabras de los santos jóvenes, y no queriendo dar lugar á que el heroico valor de estos animase á los demás cristianos y aun produjese alguna conversion en los gentiles, mandó que los tres jóvenes fuesen degollados inmediatamente. Llenos de gozo oyeron la sentencia los santos hermanos, y entonando cánticos de alabanza al Señor marcharon al lugar de la ejecucion, y despues de haber entregado sus ropas á los verdugos, puestos de rodillas, presentaron sus cuellos al acero homicida que separó las cabezas de los cuerpos el dia 30 de octubre del año 303, cinco despues del triunfo glorioso de su valeroso padre San Marcelo. Los cuerpos de CLAUDIO, LUPERCIO y VICTORICO fueron enterrados por algunos cristianos parientes suyos en el mismo sitio en que tuvo lugar la ejecucion. Más adelante se edificó allí un célebre monasterio, de cuyo principio nada se sabe. Solo consta que existia cuando los

arrianos dominaban nuestra península. En él vivieron monjes de esclarecida santidad todo el tiempo que duró el reinado de los godos. Cuando la entrada de los moros en Leon fué casi todo él destruido, si bien las reliquias se conservaron en el mismo lugar, sin ser trasladadas como lo fueron otras muchas de Asturias.

Dice el Padre Riesco en el tomo XXXIV de la *España Sagrada*, que conquistada aquella ciudad por D. Alonso el Católico, parece que se reedificó esta iglesia de San Claudio; pero como estaba fuera de los muros, no se sabe si por negligencia ó por alguna ruina imprevista, vino al suelo toda la iglesia á excepción de la capilla y altar principal, donde estaban colocados los cuerpos de los santos mártires. Así permaneció hasta el reinado de D. Ramiro II, quien á sus expensas hizo otra nueva iglesia, adornándola con las alhajas correspondientes. Desde la conquista perteneció aquella iglesia al señorío de los reyes. Duró esto hasta D. Ordoño III, el cual donó la iglesia y sus posesiones al Obispo V. Gonzalo y su catedral. Fué esto por los años 954. Acaso desde este tiempo se introdujo en San Claudio la vida monástica. Milagrosamente preservó Dios este lugar de la profanacion con que Almanzor trató algunas iglesias de aquel reino desde la primavera del año 996. Iba él á entrar á caballo en aquel templo con ánimo de sacar violentamente algunas gentes que en él habia, y en el átrio ó cementerio de él reventó su caballo; con lo cual aterrado, aunque era infiel, ofreció su misma tienda, y doce capas de tela muy preciosa, y otros dones, á los Santos que allí se veneraban. La memoria de este suceso se trasmitió á la posteridad en una pintura que se colocó al lado del sitio que ocupaban las reliquias de los mismos Santos, guardándose además en la sacristía un pedazo del caparazon del caballo, de brocado azul y labor árabe. Tal espanto infundió tambien el suceso en la mente de Abdemelich, hijo de Almanzor, que sin embargo de haber ido á Leon con ánimo de aso-

lar por completo la ciudad y sus monasterios é iglesias, no osó tocar al monasterio de San Claudio, considerándolo defendido por una poderosa y oculta virtud.

El monasterio permaneció en pié como lo estaba el año 1007, y los cuerpos ocultos debajo de tierra hasta fines del año 1173, en que habiendo ido á Leon el Cardenal Jacinto, legado de Alejandro III, aprovechándose de tan buena ocasion el rey D. Fernando II y el Obispo legionense D. Juan, el abad de San Cláudio D. Pelayo y toda la ciudad le pidieron elevase y colocase en más decente lugar las santas reliquias. Hízose esta traslacion con asistencia de los Obispos de Santiago y Braga y de otros muchos Obispos y abades, quedando colocados los cuerpos de los mártires sobre el altar de la misma iglesia. De los milagros que en este dia obró Nuestro Señor por la intercesion de sus Santos, hablan las actas de los mismos mártires.

Desde muy antiguo se hacia en este dia fiesta en España á los tres Santos CLAUDIO, LUPERCIO y VICTORICO. La iglesia de Palencia las anticipó al dia 24 por celebrar en el dia 30 el triunfo de la Cruz en la famosa victoria que los cristianos alcanzaron de Albóacen en las riberas del rio Salado, de donde tomó el nombre aquella batalla.

DIA 31.

San Quintín, mártir, Santa Lucia, Virgen, Romanos, y la batalla del Salado.

SAN NICOLÁS EL JÓVEN, SAN NICOLÁS Y SAN LEONARDO, PRESBITEROS Y MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

En este dia coloca el calendario español á SAN NICOLÁS el Jóven y sus dos compañeros mártires, de los cuales se ocupa el M. Enrique Florez en su *España Sagrada*, tomo XIV, diciendo que muy á los principios de la dominacion de los moros en España, los vecinos de Ledesma, llamada antiguamente Ble-

tisa, obtuvieron licencia para hacer una iglesia á orillas del Tormes, que dedicaron á San Juan, y en ella ejercian libremente los oficios divinos, é instruian á la juventud en letras latinas como los sacerdotes de Córdoba practicaban en sus iglesias. Estando asi frecuentada de jóvenes cristianos aquella escuela, dispuso Dios que un hijo del señor ó régulo de Ledesma, llamado Mafoma, pasando varias veces por la iglesia de San Juan para ir á divertirse al campo, se aficionase á los jóvenes cristianos, con el deseo de distraerse en su compañía y aprender las mismas letras. Manifestó á su padre la intencion, y deseando este complacer á su hijo y que se instruyera, condescendió con su deseo, y llamó á dos clérigos cristianos, llamado el uno NICOLÁS y el otro LEONARDO, á los cuales les entregó su hijo para que le enseñasen latin y las demás letras. Con el trato y aficion con que el jóven miraba á los cristianos, se fué inflamando de dia en dia en el amor de Cristo, con tanta fuerza, que llegó á pedir con instancia que le bautizasen. Los clérigos, considerando el furor que esto produciria al padre, no se atrevieron á hacerlo; mas el jóven reiteraba de continuo sus instancias con mayor anhelo, y persuadiéndose los dos sacerdotes de que en la negativa se resistian á la voluntad de Dios, le concedieron por fin el bautismo poniéndole el nombre de NICOLÁS.

No obstante la cautela que observaron los dos ilustres sacerdotes, llegó á entender el padre que su hijo era cristiano. No se puede explicar el furor que inflamó el pecho del príncipe mahometano y el número de recursos que agotó para deshacer lo efectuado; pero como no hay fuerza contra la voluntad de Dios, no pudiendo conseguir por bien ni por mal que su hijo volviese atrás de su propósito y renegase de Jesus, diciendo que habia sido engañado por los cristianos, le mandó encarcelar con los clérigos, mortificando de continuo á los tres para vencer su constancia. Convencido por fin de que nada bastaria para lograr su deseo, los sentenció á que

murieran apedreados, y á su hijo le quemasen despues de muerto. Ejecutóse este sacrificio en el sitio de la misma iglesia de San Juan en la que habia recibido el bautismo. El padre murió reventado al tercer dia.

El manuscrito contenido en la urna de las reliquias de estos santos mártires añade algunas cosas, y otras las refiere con alguna variedad. Dice que llevaron á los santos mártires desde la cárcel al campo donde estaba la iglesia, desnudos y con las manos atadas á la espalda; que la chusma que los acompañó hasta el suplicio, iba presidida por el mismo padre del jóven cristiano: que este se hincó de rodillas en el sitio señalado para la ejecucion, y que el padre asiéndole de los cabellos con la mano izquierda levantó la derecha con el alfanje, y le preguntó su última determinacion, y habiendo respondido que deseaba morir por Cristo, le cortó la cabeza y mandó que apedreasen el cadáver y despues se echase en la hoguera que tenian prevenida. Dice tambien que los dos sacerdotes fueron allí atados á unos palos, desollados y luego apedreados, dejándolos sin sepultura.

Los cristianos recogieron las cenizas del jóven mártir con algunos huesos que no acabó de consumir el fuego, y los de los santos sacerdotes, que se han conservado en dos bolsas de seda, guardándose tambien el vestido del santo jóven NICOLÁS, que es á modo de una bata de algodón manchada de sangre que parece reciente. Todo esto fué depositado en el convento de San Francisco que se creó despues en la iglesia que se edificó en el sitio en que tuvo lugar la ejecucion.

En el siglo XII, viviendo el Obispo de Salamanca Navarrosa, esto es, antes del 26 de enero de 1177 en que murió este Obispo, dos prebendados de aquella iglesia robaron estas reliquias con ánimo de colocarlas en ella, á los cuales castigó Dios con mano fuerte: el uno se hinchó y reventó á los tres dias, y en seguida de muerto este enfermó el otro gravemente y asustado llamó al Obispo y le contó lo que habian

hecho. Murió tambien, y el Obispo recogió las reliquias y las volvió á la iglesia de Ledesma. Consta esto por una escritura de aquella iglesia que leyó Gil Gonzalez y publicaron él y el M. Florez. De este suceso se colige tambien cuán antiguo és el culto que tienen los santos mártires en aquel obispado. Una señora vecina de Ledesma, llamada doña Controya, muy devota de los Santos, reedificó por su cuenta la iglesia, y cuando murió dejó por heredera de sus bienes á la religion de San Juan. Luego que esta tomó posesion de los bienes, quiso trasladar á Rodas las reliquias de los mártires; pero se opusieron fuertemente los vecinos de Ledesma, y el gran maestre, á instancias de ellos, les cedió esta iglesia, que constituida en convento fué ocupada por frailes franciscos.

El martirio de estos tres Santos debió tener lugar á principios de la irrupcion de los moros, porque de Gil de Zamora se colige que el padre del jóven SAN NICOLÁS alcanzó al rey D. Rodrigo.

La memoria de estos santos mártires suele ponerse en este dia. En el siglo pasado y principios del presente se les celebraba en Ledesma fiesta muy solemne con procesion

MES DE NOVIEMBRE.

DIA 1.º

La Fiesta de Todos los Santos.

SAN PEDRO DE BARCO, CONFESOR, ESPAÑOL.

«SAN PEDRO, cuyo sobrenombre DE BARCO tomó de un pueblo llamado así en el obispado de Ávila, cerca del cual se ejerció en las prodigiosas obras que recomendaron su eminente virtud, nació en la villa de Tormillas, de la misma diócesi, de familia humilde, pero ilustre por su singular piedad. Criáronle sus padres según el espíritu de la ley santa de Dios, enseñándole con sus saludables consejos y con sus ejemplos á cumplir con todos los deberes de cristiano; é impresas en su tierno corazón las piadosas máximas de la santa fé, aborreció desde su infancia las vanidades y malas costumbres que por lo regular adoptan los jóvenes, dando en lo más florido de su edad ejemplo de modestia, de humildad y de piedad á todos los de su patria, y portándose siempre con aquel candor y con aquella santa sinceridad que el Señor inspira en las almas inocentes. Esparcióse la fama de la eminente virtud de PEDRO por todos los pueblos de la comarca; pero aun cuando esta se hallaba aprobada por los varones más prudentes, no faltaron con todo libertinos que viendo su total apartamiento de los concursos del mundo y su devota sencillez, le tuvieron por simple y mentecato, llegando á burlarse públicamente de él.

»Murieron los padres, y como los deseos de PEDRO eran separarse de los peligros del siglo para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, se retiró á una selva cerca del Barco, pueblo del obispado de Ávila, donde labró una humilde casa con ánimo de dedicarse todo á Dios, ocupándose en la oracion y en la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas. Vivió algun tiempo en un género de vida más angélica que humana, y habiéndole ocurrido el pensamiento de desmontar una selva llena de robustos árboles y de espesas malezas, lo puso en ejecucion, asi para evitar el ocio, como para que el terreno fuese útil á los habitantes de aquel país. Logró el fin deseado á expensas de infatigables tareas; pero no por eso dejó la práctica de sus santos ejercicios, y con especialidad el de la contemplacion, que era el puerto de todas sus atenciones, disfrutando por su íntima comunicacion con Dios aquellos dulces consuelos que dispensa el Señor á las almas abrasadas en las llamas del amor divino.

»Conservaba PEDRO en el pueblo de su nacimiento la casa que heredó de sus padres, y queriendo Dios conservarla por los méritos de su fidelísimo siervo, lo acreditó con un prodigio. Tenia llena de lino una pieza de la misma casa el inquilino que la habitaba, y habiéndole prendido fuego una criada movida del odio que tenia á su amo, aunque comenzó á arder el lino con la mayor actividad, no causó el más leve daño en aquella materia de tan fácil combustion.

»Seguia el siervo de Dios alternando con sus santos ejercicios y con el desmonte de la selva, y encendido como otro Pablo en deseos de disolverse de los vínculos carnales, para unirse con el soberano objeto que era el iman de todas sus atenciones, pidió al Señor con fervorosas oraciones que le concediese esta dicha, y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, le reveló Dios que le sacaria del destierro de esta vida mortal cuando produjese vino la fuente cristalina que

manaba cerca de la casilla que tenia en la selva, con la que regaba los árboles nuevos que plantó. Esperaba PEDRO el cumplimiento del celestial aviso, y habiendo enviado un criado que siempre tuvo en su compañía á que le trajese agua de la fuente, notó al tiempo de beberla que era vino. Conoció el Santo la significacion de este misterio; pero queriendo asegurarse más, vertió el agua del cántaro y volvió á enviar al criado á la fuente, siguiéndole para ver si con efecto cogia el agua de ella. Viólo así, y probándola segunda vez, experimentó igual sabor que en la primera. No le quedó duda entonces de que se acercaba la hora de su muerte, segun el anuncio que tuvo en la revelacion, y retirándose al pueblo del Barco para recibir los últimos sacramentos, murió despues de tres dias, en el 1.º de noviembre de 1135, segun el cómputo más arreglado.

»No tardó Dios en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: tocáronse por sí mismas las campanas, anunciando al pueblo el feliz tránsito de aquella alma dichosísima, y concurriendo todos los vecinos de Barco á la habitacion donde estaba el difunto, le hallaron rodeado de un resplandor celestial, logrando salud muchos enfermos con el contacto del santo cadáver. Voló la fama de estas maravillas á la ciudad de Ávila, que quiso apropiarse el santo cuerpo, á lo que se opusieron los vecinos de Barco. Convinieronse todos, para poner fin á la contienda, en que se pusiese el cadáver sobre una mula ó yegua ciega y que fuese de aquellos donde la mula parase. Ejecutóse así, y dirigiéndose el animal á Ávila entró en la iglesia de San Vicente mártir, y tocando con la mano en una piedra, dejó impresa la herradura en ella, y reventó inmediatamente. Convencidos todos á vista de este prodigio de que era la voluntad de Dios el que allí permaneciese, le dieron sepultura en la misma iglesia, donde se mantuvo por algunos siglos en el primer depósito, hasta que de él le trasladó D. Lorenzo Otabuo á un altar de-

centísimo, que hizo fabricar á sus expensas, con una efigie del Santo, en el que siempre se ha venerado por todos los vecinos de Ávila y de los pueblos de la comarca; y creóse la costumbre de que los clérigos de la iglesia de San Vicente, todos los sábados despues de visperas concurriesen al altar del Santo á cantar su conmemoracion. Para su culto concedió el santo rey D. Fernando en el año de 1252 los derechos de algunos pueblos, cuyo privilegio confirmaron D. Alfonso IX y X, y tambien D. Fernando IV, al mismo tiempo de hacer otras donaciones, en el año de 1302.»

SANTA GENIVERA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Esta Santa es una de las hermanas de Santa Marciana y Santa Librada, y la primera parte de su vida, hasta que huyendo del furor de su padre, abandonó el pueblo natal, puede verse en la página 74, vida de Santa Marciana, que no nos parece oportuno repetir aqui por no hacer inútilmente más voluminoso el tomo.

No hay detalles del resto de su vida: solo se sabe que perseguida por los gentiles mandados en su seguimiento por su padre, fué hallada y murió mártir confesando la fé en Jesucristo, y que la cuenta entre los Santos de su diócesi la iglesia de Tuy.

SANTA SILA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Tambien la iglesia de Tuy cuenta entre sus santos á SANTA SILA, que incluye en este dia el Calendario español, y de la cual no hemos encontrado más noticias ni mencion que la que se hace en la vida de las hijas de Lucio Catelio Severo, Santa Librada y hermanas: que fué la partera ó comadre que asistió á Calzia, á quien entregó esta las nueve niñas para que las arrojase al rio, y que como sabemos las conser-

vó haciéndolas cristianas, para que más tarde subieran á habitar con Jesus en el cielo.

SAN GONZALO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

Grande oscuridad hay acerca del tiempo en que gobernó la iglesia de Mondoñedo este santo Obispo, cuya noticia se conserva por tradicion en aquella diócesi. Sandoval en la historia de los cinco Obispos, página 247, coloca su memoria en el año 888, diciendo que este fué el Obispo que trasladó la catedral de Bretoña á San Martin de Mondoñedo; en contra de esto dice Florez en el tomo XVIII de la *España Sagrada* que no hubo tal traslacion de Bretoña á Mondoñedo, sino establecimiento de la iglesia Dumiense por el Obispo Sabarico, que habia muerto antes del año 877, en que presidia en San Martin el Obispo Rudesindo. Y como este prelado ocupó la silla todo el tiempo que faltaba de aquel siglo y algo del siguiente, no pudo colocarse SAN GONZALO en el año 888. Mucho menos podria en el de 850 en que le puso Luitprando, pues entonces no habia tal sede de San Martin de Mondoñedo, y mucho menos la de Valibria, cuyo título la da tambien, para cuyo establecimiento faltaban más de doscientos años.

No seria tan difícil fijar esta época si constase de quién era la armada que dicen haber destrozado este santo Obispo con el poder de su oracion. Sandoval juzga que la armada era de moros, los cuales á las órdenes del general Abdelhamuyt, con el designio de hacer daño en las costas de Galicia, llegaron á vista de Rivadeo y Vivero. Pero fué tan grande, dice, la tempestad, que todos perecieron, y con mucho trabajo se salvó el general con otros pocos. Túvose esto, añade, por milagro que Nuestro Señor obró por los méritos de don GONZALO, Obispo de Mondoñedo. Otros creen que las naves eran de los normandos, cuya llegada á la parte de Gijon y la

Coruña pone el cronicon de Sebastian en el reinado de don Ramiro I, esto es, hácia la mitad del siglo IX.

En todo el territorio de San Martin es célebre la memoria de este Obispo, y le tienen por Santo y le dan culto. Fundóse en lo antiguo una ermita en el sitio donde dicen haber sido el Santo acompañado del clero y del pueblo, y por su oracion se vieron sumergir las naves, sin quedar más que una que diese á los suyos esta nueva. Dista la ermita un cuarto de legua de San Martin: desde ella se ven muchas leguas de mar.

El sepulcro del santo Obispo no está en Lorenzana, sino en San Martin de Mondoñedo. Es de piedra tosca, algo elevado del suelo. Ponen sobre él una mesa de altar para decir misa; algunos Obispos han celebrado allí por especial devocion. La urna tiene tres llaves que guardaban el Obispo, su cabildo y el prior de San Martín. En el año 1648 la abrió el Obispo don Francisco de Torres, y halló el cadáver descarnado; pero los huesos unidos. Con el cadáver habia un báculo dorado, retazos de los ornamentos y un cingulo de oro y seda. Lo mismo se halló en otro reconocimiento que se hizo en el año de 1704.

DIA 2.

La Conmemoracion de los fieles difuntos, y Santa Eustaquia, Virgen y Mártir, *italiana*.

DIA 3.

San Valentin, Presbítero y Mártir, *italiano*, y

LOS INNUMERABLES MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Ennoblecida la ciudad de Zaragoza con todos los timbres que podia tener en lo civil, como ciudad que habia sabido atraerse las atenciones del mayor de los emperadores, quiso la Divina Providencia que tuviese otros timbres de superior clase, concediendo á sus ciudadanos tanta gracia, que no tu-

viese dificultad en verter su sangre por Jesucristo. La misma Reina de los ángeles, que segun el leccionario antiquísimo de aquella catedral, se dignó elegirla para su domicilio cuando todavía vivía en este mundo, parece que alcanzó de su Hijo que en aquella ciudad predilecta la compitiese particularmente el glorioso título de Reina de los mártires. Á estos pensamientos da lugar el número prodigioso de cristianos que tuvieron valor para sostener las verdades del Evangelio en presencia de los tiranos, y principalmente los mártires llamados Innumerables que celebramos este día, y cuyo mártirio, segun consta de unas actas del siglo VII, es en la forma siguiente:

Dominaban en el imperio romano Diocleciano y Maximiliano, tan unidos en la crueldad de sus leyes y en la impiedad de sus edictos como en la dominacion del imperio. Persuadidos de que la religion cristiana, que iba haciendo rápidos progresos, podria perjudicar á sus intereses y derribarles del trono, determinaron deshacerse de una vez de semejantes recelos, dando un golpe que acabase enteramente con los cristianos, y produjese en su pecho la tranquilidad. Expidieron, pues, un decreto, por el cual abolian todas sus iglesias, les prohibian las juntas privadas en cualquier pueblo sujeto al imperio, imponiendo pena de destierro á los contraventores, y llevando su crueldad impía hasta el extremo de que cualquiera pudiese ser demandante contra un cristiano, y quitarle la vida por sí mismo si persistia en su religion. Para este efecto expidieron ministros por todas las regiones y provincias, dándoles la instruccion de que primeramente llamasen á los cristianos á su tribunal, y probasen con blanduras, halagos y promesas atraerlos á dar incienso á los dioses, dándoles á conocer que en esto obedecerian á los emperadores, y se harian acreedores á sus beneficencias; pero si por el contrario eran pertinaces en permanecer en su religion, contraviniendo á los decretos de los emperadores, ex-

perimentarian el último suplicio por medio de los más exquisitos tormentos. Salieron por todas partes los crueles ministros acompañados de una turba de satélites conformes en todo á sus intenciones, y los más oportunos para la ejecución de los inicuos decretos. Señalóse entre todos Daciano, hombre perverso, de entrañas duras y de costumbres corrompidas, el cual, habiendo conseguido de los emperadores que le destinasen con esta comision á España, entró en ella como pudiera un sangriento lobo entrar en una manada de inocentes corderos. En cuantas ciudades estuvo, en todas dejó auténticas señales de su ferocidad sacrilega, dejando bañadas en sangre de cristianos las calles y las plazas, pero al mismo tiempo viendo con confusion suya que se arraigaba más y más el nombre de Jesucristo, y se multiplicaban sus adoradores.

Llegó finalmente á Zaragoza con el mismo espíritu diabólico que hasta allí le habia agitado, y con la esperanza de que exterminados los cristianos de aquella ciudad, que era mirada por todas sus circunstancias como el centro del cristianismo, les seria fácil conseguir otro tanto en toda la península. Con esta persuasión derramó la sangre de San Vicente, quien no solamente ilustró aquella ciudad con su martirio, en que se compitieron la astucia y la barbaridad de Daciano en inventar tormentos, y la fortaleza de Vicente en superarlos, sino tambien á la ciudad de Valencia, que fué glorioso teatro de su triunfo. A este martirio añadió el de diez y ocho ilustres varones, llamados Quintiliano, Matutino, Urbano, Fausto, Felix, Primitivo, Ceciliano, Fronton, Apodemo, Casiano, Públio, Marcial, Succeso, Genaró, Eubotó, Optato, Lupercio y Julio. Pareciéndole poco haber ensangrentado las manos en los robustos varones, extendió su crueldad á las doncellas, martirizando á la sagrada virgen Engracia, quien con un valor superior á su sexo sufrió que la rompiesen todo su cuerpo con tal inhumanidad, que la cortaron enteramente

un pecho, y en los garfios de hierro salió una parte del hígado, la cual guardaron los cristianos por mucho tiempo, y Prudencio asegura haberla visto él mismo.

Todas estas victorias que conseguían los cristianos del inicu juez, consternaban á este, y casi le reducían á la desesperación viendo frustradas sus esperanzas. Por una parte veía que los emperadores no podían quedar servidos según lo magnífico de sus promesas, y por otra advertía en los cristianos tal firmeza en su religión, tan fundada solidez en sus principios, y constancia tan invicta para sufrir los más horribos tormentos, que por todas partes le parecía imposible salir con lucimiento en su bárbara comisión. Por tanto, viendo que los medios comunes y usados producían débiles efectos, apeló á la astucia y al artificio; y á la mucha que tenía Daciano, juntó toda la suya el espíritu infernal que le animaba. Resuelto á poner por obra un diabólico proyecto que había meditado, y en que estribaba el último recurso de su ferocidad, llamó á todos sus soldados y ministros, y cuando los tuvo presentes, les habló de esta manera: «Por más que hemos hecho, oh valerosos soldados de nuestros invictos emperadores, para vencer, destruir y arrancar la superstición de los cristianos, y borrar si fuese posible de todo nuestro imperio tan infame nombre, vemos con dolor que nuestras diligencias, nuestros tormentos, y aun la misma muerte, lejos de intimidarlos y hacerlos mudar de parecer, no sirven de otra cosa que de confirmarlos en su superstición, y de hacer más visibles nuestra debilidad y su fortaleza. La sangre que derraman parece que tiene hechizos para multiplicar el número de cristianos y aumentar su constancia. No solamente los varones robustos, sino las tiernas y delicadas doncellas miran con ojos serenos dilacerar sus carnes, y cortar sus cuellos con la espada. Debemos ya estar persuadidos de que son débiles con esta casta de gentes todos los esfuerzos ordinarios. Yo he pensado un medio, por el cual podremos con-

seguir el universal exterminio de estos enemigos de nuestros dioses, y el completo servicio de nuestros príncipes; pero en este negocio, como en todos los de grande importancia, es el agente principal el secreto, que confío guardareis como devotos de los dioses y como romanos. Vosotros mismos conocéis que en esta ciudad se contiene una multitud innumerable de cristianos, á la cual seria imposible vencer acometiéndolos uno á uno, porque fortalecida su alma con no sé qué lisonjeras ideas de otra vida, desprecian los tormentos y nos desprecian á nosotros. El honor de nuestros dioses, lo sagrado de sus templos, y lo religioso de sus ceremonias, es para ellos burla y escarnio, y no podemos negar que verles perder la vida con tanta seguridad y alegría, nos estremece á nosotros mismos, y nos hace concebir una fuerza superior en sus opiniones. Por tanto, he pensado que todos mueran de una vez, y para que ninguno quede oculto, saldrán pregoneros por la ciudad publicando una sentencia capciosa, que teniendo parte de castigo y parte de condescendencia, llegue finalmente á ser creída. Publicaráse, pues, que á todos los cristianos libres ó esclavos, de cualquiera condicion, sexo ó edad que sean, se les concede ámplia licencia para que salgan de esta ciudad, y establezcan su domicilio en donde fuere su voluntad: con condicion de que en este recinto no haya de quedar ninguno que adore á Jesucristo. Este decreto será recibido por ellos con los brazos abiertos: se les obligará á salir por determinadas puertas, y á determinada hora. Entonces vosotros, oh soldados, estareis bien prevenidos de armas en lugares ocultos, y cuando tengais á vuestra discrecion aquella multitud inerme, saldreis de la celada, y acometeréis con denuedo, matando indistintamente, de manera que no quede uno vivo. Para lograr mejor este fin, luego que se haya verificado la salida de todos, mandaré cerrar las puertas de la ciudad, y de este modo, aquellos miserables que huyesen de vuestros aceros, no encontrarán en

ella asilo, sino que serán precisamente víctimas de vuestras espadas: de esta manera quedarán exterminados los cristianos, vengados nuestros dioses, y nuestros emperadores servidos.»

Un discurso semejante no podía menos de ser recibido con aplauso por una gente criminal y bárbara. Todos lisonjearon á Daciano con la oportunidad y grandeza del proyecto, y todos se ofrecieron á ser sus fieles ejecutores. Repartiéronse inmediatamente por la ciudad pregoneros que publicasen el decreto, el cual fué oído de todos los cristianos con suma complacencia, pensando que cesaba en parte la persecucion, y que en cualquier otro pueblo les seria permitido el libre ejercicio de su religion sacrosanta. Más cuidadosos de esto que de recoger los bienes terrenos que poseian, abandonaron sus casas inmediatamente, y salieron de la ciudad por las puertas occidentales, que eran las únicas que estaban abiertas. Causaba lástima ver una tropa tan innumerable de hombres y mujeres de todas las edades, que llenos de alegría caminaban á su parecer á un destierro, siendo cierto que tenian la muerte tan cercana. Los ancianos se daban prisa á andar, sustentando los trémulos miembros en robustos báculos, temerosos de que pudiesen hacer falta á los cristianos su madurez y sus consejos. Los jóvenes regocijados abandonaban sus casas, teniendo en más precio conservar la fé que habian recibido de sus mayores, que todos los tesoros del mundo. Las débiles mujeres, fortalecidas por una virtud superior á su sexo, iban con gusto, sin que los lamentos de los tiernos infantes que colgaban de sus pechos fuesen parte para quebrantar su entereza. De todos ellos se formaba una multitud tan innumerable, que no parecia sino que habia salido toda la ciudad de Zaragoza. Pero lo más admirable es que aquella santa multitud abandonase sus casas y sus haberes con tanto regocijo y alegría, que entre todos ellos no se oia otra cosa que aquel cántico de los ángeles: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus*

bonæ voluntatis. Al tiempo que iban cantando este dulcísimo himno, anegados todos en un gozo celestial, vieron los gentiles que habian salido todos los cristianos, y cumpliendo con la disposicion de Daciano, cerraron las puertas para que no pudiese refugiarse á ella ningun fugitivo.

Esta era la hora de los perversos, y la potestad de las tinieblas, y asimismo el momento que Dios habia destinado para completar la mayor victoria que vieron jamás los siglos. Iban los cristianos todos juntos complaciéndose mutuamente unos con otros, y dándose mil parabienes porque tenian la dicha de padecer por Jesucristo aquel destierro. Los aires resonaban con himnos dulcísimos de alegría, en que daban á Dios gracias por la libertad que ellos imaginaban de poder libremente emplearse en el ejercicio de su sacrosanta religion. Acechaban entre tanto desde sus escondrijos los sacrílegos ministros de Satanás, y cuando les pareció oportuno, salieron de sus celdas, como si fueran sangrientos leones, á cebarse en la sangre de tanto cordero inocente. Corren aquí y allí los desapiadados ministros imperiales esgrimiendo las espadas, y bañándose con la sangre de las sagradas víctimas. Á unos les cortan la cabeza, á otros les traspasan el corazon, y á otros les truncan y despedazan de mil diferentes modos. El anciano venerable exhala su débil aliento fortaleciendo á los demás, y exhortándolos á morir como verdaderos cristianos. El esposo muere en los brazos de la esposa, traspasándoseles una misma espada los dos corazones á un tiempo. El niño muere en los mismos brazos de su madre, y apenas ha mamado la leche de sus pechos, cuando ya está vertiendo sangre por Jesucristo. Jamás se ideó proyecto que lograrse su efecto más completamente, ni que fuese puesto por obra con mayor prontitud y perfeccion. En poco tiempo se vió todo el campo cubierto de cadáveres, y andar vagando los inícuos ministros con las espadas desnudas sin tener ya objeto alguno en que emplearlas. Quedó el inícuo juez sumamente ufano, pensan-

do que habia conseguido una grande victoria, y que habia exterminado de Zaragoza los cristianos de aquel modo. Pero su misma conciencia hacia traicion á sus deseos, y le hacia ver con una experiencia continuada que era más fácil que se le acabase á la gentilidad la tiranía para perseguir á los cristianos, que á estos constancia y valor para sufrir sus persecuciones. Asimismo habia visto con repetidas experiencias que los cristianos muertos de aquella manera eran como una semilla fecunda, que producía ciento por uno, y que sería muy posible que cuando él se imaginaba haber arrancado de Zaragoza las últimas raíces del Evangelio, estas se hubiesen quedado más profundamente asidas en los pechos de algunos cristianos ocultos. Temió, pues, que no faltarian algunos que recogiesen aquellos sagrados cadáveres, y depositándolos en lugares muy honrados y ocultos, les diesen un culto y veneracion que negaban á sus dioses.

Por esta causa inventó otro ardid no menos cruel é impío que el primero. Mandó que se juntasen en un monton los innumerables cadáveres de los esforzados soldados que habian dado su vida por Jesucristo, y poniendo al rededor de ellos la leña y combustibles necesarios, se hiciese una grande hoguera, de manera que quedasen todos reducidos á cenizas. Pero ni aun con esto descansaban los recelos de su corazon maligno. Habia usado de todos los ardidés que le habia sugerido su diabólica astucia para que no quedase cristiano con vida; tenia mandado que los cadáveres de los mártires se redujesen á polvo para impedir que pudiesen ser venerados; y no contento con esto, mal seguro todavía, manda que saquen de las cárceles los reos más facinerosos, y que matándolos, mezclen sus cuerpos con los de los cristianos, y así confundidos sean todos convertidos en cenizas. Lisonjeábase su infernal astucia de que siendo imposible la separacion de las cenizas de los cristianos y de los malhechores, los mártires quedarían sin culto por no exponerse al peligro de dar la misma

veneracion á las reliquias de los facinerosos. Ejecutóse este decreto impio; pero Dios, contra cuyo poder y sabiduria no hay consejo que prevalezca, aseguró para siempre el honor de los que le habian sacrificado su vida, con un prodigio que ha sido la admiracion de su siglo y de los que le han sucedido. Las cenizas correspondientes á las reliquias de los santos mártires se separaron de las de aquellos facinerosos que habian muerto por sus delitos, y de ellas se formaron unas masas de una blancura tan extraordinaria, que daban á entender muy bien la pureza de las almas que las habian habitado, y la inmarcesible de que ya estaban gozando en premio de su triunfo. El miedo con que entonces vivian los cristianos no les permitió otra cosa que el tomar con veneracion aquellas masas sagradas, y colocarlas en un lugar subterráneo en el campo, en donde estuvieron privadas del culto público todo el tiempo que duró la borrasca de las persecuciones. Restituida la paz de la Iglesia en tiempo de Constancio por los años del Señor 312, fabricaron los cristianos de Zaragoza una capilla subterránea en el mismo lugar en que anteriormente habian estado escondidos los cuerpos de muchos mártires, y las santas masas de los innumerables que sacrificó Daciano. Con el tiempo se edificó en este mismo sitio una iglesia con el título de las Santas Masas, á la cual fueron muy aficionados y devotos muchos santos Obispos de España, entre ellos San Eugenio y San Braulio. En la devastacion de España por los moros quiso la Divina Providencia que entre las iglesias que estos concedieron á los cristianos para el libre ejercicio de su religion, fuese una la de las Santas Masas. De esta manera los innumerables mártires de Zaragoza han recibido siempre el culto debido, y Dios ha manifestado por su intercesion á sus conciudadanos cuán gratas le son sus oraciones cuando le son presentadas por siervos tan amados.

SAN ERMENGOL, OBISPO DE URGEL.

SAN ERMENGOL, decoroso ornamento del orden episcopal, uno de los más célebres prelados que han florecido en la Iglesia de España, nació en la provincia de Cataluña de las ilustres familias que ennoblecieron este principado; pues según nos dicen algunos escritores, fué su padre D. Suñez, conde de Urgel, hermano de D. Borrel, conde de Barcelona, los que por D. Wifredo, llamado el *Belloso*, primer conde de Barcelona, que casó con Widinela, condesa de Flandes, traian su descendencia del emperador Carlo-Magno. Dieron sus padres á ERMENGOL una educacion tan propia de su piedad como de su distinguido nacimiento; y habiéndole buscado los más hábiles preceptores para que le enseñasen toda clase de bellas letras, como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos, así en las ciencias como en las virtudes. Abrazó el ilustre joven la carrera eclesiástica con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduría, haciéndose por lo mismo amar y respetar de todos.

Vacó la cátedra episcopal de Urgel por muerte de D. Psalla que sucedió por los años 996, y como las eminentes virtudes de ERMENGOL eran tan conocidas en todo el principado de Cataluña, se hizo la eleccion de sucesor del difunto en la persona del Santo, por consentimiento universal de todo el clero y pueblo. Aceptó ERMENGOL el ministerio, no con otro fin que el de ser útil á la Iglesia, y por lo mismo la nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor, y para que se dejase ver en ella como modelo de los prelados perfectos que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia: en efecto, su celo no podia ser más vivo ni más prudente, su caridad

más universal ni más benéfica, ni su solicitud pastoral más activa ni más dichosa.

Conoció el santo prelado el grande bien que resultaria á su iglesia en que se observase en ella la vida comun, y como sus deseos no eran otros que proporcionar todos los medios para lo mejor, la estableció en su cabildo, dejándola para que se mantuviese con decencia la villa de Guisona con su territorio, los castillos de Piedrarua, el de Fontaneda y el de Cornellau, con todas las posesiones pertenecientes á ellos; mandando en su testamento á los canónigos presentes y por venir, bajo la pena de excomunion, que despues de su muerte no comunicasen con el Obispo sin que jurase antes sobre el ara, de que no inmutaria la vida comun que habia instituido. Quiso tambien el ilustre prelado que el oficio divino se celebrase con magestad, que el templo estuviese ricamente adornado, y que todo lo que sirviese al altar fuese precioso, y para ello dió á su iglesia muchas riquezas, y le cedió por su última disposicion los predios que tenia en el condado de Ozona en Castell, Edral, Solsona, Alberaig, y en el lugar llamado Piedra.

Si era grande el celo que tuvo ERMENGOL por el culto divino y por el mejor estado de su iglesia, no fué menor su piedad para con los Santos, lo que se hacia sensible en todas sus acciones y en el respeto que les profesaba, especialmente á la Santísima Virgen, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Por lo mismo determinó ir en romería á Galicia á visitar las reliquias del apóstol Santiago, cuya peregrinacion no tuvo efecto por haberle sobrevenido la muerte.

Aunque todos los laudables hechos referidos hasta aqui bastaban para acreditar el alto concepto que todos tenían formado de la eminente virtud del ilustrísimo prelado, lo que más le granjeó el amor y la veneracion de su pueblo fué aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia por beneficiar á sus ovejas, procurando evitarles todos los daños,

lo que fué la causa de su muerte. Supo que no podian lós caminantes pasar sin grande peligro por el lugar llamado Var, á los confines de Urgel y Cerdaña, y movido de compasion, determinó abrir un camino y fabricar un puente para beneficio comun de todos. Fuése á aquel sitio áspero y montuoso con los artífices que habian de construir la fábrica, y para que esta se hiciese con la mayor brevedad, comenzó el santo prelado á trabajar con sus propias manos y á delinear la fábrica con su grande ingenio; pero fué Dios servido, por sus altos juicios, que estando sobre una viga se le fuesen los piés, y cayendo sobre unos grandes peñascos, se rompió la cabeza, de cuyo terrible golpe murió en el dia 3 de noviembre del año 1025, despues que gobernó su obispado, como verdadero sucesor de los apóstoles, por espacio de veinte y nueve años.

Luego que el clero y el pueblo de Urgel supieron la desgraciada muerte de su insigne obispo, pasaron llenos de dolor y sentimiento al lugar de Var, y conduciendo el venerable cadáver á su iglesia, le dieron sepultura al lado siniestro del altar mayor, llorando todos amargamente la pérdida de su santo prelado. Quiso Dios manifestar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos milagros, y amonestó á muchos en sueños que elevasen sus reliquias del primer depósito á lugar más digno; pero desentendiéndose del aviso celestial, ocurrió una escasez de lluvias tan suma, que apenas se conocia señal de yerba verde en los campos ni en los valles. Conoció entonces el pueblo de Urgel el misterio, y habiendo trasladado el cuerpo del Santo al lado derecho del altar mayor, les favoreció el Señor con lluvias abundantísimas. De allí se trasladaron últimamente las venerables reliquias al lado del altar de la Santísima Virgen, donde se mantienen actualmente, dejándose ver en todas las traslaciones las carnes del santo cuerpo tan frescas como si estuviese vivo, sin la menor corrupcion despues de tantos siglos. (Domenech, *Hist. Santos Cat.*)

DIA 4.

San Cárlos Borromeo, Obispo y Confesor, *Milanés*, y Santa Modesta, Virgen, *de Treveris*.

DIA 5.

San Zacarías, Profeta, y Santa Isabel, Padres del Bautista, *de Judea*.

DIA 6.

San Leonardo, Abad y Confesor, *Francés*.

SAN SEVERO, OBISPO Y MARTIR, ESPAÑOL.

De este santo é ilustre prelado hicimos mencion en la vida de San Emeterio, dia 3 de marzo, página 267 del primer tomo de este SANTORAL. Sábese únicamente de su ascendencia y del principio de su existencia que fué hijo de esclarecidos padres, que nació en Barcelona y que por sus virtudes y ciencias fué elevado á la silla episcopal.

Por los años del Señor 480, el cruel rey godo Eurico sitió la ciudad de Tarragona, habitada entonces por romanos, y á pesar de la valerosa resistencia de estos, fué tomada por asalto, siendo pasados á cuchillo todos sus moradores. Era Eurico arriano, como lo fueron todos los godos hasta la conversion al cristianismo del ilustre Recaredo en el año de 589, y como su índole sanguinaria no le permitia vivir á gusto sin derramar sangre, y no le quedaban romanos gentiles en quien contentar su ferocidad, dedicó sus iras á la persecucion de los cristianos. Nombró un comisionado con el encargo especial de exterminarlos, y le previno que comenzara por pasar inmediatamente por Barcelona á apoderarse del Obispo, que lo era á la sazón SAN SEVERO, y le obligase á abjurar la religion católica, ó le matara si se negase á ello. Súpose en Barcelona la feroz determinacion de Eurico, el nombramiento

del digno comisionado, y la sentencia contra el Obispo; y todos los amigos de este fueron inmediatamente á suplicarle que saliera al punto de Barcelona. Se negó al principio el Santo, diciendo que al frente de su diócesis debia esperar el peligro, y perder la vida si necesario fuera; pero á fuerzas de súplicas y reflexiones lograron que evitase el primer golpe, y procurara conservarse para enseñanza del pueblo y mayor bien de la cristiandad. Decidió, pues, salir de Barcelona, y eligió para retiro el castillo llamado Octaviano, situado donde despues se edificó el pueblo de San Cucufate. Solo y á pié emprendió el camino, y encontró á la orilla de este, sembrando habas en una de sus tierras, al cristiano Emeterio, que dejando el trabajo fué inmediatamente á saludar respetuoso y besar el anillo de su santo Obispo, ofreciéndole cuanto tenia y cuantos socorros le pudiera proporcionar. Aunque sumamente reconocido el obispo SAN SEVERO á la voluntad del labrador Emeterio, nada quiso aceptar, y le encargó que si los soldados y satélites del tirano pasasen por allí, y preguntaban si le habian visto y sabia á dónde iba, que dijese completamente la verdad, sin ocultarles que marchaba á esperar la voluntad del Señor en el castillo Octaviano. Se despidieron los dos Santos, y al ir á continuar su faena Emeterio, vió asombrado el milagro de que las habas que acababa de sembrar habian nacido y crecido extraordinariamente, estando ya en flor. Hincándose de rodillas allí mismo, dió al Señor las más fervorosas gracias por la anticipada y abundante cosecha que le proporcionaba, rogándole al mismo tiempo que protegiese la vida de su santo y querido prelado.

No habiendo hallado en Barcelona el comisionado de Eurico al Obispo SEVERO, y habiéndosele dicho que se habia fugado, aunque sin indicarle el punto á que se dirigia, mandó salir inmediatamente gente en su seguimiento por distintos caminos, y un grupo de soldados llegó á las tierras de Emeterio cuando él todavía continuaba orando de rodillas. Le

preguntaron los soldados que si habia visto al Obispo SEVERO, á lo que contestó afirmativamente, y habiéndole vuelto á preguntar cuánto tiempo hacia que habia pasado y á dónde se dirigia, les respondió que pasó por allí cuando él estaba sembrando las habas aquellas que veian en flor, y que se dirigia al castillo Octaviano. Como los soldados sabian que hacia poco que el Obispo habia salido de Barcelona, y Emeterio les decia que pasó cuando estaba sembrando aquellas habas tan crecidas, creyeron que se burlaba de ellos, le golpearon cruelmente, le hicieron echar delante y que les enseñase el camino del castillo, á donde llegaron y encontraron al Obispo. Condujeron á los dos Santos á un pueblo inmediato, al cual habia ido el comisionado de Eurico, y los mandaron que renegasen de su fé y adoptasen las creencias arrianas. Negáronse los dos, y en su virtud los azotaron cruelmente, poniéndolos en el más lamentable estado. Repitió el mandato el feroz satélite del tirano, y continuando constantes los dos Santos en la confesion de la fé, mandó á los verdugos que atravesasen la frente de SAN SEVERO con un grueso clavo y que degollaran á Emeterio, lo que se ejecutó en seguida, descansando en el Señor los dos gloriosos mártires el día 6 de noviembre, del año del nacimiento de Jesucristo 480, celebrándose en este dia la fiesta de SAN SEVERO, y la de San Emeterio el dia 3 de marzo.

DIA 7.

San Antonino, *Asiático*, y compañeros Mártires, y San Florencio, Obispo y Confesor, *Francés*.

DIA 8.

San Severiano, Obispo, y compañeros Mártires, *Italianos*.

DIA 9.

El Patrocinio de Nuestra Señora, San Teodoro, Mártir de

SANTORAL ESPAÑOL



Lit. de Escargito.

SAN DIEGO DE ALCALA

Ponto, San Sotero, y la Dedicacion de la Santa Iglesia del Salvador, en Roma.

DIA 10.

San Andrés Avelino, Confesor, *Italiano.*

DIA 11.

San Martin, Obispo y Confesor.

DIA 12.

San Martin, Papa y Mártir, de Todi, en Toscana.

SAN DIEGO DE ALCALÁ, CONFESOR, ESPAÑOL.

El quinto Santo de la clase de legos de San Francisco, declarado por la Iglesia, es San Diego, llamado de Alcalá por haber brillado admirablemente sus virtudes en esta ciudad, y muerto en ella. Vino al mundo en el año de 1406 en el pequeño pueblo del arzobispado de Sevilla, llamado San Nicolás del Puerto, siendo hijo de padres muy honrados, pero sumamente pobres. La total carencia de medios de instruccion que al principio del siglo XV habia en los pueblos pequeños de España, y la falta de recursos de sus padres para sostenerle en una capital de provincia, hizo que este Santo pasase su niñez y principio de su juventud sin recibir absolutamente más instruccion que la doctrina cristiana que le enseñaban sus piadosos padres, inspirándole constantemente el más profundo y decidido amor á la virtud. No necesitaba por cierto excitaciones para ello el ejemplar DIEGO, pues nació destinado por el Señor para ser patente y público modelo de cuantas virtudes pueden adornar á un Santo.

El hastío que le causaba el mundo, y su amor á la soledad y silenciosa contemplacion de lo divino, le hicieron tomar la resolucion de dejar su pueblo y retirarse al yermo para en él entregarse á la imitacion de los más santos anacoretas. No

lejos de San Nicolás del Puerto, pero en sitio fragoso y apartado del contacto de la sociedad, vivía en una ermita un virtuoso sacerdote entregado completamente á la oracion, á la penitencia y á la más constante mortificacion de su cuerpo; y siendo esta la vida que por excelencia apetecia DIEGO, se dirigió á la ermita y suplicó al sacerdote le recibiese en su compañía como discípulo de vida perfecta. Reconocidas por el solitario sacerdote las bellas prendas y disposiciones del jóven, le admitió gustoso en su compañía, proponiéndose hacer, como hizo de DIEGO, un perfecto siervo de Jesus y de su Santísima Madre. No se engañó el sacerdote al recibir al discípulo, pues en aquella soledad hizo DIEGO una vida la más santa, desprendida de todo afecto terrestre. Manteniase de limosna, y para evitar la ociosidad, el tiempo que le dejaba libre la oracion y los demás ejercicios espirituales lo empleaba en hacer cucharas, saleros y escudillas de madera que llevaba á los lugares circunvecinos, no recibiendo en pago de ello jamás dinero, sino provisiones ordinarias, y en poca cantidad.

El deseo de oír misa diariamente, frecuentar los sacramentos y adorar las imágenes colocadas en los altares, le inspiraron la idea de hacer vida religiosa en un convento, y se decidió por la órden de San Francisco, como la más pobre y de estrecha regla. Alimentando este deseo pasó algun tiempo, y habiendo sido su pensamiento de la aprobacion de su maestro el santo ermitaño, le puso al fin en ejecucion pidiendo el hábito, que le fué concedido sin la menor dificultad, en el convento de Arrizafa, situado á media legua de Córdoba.

Tanto por su falta de instruccion como guiado por su profunda humildad, ingresó para lego, para cuyo estado profesó al año de su ingreso en el convento con la más inefable alegría, dando al Todopoderoso rendidas gracias por haberle concedido una merced de la que se consideraba indigno. Desde luego cumplió con la mayor exactitud todas las prescripcio-

nes de la regla de San Francisco, y para no faltar en nada á ella por un olvido la aprendió de memoria y la repetía sin interrupcion diariamente antes de comenzar la oracion. Resplandecía en humildad, pobreza, mortificacion, caridad cristiana, siendo un completo modelo del Santo Patriarca. Entregóse de tal manera á la obediencia, que para él eran todos superiores suyos: veneraba en las órdenes de sus prelados las del mismo Jesucristo: obedecía á aquellos como obedecería á este, reconociendo que de la autoridad de este dimanaba la de aquellos. Era la voluntad de Dios su única regla, y nada quería fuera del orden de la suprema voluntad. Para él eran indiferentes todos los empleos: cualquiera ocupacion que trajese el sello de la voluntad de Dios, era para DIEGO del valor más estimable; pero sin este sello, por honorífica é importante que fuese para el mundo la ocupacion ó el cargo, ni le apetecía ni le apreciaba. Sus penitencias eran asombrosas, y su ayuno casi perpétuo. Trataba á su cuerpo con el mayor rigor, y no estaba contento mientras no le veía cubierto de sangre brotada de las heridas que en su carne hacían las disciplinas. Pareciéndole un día de invierno que se hallaba excitada su sangre con algun ardor de concupiscencia, se arrojó á un estanque de agua helada, permaneciendo en él hasta que le sacaron casi espirante. La pobreza absoluta que tanto encomendaba y practicaba el seráfico Padre San Francisco la amó y observó siempre DIEGO, de tal manera, que no tuvo otra cosa que el pobrísimo hábito que vestía, el rosario y un libro de oraciones. Pero en medio de esta absoluta pobreza, su infinita caridad para el prójimo encontraba medios de socorrerle con las limosnas que para él recogía, con la comida de que se privaba, con los sobrantes de la comunidad, y con dones que el Señor le proporcionaba para que pudiera remediar las privaciones de los pobres. Hallándose en el convento de la Saleda, había recogido un día los pedazos de pan que sobraron en el refectorio, y guardados

en la falda del hábito los llevaba para repartirlos entre los pobres: al salir del claustro llegó el guardian; llamóle la atención el bulto que ocultaba DIEGO, y le preguntó qué llevaba. Temeroso el Santo de disgustar al superior por haber tomado las sobras de la mesa sin su permiso, le contestó que flores; y habiéndole mandado el guardian que las mostrase, convirtió Dios los pedazos de pan en rosas y azucenas. Aseguran además algunos de sus historiadores que los conejos que había en la huerta atendían á su voz y á sus reprensiones, obediéndole en no entrar en los cuadros de legumbres que él les prohibía, y caminando por donde les indicaba para que no hicieran daño en lo sembrado.

Considerándole los superiores para más que para trabajo corporal, le enviaron á Canarias en compañía de Fr. Juan de Santorcaz á extender la luz del Evangelio entre los indios. Residió en Fuenteventura, donde fundó un convento, del que fué guardian, instruyendo en la regla de San Francisco á los que ingresaron en él, y que fueron de los primeros apóstoles que dieron á conocer el cristianismo en la Gran-Canaria. Innumerables fueron las conversiones que allí consiguió y los consuelos que llevó á las almas de los indios, en cuyo protector, padre y amparo se constituyó hasta el año de 1449 en que, con notable sentimiento de los naturales de aquel país, tuvo que regresar á la península llamado por sus superiores.

Al convento de Nuestra Señora de Loreto, distante tres leguas de Sevilla, fué destinado en seguida de su arribo á España, en el cual fué extraordinariamente admirado por el alto grado de perfeccion con que volvió adornado y el constante don de hacer milagros con que el Todopoderoso favorecía y distinguía á su amante siervo. Estando en Sevilla Fr. DIEGO, ocurrió que un muchacho, por huir del castigo de su madre, se escondió dentro del horno de su casa y se quedó dormido. La madre, sin imaginar siquiera que su hijo pudiera

estar en el horno, lo llenó de leña y lo encendió para caldearlo y cocer el pan. Despertó el muchacho con el calor de la llama: lloró, gritó, pero ya no era tiempo de poderle socorrer: el fuego era violento, se habia apoderado de todo el horno, y no era posible salvar la vida al chico. La afligida madre, desesperada de dolor, salió á la calle dando gritos como una loca y acusándose de homicida de su hijo, al tiempo que dispuso la Providencia que SAN DIEGO pasara por allí: consolóla como pudo, y enviándola á que hiciese oracion delante del altar de la Virgen, se fué derecho al horno con su compañero y seguido de innumerable gentío. Se habia consumido ya casi toda la leña: se acercó Fr. DIEGO á la boca del horno y llamó al muchacho, que con asombro general salió ileso, sin que ni en las ropas ni en sus carnes hubiera sufrido lo más mínimo. Era patente el milagro, del que fueron testigos innumerables personas, y el muchacho fué llevado á la capilla de la Virgen donde su madre estaba haciendo oracion por él. Vistiéronle de blanco los canónigos en reverencia de la misma Señora, y desde entonces se hizo muy célebre aquella capilla, concurriendo á ella gran multitud de fieles á implorar la proteccion de la Madre de los afligidos. Otros muchos milagros obró Dios y su Santísima Madre por conducto de SAN DIEGO, especialmente en enfermos, moribundos y desahuciados de todos los médicos.

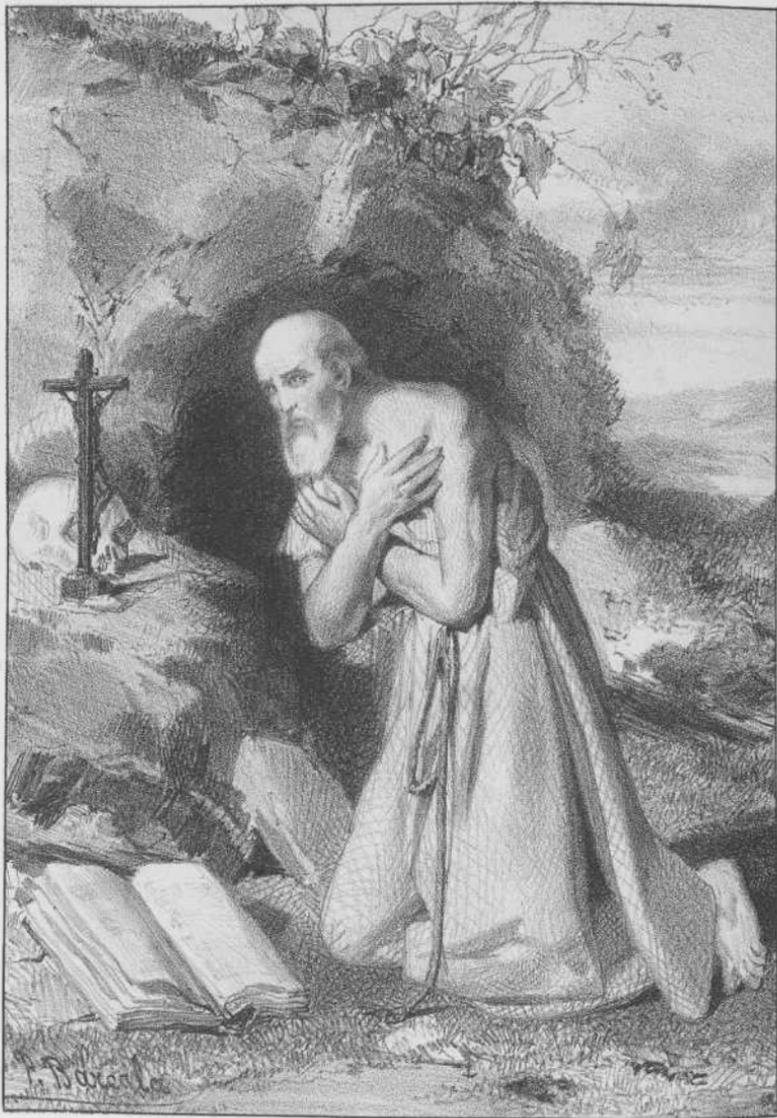
Al siguiente año de su regreso á España marchó en compañía de Fr. Alfonso de Castro á Roma, á donde acudieron tres mil ochocientos religiosos, y asistió á la canonizacion de San Bernardino de Sena. Vuelto á España, fué destinado al convento de Santa María de Jesus de Alcalá de Henares, fundado por el Arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo de Acuña, en el que moró hasta la muerte, edificando á la comunidad y al pueblo todo con su vida tan perfecta y ejemplar, que todos le llamaban el *Santo*.

Fué tan pacífico y de tan gran paciencia, que por más tra-

bajos, contrariedades y dolores que le acometiesen, jamás se le oyó palabra que manifestase enfado ni disgusto, ni su semblante reveló nunca impaciencia ni incomodidad. Con la misma dulce resignacion sufrió su última y dolorosa enfermedad, que fué una maligna apostema en un brazo, y conociendo muy pronto que se acercaba el fin de su vida se preparó con la mayor devocion y recibió con la más placentera y dulce alegría los santos Sacramentos. Poco antes de espirar rogó que llamasen al guardián y demás religiosos, y reunidos en su presencia les pidió que por amor de Jesucristo le diesen hábito, cuerda y paños menores para ser amortajado. Concedido, dió á todos las más profundas gracias, les pidió perdon con la mayor humildad, y tomando una cruz de madera que tenia sobre la cabecera, fijó en ella la mirada, y pronunciando en latin con admiracion de todos las palabras que canta la Iglesia en honra de la cruz, *¡dulce madero, dulces clavos! cruz adorable, que sola tú fuiste digna de llevar al Rey y Señor de los cielos y de la tierra,* espiró dulcemente en la noche del sábado 12 de noviembre de 1463, siendo sepultado en el mismo convento.

Imposible es en una obra de estas dimensiones hacer relacion de los portentosos milagros que Dios obró por conducto de SAN DIEGO, tanto en vida como despues de muerto, de que hacen mencion las crónicas generales del Orden de San Francisco, y que debidamente justificados constan en los procesos de su canonizacion. Desde el más desvalido menestral hasta los príncipes han recibido beneficios de este glorioso Santo. El príncipe D. Carlos, hijo del rey D. Felipe II, sufrió una horrible caída en las escaleras del palacio arzobispal de Alcalá, quedando sin sentido y con muy pocas esperanzas de vida. Llevaron inmediatamente á la cámara en que yacia exánime el príncipe el cuerpo de SAN DIEGO, y en el acto recobró los sentidos, mejorando tan rápidamente que á los pocos dias pudo ir por su pié á visitar la capilla

SANTORAL ESPAÑOL



Lit.^o de Escarpino.

SAN MILLAN

del Santo, y darlé las gracias. El rey D. Felipe, profundamente agradecido, con la mayor devoción é instancias suplicó á la Santa Sede activase la canonizacion de SAN DIEGO. Procedióse al exámen de los procesos, y resultando perfectamente probados los milagros y santa vida de Fr. DIEGO, fué canonizado en el año de 1588 por Su Santidad Sixto V, habiendo satisfecho el rey D. Felipe todos los gastos de la causa, los de edificacion de una suntuosa capilla, y los de un mausoleo para colocar el santo cuerpo.

SAN MILLAN, CONFESOR, ESPAÑOL.

San Braulio, Obispo de Zaragoza y discipulo de San Isidoro, escribió aunque concisamente la vida de SAN MILLAN, monje, llamado tambien Emiliano, de cuyo escrito y de los brevíarios antiguos de España resulta lo que copiamos á continuacion:

Fué SAN MILLAN de la tierra de Rioja; siendo mozo, era pastor: entreteníase como suelen los pastores en tañer un rabel, y con la dulzura de aquella música rústica aliviaba su trabajo y desechaba el cansancio de la soledad. Tocando el rabel se quedó un dia dormido, y el Señor le dió en el sueño tal gusto espiritual, que despertó con nuevo menosprecio de todas las cosas de la tierra y vivo deseo de las del cielo. Fuése luego al yermo en busca de un santo ermitaño, llamado Felix, que moraba en el desierto, para ser enseñado en aquella vida que queria seguir. Felix le enseñó, y mucho más el Señor invisiblemente, alumbrándole é inspirándole como á hombre que ya habia escogido para doctrina y ejemplo de otros.

Apartóse despues á vivir en una soledad, cerca del lugar llamado Birgegio; pero como era amigo de la quietud, y la mucha gente que iba á buscarle le estorbaba su santo reposo, determinó meterse más adentro, en lo más alto y más áspero de un monte, llamado entonces Destercio. En aquel

vermo perseveró cuarenta años, apartado del trato y comunicacion con los hombres.

No pudo esconderse tanto SAN MILLAN, que el resplandor de sus grandes virtudes no lo descubriesen y le hiciesen conocer. Tuvo noticia de su santidad Didimo, Obispo de Tarazona; mandóle llamar y casi por fuerza le ordenó de sacerdote, y le mandó sirviese en la iglesia de Birgegío. Obedeció, y comenzó á hacer su oficio con tanta exactitud y cuidado, procurando desarraigar de aquella iglesia la codicia de los clérigos, y los malos usos que de ella nacen, que algunos clérigos no le pudieron sufrir y le acusaron como hombre dissipador de los bienes de la Iglesia, delante del Obispo Didimo; el cual, creyendo fácilmente lo que le habian dicho, reprendió al Santo ásperamente, y como culpado le quitó el cargo de la iglesia. No se turbó con esta tribulacion SAN MILLAN; antes como árbol bien plantado, se arraigó más en la humildad y en la penitencia y en el deseo de darse más y más á la contemplacion y al sosiego de su alma; y así se retiró á un lugar cerca de Birgegío, y en él pasó el resto de su vida con mayor gusto y ansias de los bienes del cielo.

Llegó á cien años de vida; y para mayor merecimiento y corona suya, fué muy fatigado por la hidropesia y otras enfermedades. Un año antes de fallecer supo el dia y hora de su muerte, y aunque estaba por la edad y las enfermedades sumamente débil y consumido, aumentó las penitencias, ayunos y vigiliass, y dedicó más horas á la oracion. En la Cuaresma de aquel año le fué revelada por el Señor la destruccion de Vizcaya, que ocurrió despues, y avisó á los principales de aquella provincia el castigo que Dios iba á mandar sobre ella por sus pecados, para que los llorasen y con la penitencia aplacasen al Señor.

Un sacerdote llamado Abundancio, haciendo poco caso de lo que el Santo pronosticaba, le dijo: *Padre, ya con la edad,*

chochea. A lo que el Santo respondió: *Abundancio, tú serás uno en quien se confirmará mi verdad.* Y así fue.

Llegada su última hora, envió á llamar á un santo sacerdote amigo y familiar suyo llamado Asele, y en sus manos espiró, volando su pura alma al seno del Criador á gozar eternamente de la bienaventuranza.

Luego que se supo en Bergegio que había muerto, fueron á recoger el santo cuerpo y con gran devoción y solemnidad lo sepultaron en su iglesia, haciendo el Señor muchos milagros, para manifestar la gloria de su siervo el bienaventurado SAN MILLAN.

Todas las iglesias de España celebran su fiesta en este día.

Vivió SAN MILLAN siendo rey de los godos Atanagildo, por los años del Señor 554. Su cuerpo fué trasladado á un insigne monasterio de la Orden de San Benito, llamado SAN MILLAN de la Cogulla, que se fundó en el oratorio donde murió. Hay muchas parroquias en España de la advocación de SAN MILLAN: en la de Madrid se celebra su fiesta con gran solemnidad.

SAN ASELO, PRESBITERO, ESPAÑOL.

En este día coloca el Calendario español á este Santo, de cuya vida no encontramos detalles ni más noticias que haber sido español, paisano, amigo y familiar de San Millan, á cuya muerte asistió por haber sido llamado por él en sus últimos instantes. El presbitero SAN ASELO parece que fué el que corrió con el enterramiento y honores que se rindieron al santo cadáver de San Millan: que sobrevivió poco tiempo á este: que fué, como él, enterrado primeramente en la iglesia de Bergegio, y luego también trasladado al monasterio de San Millan de la Cogulla.

DIA 13.

San Estánislao de Koska, Confesor, *Polonés*, y San Homobono, Confesor, *Lombardo*.

SAN EUGENIO III, ARZOBISPO DE TOLEDO, ESPAÑOL.

SAN EUGENIO, tercero de este nombre en la silla arzobispal de Toledo, fué natural de esta ciudad. Sus padres, cuyos nombres no nos ha legado la historia, la cual solo dice que pertenecieron á las más distinguidas familias de España, que ocuparon los puestos más distinguidos y desempeñaron empleos muy honoríficos, se dedicaron con el mayor esmero á criar al niño sobre el sólido principio del santo temor de Dios, sin omitir diligencia alguna que pudiese contribuir á su mayor instruccion. Pero como el Espíritu Santo habia derramado con mano liberalísima muy particulares gracias en la dichosa alma de EUGENIO, tuvieron la satisfaccion de ver cumplido en él cuanto podian apetecer de sus deseos.

Dedicado EUGENIO á la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un ingenio excelente, de una eminente capacidad, y de una grande ambicion de adquirir sábios conocimientos, hizo en las ciencias admirables progresos y no menores servicios en la Iglesia real, por la que se entiende ordinariamente la de Toledo, á la que fué agregado desde sus más tiernos años. En efecto, su grande sabiduría y la justificacion de su conducta le adquirieron la estimacion general de todo el pueblo. Solo él vivia disgustado de su reputacion y del aplauso general, pues el deseo de atender únicamente al importante negocio de la eterna salvacion tenia para EUGENIO mayor atractivo que todas las lisonjeras esperanzas y ventajosas proporciones que el mundo ofrecia á su alto nacimiento y á sus relevantes méritos. Esta consideracion le hizo mudar de estado y buscar otro donde pudiese llegar á la perfeccion que deseaba. Para poner en ejecucion estas virtuosísimas ideas, y evitar el que alguno lo impidiese, huyó de su casa con el mayor sigilo, y se dirigió á Zaragoza, donde creyó que hallaria muchos objetos de piedad capaces de fijar su residencia. Allí abrazó la profesion

monástica en el célebre monasterio del Orden de San Benito, dedicado á Santa Engracia y gloriosos compañeros, en el que de nuevo se aplicó á formar su espíritu sobre las máximas de la perfeccion evangélica, siendo todas sus delicias la meditación y la lectura de los libros piadosos y sagrados. El ejemplo de tantos ilustres mártires, que hacían la mayor gloria de aquel célebre pueblo, le arrebatava frecuentemente, y le llevaba á contemplar delante de sus túmulos los triunfos y las coronas que merecieron, y encendiéndose en vivísimos deseos de imitar las virtudes que los dispusieron á recibir tan recomendable dicha, en esto pensaba con la mayor fruición y con la más profunda devoción.

Constituido en el servicio del culto divino y obsequio de los santos mártires, sin dejar el estudio, que siempre fué objeto de sus atenciones diarias, hizo en la piedad grandes progresos nada inferiores á las disciplinas eclesiásticas. Sobre la estimacion general del clero y pueblo se captó la de San Braulio, Obispo á la sazón de Zaragoza, bajo cuyo magisterio adelantó nuestro Santo considerablemente, tanto en doctrina como en virtudes. Eligióle por su arcediano aquel célebre prelado, y confesaba ingenuamente que en el trato y familiaridad de EUGENIO tenia todo su gozo y toda su complacencia, expresando además que era el único consuelo en los muchos trabajos de sus apostólicas tareas. Enfermó el santo Obispo á fuerza de sus constantes desvelos, y cargó toda la mision pastoral de la Iglesia de Zaragoza sobre los hombros de EUGENIO, quien dispensó todos los deberes del ministerio con tanta justificacion y con tanta prudencia, que apenas encontró elogios el mismo San Braulio con que recomendar su mérito en las cartas que escribió al rey Chindasvinto, acreditándolo así á mayor abundamiento, la fama de su eminente virtud, no solo en Zaragoza y su diócesis, sino en toda España.

Pasó á mejor vida Eugenio II, arzobispo de Toledo, é

inmediatamente pusieron los ojos todo el clero y el pueblo en nuestro Santo, bajo el concepto de no haber persona más digna que ocupase la silla primada de la nacion. Solo faltaba vencer su resistencia, pues por su profunda humildad se confesaba indigno de tan alto empleo, al paso que sentia con excesivo dolor dejar su amado retiro, centro de todas sus complacencias. Supo Chindasvinto la repugnancia del electo, y la de San Braulio en desprenderse de tan útil ministro, y despachó una estrecha orden para que sin dilacion se presentase en Toledo. Con cuánto sentimiento recibiese San Braulio aquel aviso se puede colegir por las cartas que escribió al rey, en las que protestó, clamó y suplicó para conseguir que desistiese de su determinacion, haciéndole presente que EUGENIO era el único consuelo que le habia quedado en su vejez, y que la mayor calamidad que pudiera suceder á la Iglesia de Zaragoza era la de su ausencia. Pero anteponiendo Chindasvinto el bien de la Iglesia de Toledo á todas las súplicas y lágrimas de San Braulio, reclamó como por derecho patrio á EUGENIO, que fué recibido en la ciudad régia con universal aclamacion, pues todos deseaban ya con impaciencia ver á su santo prelado, gloria y honor inmortal de su patria. Habia convocado el difunto Eugenio II para el concilio sétimo toledano á los Obispos de la provincia, y hallándose estos en Toledo, inmediatamente fué consagrado nuestro Santo, y fué uno de los que asistieron á aquella asamblea.

Colocado EUGENIO en la primera silla episcopal de España, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que de su eminente virtud y de su grande sabiduría habia formado el clero y el pueblo de Toledo; pues aunque era de una complexion y temperamento sumamente delicado, elevándole un celo verdaderamente apostólico sobre la resistencia de su naturaleza, llenó todos los deberes de su oficio pastoral con una vigilancia y con un fervor que le hacian parecer superior

á los hombres más robustos. No nos constan todos sus laudables hechos; pero por los grandes elogios, aunque con concisas palabras de sus dos insignes discípulos San Ildefonso y San Julian, ambos Arzobispos de Toledo, se acredita que fué un modelo de los prelados perfectos, que exige el Apóstol en la Iglesia de Jesucristo. «Sucedió á un Eugenio otro EUGENIO, escribe San Ildefonso; siendo este esclarecido sacerdote de la Iglesia real, se aficionó á la vida monástica, arribó con gran fervor á Zaragoza, allí se dedicó á los sepulcros de los mártires, profesó y siguió gloriosamente los estudios de la sabiduría, y el propósito de monje: de allí con violenta y poderosa mano fué arrebatado y colocado sobre la silla episcopal, en la que pasó una vida más llena de los merecimientos del alma que de fuerzas del cuerpo: era este delicado, escaso su vigor, pero grande y alentado el de su espíritu, con que consiguió la perfeccion de las letras y alcanzó la costumbre de las virtudes.»

Como el objeto principal de este eminente prelado fué siempre el culto divino, corrigió varios abusos introducidos en los oficios eclesiásticos por los maestros de capilla; compuso otros de nuevo con el mayor acierto, y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á la reformation de las costumbres de su pueblo, y á poner en el mayor orden las acciones eclesiásticas, distribuyéndolas segun la cualidad de las personas, procediendo con tanto escrúpulo en orden de éstas, que sin embargo de su gran sabiduría, consultó á San Braulio sobre las providencias que debía tomar con cierto prelado que entró en el ministerio por medios menos dignos, y con algunos diáconos que excedieron los límites en la administracion de los Sacramentos.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo celebrar varios concilios, que lo fueron el octavo, nono y décimo toledanos, en los que presidió tanto por la autoridad de su silla, como por su eminente sabiduría; acreditándose esta y su justifica-

cion en los cánones que se establecieron en aquellas célebres asambleas.

Dicen también algunos escritores que aprovechándose el santo prelado del celo que manifestó por la religion católica el rey Recesvinto, á quien ungió segun la costumbre de los godos, empenó toda su influencia en la conversion sincera de los judíos de España, los que ilustrados por sus continuos catequismos y sábios discursos, representaron al rey con ingenuidad, que aunque hasta entonces habian aparentado profesar la religion cristiana, en virtud del decreto de Chintila, habian sostenido en el interior su error, el que abjuraban persuadidos y convencidos por la doctrina y explicaciones de EUGENIO.

No robaron al Santo tanto el tiempo sus fatigas apostólicas que no le diesen treguas para la contemplacion, para otros ejercicios santos y para el estudio de las ciencias, con el fin de que aprovechase á muchos la ilustracion de su doctrina. Así lo acreditan las obras que compuso en verso y prosa, que pueden verse en la magnífica edicion hecha con excelenté critica por el Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, Arzobispo de Toledo, en el año 1782. Memorable entre ellas la correccion del poema del doctísimo Draconcio, con el título de *Exameron sobre los seis primeros dias de la creacion del mundo*, añadiendo las sentencias que ilustraban el dia sétimo que faltaban al lleno de aquel asunto, con tal ciencia, que salió más hermoso de la mano del corrector que de la del primer autor del pensamiento. También compuso un precioso libro acerca de la Santísima Trinidad, el cual nos robó el tiempo, en el que trató el misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad, y con estilo tan superior, que dijo de él San Isidoro que era digno de enviarse al África y á la Grecia, señalando estos dos puntos, tanto porque en ellos florecian por entonces varones eminentes, cuanto porque en ellos restaban algunas reliquias de la he-

reja arriana, contra cuyo error se dirigia principalmente el escrito. Finalmente, cargado EUGENIO de años y merecimientos, murió en la muerte de los Santos el dia 13 de noviembre del año 657, segun el más arreglado cálculo, despues de haber regido el obispado desde el otoño del año 646, asi doce años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, y sobre su túmulo se puso el epitafio que él mismo habia compuesto en ocho versos cuyas letras iniciales forman su nombre, indicando los finales la miseria de esta vida, prueba de lo presente que tuvo siempre la muerte. Su sobrino y sucesor San Ildefonso añadió á aquel epitafio otro tambien en verso, cuya traduccion en prosa es la siguiente: «Aquí yace el venerable cuerpo del gran prelado EUGENIO, el cual ilustra al templo de Santa Leocadia: fué monje, y cuando más huia de la sombra de los mortales, fué electo pontifice del orbe de Toledo. Su vida fué bienaventurada, sus costumbres purisimas sin alguna mancha. Emulo de Isidoro é imitador de Leandro.»

DIA 14.

San Serapio, Mártir, *Inglés*, y San Lorenzo, Obispo, *Irlandés*.

SANTA TRAHAMUNDA, VIRGEN, ESPAÑOLA.

En el tiempo que Córdoba estaba dominada de los moros, fué llevada cautiva á aquella ciudad una doncella de Galicia llamada TRAHAMUNDA, criada en las cercanias de Pontevedra, y á lo que se echa de ver religiosa del monasterio de San Martin, que estaba junto á esta villa. Llevaba con ánimo pacífico los trabajos de la esclavitud; desconsolábala únicamente el vivir entre gente enemiga de Cristo. Esta pena le sacaba las lágrimas á los ojos; echaba de menos el culto con que en su tierra era honrado el verdadero Dios. Doblóse en su ánimo esta amargura la vigilia de San Juan, acordándose

de la muy alegre fiesta que al santo Precursor se hacía en el monasterio de benedictinas de San Juan de Poyo, distante quinientos pasos del suyo. Y decía: «¡Oh Señor y Dios mío! ¡quién se hallara mañana en San Juan de Poyo, para gozar de las dulces festividades de tu casa, y alabar en tus Santos tu bendito nombre!» Atendió el Señor la súplica de su sierva. De improviso fué arrebatada en espíritu, y amaneció á las puertas del monasterio. No acababa ella de creer lo que le sucedía; deshaciase en lágrimas, y á voces publicó delante de aquel gran concurso la misericordia de Dios. Dicese tambien que un palo seco de palma que traía en las manos le plantó junto al monasterio y prendió, y creció de él una hermosa palma que fué conservada hasta los años 1578. Esto se apoya únicamente en la tradición.

Luego volvió TRAHAMUNDA á su casa de San Martín, donde vivió santamente y murió en el ósculo del Señor. Allí permaneció su cadáver aun despues de destruido el monasterio de San Martín, hasta que el reverendísimo padre Alonso del Corral, maestro general de la Orden de San Benito, dispuso que le trasladasen á la sacristía de San Juan de Poyo.

DIA 15.

San Eugenio I, Arzobispo y Mártir, Patron de Toledo y su arzobispado (1), y San Leopoldo, *Austriaco*.

DIA 16.

San Rufino y compañeros Mártires, *Romanos*.

DIA 17.

Santa Gertrudis la Magna, *Sajona*, y SAN ACISCLO y SANTA VICTORIA, hermanos, MÁRTIRES ESPAÑOLES (2).

(1) No hay noticia segura del punto en que nació.

(2) Véase su vida en la página 329.

SANTA VICTORIA, VIRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Esta Santa es una de las hermanas de Santa Marciana y Santa Librada, y la primera parte de su vida, hasta que huyendo del furor de su padre abandonó con sus hermanas el pueblo natal, puede verse en la página 74, vida de Santa Marciana, que no juzgamos deber repetir aquí por no hacer inútilmente más voluminoso el presente tomo.

No hay más noticias del resto de su vida: solo se afirma que perseguida por los soldados de su padre, fué encontrada y murió martir confesando la fé en Jesucristo, y que la cuenta entre los Santos de su diócesi la Iglesia de Tuy.

DIA 18.

San Máximo, Obispo de *Maguncia*, y San Roman, *Sirio*, Mártires.

DIA 19.

Santa Isabel, Reina de *Hungría*, viuda.

SAN CRISPIN, OBISPO Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

Varios martirologios hacen mencion de este santo español, Obispo de Astigi, hoy Écija, que vivia á fines del siglo tercero, pero sin dar ninguno más noticias que las que dejó el Obispo Aquilino, que son los siguientes y á las que nada podemos añadir:

CRISPIN, Obispo y mártir en la ciudad Astiagense, el cual, siendo Obispo de aquella ciudad, y predicando la fé cristiana fué cogido por los gentiles, y amonestado que sacrificase á los ídolos; pero como de ningun modo condescendiese, logró la corona del martirio, siendo degollado en el dia 19 de noviembre.

DIA 20.

San Felix de Valois, Confesor y Fundador, *Francés*.

BEATO FRANCISCO DE POSADAS, CONFESOR.

Corría el primer tercio del siglo XVII, y contentos y felices vivían en Lama de Arcos, pequeño lugar en Galicia, obispado de Orense, Estéban Martín Losada y su mujer María Fernández Pardo y Posadas, gozando de las consideraciones de sus vecinos, no tanto por su riqueza, aunque poseían una regular fortuna, cuanto por sus bondades y por ser ambos descendientes de familias que habían dado diferentes hombres distinguidos en armas y letras.

La separación de Portugal de la España llamándose independiente, y la aclamación del duque de Braganza, elevado al trono de aquel reino con el nombre de Juan IV *el Afortunado*, produjo la guerra entre este y D. Felipe IV, rey de España á la sazón. Un cuerpo de tropas portuguesas entró por Galicia robando y talando cuanto encontraba al paso, y llegando á Lama de Arcos le prendió fuego, dejándolo completamente reducido á cenizas. Sus moradores, que habían huido al divisar el ejército portugués, contemplaron desde lejos con el más profundo dolor la completa destrucción de sus fortunas, y cada cual, con el dinero y efectos que había llevado consigo, marchó á guarecerse en el punto que le pareció más conveniente.

Estéban y María, que como sus convecinos habían perdido toda su fortuna, y habían visto desaparecer su casa entre las llamas, marcharon á Córdoba, y con el dinero que habían salvado se dedicaron al comercio de lienzos y paños.

Á pesar de sus pocos conocimientos mercantiles, la fortuna les ayudó, y vivían muy desahogadamente sin más disgusto que no tener un hijo, pues aunque María había dado á luz algunos, todos morían á los pocos dias de nacer.

Hallándose en cinta en el año de 1644, hizo una novena á la Virgen de la Fuensanta, venerada en un antiguo santuario inmediato á la ciudad, y ofreció á la Virgen que si

la concedía un varón y de larga vida, le haría religioso de Santo Domingo y celebraría la primer misa en aquel santuario.

El día 25 de noviembre del referido año dió Maria felizmente á luz un robusto niño, que fué bautizado con el nombre de FRANCISCO el día 4 de diciembre en la iglesia parroquial de San Andrés.

Con el esmero que es de presumir crió á su tan deseado hijo el feliz matrimonio, extasiándose con las infantiles gracias del tierno FRANCISCO, que nació y creció con un carácter sumamente bondadoso y sufrido. Las piadosas costumbres de los padres, la continua asistencia á los templos, y sus devotos rezos en casa, inspiraron desde luego en la mente del niño la más decidida afición á las cosas de la Iglesia, y muy pequeño todavía, su constante ocupacion era hacer altares, hábitos y casullas de papel, con las que se revestia é imitaba las ceremonias que veia practicar á los sacerdotes.

Tenia una memoria tan feliz que retenia casi textualmente los sermones que oia, los cuales repetia despues en su casa, haciendo el púlpito con sillas, y teniendo por auditorio á varios amigos de su edad que le acompañaban en sus piadosos entretenimientos. Repetidas veces se paraban las gentes á la puerta de la tienda para oir al pequeño predicador, y asistian con frecuencia á las reuniones de los niños, cuando habia de predicar FRANCISCO, los caballeros D. Luis y D. Baltasar Fernandez de Córdoba, hijos de D. Diego, vizconde de la Puebla.

Creó FRANCISCO una hermandad de cuarenta niños, y no siendo bastante capaz su casa para reuniones tan numerosas, les dió una sala en la suya, calle de San Pablo, D. Juan Muñon Castellano, que hasta su fallecimiento fué uno de los más constantes admiradores del jóven FRANCISCO DE POSADAS.

Todos los cuarenta niños que componían la hermandad fueron religiosos, aunque de diferentes órdenes.

Sin amenguar su amor á la religion y su predileccion por las cosas de la Iglesia, fué cambiando con la edad el carácter de FRANCISCO, haciéndose muy vivo de genio, impresionable y propenso á travesuras, aunque sin traspasar los límites de la moral ni de la caridad.

La fortuna volvió la espalda por este tiempo á los padres de FRANCISCO; perdieron su capital y tuvieron que descender á poner un puesto de frutas y legumbres en la plaza de San Salvador, al lado de la puerta del convento de San Pablo. Esta desgracia afectó tanto al padre de FRANCISCO, ya bastante anciano y delicado de salud, que al poco tiempo de constituirse en vendedor de plaza, falleció casi repentinamente. La madre, por encontrar ayuda en su pobre estado y poder auxiliar mejor á su hijo para que siguiese estudios, al año de la muerte de su primer esposo se casó con Juan Perez Cerezo; pero se engañó en su cálculo en cuanto á su hijo, porque el padrastro, hombre de carácter muy duro y muy poco apegado á ciencias, dijo terminantemente que no quería mantener á FRANCISCO para que no hiciera más que leer libros: que era preciso que trabajase y se ganara el pan, para lo cual le puso á aprender el oficio de cordonero en casa de un maestro de carácter tan duro y despótico como él.

FRANCISCO, constante en su propósito de seguir la carrera de la Iglesia y llegar á ser religioso del orden de Santo Domingo, no tenía el más pequeño apego ni aficion á ningún oficio ni arte, y no avanzaba ni un paso en el oficio; esto unido á la dureza de carácter del maestro producía serios disgustos al aprendiz, que diariamente sufría reprensiones y golpes que toleraba con tan ejemplar paciencia y resignacion, que le captaron la voluntad de toda la familia del cordonero, y hasta la de los operarios del taller, á pesar de que en nada

apenas les ayudaba. Convencido al fin el maestro de que ningún partido sacaría de FRANCISCO como artífice, y habiéndole inspirado compasión su paciencia y sufrimiento, determinó influir para que consiguiese su constante deseo de estudiar, y habló á su madre y á su padrastro. La primera tenía igual deseo que su hijo; pero el padrastro se negó á admitir á FRANCISCO en casa si no trabajaba para ganar el sustento. Continuó, pues, el jóven en casa del maestro cordonero; pero puesto este de acuerdo con la madre, hicieron varias diligencias para buscar á FRANCISCO una colocacion que le permitiese estudiar, y lograron que le tomase á su servicio particular un religioso del convento de San Pablo, llamado Fr. Miguel de Villalon, colocacion la más grata que podia darse á FRANCISCO por reunir todas las condiciones que apetecia.

Entró, pues, en el convento contando quince años de edad, y desde luego comenzó á estudiar bajo la dirección del religioso. Tanto este como todos los demás de la comunidad distinguieron con el mayor afecto al jóven, que se esmeraba en complacer á todos, y muy especialmente á su inmediato protector.

La muerte de su padrastro y una enfermedad de su madre obligó á FRANCISCO á dejar el convento para asistir á la autora de sus dias. Con el celo y cariño más profundo la asistió durante la enfermedad y en su larga convalecencia; y renunció á volver al convento por acompañar á su madre, especialmente de noche, pues por el dia apenas se veian. La fortuna habia llevado á Maria á tan pobre situacion, que ni pudo conservar el puesto que tenia en la plaza, dedicándose para ganar su sustento y el de su hijo, mientras estudiaba, á vender huevos por las calles y casas desde que amanecía hasta el oscurecer.

En este triste y penoso género de vida continuaron algunos años madre é hijo, y teniendo este ya sobrada edad para

entrar religioso; hicieron diligencias para su ingreso en el de San Pablo, donde comenzó á estudiar; pero á pesar del interés que se tomó en su favor el religioso Fr. Miguel que le tuvo á su servicio, la comunidad se opuso al ingreso del hijo de la *vendedora*, como le llamaban, porque creían que era rebajar la orden admitir en ella á un joven de tan pobre clase.

Viendo que cuantos ruegos y gestiones se empleaban eran inútiles, y decidido Fr. Miguel de Villalon á proteger al joven por cuantos medios pudiera, escribió una carta confidencial al prior del convento de la misma orden llamado de Scala-Celi, en Sierra-Morena, para que con sigilo admitiese á FRANCISCO. Llevó esta carta al prior, el cual, queriendo complacer al religioso del convento de San Pablo, pidió licencia al provincial para admitir de novicio á FRANCISCO DE POSADAS, sin decir nada de la profesion de la madre. El provincial acordó la licencia, y el día 23 de noviembre de 1662, á las diez de la noche, tomó FRANCISCO el hábito de Santo Domingo, saliendo en aquella misma noche para un convento de Jaen, donde debia hacer el noviciado.

El prior del convento de San Pablo de Córdoba tuvo confidencia de lo que ocurría, y en el mismo día 23 dispuso que dos religiosos se presentasen en el convento de Scala-Celi é impidiesen la toma de hábito; y si se había realizado ya, que condujesen á FRANCISCO á su presencia. Pero los religiosos llegaron tarde: FRANCISCO había salido ya para Jaen.

El prior de San Pablo no desistió por esto, y escribió al provincial representándole en nombre de la comunidad contra la permanencia de FRANCISCO DE POSADAS en la orden; pero habiéndose hecho una informacion de los antecedentes de la familia del novicio, ordenó el provincial que corriera el noviciado y pudiera profesar á su debido tiempo, cuyo acto tuvo lugar el día 25 de noviembre del siguiente año, en el convento de Santa Catalina, mártir, de Jaen.

Desde este convento volvió al de Scala-Celi, y despues

marchó al de Sanlúcar de Barrameda, en el cual asistió á la mision que fué á hacer á Andalucía el padre jesuita Tirso Gonzalez, catedrático de teología de la universidad de Salamanca, desde cuya época se hizo Fr. FRANCISCO tan austero y penitente, que fué hasta el fin de su vida la admiración de cuantos le conocian.

Habiendo continuado con gran aprovechamiento sus estudios, y hallándose con los conocimientos y edad competente para ser elevado á la dignidad sacerdotal, le confirió las sagradas órdenes el Obispo de Guadix, D. Fr. Diego de Silva y Pacheco, el dia 22 de diciembre de 1668, y en cumplimiento de la promesa hecha por su madre á la Virgen de la Fuensanta, marchó con licencia de sus superiores á celebrar la primera misa en el santuario de aquella Virgen, asistiéndole como padrino su primer protector, el religioso del convento de San Pablo, Fr. Miguel de Villalon, y sirviéndole el agua para el lavatorio el Sr. D. Andrés Fernandez de Córdoba, señor de Zuheros.

Moró algun tiempo en el convento de San Pablo de Córdoba, dedicado al pulpito y al confesonario, y volvió al convento de Scala-Celi, habiéndole encargado el hospital-hospedería de este, llamado entonces de San Bartolomé, y conocido despues con el nombre de *Hospitalico del Padre Posadas*.

Su penitente y ejemplar vida, su talento y elocuencia, y la dulzura y humildad de su trato le hicieron tan general y ardientemente querido del público, que excitó la envidia y los celos de varios religiosos de su órden, de los cuales sufrió duras persecuciones. Quitáronle el hospital y marchó á predicar á los trabajadores forzados de las minas de Almaden, logrando en muy poco tiempo inspirarles la más santa resignación, y despertando en ellos el puro amor á la divinidad y perfecta conformidad cristiana, con lo cual vertió el más dulce bálsamo de consuelo en aquellos lacerados corazones.

Desde Almaden llevó su apostólica voz á Chillon y otros varios pueblos, regresando á Scala-Celi, y volviendo á hacerse cargo del hospital.

Fué elegido dos veces prior y otras tantas presentado para Obispo; pero no hubo medio de conseguir que aceptase ninguno de ambos cargos, á pesar de haberse empeñado en ello las personas más influyentes y distinguidas de Córdoba, todas las cuales le respetaban y amaban á porfia por los grandes bienes que había hecho á la moral y públicas costumbres con su predicación, con sus consejos y con su ejemplo.

Era enemigo de la representación de comedias por la licenciosa manera con que se ejecutaban, y se propuso conseguir la prohibición de ellas en Córdoba. Principió sus gestiones, y encontrando oposicion por el ayuntamiento, habló al Cardenal D. Fr. Pedro de Salazar y al conde de Oropesa, para que le ayudasen en su propósito; y habiéndose prestado estos señores á complacer á Fr. FRANCISCO DE POSADAS, hicieron la peticion en forma; pero el ayuntamiento se negó manifestando que, pagando los comediantes ciertos derechos á la ciudad, destinados para obras de caridad y otros gastos muy piadosos y beneméritos, la ciudad tendria un perjuicio notable con la prohibición de las comedias, y que además no encontraba bastante motivada la peticion cuando se permitian iguales espectáculos en la corte, en Valladolid y en Granada.

No parecieron á Fr. FRANCISCO bastante fuertes estas razones para la oposicion de la ciudad á prohibir las comedias en Córdoba, y determinó presentarse en el cabildo, cuando estuviesen reunidos todos los miembros que le componian, y exponer ante ellos las razones que él tenia para pedir la prohibición.

Llevó á cabo su propósito, y parécenos conveniente, en lugar de referir el acto, insertar el testimonio que de él libró el secretario del cabildo, que á la letra dice así:

«D. Manuel Fernandez de Cañete, escribano mayor del ayuntamiento de la muy noble y muy leal ciudad de Córdoba, doy fé: que en el que la dicha ciudad, justicia y regimiento de ella celebró á 8 de octubre de 1694, entre otras cosas que en él se trataron, pasó lo siguiente:

»En este cabildo dió noticia Pedro Ramirez de Aguilera, fiel y portero mayor del cabildo de la ciudad, que en la ante-sala estaba el Ilmo. y Rmo. P. Presentado Fr. FRANCISCO DE POSADAS, del Orden de predicadores de nuestro padre Santo Domingo, electo Obispo de Alger, en la isla de Cerdeña, que venia á dar una embajada á esta ciudad; y habiendo oído, acordó saliese, como en efecto salió, á recibir á su ilustrísima toda la ciudad hasta la puerta de la sala, excepto el señor corregidor y los dos caballeros de sus lados, que se quedaron en sus asientos, y volvieron á entrar acompañando á S. I., que se sentó al lado derecho de la justicia, después del caballero Veinticuatro más antiguo.

»Y sentado, propuso diferentes razones convenientes á excusar el uso de las comedias por ser muy perniciosas para la república, cuya proposicion la autorizó con graves razones dignas de toda ponderacion; y habiendo concluido, respondió S. S., el caballero Veinticuatro más antiguo, que la ciudad estimaba en mucho su proposicion; que sobre su contenido haria su acuerdo, y determinaria lo que más fuese del servicio de Dios Nuestro Señor, y salió con el mismo acompañamiento que habia entrado; y con efecto la ciudad acordó llamar á cabildo general para el día 11 del referido mes, para en él ver la proposicion del Ilmo. y Rmo. Padre Fr. FRANCISCO DE POSADAS y resolver lo más conveniente al servicio de Dios y del rey; y que los escribanos mayores del cabildo viesen á S. I., á fin de que la proposicion verbal que habia hecho, la diese por escrito.

»Y en el cabildo general que se celebró en el dicho día 11 de octubre de 1694, D. Roque de Carrasquilla, escribano

mayor del cabildo, dió noticia como en cumplimiento de lo acordado por S. S. la ciudad en el cabildo antecedente habia pasado á ver al Ilmo. y Rmo. P. Presentado Fr. FRANCISCO DE POSADAS, á quien habia pedido en nombre de esta ciudad, que la proposicion hecha en el dicho cabildo la diese por escrito, para ponerla en el libro capitular, á que respondió que lo haria y traeria en persona á esta ciudad; en cuya ejecucion se hallaba S. I. en la antesala, y en su vista pasó, y se escribió lo siguiente:

«La ciudad, habiendo oido lo referido, acordó entre en este ayuntamiento, para lo cual le salga á recibir toda la ciudad, como con efecto salió hasta la puerta de la sala capitular, excepto el señor corregidor y los dos caballeros de sus lados que se quedaron en sus lugares, y volvieron á entrar acompañando á S. S. dicho Rmo. P. Presentado Fray FRANCISCO DE POSADAS, que se sentó al lado derecho del señor corregidor, despues del caballero Veinticuatro más antiguo; y sentado hizo su proposicion en la forma siguiente:

«Señor: *Habiéndome V. S. hecho la honra y permitido en dos cabildos que presentase una súplica en orden á que no admitiese la ciudad el entretenimiento de las comedias, y mandádome que diese por escrito las razones que una y otra vez propuse á V. S., lo hago rendido á tan justa obediencia. Dije, señor, que las comedias (omitiendo las citas de autores y autoridades) son para muchos de los que las oyen un maleficio amatorio, encantador y hostil, cuyas consecuencias se dicen sin decir las, se creen sin proponerlas, y se sienten sin llorarlas, por lo cual han sido desterradas de España en tiempo de los godos. Como hoy se representan, no pueden llamarse indiferentes, porque están vestidas de circunstancias tan malas que las hacen declaradamente viciosas. Allí sale la mujer en troge de hombre, disfraz prohibido. Allí se profanan los hábitos que visten los Patriarcas. Allí se dan lecciones amorias. Allí se están ociosas las mujeres de la república, faltando al recogimien-*

to y cuidado de sus casas. Allí se ocupan largas temporadas las justicias, faltando á los despachos civiles y criminales del pueblo, dejando sin centinelas las calles. Allí se hacen ó se mueven muchos juicios temerarios, contra el crédito de muchas personas; que los movimientos naturales los atribuyen á malicias, saliendo de no depravadas intenciones. Allí se regocija el ojo cuando se suele cegar el alma, se alegra el oído cuando queda el espíritu á lo mejor sordo. Allí coge la noche con confusion, donde las sombras no son para el conocimiento de lo que ellas son mayores luces.

»Dije, en fin, señor, que si llegara á esta república la peste y pidiese entrada, prometiendo no contagiar á nadie, y ofreciendo limosna por la entrada para algunos hospitales, no habia de ser admitida por la contingencia. ¡Con cuánta más razon deben ser expelidas las comedias, aunque no contagien, porque son, como dice San Isidoro, la peste de la república, y pueden apestar! Omíto, señor, otras muchas razones que pudiera decir; porque la súplica no la hace eficaz el cuerpo, sino la sustancia, y V. S. no se mueve por el bulto que tiene lo que se dice, sino por la razon que se lo representa, que aunque á los oídos parezca pigmea, á los entendimientos es gigante, que cautiva sin violencia. Esto dije, porque V. S. me honró dándome su oído, y esto dije porque la ciudad me favorezca con su acuerdo, siendo mia la representacion, de Dios la causa, y de V. S. el gobierno.—Fr. Francisco de Posadas.»

»Y hecha la dicha proposicion, salió del cabildo el ilustrísimo y Rmo. P. Presentado Fr. FRANCISCO DE POSADAS, del Orden de Santo Domingo, electo Obispo de Alguer en la isla de Cerdeña; atendiendo al mayor servicio de Dios Nuestro Señor, y obviar los inconvenientes y escándalos que comunmente resultan del uso de las comedias; y al mayor beneficio de esta república en la honestidad de costumbres de sus habitadores y aplicacion á ejercicios honestos, y á los que son propios de su ministerio, acordó prohibir absolutamente el uso y ejercicio de las comedias en esta ciudad, y

que ni ahora ni en adelante se permitan, sin embargo de cualesquiera motivos ó perjuicios, que puedan representarse, así contra el caudal de sus propios, como de otros que se interesan. Como consta de lo escrito en el libro capitular y cabildos citados, á que me refiero, y de ello, á pedimento de la parte de esta muy leal ciudad de Córdoba, doy el presente sellado con el sello menor de las armas de Córdoba. En ella á veinticuatro de abril de mil setecientos diez y nueve años.—En fé de ello lo signo y firmo en testimonio de verdad.—D. Manuel Fernandez de Cañete, escribano mayor del cabildo.»

Tan á efecto se llevó este acuerdo por las autoridades de la ciudad, que hasta se demolieron las casas que servian de teatro, con cuyo acto quisieron sobrepujar á los franceses, pues en Marsella habian sido tambien prohibidas las comedias, aunque dejando en pié los edificios en que se habian representado.

Dedicado completamente FR. FRANCISCO DE POSADAS al alivio y consuelo de la humanidad, continuaba captándose cada dia más el amor de los pueblos, que contemplaban en él un enviado del Altísimo para la redencion de almas y cuerpos, pues á la salud y salvacion de ambos consagraba todos sus desvelos. Era el iris de paz de las familias, armonizando con sus sábios consejos los más encontrados pareceres, reconciliando voluntades, y convirtiendo en amorosos prójimos los enemigos más encarnizados. Dióle el Señor tal don de salud, que fué asombroso el número de enfermos, desahuciados por los médicos, que curó completamente, teniéndose por verdaderas resurrecciones gran número de casos que las dimensiones de esta obra no nos permite enumerar.

Predijo sucesos que se realizaron con todas las particularidades que él indicó.

Hallábase con el V. P. Rocha, del Orden de la Santísima Trinidad, en casa de D. Francisco de Argote, Veinticuatro y

alguacil mayor de Córdoba, con motivo de celebrar este caballero la grata noticia recibida de la corte en aquel mismo día de haberse mejorado tan notablemente el rey D. Carlos II de una grave enfermedad, que ya habia salido á dar gracias á la Virgen de Atocha; y observando D. Francisco que el religioso POSADAS no manifestaba tanto contento como era de esperar por la salvacion del rey, le preguntó la causa de ello, á lo que contestó: «Esto es nadar, nadar, y á la orilla ahogar. Vivirá el rey dos años con poca diferencia. La lástima es lo que se moverá.»

Al poco tiempo vaticinó la venida á España, como rey, de D. Felipe V.

Dos años antes de fallecer anunció su muerte, y desde aquel día aumentó el ejercicio de las virtudes y las más duras penitencias, dedicándose á escribir algunos himnos y oraciones, dejando de ocuparse, como antes hacia, de escritos profundos y largos. Una de las cosas que escribió en estos dos últimos años fué un acto de contrición, que por espacio de mucho tiempo despues de su muerte quedó en la memoria de todos los piadosos habitantes de Córdoba, y que creemos no ha de desagradar á nuestros lectores que le insertemos aquí:

ACTO DE CONTRICION

COMPUESTO

POR EL RMO. P. FR. FRANCISCO DE POSADAS.

¡Ay, Jesus, cuánto me pesa

El haberos ofendido,

Solo por ser vos quien sois,

Y por lo que soy y he sido!

Quisiera que el corazón

Á vuestras plantas rendido,

Hecho menudos pedazos

Deshiciera lo que hizo.

No miro, para dolerme,

El infierno merecido,

Que el dolor que mira penas

Es dolor, pero no fino.

Tampoco miro la gloria

Que perdí, porque imagino

Que es la pena del dolor

Gloria del arrepentido.

Sólo miro á tu bondad

Ofendida, y aquí el grito

Quitando, al dolor la voz,

Deja al labio enmudecido.

Mi culpa confesaré,

Porque sepa mi delito,

Que si fué escrito al hacerlo,

Será borrado al decirlo.

Cumpliré la penitencia

Que me impusiere el ministro,

Que con este cumplimiento

Satisface el más cumplido.

La enmienda, Señor, prometo,

Y con llanto enternecido

Diré un pequé, con que abres

Las puertas al más perdido.

Hallándose, aunque achacoso y debilitado por los trabajos, ayunos y penitencias, en buen estado de salud, el dia 20 de setiembre de 1713 estuvo desde el amanecer ocupado en sus faenas diarias, y confesando, habiéndose despedido de algunos hijos de confesion dándoles santos consejos y diciéndoles que eligiesen otro director espiritual porque él los confesaba por la última vez. Á las once y media se dirigió al refectorio, se sentó á la mesa, pero no comió nada, y un religioso le dió un bizcocho para que lo comiese mojado en agua, y al ir á verificarlo le dió un accidente. Acudió á sostenerle el religioso, pidiendo auxilio á grandes voces, á las que acudieron el prior y otro que estaban convalenciendo en el hospital, y entre los tres le llevaron á la cama. Le dieron la Uncion en seguida, y luego le sangraron de un brazo y le pusieron ventosas en la espalda. La sangre corrió con facilidad, le dió un copioso sudor, y tomó algo de movimiento el cuer-

po; pero á poco rato volvió á quedar inmóvil, y sin haber recobrado ni un instante el conocimiento, espiró á las siete y media de la noche.

La noticia del accidente del P. FR. FRANCISCO DE POSADAS habia circulado con la rapidez del rayo por toda la ciudad, y fué inmenso el número de devotos que acudió al hospital; pero solo se permitió la entrada á las autoridades y principales nobles, hasta las diez de la noche, en que amortajado el cuerpo se le colocó en el féretro para trasladarlo al convento de San Pablo. Á esta hora, y despues de haberse repartido, como las preciosas reliquias, cuantos efectos habian pertenecido á tan santo religioso, se emprendió la marcha á la ciudad procesionalmente, acompañando los principales personajes de la ciudad é inmenso número de pueblo con luces á los religiosos que llevaban el féretro, presidiendo la procesion el corregidor D. Luis de Mergelina, rezando todos el rosario.

El dia 21 estuvo expuesto al público el santo cadáver, y dispusieron darle sepultura, no en la comun de los religiosos, sino en una pequeña bóveda de ladrillos, que se hizo en aquel mismo dia. El deseo del pueblo era que permaneciese el cadáver de cuerpo presente en la iglesia algunos dias; pero los religiosos, de acuerdo con las autoridades, determinaron darle sepultura cuanto antes para evitar los atropellos continuos que habia en el templo, por el gran número de devotos que acudian sin cesar á tocar medallas, cruces, rosarios, estampas, paños y lienzos al santo cuerpo. Engañando, pues, á la gente, á las tres de la mañana del dia 22 colocaron el cadáver en una caja costeadá por la ciudad, forrada exterior é interiormente de seda, y cerrada con dos llaves, que guardaron una el ayuntamiento y otra el convento, la depositaron en la bóveda, que fué cubierta con una gran losa de jaspe, en la que se grabó un epitafio latino.

Murió FR. FRANCISCO DE POSADAS poco antes de cum-

plir los sesenta y nueve años, dejando admirado á su país con sus virtudes y los milagros que obró Dios por su conducto durante su vida, y que en mayor número ha obrado despues de su muerte.

DIA 21.

La Presentacion de Nuestra Señora, y San Rufo, y San Estéban, Mártires, Romanos.

DIA 22.

Santa Cecilia, Virgen y Mártir, Romana.

SANTA TIGRIDA, ABADESA, VIRGEN ESPAÑOLA.

TIGRIDA era hija de los condes de Castilla D. Sancho y doña Urraca, la cual como no quisiese vivir seglar, sino consagrada á Dios, nombráronla sus padres primera abadesa del monasterio de San Salvador de Oña, fundado y dotado ricamente por ellos en la Bureba, á cuatro leguas de Briviesca, el año 1011. Aunque el principal intento de los condes en la fundacion del monasterio fué colocar á su hija donde sirviese á Dios fuera del siglo, y le destinaron principalmente para religiosas, añadieronle, sin embargo, monjes que las gobernasen y formasen por si comunidad, como en los demás monasterios que llamaban *Duplius*. Mientras esta sirva de Dios se instruía en las leyes y costumbres de la vida religiosa, gobernó aquella casa una hermana del conde fundador llamada *Oñeca* ó *Íñiga*, monja en *Cillaperlata*: el abad de los monjes se llamaba Juan. La infanta TIGRIDA desempeñó muy cumplidamente la obligacion de su nuevo estado, y vivió tan religiosamente, que es tenida por Santa en aquel insigne monasterio. Tamayo sobre el dia 22 de noviembre pone el siguiente elogio: *In Cœnobio Onniense prope urbem Burgensum in Hispania citeriori; depositio S. Tygridiæ Abbatisæ, quæ sanctitate et religione clara, et miraculis et virtutibus celebris, tandem*

ad Sponsi dice desiderati sancta dormitione prevenit amplexus.
 Yepes y Marieta la nombran tambien Santa. Gran peso añade á esta tradicion el habersele dado sepultura dentro de la iglesia en un tiempo en que hasta los reyes eran enterrados en el atrio. Colocáronla despues en el altar de San Íñigo, como refiere Argaiç, tomo VI, pág. 441. Esta es prueba auténtica de tenerla por Santa.

Con la falta de la santa abadesa, decayó lastimosamente en el monasterio la disciplina regular. D. Sancho el Mayor, rey de Navarra y de Aragon (despues que su mujer doña Nuña, hermana de TIGRIDA, heredó el condado de Castilla), habiendo obtenido antes facultad apostólica y de todos los obispos de su reino, excluyó de este monasterio á las monjas, dejándole solo á los religiosos, cuyo primer abad en este nuevo estado fué un monje sobresaliente llamado Garcia.

DIA 23.

San Clemente, Papa y Mártir, Romano.

SANTA LUCRECIA, VIRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

SANTA LUCRECIA, ilustre por su nacimiento, pero mucho más por la pureza de su fé y por el glorioso triunfo que consiguió de uno de los más fieros perseguidores de la Iglesia, nació en Mérida, ciudad esclarecida en la gloria de algunos Santos con que ensalzó su nombre, no solamente en la tierra, sino en el cielo. Dejóse ver en el mundo dotada de todas aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia, que no solo allanan sino que facilitan el camino de la virtud, y aplicándose sus padres á darla una educacion tan propia de su piedad como de su ilustre cuna, solo sirvieron sus instrucciones para fomentar en ella aquellos sentimientos tan nobles como cristianos que el Espiritu Santo inspiraba de continuo en el tierno corazon de LUCRECIA, que por la jus-

tificacion de su conducta era el ejemplo y aun la confusion de muchos fieles; siendo esta la causa porque la miraban los idólatras como enemiga de sus falsos dioses.

Hacia cada dia LUCRECIA admirables progresos en la virtud, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia la décima persecucion que padeció en tiempo de los principes paganos. Enviaron estos á España por su lugarteniente ó gobernador á Daciano, uno de los hombres más crueles que han conocido los siglos, y despues que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables victimas inocentes en las provincias de Cataluña, de Aragon y de Toledo, pasó á Mérida, é hizo publicar los edictos acostumbrados, mandando por ellos que todos los vasallos del imperio rindiesen adoracion á los dioses romanos. No tardó mucho en saber que se distinguía LUCRECIA entre los cristianos por sus eminentes virtudes, y dando orden á sus ministros para que la llevasen á su presencia, quedó lleno de admiracion al ver su rara hermosura y su singular modestia. Supo que era una doncella no menos noble que poderosa, y queriendo por una parte obligarla al culto de los idolos, y por otra apoderarse de sus bienes, comenzó á persuadirla á que desistiese de la vana religion de los cristianos, valiéndose para ello de cuantos medios pudo sugerirle su ciega obstinacion. Experimentó á breve tiempo que todos sus esfuerzos eran inútiles para reducir á la ilustre virgen á que sacrificase á los dioses romanos, y pareciéndole que el horror y las molestias de la cárcel la obligarian á mudar de propósito, mandó ponerla en un oscuro calabozo, con orden expresa de que no la viese ni hablase persona alguna.

Mantúvose LUCRECIA algun tiempo en la dura prision, padeciendo innumerables trabajos; pero habiendo entendido Daciano que era imposible separar á la insigne virgen de la religion que profesaba, dió orden á sus ministros para que la presentasen á su consistorio, donde sentado en clase de

juez, la habló de esta suerte: *Me admiro, LUCRECIA, que siendo de noble y libre condicion, muestres en las costumbres ser una persona vil, confesándote esclava de Cristo, aquel hombre que clavado en una cruz no pudo á sí mismo librarse del patíbulo.— Si hubieras leído al Profeta, le respondió la Santa, supieras que servir á Dios es reinar: en cuyo supuesto no perjudica á mi ingenuidad mi servidumbre á Jesucristo, verdadero Dios; antes bien la ensalza, y por lo mismo recibo de ella más bien esplendor que detrimento.— Di, siguió entonces Daciano, antes que los tormentos y las penas puedan vindicar tus blasfemias, ¿por qué resistes sacrificar á nuestros dioses?—Porque está escrito, contestó LUCRECIA, que solo se ha de servir y sacrificar á Dios; y los tuyos son demonios, á quienes es supersticion adorar.—¿Luego yo, continuó el tirano, nuestros emperadores, el senado y pueblo romano somos supersticiosos?—Sin duda lo sois, dijo LUCRECIA, pues no conocéis ni adoráis al verdadero Dios.*

No pudo Daciano sufrir por más tiempo el desprecio que hacia la insigne virgen de todas sus reconvenciones, y queriendo concluir de una vez el interrogatorio, la dijo: *Elige por último, uno de estos dos extremos: ó padecer como necia diferentes penas entre los sentenciados á muerte, ó sacrificar á los dioses como sábia y noble persona.* Á esto respondió LUCRECIA: *Sacrifica tú á los demonios, que yo solo ofrezco sacrificio al verdadero Dios, y á Jesucristo su único Hijo.* No es posible explicar el furor que concibió el tirano al oír semejante resolucion, y deseando vengar las injurias hechas á sus dioses, mandó herir con fuertes bofetadas el rostro de la hermosísima doncella, y extenderla sobre la catasta ó potro, para que padeciese el fiero tormento de aquella horrible máquina; pero viendo que en lugar de sentimiento manifestaba LUCRECIA una inalterable tranquilidad y una alegría extraordinaria en medio de aquel castigo, pronunció sentencia de que fuese degollada inmediatamente, persuadiéndose que si apelaba á otras pruebas para vencer su constancia, seria dar márgen á

su mayor confusión. Sacaron los infieles á la ilustre heroína fuera de la ciudad, cerca de la fábrica de un puente, y cumpliendo la injusta providencia del tirano, consumaron el sacrificio de la inocente víctima en el día 23 de noviembre á principios del siglo IV. Recogieron los cristianos por la noche el venerable cadáver de la insigné mártir, y le dieron sepultura con la cautela que permitian aquellas edades lamentables; pero despues que gozó de paz la Iglesia, erigieron en honor de la Santa un magnífico templo en el mismo lugar donde padeció martirio, el cual duró hasta la irrupcion de los moros en España.

DIA 24.

San Crisógono, Mártir, *Italiano*.

SAN JUAN DE LA CRUZ, CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN JUAN DE LA CRUZ, conocido primero por el sobrenombre de Yepes, que era el de su familia, despues por el de San Matías, que era el de su religión, y en fin, por el de la Cruz, que hace su verdadero carácter, y con el que se le distingue, fué uno de los más sublimes maestros de la vida espiritual y de los más insignes ornamentos de la famosa reforma del Orden del Cármen; nació en el año 1542 en Fontiveros, villa muy antigua de Castilla la Vieja, entre Ávila y Salamanca. Llamábanse sus padres Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez. Aunque su padre era caballero, llegó á verse tan pobre que se vió obligado á ejercer el oficio de tejedor para poder mantener á su familia, que era muy numerosa, siendo Juan el menor de tres hijos varones. Todos tres eran muy niños cuando murió el padre; la madre quedó sola y sin más amparo que el de Dios, por cuya cuenta corren los más olvidados del mundo. La necesidad la obligó á avecindarse primero en Arévalo, y luego en Medina del Campo, villa muy crecida entonces y rica, en la cual con el sudor de su

rostro crió la honesta viuda á sus tres pequeñuelos, inspirándoles temor de Dios y amor á la virtud. Desde luego mostró el niño JUAN grandé inclinacion á todo lo bueno y honesto. En las flores de su modestia y de su humildad se traslucía el fruto que habia de producir adelante. Deseaba la buena madre encaminarle por las letras, mas viéndose atajada por la pobreza, no halló otro medio sino acomodarle en un colegio de niños que habia en aquel puéblo, destinado para educar niños de gente pobre. De esta casa salió JUAN instruido en las primeras letras, dejando bien recompensada con su buen ejemplo la limosna que allí se le hizo. No le quedaban ya más valedores que su virtud; era pobre y desamparado; mas sus bellas prendas, su gravedad y su natural afable y dócil le conquistaban el amor de todos. Contaba entonces unos trece años. Aficionósele entre otros Alonso Álvarez de Toledo, caballero piadoso que administraba el hospital general de la villa. Parecióle que allí podria JUAN servir á los pobres y pasar adelante en sus estudios, y despues con una capellania que él pensaba darle, ordenarse de sacerdote. Con licencia de su madre pasó al hospital, y la ocasion de servir á los enfermos fué para el estímulo de misericordia; asistíalos puntualmente con gozo; en cada uno de ellos veia retratado á Cristo. Con todas sus entrañas se compadecia del doliente postrado en una cama, cuyo único alivio y consuelo todo pende del que cuida de él; abrazábalos, alentábalos, hacíales compañía; en viendo alguno caído y triste le animaba inspirándole la santa alegría que sale de las entrañas de la paciencia. Con suma puntualidad, quitándosele de dormir, asistia á las necesidades de todos, sin dar lugar á que su olvido ó descuido desazonase á nadie: no quería que los enfermos empleasen la conformidad sino en llevar con mérito los dolores y achaques de su dolencia. Dedicábase al mismo tiempo al estudio de las ciencias humanas, en que salió aprovechado; sentíase tambien llamado á la oracion y

contemplacion, en cuya escuela aprendió del Señor la sabiduría que demuestra la fealdad del vicio y hermosura de la virtud, é inspira ánimo celestial para despreciar lo que perece y amar lo que permanece. De estos afectos nació en él y se fué criando la mortificacion de las pasiones. En este tiempo comenzó á castigar su carne con ayunos, cilicios y otras asperezas: juntaba la noche con el dia haciendo oracion, luchaba con la flaqueza de su cuerpo cansado, hasta rendirlo y dejarlo despierto y alentado para perseverar en las vigili-
 as. Dormía muy poco tiempo y sobre manojos de sarmientos, que más era quebrantar los huesos que descansar: no tenía más cama que esta desde los siete años. Premiaba Dios en su siervo la penitencia con el don de la continencia. En todo el tercio de esta edad resbaladiza no se vió en él cosa que oliese á liviandad, ni en palabra, ni en ademan alguno. Guardábase de las compañías que envenenaban las costumbres, no salía de casa sino por necesidad, huía de juegos y de espectáculos y de otras diversiones privadas y públicas, buscaba el recreo de su ánimo en la bondad de Dios y en el testimonio de su limpia conciencia. En medio de esta inocencia de vida oía la voz de Dios que por varios caminos le llamaba á dejar el mundo y abrazar el estado religioso. La particular devocion que tenía á la Santísima Virgen le hizo creer que en el Órden de los carmelitas hallaría un asilo donde asegurar su inocencia; y tratando estos deseos con personas de doctrina y piedad, por su consejo y con su recomendacion fué á presentarse al convento de Santa Ana de Medina del Campo, donde fué recibido como un don del cielo, y tomó el hábito de Nuestra Señora del Cármen, con el nombre de Fr. JUAN de San Matías, á los veintinueve años de su edad.

Quizá no se vió jamás mayor fervor, humildad y exactitud en un novicio, ni tampoco amor más abrasado á las cruces en los más ancianos.